JUANJO GABIÑA

1489

EL MAPA VASCO DEL NUEVO MUNDO

Lectulandia

Esta novela histórica recoge la vida y vicisitudes del cartógrafo y navegante vasco Ochoa de Andraka y su esposa, en una época esencial para comprender un hito de suma transcendencia para la humanidad, como fue el descubrimiento de America en 1492 por Cristóbal Colon.

Combinando la ficción con una investigación rigurosa de los hechos, sus contradicciones y sus constantes lagunas, el autor ha sabido ajustar y añadir los elementos que faltaban para comprender como se forjo y se hizo posible el descubrimiento, cuya narración ha sido manipulada a lo largo de los siglos por supuestos historiadores y escritores, en el afán de adecuar el pasado de sus países, en realidad, una suma de conquistas cruentas y violentas de otras naciones libres, a los valores patrios del momento; lo que se conoce como el "presentismo".

Hay pruebas de la presencia de marinos vascos en las Islas Feroe ya en el año 875 y durante los seis siglos siguientes. Sabiendo la existencia de expediciones vikingas, los vascos se aventuraron a surcar la relativamente corta distancia hasta America del Norte en busca de la ballena para cazarla. Un comercio en el que eran lideres indiscutibles en todo el mundo. Una prueba de ello es que, en 1412, los archivos islandeses ya recogen que unos veinte barcos balleneros vascos pasaron frente a la costa mas occidental de la isla, a tan solo 375 millas náuticas de Groenlandia. Desde allí, el viaje a Terranova seria de algo menos de mil millas náuticas.

Esta novela ayuda a comprender como se produjo el descubrimiento de America, que los vascos ya habían conocido antes y guardaban en secreto para proteger la riqueza que representaba su provechoso comercio de la grasa de la ballena en toda Europa.

Juanjo Gabiña

1489. El Mapa Vasco del Nuevo Mundo

ePub r1.0
Titivillus 07.01.2024

Juanjo Gabiña, 2022

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Prólogo

Acerca de la isla de Terranova, Nueva Escocia, la península del Labrador y la desembocadura del río San Lorenzo.

¿Por qué no se cuenta que Cristóbal Colón navegó con muchos vascos que conocían la existencia de América por referencia de otros marinos vascos que pescaban ballenas en las costas de Canadá?

Muchas leyendas y mitos se han convertido en una realidad contrastada. Mi teoría es que, cuando las casualidades tienen unas probabilidades de ocurrencia muy reducidas y son muchas casualidades, debemos pensar que algo de verdad hay, si es que no toda, ya que tantas casualidades a la vez no existen. Tal como ocurrió con el arqueólogo alemán Heinrich Schliemann y el descubrimiento de Troya, también podemos pensar que sin la participación de los vascos, Cristóbal Colón nunca hubiera conseguido descubrir América.

Son unas cuantas las leyendas que vinculan la figura de los balleneros vascos, que fueron los mejores cazadores de ballenas desde el siglo VIII hasta casi el siglo XIX, con el descubrimiento de América. Se sostiene que siguiendo la pista de las ballenas, salieron de las aguas del golfo de Bizkaia para navegar hacia la desembocadura del río San Lorenzo.

Hay diversas leyendas que nos cuentan que los balleneros vascos llegaron después de los vikingos a unas tierras situadas al oeste de Islandia a finales del siglo XIV, en concreto en el año 1375. Exactamente, a la isla de Terranova, más de 100 años antes de la llegada del almirante genovés Cristóbal Colón a las Indias occidentales. Sin embargo, otras leyendas más próximas a la realidad posponen esas fechas a los años comprendidos entre 1475 y 1485.

Algunos dicen que los vascos no eran conquistadores, aunque sí eran buenos como pescadores, como lo demuestran los buenos platos de pescado que de allí han salido, como el “bacalao a la bizkaina”. Y cuando venían mal dadas actuaban como corsarios al servicio del rey francés. Allí donde fueron, se llevaron bien con los indios y además compartían con ellos idiomas que eran mezclas de la lengua vasca o euskara con la lengua de los indios. Capturaban ballenas para su sustento y en sus factorías se producía el aceite de ballena utilizado en

la iluminación de las casas y ciudades europeas.

Otras fuentes históricas señalan que partieron una veintena de hombres desde el golfo de Bizkaia y Baiona en el año 1412 y que más tarde arribaron a los territorios de Labrador, Nueva Escocia, Saint Pierre Miquelon y Terranova. Lo hicieron siguiendo las barbas de las ballenas. Algunos investigadores corroboran la existencia de balleneros vascos en el siglo VIII, afirmando que pescaban ya ballenas en el golfo de Bizkaia. Otros, que los asocian con los vikingos, sostienen que sus construcciones navales eran parecidas pero se olvidan de que el codaste se inventó en Baskonia y se desarrolló en los múltiples astilleros vascos. Por desgracia, no existe evidencia arqueológica de todo esto.

En el yacimiento arqueológico de Red Bay, situado en la Provincia de Labrador, Canadá, se encuentran los restos de la estación ballenera vasca que fue declarada Patrimonio de la Humanidad por la Unesco. La famosa historiadora canadiense, Selma Huxley, está reconocida como la artífice principal del descubrimiento del barco ballenero vasco, considerado hoy en día como un pequeño tesoro de la arqueología submarina. Se trata del galeón San Joan, un ballenero que fue construido en Pasai Donibane y del que se ha hecho una reproducción. Se hundió en Red Bay, durante el verano de 1565, cuando luego de llenar sus bodegas con barriles de aceite de ballena, estaba a punto de regresar a algún puerto de Baskonia Occidental.

¿Cuál es el motivo por el que los vascos callaran el hecho de que las ballenas se pescaban en las tierras situadas a cinco días de navegación junto a la desembocadura de un río situado al oeste de Islandia y que lo llevaban haciendo desde el último cuarto del siglo XIV? Parece ser, aunque no está demostrado, que es práctica habitual entre pescadores no revelar nunca la ubicación de los caladeros de pesca.

Según la versión de una leyenda o un mito que circulaba entre los marinos vascos, éstos arribaron a Terranova hacia 1375 y decidieron guardar el secreto para evitar compartir con otras flotas pesqueras los prodigiosos caladeros de la zona. Lo mismo se cuenta en el documental de Jon Maia titulado Apaizac Obeto («Los sacerdotes están mejor», en euskara o lengua vasca, que es la respuesta de los marineros vascos cuando les preguntaban si se encontraban bien de salud).

Según cuenta la propia cadena de televisión vasca eitb.eus, en su web acerca de este documental, La expedición Apaizac Obeto, leyenda de la última txalupa ballenera:“El documental mezcla la historia y la aventura para trasladarnos al siglo XVI, cuando los vascos recorrían

miles de millas para pescar ballenas y bacalao en las costas de Canadá. Una expedición que sobrepasa la mera acción de la pesca para convertirse en una de las epopeyas más sorprendentes de la historia de los pescadores vascos. Antes de llamarse Québec o Canadá, estas tierras adquirieron el nombre de Nouvell Biscay (Nueva Bizkaia) y en aquella época, miles de pescadores vascos zarpaban cada año para pescar en las frías aguas del Nuevo Mundo".

Durante siglos, en aquella lejana zona de Terranova, cuya navegación representaba más de cuarenta días para recorrer casi 1100 millas náuticas se llegó a hablar una especie de lenguaje rudimentario o pidgin, que mezclaba el euskera y las lenguas locales de los indígenas para ser usada por ambos. Lo mismo sucedió en Islandia donde se hablaba un lenguaje pidgin vasco-islandés para poder entenderse entre ellos y donde presumiblemente debieron hablar sobre las tierras que descubrieran los vikingos en los mares del oeste.

En relación con la toponimia de Terranova y alrededores, se comprueba que gran número de poblaciones actuales y de topónimos son de origen vasco. Resulta evidente el nombre de la ciudad de Port-aux-Basques que ya aparecía en los mapas de comienzos del siglo XVII.

Por otro lado, Marq de Villiers y Sheila Hirtle autores del libro Sable Island*, investigan la historia de una isla arenosa ubicada a unas 90 millas náuticas al sureste de Nueva Escocia, en Canadá. Hoy está habitada por algunas pocas personas y algunos cientos de caballos salvajes pero hace unos cuatro siglos la isla fue conocida como el* 'cementerio del Atlántico', donde se hundieron medio millar de barcos al embarrancar en sus movedizas dunas de arena, debido al viento, a las mareas y al oleaje.

Villiers y Hirtle apoyan la teoría de que los vascos fueran los primeros en llegar a las costas de la isla de Terranova y de la península de Labrador hacia el siglo XIV o XV. Esa teoría –en mi opinión más extendida de lo que nos pensamos– se asienta sobre la posibilidad de que los pescadores vascos de la Edad Media navegaran desde las aguas del golfo de Bizkaia hasta las costas de Canadá siguiendo el rastro que dejan las ballenas a su paso.

Los vascos en el descubrimiento de América

Es de reconocer que la labor realizada por el famoso cartógrafo vizcaíno (como se llamaba a los vascos en aquel tiempo) Juan Vizcaíno de Lakotsa, y por los vascos en general, en su participación

en el descubrimiento de América fuera tan eficaz. Pero tampoco creo que se trate de ninguna casualidad que la participación de los vascos en el descubrimiento de América fuera tan importante.

¿Es que Juan Vizcaíno de Lakotsa sabía algo sobre los balleneros vascos que habían llegado a esas tierras situadas al oeste de Islandia? ¿Por qué abandonó sus propios negocios para acompañar a Cristóbal Colón desde su primer viaje y luego en el segundo, como piloto de la carabela Santa María, de la cual era propietario?

Según el historiador Gorka Rosain Unda, en su artículo que publica en Euskonews&Media, "Los vascos en el descubrimiento de América. La importante participación de Juan Vizcaíno de Lakotsa y Francisco de Garay",*añade que otros vascos también participaron en la expedición y, por tanto, participaron en el descubrimiento de América, como ayudantes de Lakotsa, los marinos vascos Juan Ustobia, Pedro Bilbao, Juan Lequeitio y su hermano Txomin.*

En el artículo se señala que Juan Vizcaíno de Lakotsa ya no acompañó a Cristobal Colón en su tercer viaje pero: "…llevaba cuatro capitanes vizcaínos de los seis que eran en total, y otros vascos como Lope de Olano, quien ya había ido en el segundo viaje; Pedro de Arana, cuñado de Cristóbal Colón y hermano de Diego Arana, Pedro Ledesma como piloto mayor; Martín de Arriaran y Fernando Ibarra, secretario de Cristóbal Colón, quien se distinguió por su cultura y fue una personalidad en el ámbito de las letras, además de los marinos: Diego de Portugalete, Martín Arrieta, Domingo Vizcaíno, Gonzalo Salazar, Diego de Mendoza, Pablo Ledesma, Gregorio Zaldua, Pascual Luzuriaga, Machin Vizcaíno, Martín Fuenterrabía y los del segundo viaje Domingo de Arana, Miguel Larriaga y Juan de Quijo".

Juan Vizcaíno de Lakotsa elaboró su famosa carta mapamundi el año 1500. Se trata del primer documento cartográfico sobre América y, por supuesto, es el más importante de la época. Un dato que nadie ha oído nunca pero que, no obstante, es un dato que está bien demostrado. Si estas informaciones se ocultan en la historia, ¿no se habrán ocultado otros datos más importantes sobre el motivo de la gran participación de los vascos, y, en especial, la del cartógrafo Juan Vizcaíno de Lakotsa, en el descubrimiento de América?

Entre las grandes mentiras de la Historia, nos encontramos con la idea de que fue el portugués Fernando de Magallanes (o el corsario inglés Francis Drake) quien dio por primera vez la vuelta al mundo navegando, cuando está totalmente probado que fue el marino vasco Juan Sebastián Elkano.

Pero ya sabemos, "una mentira, mil veces repetida, se convierte en una verdad" *y en la historia hay muchas mentiras. Magallanes murió en*

las islas Filipinas –se quedó a mitad de camino– y el que dio por primera vez la vuelta al mundo fue Elkano, el 6 de septiembre de 1521.

Pero para el mundo anglosajón fue el pirata Francis Drake, quien iba a medias en sus robos y crímenes con la reina de Inglaterra, el primero que dio la vuelta al mundo. El pirata inglés la culminaría en diciembre de 1577, unos cincuenta y seis años después del vasco pero los abundantes manipuladores de la historia se encargaron de jugar con la ignorancia de la gente omitiendo a Juan Sebastián Elkano así como, tiempo después, hicieron con el almirante Blas de Lezo.

En efecto, en 1741, el almirante vasco Blas de Lezo, al servicio de la armada española, sería capaz de derrotar al gran almirante inglés Edward Vernon, en la batalla de Cartagena de Indias, a pesar de contar el marino inglés con una armada formidable compuesta de 186 naves que llevaban 27.400 soldados británicos y jamaicanos. La mayor armada del mundo conocida hasta el famoso desembarco de Normandía en 1944, durante la II Guerra Mundial.

La novela *1489. El mapa vasco del Nuevo Mundo*

El ya citado libro *Sable Island* explora la posibilidad de que marinos vascos fueran los descubridores de este pedazo de tierra situado en medio del Atlántico y las costas que las rodean en el continente americano.

El título completo del libro es *Sable Island: los Extraños Orígenes y la Curiosa Historia de una Duna perdida en el Atlántico* (Editorial Walker), y describe detalladamente las características de esta isla, en realidad un banco de peligrosas arenas que cambia constantemente a causa de las fuertes corrientes del océano. Su situación frente a las costas canadienses la convirtió durante siglos en una trampa mortal para marinos y pescadores.

Aunque el descubrimiento oficial de la isla fue llevado a cabo por marinos portugueses a comienzos del siglo XVI, el libro se hace eco de la posibilidad de que en realidad los primeros en llegar a Sable Island fueran pescadores vascos, en sus expediciones balleneras y en su constante búsqueda de nuevos caladeros de bacalao. Algunos investigadores apoyan la teoría de que los vascos llegaron a Norteamérica, concretamente a Terranova y la costa de la península de Labrador en el siglo XIV o XV. Esas teorías abundan en la posibilidad de que los pescadores vascos llegaban a la zona con regularidad, y quizá incluso tendrían pequeñas colonias de marineros trabajando allí, con anterioridad a que Cristóbal Colón descubriera

América en 1492 o de que John Cabot llegara a Terranova en 1497.

A comienzos del siglo XV –prosigue el libro– era conocida entre los marinos europeos una historia según la cual dos barcos guipuzcoanos, uno capitaneado por Juan de Echaide y el otro por Matías de Echeveste, habrían alcanzado tierra más allá del Atlántico a finales del siglo XIV, aunque no existe prueba documentada de ello. Recientemente se han encontrado restos de importantes centros balleneros vascos en la costa de Labrador y en Terranova, pero datan de 1530. Tan solo tres décadas después, la población vasca en Norteamérica habría llegado a estar compuesta por 2.000 personas.

Este capítulo del libro menciona también las teorías lanzadas por Mark Kurlansky en *La Historia Vasca del Mundo*. Kurlansky aduce dos argumentos en defensa de su teoría de que los vascos llegaron a América antes que Cristóbal Colón. El primero se apoya en el gran volumen de la capturas de los pescadores vascos. Según Kurlansky los vascos descargaban enormes cantidades de bacalao y carne de ballena durante el siglo XIV, y sus competidores estaban convencidos de que los caladeros conocidos hasta aquel entonces no podían ofrecer tal volumen de pesca. Solo los bancos de Terranova podrían ofrecer tal riqueza, pero por supuesto, los competidores de los pescadores vascos no los conocían aún, afirma el periodista.

El segundo argumento de Kurlansky es la improbabilidad de que los vascos, siendo buenos marinos, apoyados por una industria que les proveía de buenos barcos y con una tradición de navegar largas distancias tras sus capturas, no llegaran a toparse con Norteamérica, aún por pura casualidad, cuando claramente estuvieron navegando en sus proximidades durante siglos.

Hay pruebas de la presencia de marinos vascos en las islas Feroe ya en el año 875. Eso supondría un viaje de unas mil millas náuticas, a no ser que realizaran escalas en las islas británicas, lo que supone una distancia notable para la época. '¿Es posible que en los seis siglos siguientes, trabajando en la zona norte del Atlántico, donde la distancia entre Europa y América es menor, sabiendo de las expediciones vikingas, los vascos nunca se aventuraran a surcar la relativamente corta distancia hasta América del Norte?', se preguntan los autores de *Sable Island*, al igual que nos hemos preguntado muchos.

Por otro lado, en 1412, archivos islandeses recogen que unos veinte barcos balleneros vascos pasaron frente a la costa más occidental de la isla, a tan solo 375 millas náuticas de Groenlandia. Desde allí el viaje a Terranova sería de algo menos de mil millas náuticas. La mayoría de los marinos no tendrían razones para cruzar el

Atlántico sin saber si había algo al otro lado, pero los pescadores vascos perseguían ballenas que a menudo subían hasta las aguas subárticas para luego bajar en dirección sur a lo largo de ambas costas atlánticas. Por lo tanto, sería probable que alguna expedición ballenera hubiera llegado a América en algunas de estas persecuciones.

Pero lo cierto es que no existe aún evidencia científica de que los vascos llegaran a la costa norteamericana antes que Colón, que los marinos portugueses o que los ingleses. Sí existen, sin embargo, razones que hacen plausible esa posibilidad. La búsqueda de pruebas para demostrarlo puede ser uno de los retos más apasionantes de los historiadores en los próximos años.

Esta novela titulada: 1489. El mapa vasco del Nuevo Mundo*, ha pretendido combinar con rigor la ficción con la realidad histórica, que he tenido que ajustar muchas veces, cuando no corregir, debido a la gran manipulación que, a lo largo de los siglos han realizado supuestos historiadores y escritores, en su afán de adecuar el pasado de sus países –que en realidad no ha sido más que la suma de conquistas cruentas y violentas de naciones libres– a los valores "patrios" del momento.*

Capítulo 1°
El acuerdo real de Bilbao

I

En el año 1488 la Villa de Bilbao había logrado demostrar una creciente actividad comercial que poco a poco la iba transformando hasta convertirse en uno de los puertos más pujantes de Europa occidental. Su nombre y su reputación marítimo-comercial se había extendido por toda la fachada atlántica del continente, superando a otros puertos de la cornisa cantábrica y creando una intensa red comercial con el resto de puertos marítimos de Baskonia: desde Bilbao hasta Baiona.

En casi dos siglos, Bilbao había pasado de ser una mediana aldea rural del Señorío de Bizkaia –aquella que, en el año 1300, fuera fundada por el Señor de Bizkaia, Diego López de Haro– a convertirse en una dinámica y rica ciudad de Baskonia que comerciaba, entre otros, con el reino de Castilla, Flandes, Bretaña, Inglaterra y Aquitania.

El puerto de Bilbao estaba dominado por una poderosa burguesía que había sabido aprovechar una circunstancia excepcional para el desarrollo de la Villa como fue la exportación de mineral de hierro y todo lo que ello significaba y posibilitaba.

En efecto, si bien la exportación de la lana de Castilla tenía su importancia, en la base de la economía bilbaína se encontraba el mineral de hierro y los productos siderúrgicos, gracias a la abundancia de mineral de hierro de calidad. Esta codiciada materia prima servía para la industria ferrona y se caracterizaba por ser una mercancía exportable altamente rentable. De este modo, para Bilbao, el mar se convertiría en un camino abierto a la navegación mercante y, también, en un lugar del que conseguir diversas mercancías como eran la pesca del bacalao y la caza de la ballena, en especial.

La pesca de la sardina, de la anchoa, del atún y del bacalao, y el valioso aceite que se obtenía de la caza de la ballena tenían suma importancia. A estas tres actividades como eran la pesca, la caza de la ballena y el comercio marítimo, se le uniría la actividad relacionada con la construcción naval que definirían, no solo la economía bilbaína, sino también la economía de Baskonia del siglo XV.

De este modo es como los intercambios comerciales de los mercaderes vascos con el Ducado de Bretaña fueron intensos y fluidos, especialmente con el puerto de Nantes, donde los maestres y comerciantes vascos tenían un lugar concreto de acogida como base para la contratación de fletes, el convento de San Francisco. En sus dependencias, organizaban las reuniones y en una de sus capillas se recibía la asistencia espiritual necesaria. El uso de las instalaciones del convento era compensado a través de un donativo recaudado entre todos los maestres de las naos, no solamente del Puerto de Bilbao, sino también de todo el Señorío de Bizkaia, de la Provincia de Gipuzkoa y del Consulado de Burgos, que llegaban a su puerto.

Los navíos que arribaban a los puertos bretones estaban cargados casi exclusivamente con la lana castellana, facturada a través de los mercaderes burgaleses y con el hierro de las minas de Bizkaia, en general. La lana constituía la materia prima fundamental para la industria textil bretona.

El hierro vasco, bien labrado en barras para su posterior transformación, o elaborado en forma de clavazón o piezas de utillaje agrícola o militar, se distribuía por los mercados interiores. A su vez, solían cargar vino y paños, especialmente, para transportarlos a los puertos vascos.

Además de los puertos de la Bretaña meridional, y al igual que otros puertos vascos, el Puerto de Bilbao ocupaba una situación privilegiada en lo referente a su intercambio mercantil con otros importantes puertos del golfo de Bizkaia, tales como eran los puertos de Burdeos y La Rochelle, para desarrollar en ellos sus actividades comerciales.

II

Aquella mañana, el cartógrafo y, a su vez, maestre capitán de naos, cocas y carabelas, Ochoa de Andraka, se había levantado un poco más tarde de lo acostumbrado y tenía su cabeza completamente llena con las imágenes, los secretos, las discusiones y los compromisos que había contraído en la reunión celebrada la víspera en una sala del convento de franciscanos de San Mamés, Basurto, donde se hospedaba.

Mientras desayunaba, ensimismado en sus pensamientos, un gran tazón de leche caliente con rodajas de pan untadas de mantequilla, esbozó una sonrisa recordando el fuerte abrazo que le propinó su maestro y mentor, Juan Vizcaíno de Lakotsa, y, especialmente, el gran significado que tuvieron sus últimas palabras:

–Te deseo mucha suerte, Ochoa. En Brujas, ya te están esperando. Una vez hayas conseguido verificar que los mapas originales que dibujó el vikingo Leif Erikson en el siglo XI –y que se guardan en un lugar secreto de Brujas– coinciden con el mapa del Nuevo Mundo que hace unos cinco años tú realizaste, y me confirmes que son idénticos, estaré en condiciones de comprometerme a viajar con Colón a las Indias por el oeste, como él dice.

Y añadió con un gesto que denotaba un no disimulado recelo y una gran preocupación:

–No podemos fallarle a la reina Isabel de Castilla. Ella está tan ilusionada con el proyecto que no se da cuenta de que el genovés solo habla de oídas y que las Indias quedan mucho más lejos de lo que él dice. Aunque tenga razón en parte, Cristóbal Colón ignora que no se trata de llegar a las Indias sino de descubrir un nuevo continente, un nuevo mundo que se interpone entre Asia y Europa. ¡Qué tengas un buen viaje, Ochoa, y cuídate! –exclamó suspirando al decirle adiós, mientras alzaba los ojos hacia el techo.

Andraka todavía recordaba cada uno de los momentos que había vivido aquella tarde-noche y se sentía enormemente ansioso por partir, con el objeto de cumplir el acuerdo al que había llegado con su maestro Juan Vizcaíno de Lakotsa y con el confesor y consejero de la reina Isabel de Castilla, fray Hernando de Talavera, Obispo de Ávila, que había asistido a aquella reunión extremadamente secreta y decisiva, como representante y persona autorizada de la Reina para subscribir el acuerdo al que se llegara entre las partes.

–Aunque usted lo sepa ya perfectamente, porque tuvo el honor de participar junto conmigo en diferentes reuniones celebradas en la Corte de Valladolid como consejero de la reina –comentó fray Hernando de Talavera dirigiéndose al maestro Lakotsa–, le informaré a su ayudante Lope de Andraka que hace unos dos años, en 1486, el navegante Cristóbal Colón, tras haberle ofrecido antes al rey Juan II de Portugal el proyecto de viajar a las Indias hacia el oeste en una nueva ruta por el Atlántico y, habiendo recogido una negativa por respuesta, se trasladó a España y se lo ofreció a la reina Isabel de Castilla. ¿Está usted informado de estos detalles?

–Sí, por supuesto –respondió Ochoa de Andraka–. Gracias al maestro Lakotsa estoy muy enterado de todos estos pormenores y detalles acerca del proyecto de Cristóbal Colón. Se trata de unas confidencias que he guardado escrupulosamente y que solo las he comentado con él. También añadiré que tengo mi opinión formada con respecto al proyecto y que ya estoy informado que el maestro Lakotsa se la ha trasmitido a Su Eminencia.

–¡Por favor, Lope, tráteme como un fraile que también lo soy! Y en cuanto a usted se refiere, ¿quizás prefiera que, en adelante, me dirija a usted como Ochoa, tal como se dice en su lengua vernácula? –Andraka hizo un gesto con la mano, indicándole al obispo de Ávila que dejaba en sus manos el tratamiento que considerara oportuno y el religioso prosiguió–. Sí, efectivamente, y también conozco su crítica acerca de los informes del matemático y médico florentino Paolo dal Pozzo Toscanelli redactados a petición del rey Alfonso V de Portugal, pero me gustaría escucharla de su boca –concluyó Fray Hernando de Talavera.

–No es solamente mi crítica. Son conceptos que he aprendido de mi maestro y mentor Juan Vizcaíno de Lakotsa y que en diferentes trabajos de cartografía hemos podido verificar. Por ello, sería mejor que antes de que fuera yo el que se lo explicara, lo hiciera el propio maestro Lakotsa, aprovechando que está aquí presente –sonrió Andraka mientras se hacía un silencio que solo fue alterado por la voz del célebre cartógrafo vasco.

–Muchas gracias Ochoa. Trataré de exponer algo que finalmente lo escribiste tú. Te recuerdo que yo solo te acompañé en las discusiones. En realidad, Toscanelli cometió el error de basar sus teorías en los viajes de Marco Polo. De este modo, señalaba este último que entre el extremo occidental de Europa y Asia la distancia no era excesiva, estimándola en torno a 6500 leguas marinas. A su vez, Colón añadía que la Tierra tenía una circunferencia cuya longitud era de 29.000 km. Se basaba para sus cálculos en el *Tractatus de Imago Mundi* (*Tratado sobre la Imagen del Mundo*) que, en el año 1410, fue escrito por el teólogo y cosmógrafo francés, Pierre d'Ailly. Como se sabe entre cartógrafos como nosotros, Ailly utilizaba para sus mediciones las millas árabes en vez de las millas italianas que utilizaba Cristóbal Colón. También se sabe que las millas italianas son más cortas, de modo que ese es el motivo por el cual el genovés consideraba que la longitud de la circunferencia terrestre fuera una cuarta parte menos que la que realmente es. Es decir, a nuestro juicio, la longitud de la circunferencia de la Tierra debería ser considerada más próxima a los 40.000 km que a los 29.000 km que Cristóbal Colón propone –finalizó su brillante exposición el maestro Lakotsa.

–Lo que nos lleva a la conclusión de que, o bien entre el este de Asia y el oeste de Europa hay un gran océano de unos 30.000 km de longitud entre China y Portugal, o bien existe un nuevo continente que se interpone entre Asia y Europa que usted, Ochoa, tengo entendido que ya conoce porque ya estuvo allí. En el primero de los casos, he de admitir que este viaje sería condenar a quienes lo

emprendieran a una muerte segura, algo que como buenos cristianos que somos no podemos admitir. En el segundo caso, también tengo que admitir que, si bien yo me creo que es cierto que Ochoa de Andraka navegó hasta allí y conoció ese supuesto Nuevo Mundo viajando en dos naos tripuladas por pescadores vascos de bacalao que faenaban en las islas Feroe, necesitamos más pruebas.

–¿Entonces qué es lo que usted cree que debemos hacer? –preguntó Lakotsa con el fin de aclarar el posicionamiento de la reina de Castilla.

–Considero que hasta que no tengamos más pruebas y Andraka recupere el mapa que él mismo dibujó sobre aquellas tierras donde se encontraban los asentamientos que los vikingos edificaron hace casi 500 años y que llamaron Vinlandia, tengo que admitir que seríamos considerados como locos si se lo contáramos a la reina. Así pues, no hay otra alternativa que sea usted, Ochoa de Andraka, el que acometa con éxito esta empresa para la cual le dejo como anticipo este cofre que contiene 20.000 maravedís para hacer frente a los gastos que se le presenten, así como un salvoconducto real del Reino de Castilla firmado y rubricado por la reina Isabel que le concede el título de embajador y otro firmado por Su Santidad el Papa Inocencio VIII, que obliga a todos los monasterios y conventos de la Iglesia Católica que usted atraviese, a suministrarle la necesaria ayuda, cobijo y apoyo como para garantizarle su regreso sano y salvo al reino de Castilla.

–¿Cuál es la opinión de los consejeros reales sobre el tema? –preguntó Lakotsa con el fin de que la respuesta, que él ya conocía, ilustrara mejor a Andraka sobre la trascendental importancia de su misión.

–Sabemos que la opinión de los consejeros de la reina Isabel y los del rey Fernando de Aragón es muy poco favorable a apoyar empresas como la que Colón propone. Consideran que, en estos momentos, la cuestión prioritaria para las coronas de Castilla y Aragón es la conquista del reino nazarí de Granada. Los costes de la expedición que propone Cristóbal Colón se han estimado en dos millones de maravedís, más el sueldo de Colón. Un gasto que no es prioritario, a menos que haya novedades y en eso estamos. ¡Ochoa de Andraka, nuestra suerte queda en sus manos! –concluyó el obispo de Ávila.

III

A eso de las doce de la mañana, Ochoa había sellado su equipaje consistente en dos baúles y una bolsa de viaje que hizo llevar al embarcadero del puerto donde se encontraba el barco que le transportaría a Bayona durante la noche. También había ido a saludar

cordialmente al superior del convento de franciscanos y agradecerle la atención que prestaba al estado físico y anímico de su hermana pequeña que se encontraba internada en el Beatorio de Basurto, sito al lado del convento de franciscanos.

Así pues, sin nada más pendiente por hacer, a Andraka solo le quedaba ir a visitar a su hermana. Salió andando de la hospedería del Convento y se dirigió al Beatorio donde se encontraba enclaustrada María, dos años y medio más joven que él.

En la Villa de Bilbao, resultaba muy curioso comprobar que el número de mujeres que integraban las comunidades religiosas femeninas era mayor que el de los religiosos varones, algo que también se repetía en los otros territorios vascos. En Bilbao, había por entonces tres conventos de franciscanas, dos de agustinas, uno de mercedarias y otro de dominicas. La existencia de un número más alto de franciscanas, al igual que de franciscanos, se enmarcaba en una realidad que vivía Baskonia, donde, sobre todo a lo largo del siglo XV, la influencia de la orden franciscana ha sido más que reseñable.

El motivo principal de esa primacía franciscana se debía al estrecho lazo que existía entre los mercaderes y comerciantes vascos con esta orden religiosa. Además, el peso de la familia franciscana, especialmente, de su rama femenina, fue una realidad innegable también en los reinos de Navarra, Castilla y Aragón

Sin embargo, todos los conventos femeninos de Bilbao tenían en común un origen beaterial, coyuntura compartida por casi todos los conventos femeninos vascos. Las beatas, brevemente dicho, eran mujeres semi-religiosas que actuaban como si fueran monjas, pero sin haber jurado voto alguno. Es decir, que al igual que muchos otros beaterios y conventos de la época, la clausura no regía en estas comunidades.

La hermana de Ochoa decidió ingresar en el convento poco tiempo después de que su cuñada Enekuri muriese. Ocurrió cuando la mujer de Ochoa estaba embarazada de casi siete meses y el marido todavía no había regresado de la pesquería de las islas Feroe. Enekuri había salido a la huerta con el fin de recoger unos cuantos puerros y zanahorias que ella misma cocinaba para su suegro viudo, que se encontraba enfermo y sufría de fuertes ataques de dolor en el vientre.

María de Andraka era muy buena costurera y sabía coser y bordar como los ángeles. Hacía un rato que había dado la última puntada al faldón que vestiría su sobrino el día de su presentación en la pila bautismal de la Iglesia Andra Mari de Urizar del pueblo de Lemoiz. La hermana de Ochoa abrió el portón del caserío para ir a buscar a su cuñada y enseñarle la vestimenta especial que llevaría el también hijo

de su hermano, cuando comprobó que Enekuri, su cuñada, regresaba sonriente al caserío llevando un manojo de puerros y zanahorias en sus manos.

De pronto, Enekuri, debido a lo avanzado de su embarazo, se resbaló y perdió el equilibrio de su torpe cuerpo, justo a la entrada del caserío de la familia Andraka, con la mala fortuna de golpearse la cabeza contra una piedra y morir en el acto. María, que la esperaba sonriente en el arco de la puerta, pudo contemplar impotente y con gran espanto, el trágico suceso que acabaría con la vida de su cuñada y de su sobrino no nato.

Una semana más tarde murió el padre de Ochoa, Cherrán de Andraka. Tras la muerte del padre y la esposa de Ochoa, en el caserío solo quedaron viviendo él, su hermana, y un matrimonio de criados que atendía las labores del ganado y de las cosechas y, a su vez, se ocupaba del mantenimiento, cocina y limpieza del caserío. El cartógrafo y maestre de naos, cocas y carabelas, Ochoa de Andraka, regresó al mes siguiente de la muerte de su padre, de su mujer y de su hijo no nato. Su desesperación fue del todo desgarradora y cruel porque, al tiempo que se creó una dolorosa herida en su alma que parecía incurable, también sembró en su conciencia la semilla de la culpabilidad.

Así, durante casi diez meses, sumido en una profunda depresión, Ochoa apenas pronunció palabra con nadie. Su hermana también prefería guardar silencio. De hecho, María se pasaba todo el día cosiendo, arreglando y zurciendo ropa usada y vieja para regalarla a las familias más necesitadas que requerían estas prendas para poder vestir a la prole que tenían en muchos caseríos.

Cuando recién hubo cumplido su año de luto, se presentaron en casa dos monjas del Beatorio de San Mamés, Basurto, que su hermana había hecho llegar al caserío. Las monjas hablaron con Ochoa al final de la visita para notificarle que su hermana quería ingresar en el Beaterío y que sería admitida previo pago de la dote de 3.000 maravedíes. Ese mismo fin de semana, Ochoa acompañó a su hermana María al convento y la entregó al cuidado de la madre superiora.

Desde entonces, la había ido a visitar una o dos veces al año, pero esta vez, Ochoa había querido despedirse de su hermana para mucho más tiempo, quizá para dos o tres años o, en el peor de los casos, quizá para siempre. Ochoa, al contrario que su hermana, nunca se sintió cristiano. Su madre había sido judía y había muerto como judía y él había nacido como judío y hasta le hicieron siendo un bebé el Brit Milá, a los ocho días de nacer. La muerte de su madre cuando él tenía doce años fue un duro golpe para la familia. En su caso, aquello le

enfrío con la religión judía y se volvió casi ateo, como su padre.

Cuando conoció a Enekuri, que era una amiga de su hermana María que solía quedarse a dormir con ella, Ochoa quedó prendado y se le declaró en las fiestas de Munguía y ella le contestó que le correspondía. Tras varios encuentros más, su padre y los padres de Enekuri empezaron a negociar la boda. Saltó el problema de que Ochoa no era cristiano y los padres de la chica se cerraron en banda y dijeron que no había más que hablar. Un tío de Enekuri llegó a decir que había que defender la pureza de sangre y que ningún perro judío mancillaría el honor de su familia. Enekuri amenazó con suicidarse. El drama estaba servido. Ochoa, que amaba a Enekuri con locura, decidió que si el precio a pagar era su supuesta conversión al catolicismo pues que bienvenida fuera. En una semana le bautizaron y le dieron la comunión. Entró carne y salió pescado. Al mes se casaron y ya no hubo más problemas y toda la familia de Enekuri selló una alianza para nunca decir que Ochoa de Andraka era un “marrano”.

La visita que le realizó a la beata María, esta vez le pareció a Ochoa muy fría y distante. No le permitieron estar con su hermana, ni besarla, ni abrazarla como hubiera deseado. Esta vez solo la pudo ver a través de unas rejas y se notaba además que, al otro lado, su hermana no estaba sola. Sin embargo, la encontró muy feliz y cariñosa. Ochoa le contó algo acerca del motivo de su largo viaje, pero se notaba que su hermana María se encontraba viviendo en otra dimensión distinta. Al final, se tocaron los dedos y se dieron un beso poniéndose cada uno los dedos en la comisura de sus labios. Ochoa de Andraka no salió muy feliz de aquella visita a su hermana, pero se tranquilizó porque había visto que María estaba muy feliz y eso era lo importante.

IV

A finales del siglo XV, la Villa de Bilbao comenzaba a superar, cada vez más, lo que tradicionalmente habían sido sus sietes calles rodeadas por una muralla que daba acceso a dos puertas principales y de ahí, a los caminos que conectaban con la meseta castellana y los territorios vascos y a los muelles de carga y descarga de mercancías. Los límites de Bilbao se iban extendiendo a otras pequeñas aldeas situadas cerca de su centro amurallado que iban creando una malla de conexiones en cuyos cruces surgían edificios, almacenes y conventos, como la aldea de Basurto donde Ochoa había pasado la noche.

Al llegar al muelle de San Antón, Ochoa de Andraka divisó la embarcación que le llevaría a su próximo puerto de destino, situado

en Donibane Lohizune (San Juan de Luz), en el Territorio de Baskonia Norte conocido como Lapurdi y cuya capital era la Villa de Baiona.

En el muelle también se encontraban dos personas aguardándole. Una de ellas era su maestro y mentor, Juan Vizcaíno de Lakotsa, y la otra era su primo Johan de Ursua, capitán del barco "Urdazuri" con el que Ochoa, tras realizar diferentes escalas, viajaría a Nantes, Londres, Ruán y, después, hasta Brujas en Flandes. Aunque bien podría ser que cambiaran de embarcación por otra más grande. Todo dependía de los fletes que tuvieran.

Así pues, si zarparan en la "Urdazuri", lo harían navegando en una embarcación conocida como "coca bayonesa", de la que tan gratos recuerdos de otros viajes marítimos Andraka guardaba. Pero, como su primo Johan le advirtió, en función de la carga que trasportaran, podría haber un cambio de embarcación y entonces, seguramente navegarían en la nao "Ciburu" que soportaba mayores tonelajes y que era más moderna, cómoda y robusta.

–Todavía no me han confirmado la recepción del último mensaje enviado a Nantes pero sé que te esperan para dentro de ocho días y allí estarán presentes Pierre de Dol y Bernat d'Etcheberri, a quienes conoces perfectamente. –El maestro Juan Vizcaíno de Lakotsa miraba fijamente a Johan y a Ochoa para encarecerles que prestaran atención y retuvieran todas y cada una de sus palabras–. Ellos te entregarán, amigo Ochoa, una carta de recomendación para que te dejen acceder a una copia de todas las cartas de navegación que, a comienzos del siglo XI, elaboró y utilizó Leif Erikson, hijo del Erik el Rojo, durante la exploración que realizó de los territorios situados al oeste de Groenlandia. El gremio de comerciantes de Brujas, que es el depositario de estos mapas, los tiene celosamente guardados en una bóveda secreta de la iglesia de San Salvador. En todo momento, hasta tu llegada a Brujas después de vuestra escala en Nantes, tu primo Johan te acompañará a todas partes como si fuera tu sombra. Si hubiera algún problema podéis enviarme algún mensaje por medio de algún barco que navegue a algún puerto vasco y, en caso extremo, podéis enviar alguna paloma mensajera a la cofradía de maestres de naos del puerto de Bilbao –concluyó Lakotsa.

Mientras que el maestro de cartógrafos y armador se iba alejando de ellos y se introducía por una de las puertas de la ciudad amurallada de la Villa de Bilbao. Ochoa y Johan se miraron fijamente y, saltando de alegría, se dieron un fuerte abrazo. Ambos eran de la misma edad y habían cumplido los treinta años. Así pues, el padre de Ochoa, Cherrán de Andraka, y la madre de Johan, Ane, eran hermanos y ambos habían nacido en el mismo caserío de Lemoiz donde Ochoa

también nació y teóricamente vivía ahora, aunque muy poco tiempo pues siempre estaba viajando.

Ane de Andraka también había sido muy amiga de su cuñada, Ester de Ohiartzun, la madre de Ochoa de Andraka. Las dos habían muerto relativamente temprano cuando apenas cumplieron los cincuenta años. Ester de Ohiartzun pertenecía a una insigne familia judía de Etxarri, del valle de Aranatz, y, en su juventud, había sido considerada como una de las mujeres vascas más bellas de aquella región de Baskonia. Ester conoció al padre de Ochoa en la serrería o *egurrola* que ellos tenían cerca de Etxarri, en la sierra de Ataun-Burunda.

El enamoramiento de los padres de Ochoa fue un amor a primera vista. Cherrán era un cliente de su padre que le compraba madera para la construcción naval y se conocían bien. Se casaron en secreto por la fe judía en Navarra y, en Bizkaia, lo hicieron según el rito cristiano. Ester se hizo pasar por cristiana para evitar que los "purasangre" le aplicaran a la familia Andraka-Ohiartzun los modelos de segregación basados en la "limpieza de sangre" que se fueron imponiendo paulatinamente desde fines del Medievo en Bizkaia.

Por otro lado, Ane de Andraka también fue una mujer muy bella que se había casado con un marino de gran tradición, Ander de Ursua, y a cuya boda, celebrada en la nueva Iglesia gótica de San Juan Bautista de Donibane Lohizune, debieron asistir más de mil personas. Cuentan que algunos invitados, por si acaso, fueron con botas y abarcas. El motivo era que nunca habían estado allí y, en el idioma vasco o euskera, el término *Lohizune* significaba "terreno empantanado".

La familia Ursua de la que Johan descendía era muy conocida y respetada en todos los puertos vascos del golfo de Bizkaia por su actividad de armadores, constructores de barcos y financieros de expediciones dedicadas a la pesca del bacalao y a la caza de la ballena. Según se decía, la gran fortuna de los Ursua se debía al hecho de que, anteriormente, también se habían dedicado, de manera más o menos esporádica, a la piratería, tanto en aguas del Atlántico como del Mediterráneo.

Ander de Ursua y Cherrán de Andraka eran socios como carpinteros de ribera y se dedicaban preferentemente a la construcción naval. Tenían un astillero en Donibane Lohizune donde los Andraka-Ohiartzun pasaban temporadas viviendo y lo hacían en el caserío de dos alas y tres plantas de los Ursua-Andraka. De este modo, los primos Johan y Ochoa, durante la juventud siempre estuvieron juntos, al igual que sus madres Ane de Andraka y Ester de Ohiartzun, que

llegaron a tener una relación más que de buenas cuñadas, como buenísimas hermanas.

V

Desde su fundación, Bilbao se asentó sobre un espacio prometedor, pero no era un lugar tan privilegiado como algunos sostienen. Es cierto que su puerto se conectaba con el Océano Atlántico y que su ubicación estaba bien protegida, siendo además un nudo de comunicación entre diferentes territorios y una zona rica en mineral de hierro. Pero no todo eran ventajas.

Bilbao era un puerto muy seguro, pero para llegar hasta él, había que tener en cuenta que navegar desde la desembocadura del Nervión a través de 23 kilómetros de ría era una navegación dificultosa. Por ello, el hecho de mantener en buen estado la ría y facilitar en lo posible la labor de los buques a través de adecuadas estructuras portuarias representaba una labor continua de las autoridades bilbaínas.

A lo largo de su curso, la ría sufría una serie de estrangulamientos que antiguamente hacían muy difícil la navegación para las naves de mayor calado. La embocadura era también muy complicada para los pilotos, que debían sortear una barra de arena móvil que se formaba en este lugar: la famosa y temible barra de Portugalete. La barra cerraba la entrada al estuario y únicamente podía atravesarse por los estrechos pasos que formaban las aguas fluviales y el reflujo de la marea.

Una vez superada la barra de Portugalete, las naves debían enfrentarse, en segundo lugar, con otro banco de arena y grava (algo así como una barra interior) que dividía el tramo final de la ría en dos brazos durante la bajamar. Por tanto, los beneficios consecuentes a la instalación de la villa en un estuario protegido eran oscurecidos por unas condiciones de navegación muy dificultosas.

Según aumentaba el tráfico comercial en la Villa de Bilbao, se creaban nuevas infraestructuras consistentes en acondicionar terraplenes y calas de atraque en la ribera del río, donde los barcos pudieran cargar y descargar con facilidad sus mercancías.

Durante el descenso del barco hacia la desembocadura del Nervión, Ochoa iba observando las importantes obras portuarias que se estaban realizando a lo largo de la ría para mejorar el acceso al puerto de Bilbao, situado desde la desembocadura. Al llegar a la altura de Portugalete, Ochoa observó detenidamente la Torre de Salazar. Recordó que, siendo ya adolescente, había acompañado varias veces a

su padre, Cherrán de Andraka, cuando éste, entre otros negocios, rendía una visita al abanderado Lope García de Salazar.

Mientras su padre, García de Salazar, y otros hombres se reunían para hablar de sus negocios comerciales en la primera planta, Ochoa aprovechaba para subirse a lo alto de la Torre y buscar, entre las almenas, el sitio que mejor permitía contemplar los diferentes panoramas que ofrecía el largo recorrido de la ría del Nervión. Le encantaba observar la pericia de los timoneles para atravesar la dificultosa barra de Portugalete, dificultad que aumentaba en función de la marea.

Una vez, Ochoa contempló con mucho detalle cómo un barco ballenero excesivamente cargado se quedaba embarrancado y acudían en su ayuda diferentes barcos y chalupas que lograron sacar el barco ballenero una vez hubieron desembarcado casi un centenar de barriles de *lumera* o aceite de ballena.

En el siglo XV, el comercio y transporte naval necesitaba de embarcaciones de gran capacidad, autonomía y rapidez, para poder abaratar los costos del transporte. En este sentido, durante el siglo XV se construían en los numerosos astilleros vascos barcos de mayores dimensiones. Al hacerse fijo el timón de codaste, éste podía ser maniobrado desde el interior, lo cual permitía elevar los bordos. Al mismo tiempo, aumentaron las dimensiones de la arboladura y del aparejo, tal como indicaba la presencia de jimelgas o refuerzos en el palo de la embarcación conocida como la coca bayonesa.

Otra transformación que, definitivamente, cambió la construcción naval vasca y posibilitó su enorme crecimiento en el siglo XV fueron los avances técnicos introducidos y el mayor crecimiento del tamaño de las naves que permitieron un regular intercambio con naciones que estaban cada vez más alejadas las unas de las otras. Este hecho retroalimentaba el conjunto exigiendo, a su vez, un aumento de las dimensiones de las naves y la introducción de innovaciones técnicas que lo permitiesen. Es de suponer que la obligatoria respuesta a esta necesidad y el contacto con técnicas aplicadas en el Mediterráneo –a través de sus puertos y comerciantes– conllevó que los vascos adoptaran, posiblemente, durante la segunda mitad del siglo XIV, la técnica mediterránea de construcción naval.

La adopción de este sistema posibilitó y desencadenó una serie de nuevas transformaciones y necesidades, que dieron lugar a las grandes embarcaciones del siglo XV. El nuevo sistema permitía aumentar las dimensiones de las embarcaciones, incrementando la necesidad de trapo para propulsarlas. Se recurrió a la multiplicación del número de mástiles y de velas. El fortalecimiento de las estructuras constructivas

de los barcos, permitió la integración de las superestructuras –castillos de proa y popa– como parte integrante de las mismas, dejando de ser meros añadidos.

En general, las embarcaciones vascas que se construían y utilizaban para los viajes por alta mar eran construidas a tope, disponían de dos castillos integrados en la estructura del barco, muy prominentes, con tres mástiles que contaban con una gran vela cada una –velas cuadradas las del trinquete y mayor y, muchas veces, la vela latina conocida como la de mesana. De esta manera, la flota vasca del siglo XV se había transformado en una de las más importantes de Europa, tanto en cuanto a volumen como en cuanto a características técnicas.

No obstante, para la navegación de cabotaje y cuando la carga no era excesivamente grande, la panzuda coca bayonesa resultaba muy maniobrable y de una gran capacidad, con la ventaja añadida de que con tan solo seis hombres como tripulación se podían desempeñar todas las tareas propias del transporte marítimo hasta el punto de que en el mar Mediterráneo se había convertido en la embarcación ideal para el transporte de mercancías.

VI

A las seis de la tarde del día 15 de mayo de 1488, el barco “Urdazuri” atravesó los acantilados de Aizkorri y bordeó su punta por donde se asentaba la atalaya del Abra, y puso rumbo hacia el este, en dirección al puerto de Donibane Lohizune, situado casi en el vértice del golfo de Bizkaia. Durante el trayecto, Ochoa había estado contemplando toda la cornisa de la costa vasca hasta la ría de Urdazuri situada a unas 60 millas marinas de la desembocadura del Abra. Precisamente, en la ría de Urdazuri es donde se ubicaba el puerto pesquero y mercantil de Donibane Lohizune.

Soplaba viento suave del oeste en una mar con apenas oleaje. La embarcación, cargada con barricas de sidra y vino blanco, lana, aceite de oliva, sal y mineral de hierro, había desplegado totalmente su vela y navegaba viento en popa a una velocidad de unos cinco nudos. Ochoa de Andraka calculaba que atracarían en el puerto de Donibane Lohizune no antes de las cuatro de la mañana.

El sol iba cayendo poco a poco sobre el mar por el oeste. Cuando se hizo la noche, una vez la coca bayonesa hubiera estado a la altura del puerto de Bermeo, Ochoa subió al camarote del capitán Johan de Ursua para cenar. Primero, las luces del pueblo de Bermeo y su puerto y después, las de otros puertos vascos le acompañarían aquella cena.

El cocinero del barco les había preparado una sopa de ajos y unos filetes rebozados de merluza que a los dos primos tanto les gustaba. Dos botellas de sidra y una hogaza de pan de trigo completarían aquella espléndida cena que, a los postres, vendría acompañada de queso seco, nueces y membrillo y unas copas de vino de malvasía que se producía en Grecia y que el padre de Johan importaba desde Venecia para su distribución en los puertos del norte y del oeste de la Península Ibérica.

En efecto, todos los años, el padre de Johan, Ander de Ursua, y algunos comerciantes de Laburdi, fletaban tres barcos que circunvalaban la Península Ibérica para dirigirse a la República de Venecia, donde descargaban lana, queso, vino, licor de armañac, madera de los bosques de las Landas y madera de roble, castaño y haya (cuando ello era permitido y las explotaciones de los bosques locales cubrían las necesidades de construcción naval y de edificios) y mineral de hierro. En el viaje de regreso estos mismos barcos solían venir cargados de sal, sardinas en salazón, cereales, metales preciosos, muebles, cobre, estaño, seda, pieles, telas y vino de malvasía.

Tal como estaba previsto, a las cuatro y diez de la mañana, el barco “Urdazuri” atracaba en el puerto de Donibane Lohizune. Al pisar el muelle, aparecieron media docena de estibadores portuarios que trabajaban para el padre de Johan, descargaron toda la mercancía y la guardaron en diferentes lonjas que se encontraban próximas a los muelles. La embarcación necesitaba realizar una serie de reparaciones de mantenimiento y tardarían dos días más en salir con otra carga de mercancías para transportar al Puerto de Nantes, situado en el Ducado de Bretaña.

Capítulo 2°
Las fabulosas brújulas vikingas

I

Cinco horas después de haber atracado en el puerto de Donibane Lohizune, Johan de Ursua y su primo, Ochoa de Andraka, llegaban al caserío Bihotz Enea, situado en la población cercana de Askain, propiedad de la familia Ursua-Etxebarrieta. Allí era donde vivía su primo Johan junto con su esposa Kattalin y sus tres hijos. Cuando ya se encontraba bajo el dintel de la puerta de la cocina comedor, todos los allí presentes pegaron un grito de alegría y corrieron hacia ellos para saludarles.

La primera que se le acercó y le dio un salto de felino hasta agarrarse a su tío por el cuello y besarlo sonoramente en la cara, mientras reía llena de indisimulada felicidad, fue su sobrina Maddi. A sus casi nueve años, aquella niña de tan buenos modales se estaba convirtiendo en una espigada muchacha morena que ofrecía una cara de bonitas facciones donde destacaban unos grandes y preciosos ojos azules. Su sonrisa era igual que la de las muchachas Ohiartzun que Ochoa tanto conocía por su prima Kattalin, la madre de Maddi, y por su hermana María. Maddi había pegado un buen estirón y llevaba el pelo cortado como los chicos, lo que le daba un aire más gracioso y es que la niña, al menos en los juegos, siempre prefería hacerlo como si fuera un chico y por eso, le gustaba jugar con su hermano, que era un año y medio menor que ella.

Mientras abrazaba a su sobrina, se acercó su sobrino pequeño que, tras darle un beso de compromiso y un simulacro de abrazo, con sus ya recién cumplidos cuatro años, osaba inocentemente preguntarle a su tío qué era lo que le había traído del viaje. Finalmente, ya con el niño sujeto en sus brazos, feliz por haber recibido su palo de regaliz, se le acercó su cuñada Kattalin a la que abrazó con gran cariño. La esposa de Johan era también prima por parte de madre, ya que las madres de ambos eran hermanas y pertenecían a la familia Ohiartzun. Así pues, era normal que el cartógrafo de Lemoiz quisiera a Kattalin como si fuera su hermana, pues a lo largo de vida había habido mucha relación entre ellos.

Durante su infancia y adolescencia, y parte de su juventud, aunque

su prima vivía en Bilbao, pasaba mucho tiempo junto con su madre viviendo en el caserío de Lemoiz o Donibane Lohizune, que es donde conoció a Johan. Lo hacían cuando su padre, Pedro de Echebarrieta, que era capitán de embarcación mercantil, estaba un largo periodo navegando. Ella era hija única y dos años menor que Ochoa y también unos meses mayor que su hermana María. La mujer de Johan llegó a ser también muy amiga de su esposa Enekuri, y siempre le animaba para que no se desesperara porque no se quedaba embarazada.

Kattalin invitó a su primo a que se sentara a desayunar. Como ya sabía lo que le gustaba, le había preparado un filete de carne de vacuno, un par de huevos fritos con berza o repollo y una jarra de sidra. Cuando hubo liquidado este suculento plato, empezó a sorber su tazón de leche. Recapacitando sobre la ausencia de su otro sobrino, el hermano menor de Maddi, Ochoa preguntó por su paradero, el segundo hijo de sus primos, al que él tenía mucho cariño, especialmente porque le recordaba mucho a cómo era él siendo niño.

–Está en el monte ayudando a cuidar las ovejas durante el regreso de los rebaños a los pastos altos de las montañas. Lleva casi dos semanas que no le vemos, espero que aparezca por casa el próximo domingo, un día antes de que partáis para Nantes, y lo puedas ver. En ese sentido, es igual que tú de pequeño. Le gusta la vida silvestre más que a una vaca una col –comentó Kattalin riéndose.

En aquel momento, apareció su primo por la puerta. La víspera, mientras Ochoa y la mayoría de los marineros del barco “Urdazuri” dormían durante el trayecto de Bilbao a Donibane Lohizune, Johan y un marinero que actuaba de copiloto, se encargaban de pilotar la nave. Aquella mañana Johan durmió lo necesario como para recuperarse y se notaba que lo había hecho pues estaba lleno de dinamismo.

En seguida, mientras degustaban el *hamaiketako*, o comida de media mañana, Johan propuso encontrarse con su padre en el astillero del puerto y comer con él. Aquella noticia le alegró, pero también le hizo soltar el cacho del sabroso pastel de manzana que estaba comiendo y depositarlo suavemente sobre el plato. En menos de dos horas, iban a estar comiendo de nuevo y Ochoa comprendió que debía guardar un hueco en su estómago para la ocasión. Así era Baskonia, todos los negocios y asuntos de familia se arreglaban y alegraban comiendo. Era muy difícil comprender por qué no había más gordos en Baskonia.

Mientras se ponía las botas de montar, Ochoa contempló el monte Larrún que se erigía como un gigante sobre su atalaya de casi mil metros de altura, contemplando el mar que albergaba el golfo de

Bizkaia y dejando a sus pies el caserío de Askain y el puerto de Donibane Lohizune. Andraka había subido más de diez veces aquella montaña y, si tenían tiempo, pensaba hacerlo antes de partir hacia Nantes. Desde su cumbre el paisaje que divisaba era espectacular pues, en un día claro, el panorama abarcaba casi los siete territorios de los vascos.

II

Johan y Ochoa cabalgaron durante menos de media hora para llegar desde Askain, donde se encontraba el caserío, hasta el puerto de Donibane Lohizune. Allí, justo en la entrada de la ría, se encontraba el astillero del padre de Johan, Ander de Ursua, y del que su padre había sido también socio principal y ahora, una vez muerto, él había heredado su parte. Cuando llegaron, Ander de Ursua les estaba aguardando en la serrería o *egurrola* previa al astillero.

–Te veo muy bien, sobrino –exclamó el tío dándole una palmada de bienvenida en la espalda–. Kattalin me dijo que viajarás con él hasta Flandes. –Y dirigiéndose a su hijo Johan añadió–. ¿Cuándo zarpáis a la mar?

–El domingo a la noche, Dios mediante. Ya prácticamente tenemos toda la carga en los almacenes de los muelles y el domingo a la mañana recibiremos unas 200 barricas de anchoas en salazón que los txaluperos de Hondarribia, aprovechando que han estado pescando abundante anchoa al cerco durante este mes, tienen ahora a buen precio y se puede exportar sin problemas. Como ya sabes, es una mercancía que está de moda y se vende fácilmente en los puertos del norte. Por eso, no quisiera vender todo en Nantes y me gustaría dejar algo más de la mitad para Londres, Rouen y Brujas, como hacemos todos los años –contestó Johan, mientras su padre asentía con la cabeza y atendía en ese momento a un ebanista que reclamaba su presencia en el astillero.

Las anchoas en salazón era la forma más primitiva y la más usual de conservar el pescado. En el caso de las anchoas, las sardinas e incluso el bacalao, se limpiaban y se ponían en barricas en capas alternándolas con abundante sal gorda. Una vez lleno el recipiente, se ponían piedras encima para que hicieran de peso y se dejaba curar durante unos cuatro meses. Luego se limpiaban las anchoas, y se solían consumir echando un poco de aceite de oliva por encima y, en algunas plazas, algunos como Johan y Ochoa, simplemente añadían ajo picado y perejil, antes de verter el aceite de oliva encima de las anchoas.

De nuevo, Ander de Ursua se juntó con su hijo y su sobrino y, sin mediar ninguna otra palabra, planteó otra cuestión que ahora dirigió directamente a su sobrino Ochoa.

–Aunque sobre ello también hablaremos más tarde durante la comida, quiero que sepas, mi sobrino querido, que desde hace más de una semana me he estado ocupando de que, para cuando estuvieras ya aquí, yo te pudiera entregar las brújulas vikingas. Tú dejaste encargo de que alguien te recogiera las brújulas que hace unos cuatro años depositaste en la Iglesia del Espíritu Santo de Baiona para su custodia. Como Johan no estaba y tenía que viajar a Baiona, he ido yo a recogerlas, pero no ha sido posible puesto que para recogerlas tienes que ir tú personalmente y presentar la acreditación que te entregaron entonces.

—No te preocupes, *aita*[1] —le respondió Johan—, mañana que es jueves, mi criado Muxil nos llevará a Baiona en la carreta de mulas y lo podrá hacer Ochoa. Además, dado de que el barrio del Santo Espíritu de Baiona se encuentra fuera de las murallas, ello nos evitará tener que pagar los peajes abusivos por atravesar sus puertas de entrada. Por cierto, de paso quiero que conozca la nueva posada que ha construido tu amigo, el judeo-catalán. –Johan se dirigió entonces a su primo Ochoa para explicarle–. Allí se come muy bien y variado puesto que es una posada para aquellos peregrinos que llegan a Baiona desde el centro y norte de Europa para hacer andando el Camino de Santiago. Te gustará mucho visitar la posada y hablar con Jacob, el dueño, que es muy agradable y amigo de tu tío. Me gustaría invitarte a comer allí. ¿Qué te parece, primo? –preguntó Johan como quien da por supuesto que la respuesta de Ochoa iba a ser positiva como así fue.

–¿No habrá también otro motivo para ir a la posada de mi amigo que no nos quieras contar? –insinuó Ander, el padre de Johan, con su típico tono burlón.

–Bueno, también trabaja una muchacha morena que es muy bonita y que es la hija del dueño. Es una mujer que estoy seguro que a Ochoa le agradará conocer –respondió Johan esbozando una amplia sonrisa, pero sin atreverse a mirar la cara que pondría en esos instantes su primo.

–Si es así como dices, haces muy bien, hijo. Yo ya conozco a esa muchacha y puedo afirmar que es bellísima, tanto por dentro como por fuera. Sería para mi sobrino una buenísima esposa. Ya es hora de que Ochoa empiece a intentar crear una nueva familia. Los años no pasan en balde y luego ocurre que cuando eres mayor te quedas *mutilzaharra*[2] y te mueres solo como un perro callejero –asintió

Ander de Ursua, mirando sonriente a su sobrino y dándole un nuevo golpe en la espalda en señal de cariño.

Ochoa iba a responderles algo a los dos, pero se encontró con el dedo autoritario de su tío Ander, que le rogaba que continuara en silencio. Se levantó de la silla y se puso detrás de su sobrino sentado en su silla, y agarrándole de los hombros.

–Sabes de sobra, Ochoa, que te quiero como un hijo y no deseo, por nada en el mundo, que renuncies al amor y a la felicidad en tu vida y todo porque a una edad aún joven perdiste a tu buena esposa y a tu hijo que iba ya avanzado en camino de serlo. Es cierto que te quedaste viudo y que sigues muy perdido por lo que te ocurrió hace ya cinco años. Eso no podemos cambiarlo. Sin embargo, ya ha llegado la hora de que coloques las ruedas en tu carreta y reemprendas el camino de tu vida, que busques y que encuentres una mujer limpia y buena, que te haga feliz y que haga de tu caserío un nuevo hogar donde puedas criar hijos sanos, de buenos principios y valores morales y temerosos de Dios. Tu buena esposa Enekuri, que en paz descanse, no regresará más a tu vida. Tienes que empezar a conocer otra mujer que esté a su altura y colme de felicidad tu vida y te ayude, como buena compañera, a crear esa familia que tanto has añorado tener. Mi hijo Johan, que también es primo tuyo, mañana te presentará una muchacha. Hazle caso y agradéceselo.

Cuando quedaron solos los primos y ya cabalgando de vuelta al caserío de Askain, Ochoa detuvo el caballo y, mediante un brusco giro, lo colocó parado atravesando el camino. Quería hacer que Johan detuviera bruscamente su caballo. Cuando Johan detuvo su caballo para no chocar contra el caballo de Ochoa, éste último exclamó:

–No sabía, primo, que también ejercieras el oficio de casamentero pero bueno, has de saber que lo comprendo y te lo agradezco mucho. –Y así, sin mirar para atrás, al objeto de no tener que contemplar la cara que ponía su primo, Ochoa apretó con los tacones de sus botas la panza del caballo y éste aceleró su marcha hasta el caserío.

III

A finales del siglo XII, fue cuando la Orden de San Juan de Jerusalén se estableció en lo que sería para Baiona y los baioneses del siglo XV, un lugar conocido como el barrio de extramuros del Santo Espíritu. En aquel tiempo, la Orden de San Juan de Jerusalén inauguró un hospicio que contaba con un priorato ubicado allí mismo y que pretendía dar la bienvenida a los peregrinos procedentes del centro y norte de Europa –en especial, de Inglaterra, Irlanda, Gales, Escocia, Flandes y reinos

escandinavos– que desembarcaban en el puerto de Baiona al objeto de continuar peregrinando a pie el camino que iba hasta Santiago de Compostela.

En el año 1463, el rey Luis XI de Francia construyó una nueva iglesia para reemplazar la antigua capilla románica. De este modo, la Iglesia del Santo Espíritu se convirtió en una colegiata que tenía bóvedas góticas típicas que eran propias del estilo extravagante. Este llamado estilo "extravagante" de arquitectura gótica consistía en un florido estilo gótico que se extendió en Francia a partir del año 1350. En el caso del interior de la Iglesia bayonesa, se había mantenido escondida la cripta de lo que fuera la anterior iglesia románica para que así, diversos objetos secretos y de valor pudieran ser guardados y custodiados por la orden de San Juan de Jerusalén.

Fue el tío de Ochoa, Ander de Ursua, el que le recomendó a su sobrino, al regresar de la tierra y los mares del lejano Occidente, que depositara para su custodia allí las brújulas vikingas que permitían navegar a los barcos conociendo su situación geográfica, aunque el día estuviera nublado.

La idea de guardar la brújula vikinga fue para que no cayera en manos de competidores de los vascos que, poco a poco, iban preparando en secreto la pesquería del bacalao y la caza de la ballena en Vinlandia, como los vikingos denominaron a aquellas tierras cuyas costas estaban bañadas por un mar donde las capturas de bacalao y de ballena eran las mayores que cualquier flota de barcos balleneros pudiera soñar.

La brújula vikinga fue el artefacto o instrumento clave que los vikingos utilizaron para garantizar en todo momento la orientación marítima y de este modo poder establecer un rumbo. Los vikingos, además de ser agricultores y, por temporadas, guerreros y saqueadores, destacaron por ser también unos navegantes excepcionales gracias a que conocían la piedra solar o brújula vikinga.

Este artefacto les permitía orientarse en medio de densas nieblas o incluso de noche. Muy anterior a la brújula magnética que introdujera Marco Polo en Europa, en el siglo XII, la brújula vikinga supuso una ventaja formidable para los navegantes escandinavos. En efecto, a finales del siglo X y comienzos del siglo XI, los vikingos fueron capaces de emprender largas travesías por el océano Atlántico, llegando a su vez, hasta tierras situadas más al oeste que las islas Feroe, Islandia e, incluso Groenlandia.

Ochoa de Andraka conocía muy bien el funcionamiento de la brújula vikinga. El artefacto constaba de dos elementos: un disco de madera con un palito erguido en el centro y una piedra solar. La

piedra solar estaba hecha de espato de Islandia, que es un mineral transparente de doble refracción que permite detectar fácilmente el sol y que los vikingos descubrieron en ese país. Gracias a sus propiedades, aunque el cielo esté nublado o el sol acabe de ponerse, esta variedad de la calcita pulida polariza los rayos ultravioletas de modo que es más sencillo detectar su origen. Simplemente, donde está el Sol se ve una mancha azulada en el cristal.

Una vez localizado el sol gracias a la piedra solar, los navegantes vikingos marcaban su posición en el disco de madera. Como si el sol estuviera visible, marcaban la sombra que emanaría del palo central. Gracias a ello, identificaban los puntos cardinales.

Cuando Ochoa de Andraka realizó sus primeros experimentos con estas piedras solares, comprobó que aquello funcionaba y que él era capaz de localizar el norte con un margen de error de tan solo cuatro grados. Además, el método seguía funcionando unos 50 minutos después de la puesta de sol. Para Ochoa aquello fue la prueba decisiva de que la brújula vikinga podía funcionar incluso en condiciones climáticas adversas.

Lógicamente, cuando había sol bastaba con utilizar el disco de madera, que se colocaba flotando sobre un recipiente del palo para mantenerse horizontal. La sombra del palo indicaba claramente la línea Este-Oeste.

Con anterioridad al descubrimiento de Islandia y el hallazgo de las propiedades mágicas del espato de Islandia, los vikingos utilizaron otro material como la cordierita, que es un mineral que cambia de color cuando absorbe más luz y que sí se encuentra en el reino de Dinamarca y que engloba también a los reinos de Noruega y de Suecia.

En cierto modo, la piedra solar de los vikingos era como un diminuto reloj de sol que permitía determinar la posición del mismo astro y, por tanto, permite calcular la hora del día en un día nublado. Lo mismo ocurre en un día en el que está cayendo una abundante nevada. Todas estas propiedades hacían suponer que realmente se utilizaba para determinar la posición del sol y, por tanto, la hora del día y, a su vez, la hora en la que debían realizarse los oficios religiosos.

A pesar de navegar muchas veces soportando días nublados, los vikingos escudriñaban el cielo con un cristal de espato de Islandia y lo hacían girar mientras barrían el horizonte en un círculo. En un punto determinado encontraban que el brillo aumentaba notablemente a través del cristal. Era entonces cuando determinaban así una línea que apuntaba hacia el sol.

Continuaban navegando durante un tiempo y repetían la misma operación. Esas dos líneas daban una buena estimación de dónde se encontraba el astro. Con un artilugio móvil, colocaban una antorcha en una posición de esa dirección simulando así la estrella. Con un reloj solar averiguaban no solo la hora, sino que mantenían la posición del sol. De esta manera determinaban la posición y mantenían el rumbo.

Naturalmente, Ochoa de Andraka, como cartógrafo y buen maestre de naos, cocas y carabelas que era, manejaba la brújula magnética, el astrolabio náutico que utilizaban los portugueses, la ballestilla o báculo de Jacob, así como la corredera para medir los nudos y un reloj de arena de increíble precisión que desde hace ochos años siempre acompañaba a Ochoa de Andraka en la elaboración detallada de sus mapas, portulanos y cartas de navegación.

IV

El sargento de la orden de Caballeros de San Juan de Jerusalén que custodiaba el enclave, el hospital y la Iglesia del Santo Espíritu y sus dependencias, recibió enseguida a Ochoa de Andraka y a Johan de Ursua cuando estos se personaron en el puesto de guardia. Se llamaba Gastón de Arzacq y tenía familia en Donostia –una ciudad de Baskonia también conocida como San Sebastián.

Su esposa era baionesa y era hija de un importante mercader de hierros y lanas por lo que la relación de su suegro con el Puerto de Bilbao era muy importante. Quizá fuera por ello por lo que se sintió desde el principio muy interesado en resolver cualquier problema que se presentara para que, de este modo, pudiera satisfacer debidamente y cuanto antes, la demanda de Ochoa de Andraka.

Cuando el cartógrafo presentó las credenciales y el recibo del pago de honorarios, el sargento Gastón de Arzacq se percató de que la custodia de aquel extraño artefacto vikingo tenía un periodo de validez de diez años y que tan solo habían trascurrido cinco años. Recogió las credenciales y el recibo de pago de Ochoa de Andraka e introdujo los papeles en un bolsín que se llevó consigo.

Gastón se levantó de la silla y les pidió amablemente a los dos primos que le acompañaran. Una vez dentro de la cripta, Ochoa identificó el cofre, lo abrió y allí encontró los dos componentes del artefacto que comprendía la brújula vikinga. Su alegría era imposible de disimular.

Al despedirse del oficial al cargo del enclave de los Caballeros de la orden de San Juan de Jerusalén, Ochoa guardó con mucho cuidado el cofre donde guardaba el artefacto en su bolsa de viaje. Se acercaron a

la carreta de mulas donde se encontraba Muxil esperándoles y guardaron bajo llave, en un baúl de la carreta, la bolsa de viaje. Luego, sin mediar palabra entre los primos, Johan le ordenó a su criado que se dirigiera a la dirección donde se encontraba la nueva posada. Ochoa entendió a dónde se dirigían y comentó en voz alta:

–El almuerzo lo pago yo puesto que el sargento Gastón de Arzacq me ha devuelto el dinero por los cinco años que no utilizamos los servicios de custodia y esto hay que celebrarlo. Me queda claro que los Caballeros de la orden de San Juan de Jerusalén son personas de honor.

V

La "Posada de Jacob" estaba llena de peregrinos que esperaban recibir una buena ración de comida sabrosa y caliente antes de partir aquella tarde por el camino de Santiago. La mayoría de estos peregrinos no se detendría en Baiona y seguirían andando por la ruta jacobea hasta llegar, en apenas mes y medio, a la anhelada meta sita en Santiago de Compostela.

Jacob de Besalú era el dueño de la posada. Se trataba de un judío catalán que provenía del "call" o judería de Girona y que había llegado hacía un año con su familia a Baiona, al objeto de ayudar a crear allí una judería, como las más de cuarenta comunidades que ya existían en el reino de Navarra. Se trataba de construir una comunidad para acoger a cuantos judíos expulsados de Castilla y Aragón desearan establecerse en algún lugar próximo a Sefarad.

Los rumores acerca de una pronta expulsión de los judíos de los reinos de Castilla y Aragón ya no daban lugar a dudas. En el año 1488, solo había ocho familias hebreas que vivían en Baiona. Pero se esperaba que llegaran unas veinte familias judías más antes de fin de año, procedentes de dichos reinos.

Desde los tiempos que se conocen desde los albores del siglo X, la tolerancia religiosa en los reinos de Castilla y Aragón con las otras religiones no cristianas había sido una gran mentira. No fueron nunca ajenos al crecimiento de un antijudaísmo cada vez más fanático y sectario que había comenzado a convertirse, incluso, en un movimiento criminal y asesino como los que se actuaron en Barcelona, el 5 de agosto de 1391.

En efecto, en esa vergonzosa fecha para la historia de Barcelona, la ciudad condal se vistió de sangre derramada por unos cobardes asesinos. Se dice que una masa incontrolada de gente –o quizás una masa de gente demasiado controlada por líderes eclesiásticos con

intereses mezquinos– destrozaba la puerta de entrada al Call o Judería y se metía al saqueo de las casas, de los obradores, de los comercios y de las sinagogas del barrio.

Sin escrúpulo alguno, aquella manada de bestias asesinaba a las personas que no se habían podido refugiar en el castillo y que se habían resistido a ser conducidas a los templos cristianos con el propósito de bautizarlas a la fuerza. En el transcurso de aquella trágica jornada, más de 300 personas murieron asesinadas y más de 3.000 fueron brutalmente agredidas, cuando no violadas y forzadas a bautizarse en la fe cristiana.

A partir de 1475, durante el reinado conjunto de los reinos de Castilla y de Aragón, debido al matrimonio entre la reina Isabel I de Castilla y Fernando V de Aragón, resultaba evidente que los judíos ya no formaban un grupo social homogéneo. Había entre ellos diferentes clases sociales tal como ocurría en la sociedad cristiana. Existía una pequeña minoría de judíos muy ricos, muy influyentes y muy bien situados, junto a una masa de gente sencilla que pasaba sus penalidades como los demás y que, fundamentalmente, eran agricultores, artesanos y tenderos.

En realidad, lo que unía a los judíos eran sus propias señas de identidad y el sentido de pertenencia a una misma cultura y la práctica de una misma fe religiosa. Se trataba de una fe diferente de la única reconocida y lo que hacía de ellos una comunidad separada dentro de la monarquía no era otra cosa que el sentido de “propiedad” que de ellos tenía la corona y a causa del cual los protegía. Así pues, los judíos no formaban un Estado dentro del Estado, sino más bien una micro-sociedad que convivía como una minoría al lado de la sociedad cristiana mayoritaria.

Sin embargo, los judíos conformaban una minoría que no era respetada en absoluto ya que no gozaba de la plenitud de los derechos civiles puesto que tenían un régimen fiscal específico mucho más oneroso que el de los cristianos y estaban excluidos de los cargos que les pudieran conferir autoridad sobre los cristianos. Además, llegó un momento en el que las vejaciones y discriminaciones que padecían los judíos alcanzaron un hito histórico cuando empezaron a ser todo el tiempo instigadas y alentadas por las predicaciones de los frailes de las órdenes mendicantes.

Así es como son obligados los judíos, por las Cortes de Toledo, a vivir en barrios separados, y es a partir de 1480 cuando las juderías quedaron convertidas en guetos cercados por muros y se obligó cínicamente a los judíos a recluirse en ellos para evitar que originaran confusión y daño a la santa fe cristiana. Fue un proceso largo que

también demostró la crueldad con que se desarrollaba. Un proceso para el que se estableció un plazo de dos años, pero que, en 1488, duraba ya ocho años, todos ellos cuajados de problemas y de abusos por parte de la mayoría de los cristianos que miraban hacia otro lado.

Además, la instauración en ambos reinos de la Santa Inquisición o Tribunal del Santo Oficio –en 1478 para la Corona de Castilla y en 1483 para la Corona de Aragón– en la medida que esta institución era cada vez más agresiva, intolerante y radical, predecía una rápida expulsión de los judíos como ya había ocurrido en Andalucía, por lo que diversas comunidades judías habían decidido preparar las migraciones masivas de judíos hacia otros países, antes de que fuera demasiado tarde.

Así, la migración de la familia del judío catalán, Jacob de Besalú, a la capital de la Baskonia Norte, Baiona, no era más que un ejemplo de los muchos esfuerzos del pueblo judío por intentar preparar lugares de acogida que paliasen el sentimiento de dolor y desarraigo de los expulsados y fortaleciesen su fe religiosa, sus señas de identidad y su sentido de pertenencia en los nuevos países, regiones y ciudades de acogida.

VI

Durante la comida en la Posada de Jacob, Johan insistió en la necesidad que tenía su primo de contratar a un joven para que éste le ayudara en las tareas propias de la cartografía náutica. Ochoa de Andraka estaba completamente de acuerdo con él, sin embargo, las prisas de su partida y el hecho de que su maestro y mentor, Juan Vizcaíno de Lakotsa, le hubiera aconsejado que hablara sobre ese tema con su tío, el padre de Johan, le habían obligado a dejar aparcado el tema.

–Había pensado hablar con tu padre sobre este asunto y hacerlo cuando regresáramos a Donibane Lohizune. De todos modos, se lo empecé a comentar ayer. Fue algo que se lo dije de pasada para abordarlo más tarde, pero tu padre me respondió que hablaríamos hoy, aunque también me dijo que no me preocupara tanto, puesto que tú ya conocías a un muchacho que había trabajado ayudando a cartógrafos genoveses, catalanes, portugueses y venecianos en la elaboración de diferentes cartas portulanas del Mediterráneo, de la Península Ibérica y del golfo de Bizkaia.

–Sí, es cierto, por eso te dije que viniéramos a comer a esta posada. Cuando entramos, te presenté a Jacob de Besalú y a su mujer Rebeca, que estaba con su hijo el pequeño. Ella es la que lleva la cocina de la

posada. También te presenté al hijo mayor, Reuven, que se encarga del orden y limpieza de los dormitorios y a su hermana Naomi, la joven muchacha que tanto te agradó y que no le quitabas el ojo de encima durante todo el rato hasta que nos sirvieron la comida y ella tuvo que irse a cuidar a una peregrina que había llegado de Londres y que se encontraba enferma –respondió Johan sonriendo mientras miraba maliciosamente los gestos que hacía su primo con la cara.

–Sí que me gustó esa muchacha y mucho, además –confesó Ochoa con cierto sentido de la vergüenza y guardándose para sí que le gustaron su olor a esencia de rosas, su esbelta figura y sus pechos bien puestos, pero sin exagerar, su piel bronceada y suave, sus labios sonrosados y frescos, su cabello castaño, sus grandes ojos de color caramelo y, en cambio, prefirió decirle a su primo–. Me agradó el aplomo y la seguridad con la que nos hablaba. Comprendí que encerraba un gran corazón y que se trataba de una mujer muy inteligente. Utilizaba un vocabulario muy culto. Quizás la noté que estaba excesivamente delgada, pero comprendí que eso podía ser debido a que trabajaba en exceso. ¡Lástima que se hubiera tenido que ir! Me hubiera gustado mucho haberme podido despedir de ella –concluyó Ochoa su reflexiva explicación final que acabaría casi sin voz.

Ochoa iba a contestarle algo a su primo Johan cuando éste se levantó de la silla para saludar a un joven de pelo corto y delgado que se acercaba a la mesa donde los primos estaban. Se hicieron un gesto de saludo y Johan le señaló a quién tenía sentado enfrente. Se trataba del joven –el que era hermano gemelo de Naomi– que iba a trabajar para él como ayudante de cartógrafo. Ochoa se levantó también para saludarle y le dio la mano.

–He aquí a tu joven ayudante, primo, del que ya te había hablado. Quizás notes que tiene bastante parecido con Naomi, pero eso es muy normal porque se trata de su hermano gemelo de nombre Gabriel. Su familia le llama Gabi pero él prefiere que le llamemos Gabriel. Es un muchacho que tiene mucha madera como cartógrafo náutico y seguro que tú sacas mucho fuego de él. Cuando lleguemos al caserío ya te enseñaré también los informes sobre Gabi que escriben los diferentes maestros que han trabajado con él y que nos ofrecen unas excelentes referencias, resaltando que sus trabajos como copista de mapas o cartas de navegación son de los mejores que se han visto.

Cuando se sentaron de nuevo en la carreta, la conversación se volvió intensiva y desenfadada y los primos no dejaron de hablar animadamente durante todo el camino de regreso al caserío de Askain. Ochoa sabía que contratar a Gabi había sido todo un acierto y se lo

agradeció vivamente a su primo. De este modo, presentía que el éxito de la misión estaba cada vez más garantizado. De pronto, sintió que le crecían las ganas de partir a navegar cuanto antes.

Mañana ascendería hasta la cumbre del monte Larrún desde donde se divisaba la inmensidad del golfo de Bizkaia y algo de los siete territorios de Baskonia. Al mediodía, tal como estaba acordado, Ochoa descendería hasta la borda de pastores de las praderas de montaña para recoger a su sobrino, al que tenía muchas ganas de ver pues era su sobrino favorito. Aunque decía que no sabía por qué, todo el mundo sabía que era por lo mucho que el sobrino se parecía a él. El cartógrafo vasco pensó también en el domingo a la tarde, cuando zarparían hacia Nantes. En el dique del puerto, donde les esperaría la nao “Ciburu” lista para zarpar, también se encontraría Gabi, su nuevo ayudante, tal como habían acordado. Ochoa se prometió que él sería tan buen maestro de aquel muchacho como Juan Vizcaíno de Lakotsa lo había sido de él.

Capítulo 3°
El mapa vasco de las pesquerías de las tierras lejanas de occidente

I

Durante el siglo XV, eran numerosos los barcos vascos que zarpaban tanto de Flandes, como de Nantes, de Rouen o de Londres para navegar hasta Bilbao, Baiona o Lisboa y regresar de nuevo con carga a los puertos de centro y norte de Europa.

A los vascos se les denomina como los "navegantes de derrota" porque siempre estaban navegando y resultaba muy curioso lo familiarizados que estaban con las comunidades de franciscanos. La atracción era mutua, hasta el punto de que los franciscanos acogían a los marinos y comerciantes vascos y los recomendaban en las ciudades portuarias de otros países.

Así, la creación en Nantes de una Hermandad llamada "Confrérie de la Contratation", que aglutinaba a armadores y comerciantes vascos y bretones, tenía su sede en el convento franciscano local. La orden de los franciscanos se estableció en Nantes en el siglo XIII, antes de 1253.

La familia de Rieux o la de los duques de Bretaña les ofrecieron el terreno en el que comenzaron a construir su convento. El lugar donde se erigió contenía una capilla en honor del arcángel San Miguel y que formaba parte del recinto galorromano, aunque que éste ya había perdido su vocación defensiva allí pues se había construido una nueva muralla.

Con el tiempo, los religiosos franciscanos fueron muy conscientes de que también debían colaborar e implicarse en las actividades comerciales de la comunidad bretona y pusieron el convento a disposición del comercio con otras naciones como la vasca. Así, en el año 1488, más de veinte corporaciones artesanales tenían un lugar de reunión allí, una sala de archivo y una capilla. Allí se celebraron las asambleas generales de la universidad, una sala que incluso se llamaba "sala universitaria".

Durante el siglo XV fue cuando Nantes realmente despegó. La ciudad se desarrolló particularmente bajo el reinado de Jean V, que con una hábil política de neutralidad durante la Guerra de los Cien

Años garantiza la paz y la prosperidad a toda Bretaña, la construcción de la catedral actual comienza el 14 de abril de 1434 con el duque Jean V y Jean de Malestroit. Nantes continuó su desarrollo bajo el impulso del duque François II de Bretaña y su gobierno dirigido por el canciller de Bretaña, Guillaume Chauvin y el tesorero de Bretaña, Pierre Landais, quien fomentó el comercio y fundó la Universidad de Bretaña en 1460. El castillo de los duques de Bretaña, reconstruido y ampliado por François II a partir de 1466, recibía a la corte ducal.

Quizás la expresión más bella del renacimiento que se experimentó en Nantes durante el siglo XV sea como el correspondiente a una capital de un Estado próspero y moderno, tal como era Bretaña. Desgraciadamente, la prosperidad de uno suele venir acompaña de la envidia y de la avaricia del vecino. Francia ansiaba adueñarse de Bretaña y no pararía hasta conseguirlo.

II

Durante el reinado del duque de Bretaña, François II, la corte bretona contó con el asesoramiento de un ilustre exiliado vasco que actuó como un sabio consejero del duque. Eneko de Bidaburu procedía de una distinguida familia guipuzcoana del bando de los gamboínos que escapó de Baskonia occidental harto ya de la guerra fratricida entre unos paisanos que deseaban vivir al amparo del rey de Navarra y otros que deseaban vivir al amparo de rey de Castilla cuando para él, lo más inteligente era vivir al amparo de nadie y, si ello no era posible, al amparo de muchos como hacían los bretones.

El Señorío de Bizkaia fue el primer territorio vasco de Baskonia en dejar de pertenecer al Reino de Navarra, ya que en 1179 Sancho el Sabio se vio obligado a pactar la cesión de parte de sus territorios a Castilla. Mientras La Rioja era también anexionada a la corona castellana, Bizkaia volvía a ser independiente, pero bajo la órbita de Castilla, restaurándose el señorío vizcaíno que pasaría a ser gobernado, de nuevo, por la dinastía pro-castellana de los Haro.

El territorio alavés fue invadido por Castilla en 1200 y después de 132 años de ocupación fue anexionado a la corona castellana. Finalmente, en el caso guipuzcoano, sus territorios fueron invadidos y

anexionados por Castilla en 1200 y así empezó la guerra banderiza que daría comienzo a una de las etapas más convulsas de la historia vasca que impulsaron continuas luchas entre los diferentes bandos que pugnaban por alcanzar el control de los diferentes territorios vascos.

Los gamboínos y los oñacinos eran las fracciones banderizas que se disputaban el control de las regiones de la Baskonia occidental; siendo disputado este control en Navarra por agramonteses y beamonteses. Los gamboínos eran leales a la corona de Navarra; los oñacinos, en cambio, eran partidarios de la relación, que no la unión, de Baskonia occidental con Castilla, si bien estas lealtades a una u otra corona cambiaron algunas veces en función de los intereses de cada fracción.

Sin embargo, la estirpe de los Andraka y los Ohiartzun de Baskonia occidental, a la que pertenecía Ochoa, siempre sería leal a los gamboínos partidarios de la corona de Navarra, aunque él, si bien mantenía sus preferencias por el reino de Navarra, prefería no entrar en esos temas.

Su cabeza la tenía puesta en lo ancho y grande del mundo. Además, sus abuelos maternos siempre fueron vascos de Navarra, pero de religión judía y murieron profesando dicha fe religiosa.

Su madre Ester aparentaba ser cristiana, pero en realidad fue una criptojudía que encendía las velas en Shabat y en Jánuca y colocaba escondidas las *mezuzot* de las puertas para no llamar la atención de que su casa era también “kasher” para la fe judía.

El antisemitismo de Castilla, muy contrario al trato que los judíos recibían en Navarra, le hacía recelar mucho de la reina Isabel de Castilla. Ochoa y su hermana María, a la que su madre llamaba Miriam, no se educaron en la fe cristiana y de ahí que la primera oración que aprendieron fuera el rezo judío “Shemá Israel” y que Ochoa estuviera circuncidado a los ocho días de nacer.

III

A lo largo de sus fructíferos años de gobierno del ducado de Bretaña, François II prosiguió ampliando la política de los duques de la familia Montfort, iniciada con Juan IV de Bretaña, y consistente en alejarse de la tutela de sus poderosos vecinos, Inglaterra y Francia, creando para ello estructuras que buscaban la gestión de un estado centralizado y que aspiraban a la plena soberanía de Bretaña. Habiendo vivido en la corte francesa y conociendo el funcionamiento de las estructuras administrativas de un Estado grande, el duque supo cómo obtener de la Santa Sede la creación de la Universidad de Nantes.

Lo hizo durante la década de los años 60 del siglo XV, dotando así

a Bretaña de los medios para la formación de sus prelados, oficiales, cuadros y magistrados. A su vez, estableció las sesiones estacionales de justicia de los Estados de Bretaña en un Parlamento con sede en Vannes. De esta manera, dicha Corte de Justicia bretona pudo ser soberana y eliminó toda posibilidad de apelación alguna ante el Parlamento de París.

No obstante, en el ducado de Bretaña, las relaciones se agravaron con Francia debido a los problemas de sucesión que se produjeron por el hecho de que François II no tuviera un hijo legítimo para sucederlo. Su última esposa, Margarita de Foix e Infanta de Navarra, solo le había dado dos hijas: Ana de Bretaña e Isabel de Bretaña, y había muerto en 1486. Todo el mundo daba por hecho de que el ducado, después de la muerte del duque François II, sería sucedido por su hija, Ana de Bretaña, nacida en 1477 en Nantes.

El rey de Francia quería imponer que fuera un francés, elegido por él, el que se casara con la sucesora de François II, Ana de Bretaña, para asegurarse la unión del ducado de Bretaña a la corona francesa. Naturalmente, el duque de Bretaña se oponía frontalmente a dicha pretensión francesa. La guerra entre el Ducado de Bretaña y el reino de Francia había empezado y las noticias que llegaban a Laburdi, o a la "Tierra de los cuatro ríos" donde se encontraban Baiona y Donibane Lohizune, era que la situación en Nantes, y en todo el ducado de Bretaña, cada vez sería más preocupante.

IV

A las once de la noche del domingo 20 de mayo de 1488, la nao "Ciburu", de unos 25 metros de eslora, y con unas 350 toneladas de carga, zarpó del puerto de Donibane Lohizune rumbo al puerto de Nantes, Bretaña. Las naos que construía el padre de Johan, Ander de Ursua, eran toda una innovación náutica. Eran naos de las de uso múltiple que no se les podía clasificar como barcos empleados solamente para la caza de la ballena o la pesca del bacalao en alta mar, o el transporte de mineral de hierro de Bilbao o de lana castellana a Flandes, o en el comercio con Inglaterra, o como barcos de guerra de las armadas reales.

En general, eran naos de tres mástiles y aprovechaban todo lo bueno de la coca bayonesa como era el casco redondo y panzudo, las velas cuadradas, el timón de codaste y castillo de popa, pero a diferencia de las cocas, solían llevar dos mástiles más como el trinquete (a menudo en caída, es decir, ligeramente inclinado hacia delante), el palo mayor y el palo mesana, además del bauprés, que se

proyectaba desde el castillo de proa.

A decir verdad, las naos eran una evolución de las cocas medievales, eran barcos mercantes de casco redondo y un solo mástil con vela cuadrada. Las cocas, a su vez, eran lo que los vikingos habían desarrollado para los *knarr*, sus barcos mercantes.

Hacia el siglo XIII, cuando el periodo vikingo ya había terminado desde hacía más de dos siglos, las cocas bayonesas introdujeron un nuevo adelanto técnico: el timón de codaste, que reemplazaba al timón de espadilla, utilizado por las naos de los siglos XIV y XV y que estaba considerado como un claro aporte vasco al arte de la navegación.

La tripulación de la nao "Ciburu" estaba formada por el capitán, Johan de Ursua, un timonel o piloto, un cocinero, un contramaestre, dos toneleros y ocho marineros y dos pasajeros: el cartógrafo náutico, Ochoa de Andraka, y su ayudante, Gabriel de Besalú. Soplaba viento de poniente y, durante toda la singladura, si es que la dirección del viento no experimentaba cambio alguno, la costa quedaría a sotavento y la embarcación navegaría con el viento de través por babor.

Ochoa de Andraka había ordenado a dos marineros que llevaran sus dos baúles y su bolsa de viaje a su camarote de popa. Un cuarto de hora antes de zarpar, Ochoa y Johan embarcaron y mientras que Johan subió al puente, Ochoa se asomó a la cubierta principal para saludar a su ayudante Gabriel de Besalú pero no lo vio. Subió al castillo de popa y se introdujo en su camarote situado en el lado de estribor. De pronto, mientras revisaba el contenido de los dos baúles y la bolsa de viaje, escuchó que alguien golpeaba en su puerta.

–¡Adelante! –exclamó el cartógrafo vasco en voz alta.

La puerta se abrió para dar paso a la figura de un joven alto y delgado que vestía botas, calzas y jubón de color azul y una boina vasca de color rojo, típica de los *arrantzales* o pescadores. Para saludar debidamente a su maestro, Gabi se quitó la *txapela* [3] e intentó hacer la reverencia, pero Ochoa le detuvo en seco con un gesto que hizo con la mano.

–¡No, por favor! Usted, Gabriel de Besalú, no es mi criado, ni nada por el estilo. Usted es mi ayudante cartógrafo y recuerde siempre que no solo usted me debe respeto a mí, sino que yo también le debo respeto a usted. Observe cómo le trato yo a usted y así es como usted deberá tratarme a mí. Tan fácil como eso. ¿Para qué complicarnos la vida con reglas que, por principios, yo no practicaré y, en consecuencia, usted tampoco?

Gabi se quedó sorprendido y sin saber qué decir. Por de pronto se vistió la *txapela* y susurró un *Egunon, Jauna!* [4] que fue respondido

enseguida por otro saludo parecido de parte de Ochoa:

–Egunon, Gabriel![5] ¿Cómo se siente usted en su primer día de trabajo? ¿Le gusta su camarote?

–Mucho, señor de Andraka. Mi camarote es amplio y tiene el camastro pequeño pero adecuado para que pueda disfrutar de una estantería, de una silla, de una amplia mesa de estudio con candil y de un anclaje para el baúl –contestó el joven un tanto nervioso.

Ochoa recordó entonces cuando realizó el primer viaje de trabajo con su maestro y mentor. Fue un viaje por mar a Asturias donde las cofradías de pescadores y mareantes de San Nicolás de Llanes, de Luarca de Valdés y otras, le habían solicitado a su maestro Juan Vizcaíno de Lakotsa que realizara una carta náutica con mucho detalle de la costa para evitar que las embarcaciones encallaran en los vados o se estrellaran contra las rocas y arrecifes de la costa. De verdad que Ochoa hubiera agradecido que Lakotsa le hubiera hablado así. Tardó casi dos años para que las relaciones entre maestro y alumno se volvieran más naturales. Por eso, le respondió a Gabi casi instintivamente:

–Llámeme o diríjase a mí como Andraka o como señor, pero no utilice las dos palabras a la vez porque me obligaría a mí a llamarle señor de Besalú y las conversaciones se volverían muy largas y aburridas –sonrió Ochoa a su pupilo.

–Así será en adelante, señor –respondió sin pestañear siquiera el joven Besalú, para añadir a continuación–. ¿Qué es lo que tiene pensado que hagamos hoy?

–Antes de nada, me gustaría que nos familiarizáramos con las cartas náuticas que he traído para verificar las derrotas o rumbos que hemos de tomar a lo largo de los próximos meses. Pero, en primer lugar, y para aprovechar el tiempo, podríamos de paso calcular la velocidad en nudos de la nao. Hoy utilizaremos un reloj de polvo de mármol que nos mide exactamente una hora y con la ayuda de una corredera verificaremos la velocidad de la nao. ¿Le parece bien Gabriel?

–Perdone, maestro, pero nunca he calculado la velocidad de una embarcación. En los trabajos que he hecho, yo solamente recogía en las cartas náuticas los nudos que apuntaban otros, pero no los calculaba –respondió Gabriel con cara de interesado en aprender.

–Gracias por su sinceridad, Gabriel. Pero para eso estoy yo, para enseñarle. Como usted bien sabe, el nudo es una unidad de medida de velocidad que es utilizada en la navegación marítima y que es equivalente al recorrido de una milla náutica en una hora. Es decir, cuando se recorre una distancia de 1852 metros en una hora. Pero un

barco puede recorrer más o menos distancia en una hora y eso es lo que trata de calcular. En nuestro caso, trataremos de medir cuánta distancia recorre la embarcación durante la hora exacta que nos marca el reloj de polvo de mármol. Para ello, utilizaremos la corredera. ¿Sabe usted lo que es una corredera?

–Sí, maestro, pero no sé bien cómo funcionan –contestó raudo su ayudante.

Sin decir nada, Ochoa de Andraka se dirigió a uno de los baúles, lo abrió utilizando tres llaves y extrajo una serie de cartas de navegación, un reloj de los llamados reloj de arena que funcionaba con polvo de mármol y un artilugio que, no hacía mucho tiempo, había sido inventado para medir la velocidad de una embarcación y que había dado lugar al origen del porqué se utilizaba la palabra "nudo" como unidad de medida de velocidad de los barcos y es que lo que se medían eran los nudos de la cuerda.

–Esto es una corredera. Como puede usted comprobar se trata de un artilugio muy rudimentario pero que es muy eficaz. Consiste en una tabla de madera que normalmente tiene forma de arco, con un contrapeso en uno de sus lados, lo que la mantiene a flote de forma vertical. Esta pieza de madera se ata a una cuerda con bastante longitud, que incluya nudos equidistantes durante todo su recorrido. La tabla de madera se lanza al agua mientras el barco se encuentra en movimiento y se deja correr la cuerda. Al mismo tiempo que se ha lanzado la corredera, se pone a correr un reloj de arena, o en nuestro caso un reloj de polvo de mármol. Se trata de comprobar cuantos nudos se deslizan durante un periodo de tiempo determinado.

–¿Cuál es el periodo de tiempo más utilizado en las mediciones? –preguntó Gabriel.

–En nuestro caso, una hora. De este modo, se puede medir la velocidad de la embarcación en función de los nudos que recorre. Nuestra tarea es la de comprobar cuantos nudos han salido del carrete en la hora que tarda en vaciarse el reloj de polvo de mármol. Cuando el reloj se ha vaciado, detenemos el paso de la cuerda por el carrete, leemos el número que hay escrito sobre el nudo que falta por pasar y ese es el número de nudos de velocidad de la nao –concluyó Ochoa su explicación para añadir como coletilla–. ¿Le parece que ha quedado clara la explicación, Gabriel?

El muchacho se quedó en silencio y afirmó con la cabeza en señal afirmativa. Se sentía emocionado de lo fácil que era aprender con el maestro Andraka. Sus ojos parecía que iban llorar de la emoción, pero se contuvo, respiró profundo, y exclamó:

–¿Qué longitud de cuerda tienen los carretes? ¿Cuál es la velocidad

náutica máxima que podríamos medir?

Ochoa sonrió pues recordó que una pregunta parecida fue la que él hizo en su tiempo al maestro Lakotsa. Por eso se tomó el tiempo suficiente para poder responder con calma y con una cierta ironía.

–Tranquilo Gabriel, todo está controlado. Tengo solo dos carretes. Uno de ellos sirve para medir hasta ocho nudos y que es el que utilizaremos ahora, y el otro es un carrete de 15 nudos. No te preocupes que no navegaremos nunca a más de esa velocidad por nuestro propio bien. Los vascos somos muy buenos también arriando velas –el muchacho captó la broma muy bien y dominando su risa, que pudiera parecer ofensiva, esbozó una amplia sonrisa que contagió al maestro Andraka.

V

Ochoa y Gabi calcularon dos veces que la velocidad de la nao "Ciburu" era de un poco más de ocho nudos, lo que presentaba una velocidad equivalente de unos 15 km/hora. De igual modo, estaba calculado que, normalmente, el tiempo medio de navegación requerido para arribar, zarpando desde el puerto de Donibane Lohizune hasta el puerto de Nantes, en una embarcación de tres mástiles de algo más de 22 metros de eslora, solía ser de unas 30 horas. Ello representaba que, si todo iba bien, la nao llegaría al puerto del estuario del Loira ubicado en Nantes a las cinco de la mañana del martes.

Por otro lado, tampoco se podía ignorar las difíciles condiciones de navegación que había a lo largo del estuario del Loira. A finales del siglo XV, durante el periodo 1484-87, la navegación fluvial por el Loira ya había estado resultando dificultosa e incluso hasta peligrosa. El hecho del mayor tamaño de las embarcaciones y la falta de dragado continuo en la ría del Loira eran un hándicap.

Hasta 1486, el ascenso por el estuario del Loira hasta el puerto fluvial de Nantes se describía como "muy peligroso" y Johan lo sabía ya que la última vez que hizo este trayecto fue ese mismo año. Después, él supo por medio de otros capitanes de barcos que había habido mejoras debido a que construyeron diques y se dragaron los cauces de la ría. El capitán Johan jugaba la baza de que, en el peor de los casos, siempre se podría arribar al puerto de Nantes aprovechando dos mareas altas y haciendo parada en Cordemais durante la marea baja.

Sin embargo, él sabía que era cierto también que, según las últimas noticias, las dificultades que había para el ascenso al puerto de Nantes

de los llamados grandes barcos (las naos entraban dentro de esa categoría) habían desaparecido en 1488, e, incluso, no había necesidad de que aprovecharan dos mareas altas.

Una última confirmación de las mejoras en el acceso al puerto de Loira, tanto para la ida como para el regreso, informaba de que la profundidad promedio del estuario del Loira, desde Nantes hasta el mar, era de unas cuatro brazas, es decir, 16 codos (6,784 m) con la marea baja y 30 codos (12,720 m) con la marea alta, lo que, evidentemente, permitía la subida o descenso de grandes barcos como las naos que transportaran una carga que oscilara entre las 200 y las 600 toneladas.

Sin embargo, Johan como marino era extremadamente cauto y tenía claro que, si se presentara la menor duda, realizaría el ascenso de la ría del Loira hasta el puerto de Nantes en dos etapas, aprovechando dos mareas altas.

VI

El convento de franciscanos de Nantes se encontraba en el centro de la ciudad, por lo que se situaba dentro del recinto amurallado de la ciudad. En el siglo XV, Nantes era una ciudad completamente fortificada. Exactamente se situaba al pie de donde pasaba la antigua muralla galo-romana que fue demolida y cuyas piedras se utilizaron para construir el propio convento.

No hay que retroceder mucho en la historia de la ciudad para comprender lo que era la ciudad bretona en 1488. La ciudad conservaba hermosos vestigios de su pasado previo a la Edad Media. El patrimonio medieval de Nantes era muy rico y era el signo de lo que representaba ser una ciudad notable e importante en la Baja Edad Media, gracias a su situación estratégica y a su prestigioso puerto situado en la confluencia del río Loira con su afluente el río Erdre.

Al principio, durante la era galo-romana, Nantes fue conocida como Portus Namnetum y ya, en la Edad Antigua, comenzó a ejercer una mayor influencia y poder, a medida que el Imperio Romano se iba derrumbando poco a poco.

Debido a su posición estratégica y a su importante papel comercial, la ciudad era atacada regularmente desde todos los lados, bien fuera por tierra como por agua, aprovechando los ríos que rodeaban la ciudad. En el siglo III a.C., con el fin de protegerse de los saqueadores y de los asaltos de los invasores pueblos germánicos, tras ser destruida varias veces, la ciudad decidió construir una muralla que duraría hasta el siglo XIII, para ser ampliada por otra que daría más espacio a la

ciudad fortificada y que era la que existía en el siglo XV.

Cristianizada en el siglo III, la ciudad comenzaría a construir edificios majestuosos en homenaje a su nueva religión y no pararía de hacerlo, por lo menos, hasta el siglo XV, cuando Nantes se convirtió en una ciudad fortificada por excelencia. Por ello, la conquista de Nantes no era una empresa nada fácil y así, por ser una ciudad segura, llegó a convertirse durante el mandato del duque François II en la capital del ducado de Bretaña y, a su vez, sede de su poder político y de su floreciente comercio.

Nantes intercambiaba sus productos regionales (especialmente sal o pescado) a cambio de productos exóticos (de Castilla o Portugal). El siglo XV fue algo así como su siglo dorado, fue el siglo de su desarrollo y de su envidiable prosperidad que Francia tanto añoraba.

Al atracar en uno de los diques de atraque, los tripulantes de la nao "Ciburu" rápidamente se enteraron de que el país estaba en guerra contra Francia. A principios de ese mismo mes de mayo de 1488, había habido una reunión muy importante entre representantes de Inglaterra, Borgoña, Castilla y Austria para ayudar al ducado de Bretaña en su lucha contra el reino de Francia, que quería hacerse dueña del Ducado y de su prosperidad. En la reunión mantenida con otras naciones aliadas de Bretaña, se había decidido enviar tropas para combatir al ejército del rey Charles VIII de Francia, que era menor de edad, y cuya regencia ejercía su hermana Anne.

Según les contaron en la casa de contratación del puerto de Nantes, recientemente, se había iniciado en Francia una guerra por la sucesión del trono que había salpicado a Bretaña de mala manera. Así, entre 1485 y 1488, una parte de la nobleza encabezada por Louis II d'Orleans intentaron derrocar a la regente, Anne de Francia.

Así pues, Louis II, Duque de Orleans, también tenía derechos a la regencia al ser primo del futuro rey y quería aumentar su poder consiguiendo la regencia. El duque era apoyado por los duques de Lorena y de Bretaña y otros nobles más, pero sus pretensiones fueron cortadas por los Estados Generales en 1484. El de Orleans no se echó atrás y siguió intentándolo por otros medios al pretender secuestrar al joven rey, pero la regente estaba avisada y lo apresó junto a algunos seguidores.

En 1485, Louis II escapó a Orleans e intentó llevar a cabo una sublevación apoyado por sus aliados de Bretaña, pero las tropas se mantuvieron leales a Anne de Francia y la rebelión fracasó. Entonces, Louis de Orleans consiguió refugiarse en Bretaña, al tiempo que el Duque de Bretaña, François II, firmaba una tregua con París y Louis de Orleans era devuelto a Francia. En aquella época las traiciones estaban

a la orden del día entre una nobleza bien innoble.

Con todo, la guerra se volvió cada vez más loca y, a mediados de 1486, entró en juego Maximilian I de Austria, que intentó la conquista del norte de Francia por ser aliado con Bretaña, pero fue derrotado por las tropas del rey de Francia. De nuevo, Louis de Orleans intentó ser el mayor protagonista de esta historia de peleas, luchas, traiciones y alianzas. Aprovechando que la regente de Francia estaba muy centrada en su lucha contra Maximilian de Austria, se escapó del control real del trono francés para refugiarse otra vez en el ducado de Bretaña.

Pero esta vez, la regente Anne de Francia jugó bien sus bazas. Aprovechó que Louis de Orleans se había refugiado como escusa para atacar con su ejército que volvería a salir victorioso, derrotando tanto a Maximilian I como a los bretones que tendrían que replegarse. Para el año 1487, tanto el rey Charles VIII como la regente Anne de Francia estarían en Ancenis, desde donde planearían la conquista del ducado de Bretaña.

En mayo de 1487, 15.000 soldados franceses entraron en Bretaña y derrotaron a todos los que se les pusieron por delante. En tan solo unos pocos días, cayeron numerosas ciudades y plazas fuertes, el duque bretón, François II, huyó a Nantes, donde con unas fuerzas muy mermadas, preparó la defensa, y pese a su número inferior, pudo aguantar y levantar el asedio para después recuperar bastantes plazas, dejando la situación en un empate. Es de resaltar que parte del éxito se debió a que el duque François II ofreció a su hija y heredera, Anne de Bretaña, como esposa a sus distintos aliados para ganarse su favor. Louis de Orleans consiguió apoyos extranjeros desde Castilla, Inglaterra y Austria, recuperando así más posiciones.

Pero los aliados contra Francia no supieron manejar su ventaja (estaban demasiado ocupados decidiendo quién sería el que se quedaría con la niña de once años, Anne de Bretaña, para casarse con ella y heredar el ducado de Bretaña). De este modo, aprovechando este relajo, en marzo de 1488, el ejército real francés volvió a atacar con toda la fuerza. El duque François II intentó reunir a sus fuerzas en Rennes, pero éstas llegaron demasiado despacio, mientras que el ejército francés, reforzado con mercenarios y artillería italiana y suiza, iba derrotando ciudad tras ciudad. En aquellos momentos, se sabía que el duque de Bretaña, François II, estaba intentando llegar a un acuerdo, pero se temía lo peor. Francia exigía que la heredera del ducado de Bretaña, Anne, se comprometiera en matrimonio con el heredero de la corona de Francia, Charles VIII, y Bretaña no solo no estaba por la labor, sino que quería hacer todo lo contrario.

Todo se resolvió el 28 de julio en la batalla de Saint-Aubin-du-Cormier, donde unos 11.500 soldados, formados por diversos contingentes y fuerzas, se enfrentaron a un mejor organizado ejército francés de 15.000 hombres. La batalla duró cuatro horas, hasta que el frente bretón se rompió, provocando su desbandada. En la batalla murieron unos 6.000 bretones frente a 1.500 franceses. La derrota fue total, Louis de Orleans y otros rebeldes fueron apresados.

Johan y Ochoa comprendieron que la situación era muy mala en Bretaña y que debían zarpar hacia el puerto de Londres lo más pronto posible. Por eso dio orden de que una vez hubieran descargado toda la mercancía que transportaban para Bretaña, los estibadores del puerto cargaran la mercancía bretona que debían transportar al puerto de Londres, al puerto de Rouen, al puerto de Brujas y, finalmente, a la vuelta, a los puertos de Bilbao, San Sebastián y Baiona en su viaje de regreso a Baskonia.

VII

Por fin, tras haber estado llamando durante más de una hora a la puerta del Convento de los Franciscanos de Nantes, un fraile ya anciano, de estatura mediana y una arreglada barba blanca que había estado en silencio mirando por la mirilla durante un buen rato, abrió la puerta. Sin preguntar nada, lo primero que hizo el fraile franciscano al abrirla fue exclamar en voz alta:

–Las salas de la cofradía de contratación están cerradas debido a la actual situación de guerra. ¿Desean ustedes alguna cosa más? –preguntó amablemente aquel fraile.

–Sí, por supuesto –contestó Ochoa en un forzado bretón para continuar hablando en latín, que era la lengua franca de Europa–. Somos navegantes y venimos desde Bilbao para recoger un baúl que dejamos bajo su custodia hace unos cinco años, quisiéramos hablar con el fraile superior o guardián de los franciscanos.

Alguien que estaba detrás del fraile portero le debió susurrar algo al oído porque, de pronto, la pesada puerta se abrió del todo y en la penumbra, Ochoa de Andraka y su ayudante, Gabriel de Besalú, distinguieron las estelas características de tres frailes franciscanos que les aguardaban.

Los llevaron a una sala donde había una mesa larga y muchas banquetas alrededor. También les ofrecieron una palangana y una jarra de agua para lavarse las manos y un trapo para secárselas después. Cuando se sentaron los cinco en la mesa, Gabriel extrajo unos rollos de su bolsa de viaje. Los desplegó despacio y con mucho

cuidado encima de la mesa y los entregó a su maestro para que se los presentara al superior del convento. Una vez que los dos frailes que acompañaban al guardián del convento se levantaron de la mesa y se retiraron al fondo de la sala, el cartógrafo vasco rompió el silencio para iniciar su presentación.

–Antes de nada, quisiéramos agradecerle a su ilustrísima su pronta acogida y, a su vez, presentarle quiénes somos y a qué venimos ante usted. Mi nombre es Ochoa de Andraka y este joven que me acompaña es mi ayudante, Gabriel de Besalú, ambos somos de profesión cartógrafos y procedemos de Baskonia. El motivo de nuestra visita no es otra que la de recoger de la bóveda de custodia el baúl que deposité hace cinco años para lo cual le presento las siguientes acreditaciones y el resguardo que ustedes mismos, en nombre del Convento de franciscanos de Nantes, me dieron entonces para poder recoger el baúl –concluyó Ochoa su breve y clara exposición.

A continuación, Ochoa presentó las acreditaciones y le entregó el recibo con todos los detalles para facilitar una correcta y ágil devolución del baúl. Cuando leyó todo, el superior del convento depositó los documentos sobre la mesa, se frotó suavemente las manos e hizo una mueca con la boca que pretendía ser una sonrisa para transformarse en una expresión de tristeza que abarcaba toda su cara. Sin embargo, hizo lo posible para dominar sus emociones y empezó a hablar a modo de contestación a la solicitud de Ochoa.

–Por nuestra parte, quisiera presentarme diciéndoles que soy el superior o guardián de este convento y que me pueden llamar fray Paulo. En segundo lugar, quisiera agradecer su visita, pero tengo que manifestarles que es una gran pena que no pueda satisfacerle su deseo, maestre Andraka. Lo siento en el alma. Lamentablemente para usted, su baúl ya no se encuentra aquí, en Nantes, y tampoco en Bretaña. Lo cual no significa que no esté siendo custodiado por la orden de los franciscanos –el vasco dibujó una expresión en su cara de tal desesperación que parecía que los ojos se le iban a salir hacia fuera de sus órbitas.

–Pero tranquilícense porque su propiedad está bien guardada –prosiguió el fraile guardián del convento con el fin de que el vasco se calmara–. Tienen ustedes que tener en cuenta de que estamos en guerra y que la mayoría de los soldados son mercenarios. En general, lo más valioso de lo que reciben estos soldados no es su paga sino el botín que consiguen mediante el derecho de conquista. Las iglesias, las basílicas, los monasterios y los conventos –y no solo los de los franciscanos– suelen custodiar a veces objetos de valor que pueden ser de uso religioso, como los cálices y las cruces, o de usos más

mundanos como las joyas, collares, brazaletes, sortijas y monedas de oro.

El guardián del convento hizo una interrupción para saber si sus interlocutores comprendían lo que él iba exponiendo y, para comprobarlo, se dirigió al más joven con una pregunta:

–Usted, Gabriel de Besalú, ¿tiene algún problema de comprensión para que podamos hablar en latín o preferiría hablar en francés? Incluso podríamos entendernos en vasco ya que hay dos hermanos franciscanos que son naturales de Baskonia y aunque hayan hecho voto de silencio, este voto no constituye ninguno de los votos monásticos, como son los votos de pobreza, castidad y obediencia, por lo que no habría problemas en que cualquiera de los dos hermanos franciscanos actuara como intérprete –el franciscano se quedó esperando la respuesta de Gabriel.

–No hace falta, fray Paulo. Al menos por mi parte puedo decir que le entiendo perfectamente y que no tengo ningún problema para utilizar el latín como lengua de comunicación entre nosotros –concluyó el joven sin más explicaciones.

El guardián del convento expresó con una sonrisa y una reverencia a las explicaciones del joven, al tiempo que observaba cómo Gabriel educadamente le devolvía la reverencia y prosiguió con su explicación:

–El baúl que ustedes demandan, maestre Andraka, se encuentra bajo la custodia de nuestra orden dentro del Convento de los franciscanos de París, en el barrio latino, justo al lado de la iglesia de San Cosme. No tiene ninguna pérdida. El motivo de que, hace casi seis meses, transportáramos todos los objetos en custodia de nuestro convento a París fue para garantizar la seguridad y una custodia eficaz de los mismos. El traslado era fácil y seguro y se hizo de forma que permitiera un transporte directo del puerto de Nantes al muelle o *quai* más cercano al convento de París.

Al salir del convento, con la documentación debidamente preparada y sellada para entregar en el convento de franciscanos de París, decidieron regresar al barco para contarle a Johan las últimas novedades y tomar una decisión. Estaba claro que Ochoa debía ir a París para recuperar su baúl, el problema era si debía ir a París por tierra o por mar. Si lo hacía por tierra, tardaría por lo menos once días y, además, se expondría a peligros inesperados como consecuencia de que era seguro que tendría que atravesar las líneas de combate de los ejércitos contendientes.

Si lo hacía por mar, Ochoa sabía que había barcos como las cocas que navegaban casi todos los días entre Nantes y Ruán y que tardaban

tres días y medio en llegar de un puerto a otro, dependiendo de las condiciones de la mar y del viento. El único problema que tendría sería el de encontrar para mañana un camarote en algún barco, pero eso estaba seguro que se solucionaría gracias a la influencia que tenía en todas las cofradías portuarias su amigo Eneko de Bidaburu, con el que almorzarían en su casa en menos de hora y media. Habían quedado con Johan en que allí se encontrarían.

Mientras se dirigían hacia la plaza del mercado, Ochoa y Gabriel se sentaron en una posada que había en la esquina que quedaba enfrente de la Basílica de San Nicolás y que el vasco conocía bien porque siempre que iba a Nantes solía tomar un caldo de gallina con cebolla, ajos, puerros y zanahorias que sentaba muy bien para el cuerpo de los navegantes, sobre todo si se le añadían una sopa de pan. Gabriel también quiso probar aquel caldo humeante que le sirvieron a su maestro y que tan buen olor tenía, que se le hacía al muchacho extremadamente apetitoso.

Cuando ya habrían tomado la mitad del caldo, Ochoa detuvo la comida, dejó la cuchara sobre la mesa y entrelazó sus manos para hablarle con cierto aire de seriedad a su joven ayudante:

–Antes de nada, tengo que decirle, Gabriel, que esta mañana, en la reunión que hemos mantenido en el convento de franciscanos con su guardián, me ha dejado usted impresionado por su dominio del latín y su capacidad de negociación.

El hecho de que la conversación se hubiera podido desarrollar todo el tiempo en latín, fue, sin duda, una grata sorpresa para Ochoa de Andraka ya que pudo comprobar, de primera mano, que su joven ayudante de cartografía se manejaba en dicho idioma perfectamente. Por un momento, le pasó por la cabeza que también él le podría ayudar a que aprendiera el vasco.

El navegante y cartógrafo vasco estaba convencido de que su pupilo Gabriel debía tener tanta facilidad para los idiomas que la lengua vasca o “euskera” la aprendería en menos de un año. Sin embargo, prefirió no hablar de ello pues había un tema más apremiante que comentar con él y éste se refería al viaje a París que Ochoa había decidido hacer solo y que, por tanto, Gabriel viajaría a Londres en la nao con su primo Johan y se encontrarían a los doce días en Rouen, justo antes de que la nao “Ciburu”, una vez estuviera a bordo la carga, zarpara para el puerto flamenco de Brujas.

–No tengo nada que objetar –respondió su joven ayudante-aprendiz–, solamente quisiera añadirle que preferiría acompañarle para que fuera de su ayuda si se produjera cualquier percance. También he de informarle que sé manejar bien el estoque y que en

una lucha a capa y espada sé como arreglármelas. Uno de mis instructores italianos era un artista con la esgrima –aclaró Gabriel para que su maestro le tuviera en cuenta.

Fue muy grato para Ochoa saber que aquel joven, en caso de apuro, podría ayudarle a solventar una trifulca callejera que en París tanto suelen abundar, según en qué sitios y a qué horas del día. Casi estuvo tentado de cambiar los planes, pero algo en su interior le decía que mejor se las arreglaría yendo solo a París.

Presentía que en una ciudad tan grande como París algo podría ocurrir y que mejor se las arreglaría si no tuviera que defenderse más que a sí mismo que, para eso, el vasco se las pintaba bien estando solo y él tenía algunas experiencias luchando contra piratas ingleses que se caracterizaban por ser los piratas más sanguinarios que había conocido.

Nada que ver con los corsarios al servicio del rey de Dinamarca como Hans Pothorst y Didirk Pining, con los que mantuvo una relativa amistad cargada de confidencias y secretos. El mayor de todos los secretos fueron los mapas que habían hecho de numerosas tierras del Nuevo Mundo y, entre ellas, el mapa de las tierras de Vinlandia, Marklandia y Hellulandia que descubriera Leif Erikson hacia los años 1000 y que protagonizaron el cambio de milenio.

Casi cinco siglos más tarde, los corsarios Hans Pothorst y Didirk Pining fueron enviados a redescubrir Vinlandia y, de paso, conocer también las tierras situadas a su alrededor. Fue una expedición que financió el propio rey Christian I de Dinamarca en 1474 y que duró varios años. A su vuelta, trajeron una colección de objetos curiosos pertenecientes a los indígenas nativos de Vinlandia y unos mapas realizados con bastante detalle acerca de aquellas tierras lejanas que no es que se perdieran, sino que nunca se entregaron al rey porque misteriosamente se quemaron en un incendio que se produjo en un barco que los transportaba desde la islas Feroe a la capital del reino de Dinamarca, Copenhague.

Solamente seis personas sabían de la existencia de dichos mapas, de los que tan solo quedaba una copia. Eran los mapas que habían sido utilizados por Andraka hacía seis años, al objeto de descubrir nuevos bancos de pesca de bacalao en las aguas que bañan la tierra de Vinlandia. Una copia de dichos mapas se encontraba, junto con otros objetos de valor, dentro del baúl que él mismo había depositado en el convento de los franciscanos de Nantes y que, debido a las graves circunstancias por las que pasaba el ducado de Bretaña, había sido trasladado al convento de los franciscanos de París. Por suerte, Ochoa llevaba siempre consigo otra copia de los mapas de Vinlandia, que

dibujaran Hans Pothorst y Didirk Pining, y una de las tareas de su aprendiz Gabriel sería la de estandarizarlos e integrarlos en un solo mapa que fuera más útil y manejable.

VIII

Al regresar a la nao "Ciburu", Gabriel se excusó diciendo que no asistiría a la cena con su maestro Andraka y el capitán Ursua porque se encontraba con pesadez de estómago y quería acostarse temprano. Cuando se hubo retirado y ya dentro de su camarote, "Gabriel", o más bien Naomi, se percató de que se sentía más enojada que nunca y no sabía realmente por qué. En realidad, sabía perfectamente que algo se estaba moviendo en su interior y tenía miedo de no poderlo controlar, pero eso no era motivo suficiente para estar tan molesta como se encontraba.

Al principio pensó que era porque le había venido el periodo de menstruación, pero comprobó que ese no era el caso. Además, hacía menos de diez días que la había pasado. Rebuscando más en su interior, la joven judeo-catalana encontró que su repentino malestar podía deberse al hecho de que le enojaba cada vez más tener que hacerse pasar por un muchacho para poder trabajar en lo que ella más había deseado durante toda su vida. También podría haber sido porque su maestro le había dicho que no le acompañara, como si ella estorbara.

No obstante, Naomi sabía en su interior que esa negativa a que le acompañara no era un no a Gabriel. Ella era bien consciente de que su maestro cartógrafo había decidido ir solo a París para evitarle a "él" riesgos innecesarios, dada la situación peligrosa y excepcional que se encontraban viviendo en Bretaña, en particular, y en Francia, en general. Ese detalle sí que le gustó a Naomi porque demostraba que Ochoa de Andraka era una persona noble, valiente y generosa.

Para contrarrestar pensamientos que pudieran abrir demasiado su alma y avivar ciertos sentimientos que presentía que estaban cada vez más latentes, Naomi se centró en que, por otro lado, la idea de zarpar para Londres era algo que le debería entusiasmar también. Si ella fuera con su maestro a París, se perdería la oportunidad de conocer la capital de Inglaterra, sobre la que ella tanto había leído y escuchado de familiares suyos que estuvieron allí.

Además, durante todo el viaje podría leer y estudiar. Lo haría navegando cómodamente en aquella marinera nao, disfrutaría de un camarote envidiable para ella sola e, incluso, podría terminar de leer el libro de Pedro Tafur titulado: *Tractado de las andanças e viajes de*

Pero Tafur o Itinerario,donde el autor castellano relata su periplo realizado entre 1436 y 1439 por lugares del Mediterráneo (Creta, Rodas, Chipre, Quíos o Egipto), del Próximo Oriente (Tierra Santa, Esmirna, Trebisonda y Crimea) y gran parte de Europa (Estrasburgo, Bruselas, Maguncia, Bohemia, Viena, Venecia, Suiza, Hungría), incluyendo Roma y Constantinopla (Bizancio), ciudad que visitó poco antes de su conquista musulmana.

A su vez, podría ayudar al capitán Johan y, de paso, disfrutar de la amistad tan sincera que él le había dispensado siempre desde que su padre Jacob se lo presentó hacía cuatro meses y urdieron el plan. De pronto, unos nudillos golpearon la puerta de su camarote y la muchacha se arregló las calzas y el jubón y se vistió la boina vasca, antes de preguntar:

–¿Quién es? –susurró Naomi un tanto sorprendida.

–Soy yo, Ochoa. Le traigo una infusión de manzanilla o de camamila como la llamamos nosotros, que espero que le calme los dolores y le facilite el sueño.

–Ya se me estaba pasando el dolor de vientre, pero de todos modos muchas gracias, señor. Creo que comí demasiado –respondió Naomi sin saber cómo adornar mejor su excusa.

–Todos comimos y bebimos demasiado –asintió Ochoa con la cabeza para añadir–. ¡Que pase una buena noche, Gabriel!

Capítulo 4°
Tras el baúl de los secretos de estado

I

Ochoa de Andraka se había levantado a buena hora. Cuando lo hizo quedaban aún dos horas para que amaneciera, pero él tenía muchas cosas que hacer y preparar. Abrió la puerta del camarote y encontró en el suelo del pasillo una bandeja con un vaso de leche, un trozo de queso y dos rodajas de pan rebanadas de mantequilla, tal como se lo había pedido al cocinero.

Al despertar, el que fuera también maestre de naos, cocas y carabelas, sintió que tenía mucha hambre. Después de lo que se hartaron de comer y beber en la casa de Eneko de Bidaburu, a la que acudieron también como invitados Pierre de Dol y Bernat de Etcheberri, además de su primo, Johan de Ursua, y su ayudante, Gabriel de Besalú, Ochoa se fue a la cama sin cenar y, a pesar de los nervios del viaje a París, se durmió muy pronto. Aquel catre de su camarote era muy ajustado, pero, a su vez, muy bueno para descansar durante el sueño.

Una vez hubo desayunado, lo primero que hizo fue preparar sus armas. De uno de los baúles extrajo un estoque, un cuchillo que llamaba labana *en lengua vasca y una capa larga. El estoque también era conocido como espada ropera. En efecto, era una espada que se utilizaba para los duelos y los llamados enfrentamientos a capa y espada.*

Tenía una empuñadura con cazoleta y gavilanes que protegía la mano al utilizarla en las luchas de esgrima. Se trataba de una espada de hoja recta y larga que podía ser esgrimida con una sola mano. Se le llama espada ropera porque se cargaba como un aditamento de la ropa como la capa, generalmente usada para vestir a la moda, pero también como escudo para protegerse. También podía ser utilizada esa capa como arma de defensa personal ya que al lanzarla cubría la cabeza del contrario y lo inutilizaba unos momentos para la lucha, que podían aprovecharse para darle el toque de muerte.

A continuación, Ochoa llenó su bolsa de viaje con los documentos y demás utilidades y descendió por la escala del castillo de popa hasta

la cubierta de la nao. Cuando hubo saltado al muelle de atraque, se dio la vuelta para mirar hacia la escotilla de su camarote y comprobó que todas las escotillas de babor estaban oscuras, lo cual señalaba que los ocupantes de dichos camarotes o bien estaban dormidos o los camarotes estaban vacíos, como era el caso.

Andraka continuó recorriendo aquel muelle hasta casi llegar a su final donde divisó que había tres faroles encendidos que iluminaban la silueta de una coca. A medida que se acercaba, aquella embarcación panzona de un solo mástil con su vela cuadrada a punto de ser izada, se hacía más perceptible. Aquella coca o kogge estaba toda ella construida con madera de roble. Tendría unos veinte metros de eslora, unos siete metros de manga, timón de codaste y dos cubiertas. A Ochoa le maravillaba el casco trincado de las cocas que le recordaban tanto a los *knarr* o barcos mercantes de los vikingos que había visto cuando recaló en Islandia.

Aunque el tipo de aparejos que tenían les impedía navegar a contraviento, las cocas podían ser manejadas por una pequeña tripulación, lo que reducía mucho los costes. Cuando ya subió por la escala a la cubierta de la embarcación, le esperaba allí el capitán y un marinero. Al alba zarparían rumbo a Rouen, como decían los franceses. Estuvieron hablando durante diez minutos, al cabo de los cuales, a Ochoa le ofrecieron un camarote a popa que se situaba a babor, bajo cubierta. Era más pequeño y austero que el camarote que tenía en la nao “Ciburu” pero resultaba suficiente para él.

Se quitó la capa y las botas y las guardó, junto con la espada y la bolsa de viaje, debajo del catre. Después se tumbó sobre el camastro y se durmió enseguida mientras se acordaba de los buenos consejos de Eneko de Bidaburu para su manejo en París y del gran favor que Pierre de Dol y Bernat de Etcheberri le habían hecho al conseguirle tan pronto una plaza para arribar a Rouen, Normandía. Su penúltimo pensamiento fue para su pupilo, que podría conocer Londres. A Ochoa le quedaban por recorrer 260 millas náuticas hasta arribar a Rouen y, si todo iba normal, atracarían en dicho puerto dentro de tres días.

II

El capitán de la nao “Ciburu”, Johan de Ursua, estaba todavía desayunando en el comedor de acceso a su camarote de estribor cuando Naomi entró, le saludó como un marinero y se sentó a su lado. Mientras, el cocinero que la esperaba le sirvió una taza de leche y unas rodajas de pan con mantequilla y mermelada de frambuesa, que tanto le gustaba a ella. Johan alzó las cejas para observar

detenidamente a la muchacha y sonrió mientras observaba la cara de felicidad que desprendían los ojos de la joven. Cuando el cocinero salió del camarote, Johan se cercioró de no había nadie en el pasillo y, sin llegar a sentarse, como si los dos estuvieran en connivencia por algo, le preguntó a Naomi en voz baja:

–¿Y bien? Le noto muy contenta. ¿Va todo como esperaba?

–Mucho mejor de lo que esperaba, señor. Estoy cumpliendo uno de mis mayores sueños. Gracias a usted, a su esposa y a su padre, voy a poder ser la ayudante de uno de los cartógrafos más decisivos y que más van influir en la historia de la humanidad –aseveró la joven.

–¿Sabe que seguramente van a tener que navegar hasta el Nuevo Mundo para levantar el mayor número posible de sus cartas náuticas y elaborar un mapamundi que las incluya? –interrogó Johan de Ursua.

–Sí, y ese va a ser mi mayor contribución al proyecto. Sin embargo, creo que será mejor que hablemos de otro tema, no vaya a ser que mi maestro asome por la puerta y empiece a sospechar de lo que no es –comentó Naomi, esperando escuchar la voz de Ochoa de Andraka en cualquier momento.

–Si lo dice por su maestro Ochoa, hace unas cuatro horas que zarpó rumbo a Rouen, donde nos encontraremos con él dentro de once días –informó el capitán.

De pronto, el rostro de la joven se tensó. Esta vez no hubo dudas, Naomi era muy inteligente pero también honrada con ella misma. Fue consciente de su incontrolable cambio de humor. También supo reconocer el motivo. Le hubiera gustado despedirse de Ochoa de Andraka, pero no solamente como maestro que era de ella, sino como una persona a quien cada vez apreciaba más hasta el punto de que se había convertido en un ser entrañable que envolvía su vida, sin que ella pudiera evitarlo. Johan de Ursua, que se había dado cuenta de que algo había sucedido en el interior de la joven, preguntó:

–¿He dicho algo que no debiera, Naomi?

–No, capitán. Solo que me apena no haber podido despedirme de él. Me hubiera gustado acompañarlo porque soy su ayudante y es mi deber. Sin embargo, él ha decidido ir solo para que mi vida no corriera peligro y lo entiendo y, además, debo acatar sus órdenes. No soy tonta. Pero hay algo más. No sé qué me está pasando, pero su manera de pensar y de ser me está impactando demasiado. Y encima, ahora estoy preocupada por su vida y así continuaré hasta verle sano y salvo dentro de once días en Rouen.

En el camarote del capitán Ursua se creó un silencio que pareció durar toda una eternidad. Johan estaba entusiasmado con lo que había oído, pero debía disimularlo delante de la muchacha. El padre de

Naomi, Jacob de Besalú, y el padre de Johan, Ander de Ursua, eran unos artistas como casamenteros. Todo iba según lo previsto.

–¿Quiere que le enseñe a pilotar esta nao, Naomi? –preguntó el capitán para romper aquel silencio. La respuesta fue evidente y bien clara y diáfana:

–¡A la orden, mi capitán! ¿Cuándo empezamos?

III

Se sabía que el proyecto de Cristóbal Colón, cinco años antes, había sido ofrecido al rey Juan II de Portugal y también rechazado. De igual modo, la opinión de los expertos portugueses también fue contraria. Además, si había una profesión que no escaseaba en Portugal era la de navegante o explorador marino.

Así que, durante esos mismos años hubo otros navegantes que, con la autorización del rey portugués, navegaron hacia el Atlántico Occidental intentando encontrar el camino hacia las Indias con resultados negativos y con peticiones de dinero o privilegios mucho más modestas que las que, al parecer, planteaba Cristóbal Colón.

En el año 1484, existen crónicas que hablaban que el navegante Fernao Domingues do Arco, navegó desde las islas Madeira hacia el oeste y afirmó haber descubierto tierra. En el año 1486, se sabía que un tal Ferdinand van Olmen zarpó desde las islas Azores hacia poniente en busca de tierras, pero regresó sin haber conseguido llegar a ninguna tierra nueva.

De este modo, debido tanto a los fracasos de otros exploradores como a los altos niveles de exigencias económicas y de privilegios que solicitaba Cristóbal Colón, no fue nada extraño que el navegante genovés perdiera credibilidad y buscara nuevos mecenas y que sus ojos se posaran en la Reina de Castilla, Isabel I, de quien había oído hablar que era ambiciosa y le apasionaba afrontar nuevos retos.

Sin embargo, su acercamiento a la reina de Castilla conoció un proceso lento que se inició en el Monasterio de La Rábida, sito en Palos de la Frontera. Allí, Cristóbal Colón hizo amistad en primera instancia con fray Antonio de Marchena y fray Juan Pérez, a quienes confió sus planes. Estos frailes lo apoyaron y lo recomendaron a fray Hernando de Talavera, confesor de la reina Isabel I de Castilla, y así es como el navegante genovés pudo acceder directamente a la reina y presentarle su proyecto de explorar la vía marítima por occidente para acceder a las Indias.

Aunque inicialmente el proyecto de Colón hubiera sido también rechazado por el Real Consejo de Castilla, en enero de 1486, gracias al

valimiento y amparo de fray Hernando de Talavera, Colón consiguió ser recibido por la reina Isabel, a quien expuso sus planes. La soberana se interesó por la idea, pero quiso previamente que un consejo de doctos varones, presidido por fray Hernando de Talavera, diera un dictamen sobre la viabilidad del proyecto, mientras asignaba a Colón, que andaba escaso de recursos mientras esperaba, una subvención de la corona.

El Consejo Real de Castilla se reunió, primero en Salamanca y después lo hizo en Córdoba e, incluso, varios años más tarde, seguía dictaminando que era imposible que fuera verdad lo que decía Colón. Sin embargo, fray Hernando de Talavera seguía maquinando con la reina Isabel I de Castilla, a espaldas del Consejo Real.

Hernando de Talavera, obispo de Ávila, y la reina Isabel I de Castilla, gracias a la decisiva contribución del cartógrafo y armador vasco, Juan Vizcaíno de Lakotsa, cada vez estaban más convencidos de la viabilidad del proyecto y de que el viaje propuesto por Colón no transgredía para nada el Tratado de Alcáçovas firmado entre Castilla y Portugal y refrendado por bula papal.

IV

La audiencia que la reina Isabel I de Castilla había concedido al navegante Juan Vizcaíno de Lakotsa en el Real Alcázar de Sevilla había sido determinante para encargar urgentemente a su colega Ochoa de Andraka que navegara otra vez al Nuevo Mundo, hasta las tierras de Vinlandia situadas en el paralelo N 48° y elaborara las cartas náuticas de la costa navegando hacia el sur, hasta el paralelo N 28°.

La razón era que, en su plan, Cristóbal Colón había decidido partir de las islas Canarias situadas en las coordenadas geográficas: *Longitud: 7° 30’ 0” E Latitud: 28° 0’ 0” N*.

El navegante Cristóbal Colón quería seguir navegando siguiendo el mismo paralelo hasta arribar por poniente a las Indias Orientales o, en su caso, a las costas de Catay o China, aprovechando los vientos hacia poniente que soplaban en aquellas latitudes. De ahí la importancia de navegar siempre por el paralelo N 28°. Por otro lado, para aprobar una expedición que tenía estimado un coste de dos millones de maravedíes, la reina quería saber qué había al otro lado del Océano Atlántico y, para eso, tenía que hacerse con el mapa vasco del Nuevo Mundo.

En efecto, a finales de mayo de 1488, se habían reunido en el palacio mudéjar, además del navegante, cartógrafo y armador vizcaíno, el obispo de Ávila, Fray Hernando de Talavera. Durante los

dos últimos años, Lakotsa había presentado pruebas fehacientes de que existía un Nuevo Mundo entre las Indias Orientales y Europa. Las más significativas habían sido las cartas náuticas dibujadas por Ochoa de Andraka con ocasión de la exploración exitosa que realizó navegando con dos barcos balleneros vascos que buscaban nuevos caladeros tanto para la pesca del bacalao como para la caza de ballenas.

En marzo de 1483, partió una expedición liderada por el capitán Johan Ursua y su primo Ochoa de Andraka como cartógrafo de la expedición con el propósito de confirmar la existencia de un espectacular caladero en las aguas que bañaban las tierras de un nuevo mundo situado miles de millas hacia poniente. A este propósito, se apuntaron dos barcos bacaladeros procedentes de dos diferentes puertos vascos y una tripulación entre los dos barcos de casi sesenta hombres.

El primero de estos barcos expedicionarios era una nao de 25 metros de eslora y de tres mástiles construida en uno de los mayores astilleros de Zumaia, cuyo nombre era "San Telmo", y que zarpó del puerto de Getaria. El segundo barco era otra nao semejante construida en el astillero de Ander de Ursua, cuyo nombre era *Arrantzaleku berria* (Nueva pesquería) y que zarpó del puerto de Donibane Lohizune para juntarse con el otro barco bacaladero a la altura de Capbretón y desde allí poner rumbo hacia las islas Feroe.

Posteriormente, se obtuvieron los permisos para elaborar sendas copias de los mapas y cartas náuticas de los vikingos del siglo X y que, a su vez, eran copias de las dibujadas por el hijo de Erik el Rojo, Leif Erikson, a comienzos del siglo XI y, finalmente, las elaboradas en 1475 por los corsarios Hans Pothorst y Didirk Pining durante la visita que Ochoa de Andraka le hizo a Pothorst en su casa de Thorshavn, en las islas Feroe. A continuación, navegaron rumbo a Islandia y desde allí siguieron hasta las costas de Groenlandia, desde donde se dirigieron a las tierras del Nuevo Mundo descritas en los mapas o cartas náuticas.

Se trataba de las tierras que los vikingos denominaron como Hellulandia, Marklandia y Vinlandia y que se situaban hacia el oeste de Groenlandia entre las latitudes N 66° y N 48°. Resultó que, si bien Hellulandia era una isla, no así Marklandia, donde abundaban los bosques, que era parte de un nuevo continente al que los vascos denominaron *Mundu Berria* o "Nuevo Mundo".

El territorio que Erikson denominó como Vinlandia en realidad era una isla que taponaba la salida al mar del estuario de un enorme río que surgía de lo profundo del Nuevo Mundo. Aquellas aguas frías de la desembocadura de aquel caudaloso río se habían convertido en el

mayor banco de pesca del bacalao a lo largo del año y un lugar ideal para la caza de la ballena durante el periodo comprendido entre el final de la primavera, el verano y hasta el otoño que era cuando las ballenas francas acudían a aquellas aguas durante la época reproductiva o de apareamiento de la ballena.

Durante dos meses, ya que el frío a comienzos de octubre se hacía insoportable y las aguas empezaban a cubrirse de una mantisa de hielo blanca, los barcos compaginaron la pesca del bacalao que guardaban en barricas en salmuera y la caza de la ballena. En una de las calas de Marklandia cercana a Vinlandia, donde había bosques y podían proveerse de marea suficiente para hacer fuego y construir toneles, habilitaron unas txabolas como residencia y construyeron un par de hornos de donde extraían el aceite de ballena o lumera que guardaban en toneles de 200 litros.

Durante esos días, Ochoa, acompañado por otros dos marineros, navegaba en una trainera a vela con sus papeles, pinturas y herramientas de medición de coordenadas geográficas que utilizaba o bien para dibujar sus mapas y sus cartas náuticas o bien para dibujar mapas que corregían los anteriores. De este modo, el cartógrafo Andraka pudo dibujar unas cartas náuticas con todo detalle que recogían la línea de la costa del Nuevo Mundo que seguía una dirección N-S, desde el paralelo N 66° hasta el paralelo N 48°, aproximadamente.

V

En el siglo XV, Rouen fue testigo de la confrontación entre las fuerzas inglesas y francesas en una guerra despiadada. La Guerra de los Cien Años tuvo su protagonismo en Rouen en 1418 con el asedio de la ciudad por Henry V, quien logró tomar la ciudad en 1419. La ciudad se convirtió en posesión inglesa después de la muerte de unos 35.000 soldados y una hambruna insostenible en el lado francés. A comienzos de los años de la ocupación inglesa de Rouen, esta ciudad normanda se convirtió en la capital del poder de los ingleses en territorio francés.

En realidad, la Guerra de los Cien Años fue un largo conflicto que sostuvieron los reyes de Francia e Inglaterra entre 1337 y 1453. Esta larga guerra conoció una extensa serie de choques militares y diplomáticos, caracterizada por breves campañas bélicas y largas treguas. No fue, por tanto, un estado de guerra permanente, aunque las prolongadas y frecuentes treguas se veían continuamente salpicadas de escaramuzas al estilo de lo que es una guerra de guerrillas, de modo que las maniobras diplomáticas más tradicionales

estuvieran siempre a la orden del día. Se inició en medio de condiciones feudales y por causa de un litigio típicamente feudal y terminó en una guerra entre dos países que se estaban convirtiendo rápidamente en naciones bajo la administración centralizada de sus respectivas monarquías.

A principios del siglo XV, los ingleses tuvieron una nueva oportunidad de apoderarse de gran parte de Francia, por no decir de todo el país. La ocasión fue el estallido de una guerra civil o, más concretamente, un conflicto armado entre el duque de Borgoña y el duque de Orleans. Carlos VI, que había accedido al trono de Francia en 1380 a la edad de once años era un enfermo crónico incapaz de gobernar efectivamente. En el vacío de autoridad así creado, sus ducales tíos rivalizaban por el poder personal y por adquirir una influencia dominante sobre la administración central.

Finalmente ganó Francia con el reinado de Carlos VIII y confirmó la dinastía Valois como la casa reinante de Francia. Los Valois forzaron a los Plantagenet a ser más "ingleses" que antes por lo que la guerra produjo otros efectos importantes a largo plazo. Ésta se había desarrollado exclusivamente en Francia, dejándola empobrecida y despoblada. El resurgimiento francés, durante la guerra y después de ella, solo podría conseguirse bajo una administración central fuerte y toda Francia reconoció esta realidad.

Después del regreso de los franceses a Rouen, se abrió un periodo próspero para la ciudad normanda que se benefició de los privilegios de su región y se embarcó en la construcción de monumentos. La ciudad de Rouen mantuvo un cierto dinamismo y poco a poco se fue convirtiendo en un mercado importante. Rouen era una ciudad con vocación de servir como una interfaz privilegiada entre el mar y París, lo que impulsaría su dinamismo económico en la segunda mitad del siglo XV. Las regulaciones comerciales, las ordenanzas reales y los avances del comercio marítimo fueron particularmente muy importantes a nivel económico para sus habitantes.

Todo esto se dio en un contexto en el que gran parte del norte de Europa estaba conociendo un notable recrudecimiento de los inviernos y un alargamiento del verano como estación cálida. En su vida cotidiana, las poblaciones como Rouen fueron percibiendo que las cuatro estaciones del año tradicionales se habían convertido en un año dividido en dos estaciones: una estación cálida y una estación fría de cinco o seis meses.

Cuando la coca bretona arribó al puerto marítimo de Rouen, Ochoa desembarcó rápido al objeto de encontrar un barco que le trasportara hasta París desde su puerto fluvial.

Desde la antigüedad, los puertos marítimo y fluvial de Rouen constituían una parte preponderante de la actividad de la ciudad debido a su situación estratégica entre París y el mar, cuyas mareas aún eran perceptibles allí, a pesar de que Rouen se encontraba a 80 km desde el estuario, siguiendo el curso del río (se tardaba seis horas de navegación aprovechando la subida de la marea).

Según se decía, a partir del puente Matilde de Rouen era donde se situaba el límite tradicional entre el río y la ría. Después de recorrer todo el puerto, el cartógrafo vasco preguntó por un pasaje en una pequeña embarcación cargada de especias provenientes de Portugal que zarparía con las primeras luces del día hacia el puerto de Grèves de París.

Sin embargo, no era la modalidad más aconsejable cuando se va con prisas. Tal como Ochoa ya se lo esperaba, sobre todo después de comprobar lo que se había tardado desde la desembocadura del Sena hasta el puerto de atraque de Rouen, la duración del viaje hasta el puerto de Grèves sería de cuatro a seis días y ello solo para recorrer 240 km, a través de un curso del río Sena donde abundaban los meandros y, encima, según el caudal que llevara el río, había que luchar contra la corriente.

Además, durante la noche las embarcaciones no solían navegar por el río Sena. De igual modo, si bien las barcas discurrían río abajo impulsadas por la corriente, por el contrario, para navegar río arriba debían ser arrastradas con cuerdas por los peones. A su vez, en la medida que ello fuera posible, las barcas ayudaban a su navegación con el uso de velas y remos.

La otra opción que le recomendaron a Ochoa era la de ir en carreta o a caballo por la calzada romana. La distancia entre Rouen y París era de unos 125 km. El problema fundamental era que resultaba muy peligroso atravesar el bosque de Vexin porque estaba lleno de bandidos que asaltaban a los viajeros.

VI

Por lo general, en el siglo XV, los caballos que se utilizaban para el transporte podían recorrer entre 40 y 60 kilómetros al día. En el caso de que se utilizaran caballos, mulas o burros para tirar de alguna carreta solían recorrerse al día distancias bastante menores, en especial si se utilizaban burros. Por las prisas, Ochoa decidió ir a caballo hasta París. Eligió el mejor corcel con la idea de pernoctar dos noches por el camino.

Tras pasar la noche en la misma posada que alquilaba los caballos,

poco después del alba, el cartógrafo vizcaíno salió de la posada al trote con el fin de no cansar al caballo más de lo suficiente y, para ello, realizó algunas paradas durante el camino. En el viaje se cruzó con dos comerciantes navarros que debían contratar un barco en Rouen para transportar hasta el puerto de Hondarribia de Baskonia la mercancía comprada en París. La mercancía era transportada aparte y descendía en unas barcazas desde el puerto de Grèves de París hasta el puerto fluvial de Rouen, aprovechando la corriente del río Sena.

Tal como le recomendaron, Ochoa de Andraka pernoctó la primera noche en la posada de Saint-Clair-sur-Epte, que era una población y comuna francesa de la región de Vexin y que se encontraba a unos 60 km de Rouen o Rotomagus.Precisamente, en esta localidad fue donde se firmó un tratado el año 911 entre el rey Carlos III y el jefe vikingo Hrolf Ganger, donde prácticamente se cedió Neustria o Neustrasia a los vikingos, a los normandos, a los hombres del norte. Neustris fue un reino franco de la época merovingia. El territorio de Neustria comprendía la región noroeste de Francia y su capital era Soissons.

La segunda noche, Ochoa debía pernoctar en Pontoise que era la capital del Vexin y que se encontraba a tan solo 30 km de París. Su fundación databa de los tiempos del Imperio Romano y se llamaba Pontisara. En aquellos tiempos, la roca que dominaba el río Oise servía como defensa del vado que atravesaba la calzada romana denominada “Julio César” y que unía Rotomagus (Rouen) con Lutecia (París).

Sin embargo, el trayecto entre Saint-Clair-sur-Epte y Pontoise resultó mucho más grave y más peligroso de lo que Ochoa había supuesto.

A sus treinta años, el vasco había participado en batallas navales contra piratas ingleses y holandeses y conocía bien hasta dónde llegaba la crueldad humana. También sabía de lo que eran capaces aquellos seres humanos, dotados de un salvajismo tan atroz y despiadado, que gozaban como locos de la sangre que derramaban y nunca sabían parar hasta que no habían degollado a todo ser vivo que tuvieran a mano, aunque éste fuera niño, mujer o anciano.

Los montículos boscosos de Vexin cubrían más de 60.000 hectáreas. Eran áreas que se concatenaban entre montículos y más montículos de robledales combinados con otras especies más comunes como el fresno, el castaño, el carpe, el arce, el cerezo, el haya y algunas coníferas.

En el siglo XV, las principales especies de madera del bosque del Vexin eran racionalmente explotadas. Así, el roble se utilizaba para la construcción naval, la fabricación de toneles, barricas y mobiliario

para las casas; por el contrario, el castaño se utilizaba para la fabricación de aros; el fresno para la fabricación de sillas; el cerezo para la fabricación de armarios, *etc.* Por cada árbol que se talaba era obligatorio compensarlo plantando otros dos árboles jóvenes de la misma especie.

En lo más profundo de aquel bosque de robles fue donde surgió la emboscada.

VII

Desde 1067 la ciudad de Londres tenía ya los mismos derechos que un condado y solo dependía de la autoridad real. De esta época data la Torre de Londres. En el año 1191, la ciudad inglesa se constituyó como municipio (*corporation*), reemplazando su alcalde al primer ministro (*portreeve*). En el año 1215, logró el privilegio de poder elegir su alcalde cada año.

Durante mucho tiempo, Inglaterra careció de capital fija. A partir del siglo XIII, Westminster, lugar cercano a Londres, se convirtió en una de las principales sedes del Gobierno. Sin embargo, era de destacar el hecho de que el auge del comercio europeo constituyera un factor de desarrollo muy importante para convertir a Londres en la capital del reino de Inglaterra, lo que, a su vez, impulsó su propia expansión. Así, durante el siglo XIV, el puerto de Londres se convirtió en un centro importante de Europa para el intercambio y la distribución de mercancías. Esta actividad fue reforzada en el siglo XV por el desarrollo de una poderosa industria textil.

Así pues, a partir de la segunda mitad del siglo XV, ya durante el comienzo del reinado de la familia Tudor, Londres se convirtió en una gran ciudad próspera y que contaba con una gran importancia internacional, tanto a nivel político como a nivel comercial.

La ciudad antigua, “The City”, quedó unida en torno a la curva del río con Westminster y se fueron construyendo numerosas “Inn” (o posadas), tabernas, lugares de comercio, mercados, espacios propios para librerías e imprentas (junto a la iglesia de San Pablo construida en el año 604 d.C.) y los espacios para el entretenimiento, como los teatros, los cuales se ubicaron en el margen opuesto del río y a las afueras de las murallas de la City.

Durante la Edad Media, el mayor volumen de comercio del mundo tenía lugar entre Asia y el Mediterráneo. De manera comparativa, Inglaterra era solo una pequeña isla situada en la periferia de la Europa continental. Al principio, los comerciantes extranjeros venían a comprar lana y a descargar sus vinos y artículos de lujo. Poco a

poco, la exportación de lana por comerciantes ingleses fue suplantada por la exportación de paño de lana que tenía mayor valor añadido. Inglaterra evolucionó tanto que pasó de ser simplemente un proveedor de materia prima a una nación industrializada que exportaba productos acabados o semi-manufacturados. El valor del paño era mucho mayor que el de la lana cruda y esto trajo una mayor riqueza al país.

A mediados del siglo XV, la flota mercante inglesa había estado en declive y gran parte del comercio de importación y exportación se realizaba en barcos extranjeros, lo que colocaba al país en desventaja. En la década de 1480, Enrique VII decidió aumentar la flota mediante la introducción de leyes de navegación que estipularan que las mercancías debían transportarse en barcos ingleses con tripulaciones inglesas, lo que consiguió aumentar el tamaño de la flota inglesa en el comercio internacional.

VIII

Las 630 millas náuticas que la nao "Ciburu" tuvo que recorrer para navegar del Puerto de Nantes al Puerto de Londres representaron casi cuatro días y seis horas de navegación hasta el momento de su atraque en un dique situado dentro del "Pool" de Londres en el tramo del río Támesis que corría a lo largo de Billingsgate y situado en el lado sur de la ciudad. Así, a las tres de la tarde comenzaron los estibadores portuarios a descargar casi 110 toneladas de mercancías de las 280 que transportaba la nao.

Johan de Ursua hablaba inglés perfectamente. Su padre, su abuelo y sus antepasados siempre habían sido hombres de mar y según contaban a veces los Ursua, ellos eran descendientes de los vikingos cuando, en el siglo IX, Baiona fue ocupada por los hombres del norte, lo que permitió transmitir a sus habitantes los secretos de su construcción naval.

Recuperada Baiona por el duque de Baskonia, Guillermo Sancho, casi un siglo después, pasó a ser la capital del vizcondado de Laburdi. Durante años, formó parte del ducado de Aquitania, con la condición de que se respetaran los fueros vascos. Fue a partir de 1155, debido a que el ducado de Aquitania era también un feudo del rey de Inglaterra, cuando comenzó la égida de la corona inglesa.

Durante esta época, Baiona se desarrolló como un puerto importante y se emancipó del Territorio de Lapurdi, hasta que Jean d'Orléans la conquistara el 21 de agosto de 1451. De este modo, durante el reinado de Carlos VII de Francia, comenzó la égida de la

corona de Francia no sin antes jurar los fueros y libertades de los vascos, último capítulo de la Guerra de los Cien Años entre ingleses y franceses.

Sin embargo, en el siglo XV, habría que precisar que los bayoneses apenas sabían hablar francés. En Baiona se hablaban muchas lenguas y no era raro encontrar a personas que hablaban tres idiomas: euskera o lengua vasca, gascón o lengua romance de los vascos y el inglés, como era el caso de los Ursua que recelaban constantemente de castellanos y franceses y, por el contrario, simpatizaban algo más con los ingleses.

Cada vez que Johan atracaba en el puerto de Londres, bien solo o con su padre, solía ir a visitar a dos familias que pertenecían a la comunidad de vascos que residían en Londres. Aquella vez, tenía un trabajo muy especial que "Gabriel" o Naomi de Besalú tenía que hacer por encargo de Ochoa de Andraka. Se sabía que el puerto de Bristol, el segundo mayor puerto marítimo de Inglaterra, después del de Londres, era el puerto del que habían partido, desde la década de 1480 en adelante, varias expediciones enviadas a buscar Hy-Brasil, la isla que se encontraba en algún lugar, al otro lado del Océano Atlántico según las leyendas celtas.

También se decía que una expedición de marinos del puerto de Bristol podría haber navegado rumbo a poniente y alcanzado nuevas tierras al otro lado del Océano Atlántico. Se rumoreaba que existían cartas náuticas que demostraban que se habrían descubierto esas tierras y que algunos creyeron que eran meras islas. Estos descubrimientos se debieron realizar cuando diversos comerciantes de Bristol financiaron expediciones que pretendían explorar otros territorios situados hacia el oeste.

Sin embargo, en algunos mapas de la costa situada en el lejano poniente se había dibujado, además de unas islas, una línea continua de costa, que discurría en dirección suroeste, de más de mil millas náuticas. Un mapa que también corroboraba que las tierras descubiertas al oeste por los vikingos, los daneses, los vascos y los ingleses no eran solamente unas islas situadas entre Asia y Europa, sino que se trataba de un nuevo continente.

Capítulo 5°
Los mapas de John Day

I

La víspera de la arribada al puerto de Londres, Naomi de Besalú se retiró pronto a su camarote. La joven sabía perfectamente todo el trabajo que le esperaba por hacer durante los dos días que permanecería la nao "Ciburu" atracada en el puerto de Londres. Sin embargo, no podía dormir. El capitán Johan de Ursua le había informado que se reunirían con un comerciante inglés llamado John Day que Ochoa de Andraka conoció en Bristol hacia seis años. Algo importante le debió enseñar o comunicar al vasco porque de resultas de que aquella conversación que mantuvieron los dos, el joven cartógrafo organizó el viaje de exploración a Vinlandia, la isla del nuevo mundo donde se establecieron los vikingos de Leif Erikson que procedían de Groenlandia.

La joven estaba inquieta porque ya no podía controlar los impulsos de su corazón y lo que sentía por su maestro se había convertido en una especie de obsesión. No había hora en la que no hubiese un minuto que su pensamiento no volara para posarse contemplando la mirada de Ochoa hacia ella. A veces, Naomi se avergonzaba de que ya no solo lo considerara su maestro y mentor, sino que también lo percibiera como un hombre del que ella se estuviera enamorando.

La primera noche que se despertó soñando que su maestro la besaba apasionadamente, notó que sus labios húmedos ardían y una especie de cosquillas que surgían desde el fondo de su vientre la llenaban de un placer que nunca antes había conocido. Cuando Naomi fue consciente que todo había sido un mero sueño, sintió un gran alivio. A su vez, se prometió que aquello sería un secreto que nadie sabría pues nunca saldría de su boca y también se juró a sí misma que nunca más volvería a ocurrir porque era algo que no podía suceder jamás. Ella era de religión judía y Ochoa era cristiano, aquello representaba un hándicap prácticamente insalvable.

Sin embargo, aquel sueño no vino para irse tan fácil puesto que recogía imágenes y sensaciones que, hasta entonces, ella nunca había experimentado y, sin que Naomi pudiese evitarlo, se fue convirtiendo en una fantasía que poco a poco se iba transformando en un recuerdo

situado en la frontera que separa el mundo de lo que es real, del mundo de lo que es imaginario.

Tampoco entendía la joven por qué su padre, que tan cumplidor era de las leyes judías, le había dado tantas facilidades para que ella cumpliera con su deseo de ser cartógrafa náutica. Podía entender que le aconsejara que se disfrazara de muchacho para pasar inadvertida en un mundo de hombres. No obstante, le resultaba cada vez más extraño que tanto su padre como su madre, siendo su mentor Ochoa viudo y ella una doncella, no le hubieran dado ningún consejo sobre cómo manejar la situación en el caso de que se produjera alguna atracción entre ellos.

Recordaba que el padre de Johan, Ander de Ursua, y su padre, Jacob de Besalú, se habían hecho grandes amigos y que muchas veces los oía hablar en voz baja, cada vez que ella se acercaba a donde ellos se encontraban charlando y que, generalmente, era en el estudio que ella compartía con su padre. Muchas veces le había parecido que ambos tramaban algo a sus espaldas, pero enseguida eliminaba esa presunción por lo recto que era su padre como hombre de fe que era. También consideraba que el armador de Donibane Lohizune era un hombre de honor. Además, su padre Jacob nunca hubiera hecho amistad con alguien que no fuera una buena persona.

Naomi sospechaba que debía haber algún secreto entre ellos, pero no alcanzaba siquiera a imaginarlo. Había pasado un mes desde que le propusieran trabajar como ayudante de cartógrafo y, confidencialmente, le dijeran que era para dibujar las cartas náuticas de un nuevo mundo que existía entre los continentes de Asia y Europa. Era de reconocer que la propuesta era muy tentadora y ella se quedó tan entusiasmada con esa idea que no dudó en responder que le encantaría hacerlo. Sin embargo, dada su condición de doncella y el hecho de tener que navegar en barcos donde toda la tripulación estaría formada por hombres, le pareció que era una idea un tanto descabellada y así se lo expuso al día siguiente a sus padres.

Fue su madre la que dio con la solución cuando le propuso que se disfrazara de muchacho. Solamente el capitán Johan de Ursua sabría la verdad y la ayudaría en todo momento. Con el pelo corto, Naomi podría pasar por un joven aprendiz de diecisiete años y su maestro, Ochoa de Andraka, que era, a su vez, sobrino del amigo de su padre, Ander de Ursua, difícilmente se daría cuenta de cuál era su verdadero género.

Naomi seguía pensando que se trataba de una idea un tanto alocada, pero en ningún momento se echó atrás, pues ella era también osada y, además, confiaba con los ojos cerrados en el criterio de sus

padres. En cierto modo, ser la ayudante de un cartógrafo que, a pesar de ser relativamente joven, eran tan reconocido entre sus colegas, le atraía mucho, y el hecho de hacerse pasar por un muchacho frente a su maestro viudo, la excitaba en su sensualidad femenina. Además, aunque no le conocía personalmente, lo que había oído de él era más que suficiente para la joven como para sentirse un tanto expectante.

Una vez Naomi escuchó al rabino de la comunidad, que era un recién llegado del reino de Navarra, que le preguntaba a su padre algo acerca de la esposa del joven capitán de barco con el que le había visto hablando fuera de la posada. Al principio, cuando Naomi escuchó aquella conversación, no cayó en la cuenta de quién estaban hablando. Solamente supo la verdad al preguntarle el rabino por el capitán de barco con el que su padre había estado hablando y éste contestarle:

–¿Te refieres al hombre que estaba hablando conmigo? Ya sé a quién te refieres. ¿No sabías que su esposa es también una hija de Sion, es decir, que es judía como nosotros?

Naturalmente que la joven Naomi no lo sabía, pero intuyó que estaban hablando de Johan de Ursua y ello abría la puerta a algunas explicaciones que hasta entonces no había considerado para nada.

II

En 1482, Ochoa de Andraka se sentaba junto al comerciante londinense, John Day, en la misma mesa del comedor de la posada “The Daring Sailor” que se ubicaba en una calle cercana al puerto de Bristol. Lo hacía un año antes de que el cartógrafo vasco confirmara la existencia de las tierras de Vinlandia, situadas en el Nuevo Mundo, como las tierras que descubriera y colonizara durante un tiempo el vikingo Leif Erikson, a comienzos del siglo XI.

En 1460, por detrás de las ciudades de Londres y de York, la ciudad de Bristol era considerada la tercera ciudad más grande de Inglaterra. Tras la Guerra de los Cien Años que finalizó en 1453, el puerto de Bristol, al igual del resto de los puertos ingleses de Gran Bretaña, perdió su acceso a los vinos de Gascugna, por lo que sus comerciantes se lanzaron a otros mercados como el de Castilla y Portugal y así, aumentaron las importaciones de vinos de ambos reinos.

Las importaciones de Baskonia, de manera especial, incluían mineral de hierro y piezas de hierro forjado. Las importaciones procedentes de Irlanda consistían en pescado, pieles y telas de lino. Las exportaciones a Irlanda incluían paños, alimentos, ropa y metales.

Pero, sobre todo, fue el declive del comercio de bacalao con Islandia el que originó el golpe más duro para la economía local, alentando a los comerciantes de Bristol a buscar nuevos caladeros para la pesca del bacalao. Ello hizo que giraran sus miradas hacia el oeste, hacia el otro lado del Océano Atlántico. Además, se contaban diferentes rumores acerca de la existencia de fabulosos caladeros para la pesca del bacalao y la caza de ballena que estaban permitiendo a los vascos ser los líderes en el mercado de esos productos.

Por ejemplo, existían rumores muy verosímiles acerca de que, durante la década de los años 1470, dos barcos balleneros vascos que iban persiguiendo a un grupo de ballenas de las que cazaban los vascos en el golfo de Bizkaia, tras recorrer miles de millas náuticas yendo tras ellas durante cuarenta días, al final, llegaron a unas costas de poniente donde confluían una corriente cálida que procedía del sur y una corriente fría que venía del norte, justo frente a la desembocadura de un gran río. Allí se encontraron con una isla a la salida de un estuario que estaba repleto de ballenas. Sin embargo, nunca hubieran imaginado que pudiera encontrarse una pesquería tan rica y productiva para la pesca del bacalao como aquella.

En tan solo un mes de pesca, habían realizado tal número de capturas que agotaron sus provisiones de sal y sus barriles llenos de bacalao en salazón. Cuando los barcos arribaron al puerto vasco de Donibane Lohizune, en vista del éxito de la venta temprana que habían realizado a diversos comerciantes de Rouen, Burdeos y Nantes, los armadores de los dos barcos balleneros vascos decidieron no contar nada acerca de aquel banco tan prodigioso para la pesca del bacalao y la caza de ballena. Ander de Ursua, que era el propietario de uno de los barcos en el que navegaba su hijo Johan como timonel, al día siguiente envió un mensajero para localizar a su sobrino del que sabía que había regresado hacía menos de un mes de realizar junto con su maestro, Juan Vizcaíno de Lakotsa, unas cartas náuticas de las islas Afortunadas.

John Day estaba muy contento porque el joven cartógrafo Ochoa de Andraka, por fin, hubiera aceptado exponer ante una comisión reducida del Consejo de Gremios de la Ciudad de Bristol una información confidencial que corroborase la verdad sobre la existencia de los fabulosos bancos de pesca del Nuevo Mundo. En realidad, Ochoa actuaba como representante de una serie de comerciantes y armadores vascos interesados en tener un trato privilegiado en relación con el comercio a desarrollar con el Puerto de Bristol. El comercio con la península ibérica iba creciendo y los puertos vascos querían aprovecharse del aumento de intercambios comerciales con

otros puertos europeos. El puerto de Bristol, en cuanto a comercio del bacalao se refiere, era muy importante.

Por otro lado, los comerciantes bristolianos llevaban tiempo financiando viajes de exploración sin éxito en busca de la isla fantasma de Hy-Brazil, que narraban algunas leyendas celtas. Al parecer, dicha isla mítica se encontraba en medio del Océano Atlántico y, en la leyenda, había llegado a fundirse mitológicamente con la que describiera San Brandán, un monje irlandés que navegó hacia el oeste en búsqueda del "Paraíso Terrenal" descubriendo nuevas tierras. Había quienes creían que dicho monje llegó a la Macaronesia donde se encuentran las islas Azores, Madeira y Afortunadas situadas más al oeste en el Océano Atlántico, pero otros se quedaban tan solo con la isla de Hy-Brazil.

En cualquier caso, el hecho de que hubiera islas en medio del océano era algo con lo que se especulaba desde el siglo II d.C., desde los tiempos del geógrafo matemático griego, Claudio Ptolomeo, y, consecuentemente, se daba por cierta la existencia de la isla de Hy-Brazil, reflejándola hipotéticamente en la cartografía de la época y dando por hecho que los marinos de Bristol la habían visitado antaño, aunque luego perdieran el contacto con dicha isla y olvidaran su verdadera ubicación.

Ochoa de Andraka admiraba a Claudio Ptolomeo. Su obra conocida como *Geographia*, en la que Ptolomeo describía el mundo de su época, utilizaba un sistema de latitud y longitud que seguía sirviendo de ejemplo a los cartógrafos de su época. El viaje que realizó junto con su maestro, Juan Vizcaíno de Lakotsa, a las islas Afortunadas, además de servir para cartografiar con mayor detalle las cartas náuticas de dicho archipiélago, también precisaba la ubicación exacta del meridiano cero utilizado por Claudio Ptolomeo y que se situaba a unos siete grados al oeste de la isla de la Gomera, integrante del archipiélago de las islas Afortunadas.

En el año 1480, el joven Ochoa de Andraka y su maestro cartógrafo, Juan Vizcaíno de Lakotsa, conocieron en Bilbao al comerciante londinense, John Day. Les dijo que él operaba cada vez más desde Bristol y que se había comprometido, junto con otros comerciantes y armadores bristolianos, a financiar una nueva expedición. Esta vez serían los barcos "George" y "Trinity" los que navegarían en busca de cierta isla llamada "la isla de Brazil", un lugar legendario cuyo nombre se derivaba de una palabra gaélica que significaba "bendecido" o "afortunado".

Un año más tarde, a finales de 1481, se volvieron a encontrar con John Day, pero esta vez fue en Baiona. Según les dijo el comerciante

inglés, la expedición había sido un fracaso. Los dos barcos bristolianos zarparon en julio de 1481 hacia las islas Azores con la intención de seguir navegando rumbo suroeste y alcanzar la altura del Ecuador para, desde allí, dirigirse hacia poniente, pero una terrible tempestad los sorprendió y los empujó hacia el norte hasta el paralelo 37. Prácticamente, la tempestad los había devuelto a la latitud de las islas Azores y hacia allí se dirigieron porque los barcos necesitaban reparaciones y algunos marineros se encontraban gravemente enfermos debido a que habían contraído la enfermedad del escorbuto.

Tras aprovisionarse de comida y agua fresca, reparar las velas y apuntalar algunos mástiles, los dos barcos pusieron rumbo norte desde dicha latitud hasta verse en medio de una gran corriente marina de agua caliente que discurría de oeste a este hasta arribar al puerto de Bristol. Estos hechos ocurrían a comienzos de noviembre del mismo año. Así pues, tras permanecer algo más de tres meses navegando por el Océano Atlántico, regresaron los dos barcos con tan solo la mitad de la tripulación. Como dato a resaltar era que sus bodegas todavía conservaban la sal que llevaban cuando zarparon del puerto de Bristol, lo que sugería que otro de los propósitos de aquella expedición marina había sido la de hallar un nuevo caladero para pescar que, desgraciadamente, no encontraron.

III

El bosque de Vexin cada vez estaba más tupido y ofrecía menos claros. Ochoa de Andraka decidió mantener el mismo paso al trote que llevara la víspera. Por si acaso, y antes de partir, el vasco se había puesto la capa y sobre ella el cinturón cruzado que sujetaba su espada y que colgaba en su costado izquierdo, pues Ochoa era diestro.

De pronto, en medio de la espesura del bosque, se oyeron unos gritos. Ochoa, presto para acudir en ayuda de los que gritaban, apretó sus piernas contra el caballo y aligeró la tensión de las riendas. El caballo empezó a galopar y no paró hasta que, desde una ligera loma, Andraka pudiera divisar cómo, a menos de cien metros, tres bandidos atracaban una carreta tirada por dos caballos que viajaba en dirección a Rouen.

Según se acercaba a la carreta con la espada en ristre, pudo comprobar que el conductor de la carreta y el soldado de la escolta que iba delante de la carreta yacían muertos en el suelo, víctimas de un flechazo. Para evitar ser alcanzado por otra flecha Ochoa, se ciñó al cuello de su caballo, parapetándose tras él, sin frenar la carrera hasta alcanzar la altura donde se encontraban los bandidos,

sorprendidos por su aparición tan repentina. Sobre la marcha, saltó del caballo y cayó encima de uno de ellos con el brazo derecho empuñando la espada en dirección hacia su pecho.

El choque al caer sobre el bandido fue tremendo y la espada atravesó violentamente el cuerpo del hombre de lado a lado. En el salto, Ochoa soltó inmediatamente la espada para que su inercia ejecutara el trabajo y, tras dar dos vueltas en redondo por el suelo, se levantó y lanzó su *labana*, o cuchillo vasco, contra el corazón del segundo bandido que cayó muerto al suelo como si un rayo lo hubiera fulminado.

A continuación, el cartógrafo se dirigió corriendo hacia la carreta y comprobó que sus tres ocupantes, aunque horrorizados y muertos de miedo estaban, al fin y al cabo, ilesos. Sin embargo, en la parte trasera de la carreta se estaba celebrando un duelo a muerte y las espadas no dejaban de machacar con sus golpes el silencio del bosque. El segundo soldado de la escolta había caído del caballo, pero no estaba lesionado y combatía bien con la espada. El bandido también parecía que sabía manejarla y sus guardias y paradas lo atestiguaban.

De pronto, aquel rufián se sorprendió de ver que el que se acercaba a él con la espada en ristre no era ninguno de sus dos compinches. Este despiste fue el momento que aprovechó el soldado para hacer un quiebro y así poder engañar a su oponente, insertando su espada en el vientre del tercer salteador.

En aquella carreta viajaban tres ilustres eclesiásticos: Louis de Beaumont de la Forêt, obispo de París, que había desempeñado como chambelán de los reyes Charles VII y Louis XI, antes de convertirse en canciller de la iglesia de Notre-Dame de París. Le acompañaban sus dos clérigos colaboradores, Gérard Gobaille, canónico de la catedral de Soissons, y Jean de Rély, obispo de Angers. Los tres religiosos le reiteraron su agradecimiento por haberles salvado la vida y le ofrecieron que los acompañara en su viaje al palacio, donde tenía su residencia el obispo de París junto a la iglesia de Notre-Dame a orillas del río Sena.

Durante el camino, Ochoa de Andraka aprovechó para comentar el motivo de su viaje a París que no era otro que el de recuperar un baúl que había dejado en custodia del convento de franciscanos de Nantes pero que, por motivos del conflicto bélico entre el ducado de Bretaña y el reino de Francia, había sido enviado al convento de franciscanos de París para continuar con su custodia. El canónico de la catedral de Soissons, Gérard Gobaille, aparentaba ser la mano derecha del obispo y tomó nota de la acreditación del baúl, así como del recibo que le proporcionaron los franciscanos de Nantes.

Cuando, al día siguiente, Andraka se dirigió al convento de franciscanos situado en el barrio Latino, se encontraría con que en el convento ya le estaban esperando para entregarle el baúl. Tras comprobar que su contenido era el correcto consideró que ya no había ningún motivo que le retuviera por más tiempo en París. Un monje franciscano le acompañó hasta el puerto fluvial de Grève que estaba situado al otro lado del río Sena tras atravesar l'Ile de la Cité.

Una vez en el puerto fluvial, Ochoa decidió utilizar como embarcación de transporte por el río un batel que le llevaría en dos días hasta Rouen. Llegaría dos o tres días antes de que la nao "Ciburu" arribara a Rouen, lo que aprovecharía para pensar sobre lo mucho que aún quedaba por hacer. Además, Andraka deseaba descansar mientras esperaba la llegada de su primo Johan y de su ayudante, Gabriel.

Por otro lado, Ochoa estaba muy satisfecho con aquel muchacho, al que veía que era muy capaz de desempeñar a la perfección todo lo que se le encomendara. Gabriel dibujaba muy bien, tenía buena mano para copiar mapas y estaba muy seguro de que habría hecho un gran trabajo copiando los mapas del Nuevo Mundo que les habría proporcionado John Day. Cerró los ojos y se acordó de la hermana gemela de Gabriel. Aquella muchacha le había impresionado y se le ocurrió que quizás ella y él podrían tener un futuro común, pero se echó para atrás. Ahora lo importante sería que zarparan cuanto antes de Rouen, rumbo hacia la ciudad de Brujas, Flandes. De momento, ese futuro común entre la hija de Jacob de Besalú y él estaba muy lejos, tanto que quizás nunca llegaría.

IV

El 2 de junio de 1488, la tienda real que acogería a los reyes de Castilla y Aragón ya se había instalado en el cerro más alto situado al norte del escenario de batalla en la sierra de Guadix, al objeto de quedar protegidos de cualquier ataque que sobreviniera por parte de las huestes del rey El Zagal o Muhammad XIII. En realidad, El Zagal se llamaba Abu Abd Allah Muhammad Ibn Said y era un miembro relevante de la dinastía nazarí y el tío del actual rey de Granada, Boabdil. Un rey que jugaba a dos cartas y que, a su vez, había traicionado a su padre, también hermano de El Zagal, con la colaboración y ayuda de los reyes Isabel I de Castilla y Fernando II de Aragón. La guerra civil entre ambos bandos nazaríes estaba servida.

El Zagal era un personaje muy popular entre los moros y, aunque siempre se había mostrado partidario de mantener la integridad física del reino de Granada, tras arrebatar Almería a su sobrino Boabdil,

pactó con él la paz y se repartieron el territorio en virtud del cual El Zagal se instaló en el palacio de la Alhambra de Granada mientras que su sobrino Boabdil hacía lo propio instalándose en el Palacio Dar-al-Horra donde vivía su madre Aixa en el barrio del Albaicín de Granada.

La caída de Ronda en manos de los cristianos, el 22 de mayo del año 1485, arrastró la caída de toda la Serranía de Ronda e, incluso, de Marbella, haciéndose palpable la amenaza cristiana sobre el reino proveniente de Málaga, ciudad que en el año 1487 El Zagal se apresuró a defender como pudo, perdiendo así todas sus posiciones en Granada en favor de su sobrino, quien ya había firmado previamente un tratado con los Reyes Católicos en el que se comprometía a hacer la guerra a su tío en beneficio de éstos y a rendir la capital nazarí.

La defensa de Málaga fue una lucha tan dura como inútil por parte de El Zagal, puesto que, finalmente, ésta cayó en manos cristianas el 18 de agosto de ese mismo año. La siguiente pérdida de Vélez-Málaga le obligó a retirarse a Almería. Durante todo el año 1488, El Zagal intentó contrarrestar el avance cristiano en la zona de Guadix, donde se encontraban los reyes de Castilla y Aragón esperando que la conquista del reino nazarí de Granada se resolviera con aquella batalla.

Aprovechando la presencia de doña Isabel y don Fernando en Murcia en 1488, se procedió a la conquista de varias comarcas orientales de la actual provincia de Almería, con una campaña organizada desde Lorca. En realidad, la guerra llevaba tiempo en marcha y el reino de Granada se había empequeñecido por las conquistas castellanas, especialmente tras la ocupación de Málaga en 1487. Desde entonces, El Zagal dominaba la Axarquía, es decir, el territorio oriental de lo que fuera el Reino de Granada por lo que cada vez la porción que controlaba era menor.

Isabel I de Castilla se había retirado junto a su marido, Fernando II de Aragón, al interior de la tienda real y los reyes habían hecho salir a todos sus servidores. Querían hablar sobre un tema tan importante que no querían que nadie se enterase. Era una cuestión de estado. Tan solo los guardias de su escolta real permanecían en el exterior vigilando que nadie se acercara a la tienda real.

–He recibido ayer en Murcia una carta del cartógrafo vizcaíno que está asesorando al reino de Castilla sobre la viabilidad del proyecto de Cristóbal Colón –inició la conversación la reina Isabel I de Castilla mientras su esposo, el rey Fernando II de Aragón, asentía con la cabeza en silencio esperando que su esposa prosiguiera–. El año que viene recibiremos las cartas náuticas del Nuevo Mundo que, Dios mediante, descubrirá Cristóbal Colón en unos pocos años.

–¿Dices que será un Nuevo Mundo? –preguntó el rey contrariado pues, hasta entonces, lo que él sabía por boca de Isabel era que la expedición marina que proyectaba Colón pretendía llegar a las Indias por poniente, acortando de este modo la distancia al comercio de especias.

–El navegante Colón está equivocado. Los resultados de los cálculos matemáticos que hizo sobre la distancia real que nos separa de China navegando hacia occidente son erróneos. La distancia es mucho mayor –aseveró Isabel I de Castilla.

–Eso lo puedo entender, pero ¿por qué hablas de un Nuevo Mundo? –preguntó Fernando II de Aragón, bajando la voz para que nadie que estuviera fuera pudiera oír su pregunta.

–Porque no solo fueron los vikingos los que visitaron este Nuevo Mundo en el siglo XI, sino que también lo hicieron los vascos dedicados a la caza de la ballena y a la pesca del bacalao. El cartógrafo Ochoa de Andraka estuvo allí hace cinco años y tenemos cartas náuticas que coinciden con los mapas vikingos –Isabel detuvo un momento su explicación para comprobar realmente el interés que mostraba la cara de su marido–. Desde hace un mes, el que fuera el ayudante del cartógrafo Juan Vizcaíno de Lakotsa, Ochoa de Andraka, se encuentra organizando una nueva expedición para el año que viene.

–No entiendo para qué. Estamos gastando demasiado dinero en este tema. Si dices que el cartógrafo Andraka ya ha estado en el Nuevo Mundo, ¿para qué tienes que financiar otra expedición ahora?

–Te recuerdo, amado esposo, que es el reino de Castilla el que lo financia y no el reino de Aragón. El Atlántico es un tema de Castilla y el Mediterráneo es un tema de Aragón. Así es como lo convenimos desde el principio, ¿verdad? –Fernando II asintió con la cabeza y la reina aprovechó para continuar su exposición–. El problema es que Colón, equivocado o no, tiene su proyecto y no podemos permitir que los franceses o los ingleses lo utilicen. El navegante genovés ha decidido partir desde la islas Afortunadas que se encuentran en el paralelo 28 del Mapamundi de Claudio Ptolomeo. La pretensión de Cristóbal Colón es la de continuar navegando por la misma latitud hacia poniente hasta encontrarse con las Indias.

–Sigo sin entender, Isabel, por qué necesitas financiar el año que viene una nueva expedición a lo que tú llamas el Nuevo Mundo –respondió su marido, el rey Fernando II de Aragón, con un interés cada vez mayor. A continuación, la reina Isabel de Castilla se introdujo en sus aposentos y regresó con un mapa, el cual desplegó para que su marido lo viera.

–Reconozco que, por lo que todavía te he contado, los motivos aún

no sean tan evidentes para ti, así que te lo abreviaré –Isabel II señaló con su dedo la línea de costa del Nuevo Mundo–. Como puedes comprobar los mapas que tenemos del Nuevo Mundo dibujan una línea de costa que va desde la Latitud 70° hasta la Latitud 45° pero te recuerdo que las islas Canarias se encuentran en la Latitud 28°. –La reina de Castilla bajó entonces la voz mientras ponía el dedo índice sobre la isla de la Gomera que formaba parte de las islas Afortunadas. Después trazó una línea imaginaria hacia poniente, paralela a la línea del Ecuador terrestre.

Al llegar a un punto rojo que se situaba sobre el mapa, la reina buscó el meridiano correspondiente que alcanzaba la última posición geográfica de la carta náutica de Andraka. Esta posición se situaba en la latitud 45°. La reina puso las dos manos sobre el mapa. Colocó una mano en el plano sobre las coordenadas terrestres –Latitud 28°, Longitud 27°– y la otra sobre el punto geográfico donde terminara la línea de costa que dibujara el cartógrafo Andraka –Latitud 45°, Longitud 27°– y concluyó precisando a su marido, el rey Fernando II de Aragón:

–Necesitamos saber cuanto antes si hay tierra firme al otro lado de las islas Afortunadas antes de aceptar el proyecto de Cristóbal Colón. Se trata de un coste de unos dos millones de maravedís y, si a ello sumamos los privilegios que el navegante genovés nos exige, la cifra que costaría su proyecto podría llegar a ser inasumible. Por ello, necesitamos saber la extensión del Nuevo Mundo y hasta qué latitudes se extiende. Ese es el nuevo mapa que esperamos, Fernando, y lo obtendremos el año que viene. Será entonces cuando decidiré continuar con el proyecto o, en su caso, denegarlo –concluyó su exposición la reina Isabel I de Castilla.

V

A las ocho y media de la mañana, el mercader John Day se personaba en un coche tirado por dos caballos en el muelle donde se encontraba atracada la nao “Ciburu”. Le acompañaban dos fornidos escoltas que introdujeron un baúl cargado de rollos de papel y de diversos objetos exóticos. Los rollos de papel contenían unos mapas que, aunque no se ajustaban a los estándares de cartografía al uso, podían ser interpretados y, por consiguiente, ser convertidos en cartas náuticas útiles.

Al final de la pasarela que comunicaba el muelle con la cubierta del barco, le esperaban el capitán, Johan de Ursua, y el joven ayudante de cartografía, Gabriel de Besalú, los acompañaban el

contramaestre y el oficial de derrota. Hechas las presentaciones entraron en el camarote del capitán donde les esperaba una amplia mesa sobre la que ya habían colocado el baúl y una especie de herramientas y amuletos que debían haber pertenecido a los indígenas que habitaban aquellas tierras de poniente.

En total, eran once mapas que describían islas y líneas de costa que habían sido recogidas en la copia de la carta náutica completa del Nuevo Mundo que su maestro Andraka le había enseñado y explicado con todo detalle su significado. La copia la había hecho Gabriel y el propio cartógrafo, Ochoa de Andraka, se sintió orgulloso de lo bien que su aprendiz era capaz de hacer copias de mapas.

Mientras John Day y Johan de Ursua discutían temas relacionados con la pesca y el comercio del bacalao, con el aumento del comercio de Inglaterra con Castilla y sobre el estado de la reanudación de los intercambios comerciales con los puertos de Burdeos, de Bayona y de Donibane Lohizune que a ambos interesaba, Gabriel se llevó los rollos de mapas a su camarote para allí copiarlos cómodamente.

Durante casi ocho horas, Gabriel estuvo trabajando intensamente en las copias y solo paró media hora para comer algo. A eso de media tarde, se personó en el camarote de capitán y le entregó al comerciante John Day los rollos de mapas comprobando, uno a uno, todos los rollos, al objeto de que comprobara bien que le entregaba todo y que no se quedaba perdido ningún mapa.

Tras despedirse atentamente del capitán Ursua, los escoltas de John Day volvieron a cargar el baúl para llevarlo al coche de caballos y regresar por el mismo camino por el que habían entrado. Johan parecía del todo satisfecho por el pre-acuerdo al cual habían llegado con John Day, que hablaba en nombre de él y de otros comerciantes asociados.

El inglés le había confiado que un producto clave de la red comercial de Bristol había sido el bacalao islandés, ya que tenía una demanda considerable en el sur de Europa. Sin embargo, reconoció que últimamente, los comerciantes de Bristol estaban experimentando un fuerte hostigamiento por parte de Islandia que quería puentearlos en los negocios de la venta de bacalao seco y les ponían trabas que irían creciendo y dificultando la adquisición de ese pescado en el mercado islandés.

Es cierto que había comerciantes de Bristol que el hecho del descubrimiento de ese caladero tan fabuloso para la pesca del bacalao le permitiría al puerto de Bristol evitar el acoso que sufría por parte de los comerciantes islandeses. Sin embargo, había algunos comerciantes, como John Day, que no estaban con este argumento. Se sabía el refrán

ese que decía que “el hábito no hace al monje”. El hecho de haber encontrado nuevos caladeros de pescado en las tierras de poniente gracias a la información suministrada por los vascos, no significaba que automáticamente los barcos bristolianos se dedicaran a la pesca de bacalao.

En efecto, Bristol era un centro de comercio, no de pesca. Los comerciantes de Bristol compraban y vendían pescado que era capturado por las flotas de otros puertos. Los ingleses que pescaban en Islandia tenían su base en el puerto de Hull y en otros puertos de la costa inglesa del Mar del Norte, no en Bristol. Por lo tanto, los bristolianos que patrocinaron viajes al Atlántico en la década de 1480 tenían muchas más probabilidades de buscar nuevos mercados y socios comerciales, pero no nuevos caladeros que explotaran ellos. Lo importante era llegar a acuerdos comerciales con respecto a la pesca del bacalao y a la caza de la ballena con flotas de otros puertos y los vascos constituían Baskonia, la nación más audaz y mejor preparada para ello.

VI

En la región de París, había llovido abundantemente durante aquella noche y ello hizo que creciera un tanto la corriente del río Sena y que iría creciendo más a lo largo del día. Ochoa había decidido viajar en batel porque podrían aprovechar no solo la corriente del río y la vela, sino que también el uso de los remos contribuiría a sortear mejor los vados de arena y a avanzar más deprisa por los meandros, situando a la embarcación por donde mayor fuera el flujo de corriente.

Acababan de pasar la primera noche en la posada de la comuna de Vernon situada a mitad de camino entre París y Rouen. Vernon era una población de origen céltico y que fue ocupada por los normandos que conquistaron Inglaterra. Se asentaba sobre los bancos de arena del río Sena y sus habitantes estaba muy orgullosos de su pasado tan antiguo. Sus habitantes decían con satisfacción que la palabra que identificaba el nombre del pueblo, Vernon, en realidad era una simple latinización de la palabra celta *gwern* que significaba “aliso” (una clase de árbol que crecía en las riberas de los ríos).

El caudal del río había crecido aún más por las lluvias que también se produjeron durante la noche, lo que aceleró la velocidad de la corriente y, con ello, la velocidad del batel. De este modo, a las tres de la tarde, el batel atracaba en el puerto fluvial de Rouen desde donde Ochoa se dirigió al puerto marítimo sentado en la carreta que transportaba el baúl de los secretos de estado y donde guardaba toda

la documentación, las cartas náuticas y las derrotas que le habían permitido tanto navegar rumbo al Nuevo Mundo como regresar. Los viajes marinos los había hecho junto con su primo, Johan de Ursua, que ya conocía los bancos porque estuvo pescando bacalao en dichas aguas, a finales de los años 1480.

Ochoa de Andraka, a petición de su tío Ander, el padre de Johan, participaba en aquel viaje para cartografiar la ubicación de los fabulosos bancos de pesca del Nuevo Mundo y, a su vez, verificar que la isla que describiera Johan, que se situaba a la desembocadura de aquel gran estuario de río, coincidía con el territorio de Vinlandia, donde el vikingo Leif Erikson y su gente habían vivido durante algunos años y que finalmente la abandonaron.

El cartógrafo vasco tenía una copia de los mapas originales que dibujaron los vikingos de finales del siglo X y comienzos del siglo XI, donde aparecían territorios del Nuevo Mundo como: Vinlandia, Marklandia, Straunfjord y Hellulandia, así como Groenlandia e Islandia y que quería contrastar con los mapas que se guardaban celosamente en la bóveda de un edificio propiedad del puerto de Brujas, Flandes, y que estaba convencido que eran los mismos que los suyos.

La conexión entre Brujas y los vikingos venía de antaño. De hecho, la historia de Brujas se remontaba al siglo IX cuando fue fundada por los vikingos. El nombre que recibió no fue otro que Brugge (Brujas), que se deriva de la antigua palabra vikinga *Brygga* que quiere decir “puerto” o “lugar de amarre”. El hecho de este origen tan marinero y su proximidad del Mar del Norte impulsó a Brujas para convertirse, con plena vocación, en un importante puerto comercial.

En el siglo XII, cuando ya Brujas se había convertido en una ciudad amurallada, un comerciante de Brujas que comerciaba lana con las islas Feroe encontró unos mapas antiguos en la isla de Streymoy. La población de Torshavn se localizaba en la costa oriental de esta isla y ya, desde el siglo IX, los primeros colonos vikingos celebraran allí sus asambleas y se convirtió en el principal asentamiento humano de las islas Feroe y también en el centro del monopolio comercial feroés con el exterior donde el comercio de la lana de sus ovejas constituía la principal materia prima para confeccionar los paños de lana que ocupaba gran parte de la actividad artesana de Brujas.

En el año 1150, el mercader brujense, que era muy devoto de la fe cristiana, quiso visitar la sede del recién creado obispado católico de Kirkjubøur, sede de la diócesis de las islas Feroe y que se situaba también en la isla Streymoy, siendo la población más sureña de la misma. Al llegar al lugar, el mercader brujense se encontró con que,

en el año 1110, la sede obispal había abierto una escuela de sacerdotes. Le enseñaron la biblioteca que contaba con apenas un centenar de libros y allí fue donde descubrió unos rollos de pergaminos hecho con piel de oveja que estaban preparados para escribir sobre su superficie.

Aquellos planos eran mapas de unas tierras situadas al otro lado del océano atlántico según la traducción de un monje que conocía el sistema de escritura de los vikingos que utilizaban el alfabeto vikingo o rúnico. En total, eran cuatro mapas y en uno de los mapas, destacaba una gran isla llamada Vinlandia que taponaba un brazo de mar que más parecía el estuario de un gran río. Bajo el nombre de Vinlandia, escrito con caracteres rúnicos, se podía leer claramente Leif Erikson y encima de la isla se abría un territorio que ocupaba la parte superior del mapa y que se denominaba Marklandia y la palabra *Skog* que significaba bosque.

Tras negociar con el obispo una copia de los cuatro mapas, éste le prometió que para la próxima vez que él llegara a Kirkjubøur, tendría preparadas las copias, pero, a cambio, él debería corresponder con la entrega de dieciséis libros sagrados. El comerciante aceptó y el obispo le entregó una lista que contenía el nombre de veinte libros que se utilizaban habitualmente en los seminarios diocesanos de la Iglesia Católica para la formación sacerdotal.

El comerciante se comprometió a que, por lo menos, traería dieciséis de los veinte libros contenidos en la lista que le entregó el obispo de Kirkjubøur, como así ocurrió. Seis meses más tarde, los mapas de Leif Erikson eran guardados secretamente en la cripta de la Basílica de la Santa Sangre de Brujas (anterior capilla de la residencia del conde de Flandes) aunque a mediados del siglo XIV se le buscó un lugar secreto, cuyo acceso era muy restringido y que Ochoa de Andraka había conseguido, gracias a la influencia y buenos oficios de los comerciantes vizcaínos que residían en Brujas.

VII

En 1477, el reino de Castilla declaró a los ingleses amigos y aliados, ordenando que se les dispensase un trato de favor. En diciembre de 1479, se opusieron a ciertos intentos de las autoridades de Bilbao para cobrar nuevas cargas, declarando que no se podría imponer sobre súbditos ingleses gravámenes mayores que los que pesaban sobre los propios súbditos de Castilla. Sin embargo, el concejo de Bilbao no hizo caso alegando una licencia real por la que les imponía ocho maravedíes de recargo por cada corona de todas las mercancías que

descargasen.

El 9 de marzo de 1482, tras un periodo de negociaciones, se firmó el Tratado de Londres, que significó una nueva etapa en las relaciones mercantiles de Castilla con Inglaterra. Se declaraba libre el trafico y la estancia de mercaderes en uno y otro país, suspendiéndose las cartas de marca, sustituidas por el sistema de compensaciones y acuerdos paralelos, además de introducir la fórmula de que cada buque debía dejar en depósito una cierta suma para responder por los actos de violencia o fraude que pudieran cometerse. Dicha fórmula daría buenos resultados y acabaría por generalizarse.

La nao "Ciburu" zarpó del puerto de Londres aprovechando que el viento era de dirección Oeste-Noroeste. La embarcación iba cargada con lana, paños de manufactura inglesa, joyas, cuero, legumbres, cereal, pescado y mineral de estaño. Durante los tres días de navegación que representaba recorrer las 260 millas náuticas del viaje marítimo entre Londres y Rouen, el capitán rogó a Dios que se mantuviera la componente del viento del oeste y que no se encontraran con vientos de componente sur.

No era nada extraño que una nao de finales del siglo XV sufriera demoras navegando. Así pues, según para qué tipo de singladura y en función de la estación del año y de la rosa de los vientos, el hecho de demorarse era algo muy habitual en aquella época. Las naos cuando tenían la mar y el viento de proa no podían seguir ganando millas, sus velas cuadradas no les permitían navegar contra el viento. Con apuros y con un considerable abatimiento, podrían meter su proa al viento pero no más de 70°. Por ello, en función de si los vientos eran favorables o no, en algunas rutas se podía estar esperando incluso semanas con las velas recogidas, a causa de los vientos adversos, hasta que los vientos cambiaran de dirección y fueran favorables.

Al salir del estuario, la nao que capitaneaba Johan de Ursua viró por avante enfilando un rumbo sur-sudoeste, de manera que el barco navegara con el viento a través por estribor. Tras dejar a popa la costa inglesa, el viento cambió a NO y se volvió más suave, aunque seguía empujando de costado las velas desplegadas de la nao, de modo que la embarcación navegara un tanto inclinada hacia babor.

Naomi de Besalú decidió colocarse en la proa del barco mirando hacia el horizonte que surgía a babor, siguiendo así la línea de la desdibujada y tenue silueta que ofrecía la costa francesa. Pensó en que, en tan solo unos pocos días, se encontraría de nuevo con su maestro. La verdad es que lo había extrañado mucho. No había hora que pasara en la que no pensara en Ochoa de Andraka y ya se había acostumbrado a ello.

La muchacha sabía que se estaba enamorando de él y que la fuerza de ese amor incipiente iba creciendo suave y lentamente pero sin detenerse ni un segundo. Ella suspiraba por estar cerca de él cuanto antes. El hecho de sentir los olores que él desprendía y de respirar su mismo aire le daba fuerzas a ella. Para lo poco que habían estado juntos, Naomi era consciente de que le echaba demasiado en falta. Una prueba más de que el flechazo había calado hondo.

La víspera antes de zarpar, mientras aguardaban que el viento procedente del sur cambiara a un viento de componente oeste, la joven judía tocó con los nudillos la puerta de la cabina del capitán donde habitualmente solían comer juntos los tres cuando Ochoa se encontraba en el barco. No obstante, desde que partieron de Nantes y se separaron de su maestro que había zarpado para Rouen, el capitán, Johan de Ursua, continuó comiendo en su cabina pero, sin embargo, Naomi había decidido comer sola en su propio camarote.

De hecho, sin la compañía de su maestro y mentor, la muchacha se encontraba desubicada. No le parecía bien que ella comiera con el capitán no estando él presente, sin más. El primer día de singladura hacia el puerto de Londres, Naomi tampoco salió del camarote porque se dedicó a copiar, con la intención de agrupar los mapas que Ochoa le había dejado.

Su maestre le había ordenado que copiara y optimizara, en lo posible, dichos mapas y que los integrara todos en una sola carta náutica. Eran unos trabajos de cartografía de mala calidad y que habían sido realizados hacia años por Hans Pothorst y Didirk Pining por encargo del rey de Dinamarca, pero que nunca fueron hechos públicos. Al parecer, porque nunca los entregaron por motivos que, si bien se desconocen, tampoco se le dio a ello importancia puesto que hubo fuertes rumores de que la expedición había sido un completo fracaso y los planos serían falsos.

Una hora antes de que las luces del día se esfumaran dando paso a un hermoso atardecer por poniente, a últimas horas de la tarde, se acercó el cocinero al camarote del ayudante del maestre cartógrafo para hablarle de la cena. Gabriel se lo agradeció vivamente, pues era algo que no esperaba. El aprendiz de cartógrafo había empezado a sentir hambre y hasta pensó bajar a la cocina del barco a unas horas en las que solo se encontraran el cocinero y el marmitón o pinche de cocina, cuando éstos estuvieran calentando en fogones la cena preparada para la tripulación del barco.

Es de destacar que en la mayoría de los barcos de otras naciones, la tripulación comía cada uno por su lado y tirado por los diversos rincones y tablones de la cubierta del barco. En estos barcos, solo el

capitán y, a veces con el piloto, el escribano y algún pasajero, acostumbraban a sentarse juntos a la hora de comer.

Generalmente, lo hacían en la cabina del capitán y si el buen tiempo acompañaba, lo hacían en cubierta en una mesa con mantel que se colocaba entre el palo mayor y el castillo de proa. Por el contrario, en los barcos vascos, la tripulación solía comer en diferentes turnos, pero siempre junto a una mesa donde se depositaba encima la marmita de comida que luego se servía a cada uno en su plato y así, se conseguía que nadie comiera solo su ración de marmita.

Tras informarle el cocinero sobre la comida que había para cenar, el ayudante de cartógrafo se quedó esperando a que, a continuación, le dejara la cena sobre la mesa de su camarote. Sin embargo, el cocinero no hizo ningún amago de ello. Lo que sí hizo fue preguntarle a Gabriel si es que él era vasco. La respuesta, obviamente, fue que él era catalán, pero ocultó decir que su fe era judía porque nadie iba contando por ahí la religión que profesaba. El cocinero que ya tenía sus cincuenta y muchos años, y que sabía muy bien por qué se lo preguntaba al ayudante del cartógrafo, Ochoa de Andraka, se limitó a contestar sonriendo y de una manera especialmente amable:

–No conociendo las costumbres propias de nuestra cultura vasca, es fácil entender que usted preferirá que le subamos las comidas a las mismas horas que se las subimos al capitán. De cualquier modo, hoy tenemos órdenes de servirle la cena en el camarote del capitán Ursua. Por cierto, creo que en estos momentos él ya le está esperando.

VIII

Un día más tarde de lo programado, la nao “Ciburu” atracó en uno de los muelles del puerto marítimo de Rouen. Cuando uno de los marineros lanzó desde a bordo la sisga amarrada a una estacha hacia el muelle de atraque, Ochoa agarró en el aire la piña de la sisga con las dos manos e, instintivamente, encapilló la gaza de la estacha al bolardo más próximo, ante la sorpresa del marinero que, si bien valoró la proeza, tardó en reconocer al peón portuario.

Sin embargo, sí hubo una persona a bordo que identificó enseguida quién era aquel habilidoso “amarrador”. Naomi lo descubrió cuando todavía los tres mulos de babor seguían tirando de los cabos de la nao hasta el punto de atraque. Ochoa seguía vestido con su boina vasca de color azul marino, su jubón también de color azul marino que llevaba encima de la camisa y que se unía a unas calzas de color azul marino por medio de agujetas (cordones) de color azul marino. El maestre de naos, cocas y carabelas y cartógrafo, era un tanto monocolor. Si algún

día ese hombre llegaba a ser su esposo, Naomi pensó, esbozando una sonrisa pícara, Ochoa dejaría de ser monocolor desde la primera noche de bodas.

–¡Dios creó los demás colores por algo! Eso es lo que digo yo –comentó la joven cartógrafa apoyada sobre la baranda de la aleta de babor.

Un cuarto de hora más tarde, todas las estachas de amarre del barco ya habían sido sujetas a los bolardos del muelle. Previamente, el capitán Ursua había dado orden de izar todas las velas, incluso la vela latina del palo de mesana. Soltaron las escalas y colocaron la pasarela y, al poco tiempo, comenzaron los estibadores con las tareas de desestiba para efectuar la descarga de mercancías, mientras se aproximaban diversos comerciantes ruaneses impacientes por hacerse dueños de sus mercancías.

Mezclado con los estibadores, Ochoa abordó al barco acompañado por tres peones portuarios que cargaban hasta su camarote el baúl de los secretos de estado recuperado en el convento de franciscanos de París y su inseparable bolsa de viaje. Tras abrir la puerta y depositar sus bienes y enseres en el interior de su camarote, salió y cerró la puerta con llave. También observó que la puerta del camarote contiguo que ocupaba su ayudante, Gabriel de Besalú, se acababa de abrir y una boina roja sobre una cabeza de muchacho surgió del hueco de la puerta. Después se dibujó una cara conocida con una sonrisa que exclamó con una gran alegría, en absoluto, disimulada:

–¡Buenas tardes, maestro! Aquí estoy de nuevo a sus órdenes. Le informo que las tareas encomendadas por usted han sido totalmente cumplidas, bien hechas y listas para que usted las revise –exclamó casi sin respirar la joven Naomi o, mejor dicho, el joven Gabriel, ya que todavía el maestro de cartógrafos, Ochoa de Andraka, no sabía algunas cosas importantes de lo que a su lado acontecía.

–¡Tranquilo, muchacho! –exclamó jovialmente Ochoa dándole a su pupilo un espaldarazo cariñoso como saludo que casi le saca a Gabriel el alma por la boca–. No tengo ninguna duda de que sus copias, mejoras y elaboraciones de mapas integrados y estandarizados de aquella región del Nuevo Mundo serán muy profesionales. Sin embargo, prefiero que, si a usted no le importa, descansemos hoy y veamos todo mañana durante el día. Tenemos tiempo mientras se realizan las tareas de carga y descarga de mercancías hasta cubrir el flete hasta Brujas, Flandes. Además, yo también tengo que enseñarle y hacerle partícipe a usted de algunas cartas náuticas y de diversos mapas de navegación que elaboré durante la visita que hicimos a aquellos caladeros del Nuevo Mundo que son tan prodigiosos para la

pesca del bacalao y la caza de la ballena y de algunos secretos que deberá guardar de manera inexcusable –concluyó su exposición el maestro cartógrafo de Gabriel.

Capítulo 6°
Las tribulaciones de la singladura hacia Flandes

I

La mesa del camarote del capitán de la nao “Ciburu”, Johan de Ursua, se había llenado de cuatro grandes cajas de madera. Cada una de ellas contenía en su interior diversos rollos de pergamino de cartas náuticas y de mapas geográficos. Gabriel de Besalú había ordenado las cajas según diferentes criterios: año de elaboración, autores, localización y nivel de calidad. A su vez, cada caja de madera tenía un gran rollo de pergamino donde se recopilaban, ajustaban e integraban en una sola carta náutica todo el resto de mapas y cartas náuticas contenidos en la misma caja de madera.

Durante las dos primeras horas de la mañana, el capitán Ursua, el cartógrafo Andraka y su ayudante Besalú se dedicaron a la evaluación cartográfica de los mapas que contenían las cajas. En total, había cuatro conjuntos de mapas de la isla de Vinlandia y de los territorios adyacentes que se correspondían con las cuatro cajas. Los rollos de piel de la primera caja de madera que contenían mapas geográficos de la península escandinava, península de Jutlandia e islas danesas, mar del Norte y sus costas, islas Feroe, isla de Islandia, el cono sur de la gran isla de Groenlandia, la isla de Hellulandia, el territorio de Marklandia y la isla de Vinlandia.

Estos mapas fueron todos ellos elaborados entre los siglos X y XI por diversos autores vikingos y algunos de ellos mostraban una precisión más que aceptable, si tenemos en cuenta las escasas herramientas cartográficas de las que disponían en aquel tiempo. Tal era el caso de la isla de Vinlandia, donde a comienzos del año 1000 se había establecido Leif Erikson –el hijo del famoso vikingo, Erik el Rojo– y un centenar de vikingos con sus familias en aquella isla rodeada de unos bancos de bacalao tan prodigiosos.

La segunda caja contenía tan solo tres mapas de Vinlandia y se había elaborado por los corsarios Hans Pothorst y Didirk Pining al servicio de la corona de Dinamarca, entre los años 1474-1476. La información nueva que se aportaba entre estos tres mapas era que se

dibujaba con detalle cómo la isla de Vinlandia taponaba el estuario de un gran río y que las líneas de costa del territorio de Marklandia conectaban con el estuario para seguir discurriendo, al sur del estuario, hacia el suroeste. La segunda gran aportación era que, por primera vez, se establecían las coordenadas geográficas de la isla de Vinlandia: *Latitud: 47° 30' Norte; Longitud: 27° 30' Oeste*.

Los tres hombres acordaron por unanimidad que la caja que contenía las cartas náuticas y los mapas geográficos más precisos era la tercera caja correspondiente a los trabajos cartográficos de Ochoa de Andraka que se realizaron en 1483. Aprovechando otra serie de trabajos cartográficos realizados por cartógrafos de los reinos de Noruega, Dinamarca e Inglaterra e incluir sus propios trabajos, los de Leif Erikson y los de Hans Pothorst y Didirk Pining, pudo añadir al reconocido mapamundi de Fra Mauro de 1458, información cartográfica suficiente que cubriera Hellulandia: *Latitud: 70° Norte; Longitud: 50° Oeste*. A su vez, Marklandia tenía unas coordenadas: *Latitud: 50° Norte; Longitud: 50° Oeste* y Vinlandia y el punto más al sur de la costa del Nuevo Mundo hasta donde Ochoa de Andraka había viajado y al que denominó Portlandia: *Latitud: 43° Norte; Longitud: 50° Oeste*.

Finalmente, ya solo quedaba por evaluar la cuarta caja que recogía las once copias realizadas por Gabriel de los mapas que había hecho la expedición que arribó a la isla de Vinlandia del Nuevo Mundo en 1487 y que fue financiada por John Day y otros mercaderes bristolianos. Las copias que presentó el aprendiz Besalú eran dignas de elogio y así se lo manifestaron el capitán y el maestro cartógrafo que felicitaron a Gabriel por el excelente trabajo de optimización realizado.

Besalú había mejorado sensiblemente la calidad de los dibujos proporcionados por John Day, convirtiendo unos simples mapas con anotaciones de las coordenadas geográficas escritas encima, en unas verdaderas cartas náuticas que luego serían de mucha utilidad para los navegantes que se adentraran por dichas aguas del Nuevo Mundo. No obstante, era de reconocer que el trabajo global había quedado enriquecido por un pequeño detalle que recogían dos de los once mapas.

Los dos barcos que componían la expedición bristoliana fueron arrastrados por los vientos dominantes de una tormenta que duró varios días cuando recorrían la costa del Nuevo Mundo situada al sur de Vinlandia. Cuando la tormenta amainó, descubrieron que el refugio que habían encontrado se encontraba dentro de una bahía donde desembocaba un río importante situado en la posición geográfica: *Latitud: 40° Norte; Longitud: 49° Oeste*. Teniendo en cuenta que las

coordenadas geográficas de la isla de Vinlandia eran: *Latitud: 47° 30' Norte; Longitud: 27° 30' Oeste*, verificaron matemáticamente que habían recorrido una longitud de unas mil millas náuticas siguiendo la línea de la costa de aquella región del Nuevo Mundo que era de orientación NO-SE [6].

La guinda de toda la validación cartográfica se produjo cuando Gabriel presentó una quinta caja que contenía el mapamundi elaborado por su maestro, Ochoa de Andraka, al que había añadido la línea de costa de una longitud de mil millas náuticas situada al sur de Vinlandia. Todo había quedado perfectamente acabado para que el mapa que quería tener cuanto antes la reina Isabel I de Castilla pudiese apoyarse en aquel fuerte punto geográfico de referencia.

Finalmente, es de reconocer que otro trabajo de mejora realizado por el aprendiz Gabriel de Besalú había consistido en adaptar todas las longitudes de las cartas náuticas al meridiano cero de Ptolomeo, situado a unos 7° al oeste de las islas Afortunadas. Cuando concluyó la evaluación y se guardaron las cajas en un baúl especial, Ochoa no se pudo contener de la alegría y le propinó un fuerte palmotazo a Gabriel en la espalda mientras exclamaba en lengua vasca o euskera:

–Zer gauza bikaina egin duzuna. Zorionak Gabriel! [7]

El aprendiz de cartografía se quedó casi sin aire y empezó a toser. Ochoa se le acercó como queriendo excusarse, pero Gabriel no de dio tiempo a disculparse. Había entendido perfectamente la frase y lo que quería decir. Se dio cuenta de que en estos dos meses que llevaba navegando sus niveles de comprensión del idioma vasco habían mejorado significativamente.

–No ha sido nada, no se preocupe, señor, ya me conozco por experiencia cómo son las costumbres vascas de mostrarse afecto entre hombres. Muchas gracias, maestro Andraka, por haber valorado tan bien mi trabajo y habérmelo hecho saber. En el futuro, espero darle muchas más oportunidades para que usted se alegre y siga sintiéndose orgulloso de mi trabajo –exclamó Gabriel, que ya el mero hecho de hacerse pasar por un muchacho comenzaba a serle un trabajo cada vez más pesado y doloroso y, así, estiró los codos hacia atrás para aliviar el dolor de espalda que todavía sentía.

II

Aquel día, el ambiente en la nao "Ciburu" había sido muy laborioso como solían ocurrir en parecidas situaciones. La embarcación no podía navegar a su destino por tener el viento en contra y todo el mundo aprovechaba el tiempo para dedicarse a los trabajos de reparación de

los aparejos y de las jarcias y a los trabajos de refuerzo de la propia estructura y arboladura de la embarcación. Eran los momentos en los que la nao tenía que estar fondeada en el interior de una cala que protegía del viento a la nave a la espera de los ansiados vientos favorables.

Tras zarpar la nao del puerto marítimo de Rouen y aprovechar el comienzo de la bajamar para llegar pronto a la desembocadura del Sena, el maestre Johan de Ursua viró rumbo noroeste aprovechando el cálido viento de componente sur que soplaba entonces. Sin embargo, a la altura de Calais –que pertenecía a Inglaterra aprovechándose de las luchas entre Francia y Borgoña– el viento cambió de dirección repentinamente y se volvió frío y húmedo como así solían ser, a pesar de ser comienzos de verano, los vientos que soplaban del noroeste.

Con sus apenas cumplidos treinta años, el capitán Ursua era un marino muy hábil y con la experiencia necesaria para saber cómo hacer frente con éxito a las tempestades que se le presentaran. Consideró que no tenía otro remedio que capear a la bretona, capear a palo seco, sin aparejo o velas, sino mantener la nave con solo el timón cerrado para orzar, dirigiendo la proa de la nao hacia la parte de donde venía el viento para, así, estabilizar la embarcación y esperar el momento apropiado, aprovechando la deriva a sotavento, para enfilar hacia una cala que supusiera un refugio contra el viento para la nao y, allí mismo, fondear, esperando con las velas recogidas que cambiaran los vientos adversos.

La nao “Ciburu” era una de las embarcaciones más marineras y se la consideraba una evolución a mejor de las cocas bayonesas de los siglos XIV y XV que habían construido los Ursua junto con los Andraka durante generaciones. En el siglo XV, las naos eran ya muy abundantes y dominaban, junto a las carabelas, los viajes comerciales por el Atlántico. El hecho de que se construyeran buscando una mayor maniobrabilidad es lo que permitió pasar de la navegación de cabotaje a la de altura.

La nao “Ciburu”, al igual que el resto de las naos, tenía el casco redondo, el timón estaba ubicado sobre el codaste y el gran madero que recorría la popa de arriba a abajo, rasgos que las naos heredaron de las cocas bayonesas. Tenía un castillo tanto en popa como en proa y dos palos, mayor y mesana, más el palo trinquete que se situaba inmediato a la proa. El francobordo o borda libre de carga que tanto influía en la mejor flotabilidad y estabilidad de las naos era bastante elevado, más que el de las carabelas.

Las velas de la nao “Ciburu” de los palos mayor y trinquete eran cuadradas y solo llevaba una vela latina en el palo de mesana (palo

vertical situado más a popa). Su peso era de unas 300 toneladas. Era un barco multiuso pues, aunque era utilizado fundamentalmente para el comercio, los vascos también utilizaban las naos para la pesca de altura y para la caza de la ballena.

El mayor defecto de las naos era que no podían navegar ciñendo contra el viento. Las velas cuadradas permitían ceñir el viento hasta más o menos 5° de su procedencia, por ello se ceñía y avanzaba realizando zigzag y los contramaestres eran los encargados de apreciar el tiempo de navegación en una u otra dirección para compensar deriva y mantener el rumbo.

Por todo ello y, dependiendo de la fuerza del viento, se desplegaba el trapo que se consideraba necesario, pero precisamente el "*suplementario*" no se largaba, solo el de las vergas, ni siquiera se utilizaban los foques o velas triangulares de proa pues aproaban demasiado el casco de la nao y la proa se metía a veces bajo el agua.

El capitán Ursua quería reparar la vela triangular de mesana que se le había roto al intentar capear el temporal. Para él esta vela era fundamental ya que le auxiliaba mucho en la maniobra del timón. También quería alargar el castillo de proa y así ampliar los aposentos para la tripulación. De igual modo, una de las vergas del palo mayor estaba soportando mayores tensiones por lo que decidió que se reforzara colocando más jaretas o redes que amparaban la caída de los mástiles y vergas.

>Mientras tanto, lo importante era tener paciencia y eso todos los marinos lo sabían. "*A mal tiempo, buena cara*" decía un viejo refrán. Tanto Ochoa como su primo Johan, como maestres de naos, cocas y carabelas que eran, sabían que el hecho de que las naos sufrieran demoras era algo muy habitual en aquella época. Estas embarcaciones no podían navegar de bolina en contra del viento ya que sus velas cuadradas se lo impedían. Por eso era frecuente sufrir este tipo de percances y, a veces, las naos necesitaban esperar varias semanas con las velas recogidas y fondeadas en una cala hasta que soplaran vientos favorables para poder continuar con su singladura.

III

Enrique VII, rey de Inglaterra y de Gales y señor de Irlanda sabía lo que significaba ser pobre y desterrado y tener que vivir de la caridad de otro país. Cuando estalló la guerra de los Dos Rosas por la sucesión al trono de Inglaterra entre la casa de Lancaster y la casa de York, su familia tuvo que huir debido a la persecución que sufriera por parte de la casa de York.

En Bretaña fueron acogidos por el duque, François II. Allí creció y se educó Enrique como uno de los candidatos de la Casa de Lancaster aspirante al trono de Inglaterra ocupado en ese momento por la casa de York.

En 1485, Enrique consiguió recibir apoyo financiero del duque de Bretaña tras haberle prometido algo que nunca cumpliría, como era el casarse luego con su hija, Anne de Bretaña. Al haberse asegurado un apoyo galés, Enrique desembarcó en Gales con el fin de empezar una nueva rebelión contra Ricardo III.

Se enfrentaron en la batalla de Bosworth donde, debido a las traiciones de algunos nobles, el ejército real fue incapaz de ganar la batalla, en la que el propio Ricardo III murió. Tras la batalla de Bosworth, Enrique acabó con la guerra de las Dos Rosas y se convirtió en rey de Inglaterra con el nombre de Enrique VII.

Durante su reinado, Enrique VII logró resultados sorprendentes y, en gran medida, aplicando métodos tradicionales. Así, Enrique VII consideraba que la corona debía ser capaz de mostrar tanto esplendor como poder cuando la ocasión lo requiriese. Para ello, el rey necesitaba contar con riqueza, lo que también liberaría al rey de la vergonzosa dependencia del Parlamento y de los acreedores. Pero para ello necesitaba garantizar la paz interna. Por ello, lo primero que hizo fue acabar con las luchas por el trono de Inglaterra entre la casa de Lancaster y la casa de York.

Así pues, aunque Enrique VII era miembro de la casa de Lancaster, en 1486, se casó en la catedral de Westminster con Isabel de York, hija del rey Eduardo IV. Este matrimonio supuso la unión de las casas de Lancaster y de York, lo que hizo que, a partir de entonces se empezara a hablar de la dinastía Tudor, debido a que Owen Tudor era el abuelo paterno de Enrique VII.

Por otro lado, la economía podría encontrar solvencia, si Inglaterra evitaba las guerras, promovía la eficiencia en la administración y aumentaba los ingresos. Para aumentar sus ingresos procedentes de las tasas reales que se pagaban en las aduanas, Enrique VII trató de alentar las exportaciones, proteger las industrias nacionales, ayudar al transporte marítimo inglés mediante el método tradicional de una ley de navegación que garantizase que los productos ingleses se transportarían en barcos ingleses para así, encontrar nuevos mercados. Esta nueva sensibilidad por la expansión comercial de Inglaterra hizo que el rey cultivara el trato con diversos comerciantes ingleses, fundamentalmente, con los comerciantes que operaban en los puertos de Londres y de Bristol.

A finales de junio de 1488, el rey de Inglaterra y Gales, Enrique

VII, se había reunido con el mercader John Day y con otros comerciantes bristolenses que le informaron de sus expediciones a la isla Hy-Brazil. El rey ya estaba informado de que aquellas expediciones habían resultado un fracaso, pero también fue conocedor del éxito obtenido con la expedición de 1487. Aquella gesta supuso el descubrimiento de las tierras situadas al otro lado del Océano Atlántico, donde en sus aguas se encontraba el mayor caladero conocido para la pesca del bacalao. Desde el principio, el rey se sintió muy atraído por la propuesta de apoyar nuevos viajes al Nuevo Mundo. Sin embargo, todavía las arcas del tesoro estaban excesivamente mermadas.

El rey Enrique VII sabía que el reino de Castilla estaba preparando enviar una expedición parecida hacia poniente, con la idea de encontrar una ruta marítima que acortara el viaje a las Indias en busca de especias. Sin embargo, valoró que, siendo Inglaterra aliada preferencial de Castilla, podrían aguardarse unos años más hasta conocer los resultados de lo que pretendía Cristóbal Colón y así, actuar en consecuencia.

A Enrique VII le pareció que, a corto plazo, sería más provechoso impulsar una enérgica afirmación de los derechos fiscales reales, como los honorarios legales, multas e intercambios, así como las cuotas feudales para aumentar las arcas del tesoro. En una gran medida, este aumento de la recaudación fiscal se pretendía lograr mediante la aplicación en todo Inglaterra y Gales de los métodos recaudatorios que ya eran aplicados por la casa de York.

Así, se pretendía que la mayor parte de los ingresos reales se pagaran a la casa real, administrada por sirvientes capaces y enérgicos y supervisada por el propio rey, en lugar de al Tesoro o a la Hacienda real como hasta entonces. En 1488, Enrique VII impulsaría unos métodos financieros de recaudación tan eficientes como despiadados. Lo primero sería llenar las arcas reales, el tiempo de navegar hacia el Nuevo Mundo vendría después.

IV

En Europa, a excepción de algunos conflictos puntuales, se estaba viviendo un importante periodo de paz que beneficiaba al comercio y a la movilidad de las personas. Ello también beneficiaba a la posada de Jacob que tenía cada vez más clientela y de ella, muchos eran peregrinos procedentes de Irlanda y de gran Bretaña y de otras naciones del centro y norte de Europa ubicadas en la cornisa del Océano Atlántico.

Aquel día, Jacob de Besalú esperaba la visita de su gran amigo, Ander de Ursua, que además de traer noticias de su hija Naomi necesitaba entregarle también una carta personal de la muchacha que iba expresamente dirigida a su padre. La carta había sido entregada a una nao vasca que zarpó del puerto de Rouen para Baiona, el mismo día que la nao "Ciburu" zarpaba para Brujas. En los puertos vascos se conocían todos y del puerto de Baiona se la hicieron llegar al padre de Johan, Ander de Ursua.

No eran todavía las diez de la mañana y ya la gran sala de comedor de la posada estaba repleta de gente que almorzaba antes de partir hacia Santiago de Compostela. Aquel día habían llegado tres barcos de peregrinos procedentes de Flandes, Dinamarca e Inglaterra y algunos eran nobles y eclesiásticos de alto rango que exigían un trato personalizado, dándose ínfulas de grandeza y haciendo llamar la atención, como quiera que fuera y allí donde se encontraran.

Al entrar en la posada, Ander de Ursua pudo comprobar que Jacob le esperaba pero que, mientras tanto, saludaba atentamente a una comitiva procedente de Amberes, Flandes. Acompañaban a este grupo de fieles dos sacerdotes flamencos que también vinieron con otro grupo de peregrinos el año pasado. El armador vasco de Donibane Lohizune, que tenía una buena memoria para acordarse de las caras, los reconoció enseguida y, por lo visto, uno de los sacerdotes también se acordaba de él ya que incluso le llamó por su nombre y apellido.

–¡Buenos días, Ander de Ursua! ¡Que Dios le acompañe! Es un placer volverle a ver de nuevo –saludó el sacerdote flamenco, aquel que era más joven de los dos recién venidos.

–¡Buenos días reverendo…! –Ander nunca había sabido cómo tratar a los curas. Quizá eso fuera debido al hecho de ser cada más escéptico con las religiones.

Al principio, cuando Ander era más joven, había sabido tratar con los frailes. Para él, mantener con ellos una relación cordial y de respeto siempre había sido muy fácil, especialmente con los franciscanos por los que guardaba mucho respeto. Sin embargo, últimamente, aparte de ser frailes predicadores cada vez más incultos, salían como puras bestias enjauladas de sus conventos, seminarios y monasterios a comerse un mundo dominado por el diablo al que había que salvar a sangre y fuego, quemando y torturando a todo aquel que no pensara igual.

El catolicismo pasó de ser una religión del amor y la tolerancia a maldecir constantemente a la raza humana por ser tan débil y pecadora y sometida a las abominaciones pecaminosas que le exigía la carne. Los monjes, en sus predicaciones, siempre estaba amenazando a

todos con sufrir el castigo del peor de los infiernos y para toda la eternidad.

Con un discurso tan negativo que siempre procuraba infectar las creencias de la gente imponiendo la imagen de un Dios vengativo y cruel, Ander de Ursua no se reconocía en esa fe. Ese discurso del odio resultaba ya asfixiante. Ander de Ursua nunca pudo perdonar que los curas desde sus púlpitos difundieran entre la gente del pueblo llano, una doctrina del odio y la muerte contra los practicantes de una religión tolerante, piadosa, sabia y mínimamente inteligente, como la judía. Su hijo y su familia eran judíos, al igual que lo fue su cuñada y muchos que eran amigos suyos de verdad, como Jacob de Besalú y su familia.

–Señor de Ursua, permítame que me presente, me llamo Jacome de Groenenberghe –expresó con una sonrisa el sacerdote. A continuación, hizo la presentación del sacerdote más longevo–, y acompaño al arcipreste de la catedral de Nuestra Señora de Amberes, Adelbert de Waghemakere.

Mientras los dos sacerdotes degustaban un caldo de sopa de puerro, ajo y cebolla con migas de pan, por educación, Jacob de Besalú y Ander de Ursua los acompañaron a la mesa. Allí se enteraron de que dos hermanos del arcipreste o canónigo principal de la catedral, los hermanos Van Waghemakere, estaban finalizando la construcción de dos naves más que se añadían a las cinco que ya se habían construido un siglo antes. La “Onze Lieve Vrouwkathedraal”, que comenzó a construirse a mediados del siglo XIV estaba llamada a ser la mayor iglesia de todo Flandes.

En un momento dado, se acercó la mujer de Jacob para avisar a los dos sacerdotes que allá fuera, en la misma calle que daba a la posada, les aguardaban parte de los más de treinta peregrinos a los que iban acompañando. Tras despedirse afectuosamente de los dos sacerdotes flamencos y desearles unas felices jornadas de viaje en su segunda peregrinación a Santiago de Compostela, los dos amigos se dirigieron al despacho de Jacob que estaba detrás de la escalera que subía a la primera planta, en la entrada principal de la posada.

Al entrar los dos en el despacho de Jacob y sentarse éste en su asiento, ofreciéndole a su amigo la silla que tenía enfrente, lo primero que hizo Ander de Ursua fue entregarle la carta de su hija Naomi. Cuando la vio, la agarró con un ansia no disimulada, se levantó con una gran alegría y se puso junto a la ventana para leerla con más luz y más intimidad. Una vez que hubo leído varias veces la carta de su hija Naomi, Jacob levantó la vista para mirar agradecido a su amigo, dejando la carta doblada sobre la mesa del escritorio.

Jacob se sintió satisfecho de su contenido y se alegró mucho de que todo estuviera yendo muy bien con su hija y de que ella estuviera destacando mucho como aprendiz de cartografía. Su hija también le contaba que la evaluación de los diferentes mapas había sido todo un éxito y que, incluso, había recibido la felicitación de su propio maestro y mentor, Ochoa de Andraka.

Al final, Naomi le decía que saludara a su señora madre y a sus hermanos. También le anunciaba que, al día siguiente, 7 de julio de 1488, la nao "Ciburu" zarparía, Dios mediante, poniendo rumbo a Brujas y que, como él bien sabía, allí tenían una misión muy importante que cumplir. Le recordaba que, en función de los resultados de sus gestiones, se decidiría cómo se iba a abordar la ejecución del resto de la misión encomendada por quien él ya sabía. Tras firmar la carta y como posdata, su hija añadía que la carta la recibiría por mediación de su amigo, Ander de Ursua. El capitán de una coca bayonesa de Hondarribia que había atracado también en el puerto marítimo de Nantes, Uhaut de Urrutia, zarparía ese mismo día hacia Baskonia y le haría llegar su carta en cuanto arribara al puerto de Baiona.

V

Los días de viento NO que obligaron a la nao "Ciburu" a permanecer fondeada en aquella cala cercana a Calais se transformaron en casi dos semanas. De este modo, hasta que empezó a soplar viento procedente del sur, que también trajo el calor y el buen tiempo, el capitán Ursua no pudo arriar velas y enfilar la nao rumbo NNE. Es cierto que se habían perdido días de mar pero, sin embargo, los trabajos de reparación y mantenimiento del aparejo y de las jarcias prácticamente se habían concluido. De igual modo, los que más lo habían aprovechado habían sido el maestre de naos, cocas y carabelas, Ochoa de Andraka, y su aprendiz de cartografía, Gabriel de Besalú.

Todos los días, durante algunas horas de la mañana y también de la noche, cuando los cielos estaban despejados, el maestro Ochoa le daba clases a Gabriel de astronomía, trigonometría, construcción náutica, geografía, nutrientes y alimentación y climatología, rosa de los vientos y corrientes marinas además de las disciplinas propias de la cartografía náutica. También le adiestraba a su ayudante en el manejo de instrumentos de medición de las coordenadas geográficas para fijar la posición del barco, la dirección del rumbo o la ubicación trigonométrica de un determinado punto geográfico que tan importante era para el dibujo y la elaboración de las cartas náuticas.

En general, aunque Gabriel dominaba la elaboración de cartas náuticas o mapas a escala que tanto utilizaban los pilotos náuticos, también necesitaba ponerse en lugar del piloto a la hora de manejar bien los instrumentos de navegación. Algunos instrumentos, como las reglas paralelas, el compás de puntas, la brújula magnética, el cuadrante y el astrolabio entre otros, Gabriel los dominaba perfectamente.

No obstante, en el momento que el viento soplara favorable y la nao zarpara de nuevo rumbo a Brujas, había otros instrumentos de navegación que el maestro Ochoa de Andraka quería que su pupilo también dominase como la corredera y ampolleta, tan útil para medir la velocidad de la embarcación. De igual modo ocurría con la sonda que era muy útil para determinar la profundidad y naturaleza del fondo.

El nocturlabio era un instrumento que se usaba para determinar la hora mediante la observación de las estrellas y, finalmente, el cálculo matemático de la distancia en millas a partir de las coordenadas de dos puntos geográficos. A destacar el hecho de que el propio Ochoa de Andraka había inventado un novedoso método que facilitaba dicho cálculo.

Una noche en la que el cielo se encontraba muy despejado y se observaban las constelaciones y las estrellas con mucha nitidez pues no había bruma y la luna aún no había salido, el maestro Andraka se detuvo en la constelación de Géminis para comentar, dejando el astrolabio con el que medía su posición en el cielo nocturno, sobre la mesa de cubierta:

–¿Sabía usted, Gabriel, que en relación con la constelación de Géminis existe una bonita leyenda que está basada en la mitología griega? –preguntó el maestro Ochoa a un alumno como Gabriel que era todo oídos pues tenía hambre de saber.

–No, señor –respondió el muchacho con un tono que insinuaba claramente que estaba muy interesado por saberlo.

–Le gustará escucharla Gabriel, pues se trata de la leyenda de dos hermanos gemelos cuyo amor fraternal los llevó a vivir siempre juntos en el firmamento. –Aquello de los hermanos gemelos encendió una luz de alerta en el cerebro de Gabriel que se centró, con mayor atención si cabe, en lo que su maestro le estaba narrando–. Esta historia está protagonizada por dos gemelos, llamados Cástor y Pólux, tal como se los conoce en la mitología romana. Ambos eran gemelos y, a pesar de haber nacido supuestamente idénticos, ni queriendo hubieran podido ser más diferentes –continuaba su narración el maestro Andraka.

–La causa de esta paradoja se debía a que cada uno de ellos había

sido engendrado por un padre diferente. Así, el primero de ellos había sido engendrado por el esposo de su madre y el segundo por el dios Zeus, que se había convertido en un cisne. La leyenda también nos cuenta cómo fue posible que Leda, la reina de Esparta, quedara embarazada por un cisne. Al parecer, la reina se encontraba un día dando un paseo cuando apareció un hermoso cisne que se acercó a ella. El ave, que como te he dicho era una encarnación de Zeus, había quedado prendado de la mujer y quería yacer con ella. Inventó la triquiñuela de que estaba escapando de un águila y se posó sobre la confusa reina. Algo más debió pasar, pero no lo explican. El caso es que la cosa no quedó ahí, ya que fruto de ese momento y de lo que pasó, algo que los griegos antiguos no detallan, nació un hijo.

Gabriel, que había escuchado la leyenda con mucha atención, no pudo evitar que se escapara un comentario:

–¿Desde cuándo un cisne puede engendrar con una mujer, maestro?

–Desde nunca –fue la breve y rápida respuesta de Ochoa, para continuar de seguido–, pero se trata solo de un mito que intenta transmitirnos una idea y no, precisamente, ofrecernos una realidad. Además, esa misma noche, Leda tuvo relaciones con Tindeo, su marido, por lo que, un tiempo después, la reina de Esparta puso un huevo ya que antes había copulado con un cisne. De aquel huevo salieron dos gemelos: Cástor, el mortal hijo de Tindeo, y Polideuco o Pólux que, como buen hijo de Zeus, resultó ser inmortal. ¿Le va gustando el cuento? –preguntó Ochoa a su pupilo, que le hacía señas al maestro para que continuara.

–A lo largo de sus vidas, ambos hermanos, Cástor y Pólux, convivieron muchas aventuras juntos. Entre ellas, los dos formaron parte de los Argonautas, una aventura en la que se narra que un grupo de héroes navegaron juntos en busca del vellocino de oro. Sin embargo, la última de sus aventuras terminó trágicamente. Así, en una disputa que mantuvieron con sus celosos primos, Idas y Linceo, el primero de ellos se abalanzó sobre Cástor y le atravesó con su lanza, de manera que Cástor murió en el acto. Como venganza por haber matado a su gemelo Cástor, Pólux mató a Linceo y su padre, Zeus, al saberlo, fulminó a Idas con un rayo por haber sido ese primo el verdadero asesino.

Ochoa detuvo su narración para observar mejor la atención que le ponía Gabriel y, tras comprobar que ésta era alta, prosiguió:

–Continuando con la leyenda, ocurrió que, tras la muerte de su hermano, Pólux quiso renunciar a su condición de inmortal, ya que consideraba que no valía la pena seguir viviendo si no podía

compartir su vida con Cástor, por lo que Zeus hizo un trato con Hades, acordando que ambos pasaran juntos seis meses en el infierno y otros seis en el Olimpo. Finalmente, el dios del mar, Poseidón, los envió al cielo como protectores de los marineros. Poseidón sentía un gran aprecio por los gemelos desde su viaje con los Argonautas y así fue cómo aquellos dos gemelos, tan iguales y a su vez tan diferentes, terminaron viviendo juntos en el firmamento, en la constelación de Géminis. Eso sí que es amor de hermanos. Un amor como el que tú tendrás con tu hermana Naomi. ¿Verdad, Gabriel?

Se produjo entonces un largo silencio en el que ninguno de los dos quiso dar el paso de comentar algo. Al final, fue Ochoa el que rompió el silencio y, de una forma entrecortada que no era habitual en él, hizo un gran esfuerzo por explicarse e intentar salir de aquella tensa situación:

–Perdone, Gabriel, por la última pregunta que le he hecho porque creo que usted también prefiere guardar su vida privada para su familia. Le hablé de su hermana Naomi porque, al ser su hermana gemela, pensé que, entre gemelos, usted podría confirmarme si existe o no, un amor especial como es el que nos describe la leyenda de Cástor y Pólux –concluyó Ochoa su intento de reconducir la situación.

–No lo sé –contestó lacónicamente Gabriel para añadir a continuación–. Me figuro que no deber ser lo mismo cuando los dos son del mismo género que cuando no lo son. De verdad que no lo sé, señor –finalizó Gabriel su comentario. A continuación, explicó a su maestro que le dolía un poco la cabeza y pidió permiso a su maestro para excusarse y retirarse a su camarote, no sin antes ofrecerse para ayudarle a guardar el astrolabio.

Ochoa se quedó contemplando, a la suave luz de las estrellas, cómo una tenue figura se alejaba caminando sola por cubierta hacia las escalas que ascendían al castillo de proa. De pronto, le pareció que aquella persona era Naomi. Movió súbitamente la cabeza para apartar esa ilusión de su cabeza que hacía como si sufriera un espejismo y pensó el maestro que estaba alucinando. En su camarote, Ochoa guardaba una botella de vino y se dijo que un par de tragos le vendrían muy bien antes de dormir.

Capítulo 7°
El misterio de la bóveda de la cripta de Brujas

I

Contra lo que Ochoa se temía, la relación entre alumno y maestro había mejorado enormemente. Sin duda, Gabriel estaba siendo el mejor aprendiz de cartógrafo que él había conocido en su vida. A veces, su inteligencia rozaba la genialidad, lo que contribuía a que Andraka se sintiera, día a día, cada vez más orgulloso del muchacho. Por otro lado, Gabriel tenía parecidos sentimientos con respecto a su maestro, con el añadido de que la mujer de verdad que ocultaba su disfraz de muchacho se sentía cada vez más enamorada de su mentor y ello, a veces la sumía en una nostalgia que nunca había sentido. Menos mal que era fuerte y que presentía que habría un final feliz.

Por otro lado, había un tema que al cartógrafo vasco le atormentaba mucho porque no sabía cómo plantearlo con éxito. Ochoa necesitaba que Gabriel le hablara de su hermana gemela Naomi y ése era un tema del que, cosa extraña, el muchacho nunca hablaba. Así que, Ochoa temía que, si se lo preguntaba, Gabriel se cerraría en banda. Por ello, el maestro prefirió que, antes de meter la pata, lo mejor sería seguir como hasta entonces. Por nada del mundo Andraka quería perder la confianza de Gabriel, que estaba resultando ser un muchacho muy celoso de guardar la esfera de lo privado para sí. Ochoa pensó entonces que no debería quejarse pues, en el fondo, él era igual y tampoco le gustaba hablar de su familia, ni de sus sentimientos con personas extrañas.

Ensimismado en sus pensamientos, alguien tocó con sus nudillos la puerta de su camarote. Ochoa corrió a abrir la puerta y, al hacerlo, apareció bajo el dintel de la puerta la figura de un sonriente Gabriel que le avisaba a su maestro que el capitán Ursua les invitaba a su camarote para cenar juntos dentro de un hora y, de paso, aprovecharían para evaluar los siguientes pasos a dar, tras autentificar los mapas de Leif Erikson y así, poder finalizar la estancia en Brujas y regresar a Baskonia, al objeto de preparar la nao “Ciburu” para una singladura al Nuevo Mundo de casi siete meses de duración.

A Ochoa, aquella invitación le agradó sobremanera. Para él, Johan, más que primo, era como un hermano. Eran de la misma edad, habían crecido también juntos, pues en su familia era muy normal pasar temporadas viviendo en casa de los tíos. Sus respectivos padres, además de cuñados, eran socios en el astillero y tenían que trabajar muchos días juntos. Así mismo, Johan y Ochoa habían realizado viajes inolvidables como los que hicieron juntos a las islas Feroe, Islandia y Groenlandia en busca de caladeros de bacalao. Sin embargo, lo que los unió más fue el viaje que hicieron al Nuevo Mundo. En aquella ocasión, fue una coincidencia que Johan se estrenara como capitán y él como maestro cartógrafo.

Ochoa era consciente de que les esperaban duros meses en los descubrirían nuevos territorios del Nuevo Mundo situados miles de millas náuticas al sur de Vinlandia. Hacía cuatro meses habían calculado que necesitarían disponer de casi ocho o nueve meses de tiempo para poder cumplir con éxito la misión encomendada por la reina Isabel I Castilla y que su confesor y obispo, Hernando de Talavera, les transmitiera, personalmente, en la reunión que mantuvieron en el convento de franciscanos de Basurto en Bilbao, junto con su maestro y mentor, Juan Vizcaíno de la Lakotsa.

Posteriormente, había recibido sendas cartas de Lakotsa informándole de la creciente urgencia que la reina Isabel I le manifestaba para que elaboraran las cartas náuticas del Nuevo Mundo siguiendo el paralelo en el que se encontraban las islas Afortunadas. Sin embargo, para el cartógrafo Andraka había un problema que solventar que era de difícil solución.

El territorio de Vinlandia era del todo inhóspito y gélido entre los meses de octubre y abril. Además, la mantisa del invierno les impediría navegar por sus frías y heladas aguas. La razón le decía a Ochoa que no podrían zarpar de Baskonia hasta marzo del año siguiente a fin de arribar a las costas de Vinlandia hacia mediados de abril. A partir de ese punto se podría iniciar el cabotaje de la nao hacia el sur, siguiendo la costa del Nuevo Mundo, con lo que se perderían seis meses.

De este modo, y con un poco de suerte, podrían entregar las cartas náuticas a la reina Isabel I de Castilla para noviembre del siguiente año y eso sería andar muy justo para cumplir la misión. Cualquier temporal que les atrapase o cualquier persistencia de vientos en contra podrían hacer peligrar la misión, máxime cuando la corona de Castilla estaba gastando sus arcas en la guerra contra el reino nazarí de Granada y solo tenía recursos para financiar un barco. Por algún motivo que a Ochoa se le escapaba, la reina Isabel de Castilla no

quería que su marido Fernando II de Aragón metiera baza en el tema del Nuevo Mundo. Una vez, el maestro Juan Vizcaíno de Lakotsa se lo preguntó y la respuesta fue tan categórica como breve:

–¡De Castilla el Atlántico y de Aragón el Mediterráneo! ¡Juntos, pero no revueltos! –fue su lapidaria respuesta.

II

La historia del Puerto de Brujas era una historia de éxito comercial que se estiró mucho hasta que llegó un momento en el que creció tanto el número de barcos, que era imposible la navegación por la red de canales debido a la poca profundidad y a la sedimentación que se producía en el río Zwyn. Los comerciantes de Brujas sabían que ese momento llegaría y por eso, algunos habían ya comenzado a operar desde el puerto de Amberes, pero, en general, la mayoría de los mercaderes resistía en Brujas.

Habría que recordar, que, a partir del siglo XIII, los comerciantes más conocidos de todo el mundo llegaban a la ciudad de Brujas para vender sus productos y para comerciar con la lana y los paños flamencos. La industria textil flamenca era una de las más aclamadas de la época. Sin embargo, había nubarrones negros a causa de la política.

En efecto, a principios del siglo XIV, Brujas se había convertido en el escenario de las agitaciones políticas entre los ciudadanos y los condes de Flandes. A causa de este malestar, el rey francés trató de anexionarse el condado de Flandes, pero la población logró expulsar a los franceses en 1302, cuando fueron definitivamente derrotados en la Batalla de las Espuelas de Oro, celebrada en la ciudad flamenca de Kortrijk.

En el siglo XIV, Brujas también se convirtió en un importante centro financiero a nivel de Europa, al que acudían para negociar sus finanzas y convertir las monedas de los diferentes países entre ellas. De este modo, genoveses, renanos, escoceses, bretones, castellanos y vascos hicieron de Brujas su auténtico centro comercial, donde se podía oír una gran cantidad de idiomas y también se podían encontrar los productos más exóticos.

Durante el siglo XV, numerosos comerciantes extranjeros fueron recibidos en Brujas como, por ejemplo, los comerciantes de lana castellanos que llegaron por primera vez en el siglo XIII. Después de que terminó el monopolio castellano de la lana, los vascos, muchos procedentes de Bilbao (Bizkaia), prosperaron como comerciantes (lana, productos de hierro, etc.) y establecieron su propio consulado

comercial en Brujas a mediados del siglo XV.

Durante la Edad Media, los canales de Brujas tuvieron que ser adaptados y ampliados para permitir que los cada vez mayores barcos comerciales pudiesen llegar y abastecer a la ciudad, así como distribuir los productos típicos del lugar. Desde el siglo XII era frecuente ver buques entrando por los canales de Damme y Sluis, dos pequeñas ciudades a muy pocos kilómetros de Brujas. Ello propició que, dentro de la ciudad, el Reie se convirtiera y se ensanchara en una multitud de canales que permitiera a estos comerciantes llevar sus productos a los grandes mercados.

Los barcos llegaban hasta el Dampoort de Brujas, una de las puertas de entrada a la ciudad. Desde ahí tomaban los canales Langerei, Potterierei, éste último es el que alberga los astilleros, Spiegelrei y Spinolarei. Desde el astillero Spinolarei se podía ver el Poortersloge, que era el lugar de reunión más importante para la alta sociedad de Brujas.

III

La Iglesia de San Salvador era la principal iglesia de la ciudad de Brujas. Desde la primera construcción en el siglo X, San Salvador fue una iglesia parroquial. Tras sufrir un incendio que destruyó la iglesia en 1127, se inició la construcción de una nueva iglesia más grande en estilo románico, pero también fue destruida por otro incendio, salvándose solamente la torre.

En el año 1250 se emprendió una nueva reconstrucción, que duró alrededor de un siglo, y que es la que existía a finales del siglo XV. Esta nueva iglesia parroquial de San Salvador fue construida a partir del coro en un temprano estilo gótico. El estilo estaba fuertemente influido por la catedral de Tournai –Doornik como se dice en flamenco– de cuya diócesis dependía Brujas eclesiásticamente, y luego por el gótico francés. Fue la primera iglesia gótica de ladrillo que se construyó en Flandes.

En 1478, los caballeros de la Orden del Toisón de Oro –orden de caballería fundada en 1429 por el duque de Borgoña y conde de Flandes, Felipe III de Borgoña, el que fuera padre de Carlos I de Borgoña– se reunieron en la iglesia de San Salvador tras la muerte de Carlos I de Borgoña para elegir a su hija María de Borgoña y condesa de Flandes como sucesora.

Sin embargo, debido al matrimonio de María de Borgoña con el emperador Maximilian I del Sacro Imperio Romano, se ligaría la herencia borgoñona al linaje de los Habsburgo en la persona del hijo

de ambos. La duquesa María de Borgoña murió en Brujas en 1482 y su hijo Felipe IV de Borgoña –también conocido como Felipe el Hermoso– sería el heredero. En 1482, Felipe IV de Borgoña tan solo tenia cuatro años por lo que su padre, el emperador Maximilian I, actuaba como regente.

Ese mismo año, se produjo una revuelta en la ciudad contra el gobierno del viudo de la duquesa María de Borgoña, el archiduque Maximilian I de Austria, que fue sofocada y reprimida de manera muy drástica. Con el paso del tiempo se produjeron cambios de régimen en otras ciudades flamencas. Así, en 1485, la nueva facción leal a Maximilian I impuso un reinado de dura represión en la ciudad bajo el liderazgo del sheriff Pieter Lanchals.

De este modo, se puede decir que, a partir de ese año, los gremios ya no estarían representados en el gobierno de la ciudad. Ello hizo que el clima político de Brujas se deteriorara tanto que se creó una situación imposible de aguantar mucho tiempo. La amenaza de una revuelta violenta era una crónica anunciada.

En efecto, a principios de 1488, estalló una revuelta vigorosa en Brujas, aprovechando que Maximilian I estaba en la ciudad. Los gremios ocuparon una vez más el mercado e instalaron una nueva magistratura. Un acontecimiento famoso fue que encarcelaron al propio Maximilian I. Se produjeron represalias contra miembros del consejo de la ciudad que se habían beneficiado del régimen impuesto por el emperador. Incluso, el odiado Pieter Lanchals fue perseguido y, finalmente, capturado y ejecutado. Su cabeza fue apuntalada en la puerta de Gante.

Aunque en agosto de 1488 la revuelta había concluido porque Maximilian I había aceptado jurar la restauración de todos los fueros y privilegios de Brujas. Todavía la crisis política de la ciudad no se había recuperado por completo. Se podría decir que, en vísperas de que arribara la nao “Ciburu” a Brujas, la situación del gobierno de la ciudad era muy inestable. A pesar de su continuo éxito económico y cultural, el siglo XV también fue un periodo de crisis política en Brujas que algunos auguraban como el comienzo de su declive.

A su vez, en 1488, la iglesia parroquial de San Salvador se encontraba haciendo obras de ampliación para erigir un nuevo coro de acuerdo a los cánones del ya establecido gótico brabantino, al que también se quería añadir el deambulatorio y las cinco capillas radiantes. En la iglesia de San Salvador, se ubicaba la cripta de la original iglesia románica donde, presumiblemente, se encontraba la bóveda secreta que escondía los mapas originales de Leif Erikson.

IV

Aprovechando el prisma de marea que crea la diferencia de cuatro metros entre la pleamar y la bajamar en la desembocadura del río Zwyn en el Mar del Norte, con la subida de la marea y remolcada por dos bateles, la nao "Ciburu" pudo arribar fácilmente al puerto de Brujas y atracar en un muelle próximo al Grote Mark o plaza mayor donde se alojaba el mercado de lanas y paños de Brujas.

Naomi, que era la primera vez que visitaba la ciudad de Brujas, no podía sentirse más maravillada. Le parecía como si estuviera viviendo un sueño imposible de ser descrito de manera que el relato recogiese todos los encantos que se contemplaban en la urbe flamenca. Ella conocía bien Girona y Barcelona y había estado un tiempo viviendo con sus tíos en Florencia y en Venecia, pero Brujas era diferente. Es cierto que sus canales recordaban a Venecia, pero el estilo era completamente diferente.

Frente al lugar donde hizo el atraque la nao "Ciburu" se levantaban las lonjas y, sobre ellas, las casas de tres pisos de los comerciantes. Todas las casas tenían un estilo parecido y sus construcciones se adornaban con una bonita fachada de madera.

La joven judeo-catalana comprobó que muchas de las casas más opulentas de la ciudad de Brujas también fueron construidas junto a los canales por estos comerciantes. En cuanto a las características de las casas, el número de escalones en el techo de la fachada determinaba el estatus alcanzado, ya que cuanto mayor era, significaba que más recursos tenía el dueño. Ello demostraba que los comerciantes de Brujas habían sabido aprovechar las enormes oportunidades que les había ofrecido la ciudad y prosperaron durante siglos.

A pocas calles más atrás de las casas de los comerciantes se encontraban las casas de los artesanos. Las tranquilas calles adoquinadas de los barrios traseros le resultaron especialmente impresionantes a la joven Naomi. Ochoa comentaba que muchos marinos y comerciantes que visitaban Brujas, no exploraban esas áreas, donde vivía la gente sencilla, y se perdían una de las mejores experiencias de la ciudad. Una serie de casas bajas tradicionales, de una o dos plantas, se sucedían en una calle tras otra.

Algunas casas tenían unas puertas tan pequeñas que incluso a su maestro Ochoa, que nunca se había fijado en ello en otros viajes que hizo a Brujas, le sorprendía que el dueño pudiera entrar en su casa mientras que otras casas contaban con ventanas diminutas o tejados dotados de una inclinación imposible. En definitiva, había variedad

para todos los gustos en las calles del centro de Brujas, pero ninguna casa desentonaba en el conjunto.

Naomi estaba tan embelesada contemplando aquella ciudad que, por un momento, en una exclamación en voz alta que hizo, casi olvidó mantener el rigor al que le obligaba imitar su papel de chico como Gabriel, dejando que fluyera su tono de voz natural de chica, en vez del forzado tono más grave que tenía que utilizar para imitar la voz de un chico. Ochoa se le quedó mirando, pero al comprobar que su pupilo carraspeaba y soltaba una flema para seguir hablando con su peculiar tono de voz, volvió la vista hacia las obras del campanario que recientemente se había empezado a construir en Grote Markt.

En efecto, entre 1483 y 1487, se empezó a edificar la estructura cuadrada de la torre que algunos decían que llegaría a superar los cincuenta metros de altura. En cuanto a las funciones que deberían cumplir estas obras, se encontraban la de garantizar que el mercado –donde se vendía principalmente lana y paño– estuviera cubierto, mientras que también se perseguía que el campanario cumpliera la función de centro administrativo y también de vigía para proteger la ciudad contra la catástrofe de los incendios, haciendo sonar la campana en señal de alarma ante el mínimo indicio de fuego.

Era indudable que los canales consiguieron mejorar exponencialmente la economía de Brujas y de sus habitantes, y esa prosperidad se reflejó en numerosos edificios religiosos, así como en los palacios y mansiones que se construyeron dentro de la seguridad de sus murallas. Además de las impresionantes iglesia parroquial de San Salvador e iglesia de Nuestra Señora de Brujas contaba con muchos otros templos cristianos más pequeños. De hecho, en cada barrio de la ciudad había, por lo menos, una iglesia y algunas de ellas eran verdaderas joyas arquitectónicas, lo que daba idea de la gran fe y de la riqueza de los ciudadanos brujenses.

Los vascos fueron de los primeros mercaderes del sur de Europa que tuvieron un establecimiento comercial fijo en Brujas y que instalaron una nación permanente o consulado. Esta alegación la defendían frente a los otros consulados sin admitir duda alguna y esta versión era tanto más aceptable, dado que el territorio vasco de Bizkaia, sito en Baskonia Occidental, dada su situación geográfica en el golfo de Bizkaia, estaba destinada al comercio marítimo con el Norte de Europa.

Tanto los navarros como los guipuzcoanos y los labortanos estaban incorporados a este consulado, adquiriendo aquí el nombre de Bizkaia, utilizando el sentido genérico que frecuentemente solía expresarse entre los marinos de las naciones europeas puesto que decir bizkaino o

vizcaíno era, más o menos, decir vasco. Posteriormente se estableció en Brujas el Consulado de Burgos y el de Bilbao.

En el año 1348, la municipalidad de Brujas hizo entrega a los vascos de una casa llamada Mareminne, para que en ella hicieran sus reuniones y viviera el cónsul. A su vez, todo el barrio situado a lo largo de la Reie, entre el Puente de San Juan y el Puente de la Grúa, estaba reservado a los vascos. La ciudad de Brujas no pudo comprar la Mareminne, pero facilitó dos casas contiguas para el Consulado de los Vascos: Gapaerd y Doornike. Tenían la fachada sobre el Reie y estaban situadas frente a la Poortersloge.

El 2 de agosto de 1454 se firmaron unas escrituras públicas para regular las relaciones entre el Consulado de Bizkaia y el Consulado de Castilla, y entre los mercaderes que lo hicieron en representación de los vascos estaban tres oriundos de Portugalete, Bizkaia Occidental: Ochoa de Salazar, Martin del Casal Salazar y Lope Ruiz.

Poco a poco, Ochoa de Andraka y su ayudante fueron recorriendo la ciudad de Brujas hasta acercarse a la conocida y pintoresca plaza, entre los marinos y comerciantes de las diferentes naciones que comerciaban con Flandes, como la “Biskayers Plaatz”, donde se erigía la Casa de Contratación o Consulado de Bizkaia, producto de las activas relaciones comerciales que, como es conocido, existieron desde la Edad Media entre vascos y flamencos.

Juntando dos de las casas la “Biskayers Plaatz”, se había instalado e inaugurado, hacia unos diez años, la posada “Baskische Herberg”. Los dueños eran un matrimonio vasco natural de Zumaia, Baskonia, que habían trabajado en Brujas durante años como socios de un comerciante de Bilbao, Martin de Larrazábal, y se habían integrado perfectamente en la cultura flamenca, tanto ellos como los tres hijos del matrimonio que habían nacido en Flandes. Tras recibir una buena oferta del Consistorio de Brujas para abrir en la ciudad flamenca una posada vasca, no lo dudaron ni un segundo y, al cabo de seis meses, la posada estaba en marcha.

El maestro de cartografía, Ochoa de Andraka, y su ayudante, Gabriel de Besalú, entraron en la acogedora posada “Baskische Herberg” y, al fondo de la sala de comedor, divisaron una mesa en la que se encontraba el capitán Johan de Ursua rodeado de otros dos hombres que reían de algo que el labortano de Donibane Lohizune les acababa de contar.

Cuando Ochoa y Gabriel se acercaron, los tres que estaban sentados junto a la mesa se levantaron para hacer las presentaciones. Se trataba de dos comerciantes vascos que ya estaban instalados en Brujas desde hace veinte años. El que era mayor de los dos era de

Navarra, Baskonia Central, y se llamaba Fermín de Baztán. Tras quedarse viudo, se había casado en segundas nupcias con otra viuda flamenca. Últimamente trabajaba más como facilitador de contratos de comercio entre comerciantes vascos y flamencos en la casa vasca de contratación que como mero mercader.

El segundo era un comerciante de origen gascón afincado en Donostia, Baskonia Occidental, que se llamaba Guillem de la Mayson. Estaba casado con una mujer de Donostia y tenía tres hijos. Durante el trascurso de la cena, cualquier observador no alertado se hubiera vuelto loco para saber cuántos idiomas diferentes se utilizaron entre aquellas cinco personas reunidas en torno a aquella mesa de la posada "Biskayers Plaatz".

El tema que con carácter único se trató fue el de la validación de los mapas originales de las tierras que descubrieron los vikingos, hacía casi cinco siglos y que, algo más de una década atrás, habían descubierto dos barcos balleneros vascos. El armador Juan Vizcaíno de Lakotsa solicitó a la Casa de Contratación de Bizkaia en Brujas que formalizara una visita autorizada a la cripta de la Iglesia parroquial de San Salvador, para una persona acreditada por la reina de Castilla, Isabel I, y que contaba con un salvoconducto especial del Papa Inocencio VIII.

En nombre de la nación de Bizkaia, sus representantes, Fermín de Baztán y Guillem de la Mayson, acudieron a la Cofradía de Mercaderes de Brujas, que gestionaba la custodia del tesoro, para obtener la autorización pertinente y, dado el prestigio y crédito que la Casa de Contratación de Bizkaia tenía en la ciudad de Brujas, no hubo ninguna pega. El tema se torció cuando Maximilian I de Austria, como regente del ducado de Borgoña y conde de Flandes que era hasta la mayoría de edad de su hijo Felipe, tomó cartas en el asunto y retuvo la autorización de Ochoa de Andraka. El motivo era que el propio Emperador del Sacro Imperio Romano, Maximilian I, quería negociar a cambio el matrimonio de su hijo, que tan solo tenía 10 años, con Juana, de nueve años de edad, la hija de Isabel I de Castilla y Fernando II de Aragón.

–¡Maldita política! –exclamó Ochoa con una rabia nada disimulada.

–Y ahora, ¿qué hacemos? –preguntó el capitán Johan de Ursua.

–Existe otra posibilidad –respondió Guillem de la Mayson en voz baja y acercándose más a sus cuatro compañeros de mesa–. La iglesia parroquial de San Salvador de Brujas depende de la diócesis de Tournai –se quedó mirando la cara de sorpresa de los tres recién llegados y le hizo señas a su amigo Fermín de Baztán para que éste

contestara por él.

–Que el obispo de Tournai es gascón y, además, primo hermano de Guillem –respondió el navarro exhibiendo una gran sonrisa ante sus amigos mientras lo decía.

V

En 1484, tras la muerte de Sixto IV en Roma, se celebró el cónclave de cardenales de la Iglesia Católica, donde Giovanni Cybo fue elegido papa, optando por el nombre de Inocencio VIII. Es muy difícil saber cómo una persona viuda, con dos hijos, débil de carácter, medianamente culta y algo menos inteligente, pudo llegar a ser Papa. Sobre todo, en una época de la historia en la que el mundo de la Europa Occidental estaba cambiando a pasos agigantados tanto cultural como científica, técnica y filosóficamente, en medio de un resurgir del hombre como un ser con dignidad y dueño de su propio destino.

Quizás Inocencio VIII no era un hombre malo, pero no hay duda de que sus miedos y su incapacidad de comprender el mundo de manera diferente, le empujaron a ver fantasmas y enemigos por todas partes. Sus primeras medidas fueron las de impulsar una cruzada contra los turcos. Su llamada a los monarcas cristianos resultó infructuosa porque éstos andaban enzarzados en luchas entre sí y todos los afanes de los grandes monarcas se debían a intereses más o menos espurios para conquistar territorios los unos a los otros.

Después, quizás afectado por un ataque de misoginia, buscó el chivo expiatorio en las mujeres no dependientes y librepensadoras a las que denominó brujas. Tanto se preocupó por la brujería que, en 1484, promulgó la bula *Summis desiderantes affectibus* en la que reconocía la existencia de brujas, derogando así el *Canon Episcopi* del año 906, donde la Iglesia sostenía que la mera creencia en las brujas era, en sí misma, una herejía.

Seis siglos tuvieron que pasar para que llegara una persona mediocre a Papa con ínfulas de ser la palabra de Dios en la Tierra y querer convertirse en un gran personaje de la historia que derogara el *Canon Episcopi*. Las mujeres serían sus primeras víctimas, luego las personas inteligentes y sabias como Pico della Mirandola y, más tarde, se encargaría de perseguir, matar y de hacer la vida insoportable a los judíos.

Así, la Iglesia Católica, al admitir la existencia de la brujería, empezó a utilizar la orden religiosa de los dominicos para ordenar el procesamiento de cualquier sospechosa de este delito contra la fe. El

brazo encargado dentro de la iglesia de estas actividades sería la Inquisición, institución conformada con el supuesto fin de mantener los dogmas de la iglesia y combatir las herejías.

Inocencio VIII envió a Alemania a los inquisidores Heinrich Kramer y Jacob Sprenger para que realizaran lo que se consideró como la primera "caza de brujas" de la Historia. Se puede afirmar que esta bula papal fue la base de lo que los dominicos publicarían un año antes, en 1487, la obra *Malleus Maleficarum* ('El martillo de las brujas') que se convirtió en el texto básico para la identificación, incautación de bienes, tortura y "expiación" mediante hoguera de aquellas personas culpables de brujería.

Este delito fue definido como el pacto entablado con el demonio a cambio de habilidades mágicas y adivinatorias generalmente empleadas con fines maléficos. Las principales víctimas de esta persecución fueron las mujeres, sobre todo aquellas que se "salían" de las pautas de la época, pero también terminaron procesados y condenados hombres, niños e incluso hasta animales.

La propia Iglesia Católica nos informa de que, al año de expedición de la bula, solo en la ciudad de Como, Italia, fueron quemadas vivas cuarenta y una supuestas brujas, provocando un enorme éxodo de mujeres a otras zonas más seguras. El resultado final fue un incremento de la brujería por contagio a poblaciones supersticiosas y una persecución "horrible y sistemática" de todo aquel que llegara a tener un poco de inteligencia y la valentía suficiente como para criticar el enfermizo fanatismo de la Iglesia Católica.

Tendría que surgir al mundo en 1463, un genio como Giovanni Pico della Mirandola para que se encendieran las luces de los defensores de la retórica hueca y vacía de contenido. Este gran personaje de la historia, cuando tan solo contaba con catorce años, ya estaba estudiando en la Universidad de Bolonia. Allí, en 1477, escribió su primera obra titulada *Las decretales*. Posteriormente, Pico della Mirandola viajó por el territorio italiano y más tarde por Francia, donde también asistió a la universidad. Estudió sobre todo lenguas: griego, árabe, hebreo y caldeo, con el propósito de entender la Cábala, el Corán, los oráculos caldeos y los Diálogos platónicos en sus textos originales.

El conflicto de Pico della Mirandola con el Papa se debió a que Pico, hacia finales del año 1486, publicó en Roma sus *Conclusiones philosophicae, cabalisticae et theologicae*, conocidas como *Las 900 tesis*.

Se trataba de novecientas proposiciones recogidas de las más diferentes fuentes culturales, tanto de filósofos y teólogos latinos como de los árabes, los peripatéticos y los platónicos. No excluyó tampoco a

los pensadores esotéricos, como Hermes Trimegisto, ni a los libros hebreos. La obra iba precedida de una introducción que tituló *Oratio de hominis dignitate* (*Discurso sobre la dignidad del hombre*), texto donde Pico della Mirandola formula tres de los ideales de su filosofía: el derecho inalienable a la discrepancia, el respeto por las diversidades culturales y religiosas y, finalmente, el derecho al crecimiento y enriquecimiento de la vida a partir de la diferencia.

En cuanto a las tesis, su intención era demostrar que el cristianismo era el punto de convergencia de las tradiciones culturales, religiosas, filosóficas y teológicas más diversas. Su intención era que estas novecientas conclusiones se discutieran en Roma después de la Epifanía de 1487 por las personas más sabias de todo el mundo, para entablar una paz filosófica entre los cultivadores de todas las doctrinas. Un ejemplo de ello es esta interpretación de la creación basada en el Génesis y el Timeo de Platón:

Cuando Dios terminó la creación del mundo, empieza a contemplar la posibilidad de crear al hombre, cuya función será meditar, admirar y amar la grandeza de la creación de Dios. Pero Dios no encontraba un modelo para hacerlo. Por lo tanto se dirige al primer ejemplar de su criatura, y le dice:

–"No te he dado una forma, ni una función específica, a ti, Adán. Por tal motivo, tendrás la forma y función que desees. La naturaleza de las demás criaturas la he dado de acuerdo a mi deseo. Pero tú no tendrás límites. Tú definirás tus propias limitaciones de acuerdo con tu libre albedrío. Te colocaré en el centro del universo, de manera que te sea más fácil dominar tus alrededores. No te he hecho mortal, ni inmortal; ni de la tierra, ni del cielo. De tal manera, que podrás transformarte a ti mismo en lo que desees. Podrás descender a la forma más baja de existencia como si fueras una bestia o podrás, renacer más allá del juicio de tu propia alma, entre los más altos espíritus, aquellos que son divinos".

En 1486, el Papa Inocencio VIII prohibió la lectura de estas conclusiones del erudito Pico della Mirandola por considerarlas heréticas y mandó arrestarlo para ser juzgado. Por el contrario, para Ochoa de Andraka, el pensamiento de Giovanni Pico della Mirandola resultaba tan agradable y sano como un viento de aire fresco. El vasco sabía que los de su generación estaban viviendo con gran intensidad una época caracterizada por sus grandes cambios. El problema era si se iba a mover tanto todo con las reformas para, al final, dejarlo todo como estaba en el principio. Con una fanática y cruel inquisición por medio, Ochoa no se creía que iba a cambiar nada porque la intolerancia era el signo predominante de las iglesias cristianas. Pico

della Mirandola se podía enfrentar a su propia muerte por el mero hecho de ser buena persona e inteligente.

Se trataba también de una época convulsa en la que la historia corría más deprisa que los seres humanos. Pero también, como Ochoa bien sabía, se trataba de una época que venía marcada por lo nuevo, por el descubrimiento de un Nuevo Mundo. En estas condiciones, algunos como Pico della Mirandola y el cartógrafo vasco, sentían que iban protagonizando la vanguardia donde se producían los cambios. Estaban cabalgando la *txanpa*[8] sobre la cresta de la ola.

Para poder estar a la altura de las circunstancias, hacía falta ser un joven audaz y valiente, capaz de interiorizar, no sin esfuerzo, el tiempo que le tocaba a algunos vivir. Ochoa admiraba a Pico de la Mirandola, más que por su genialidad y discurso exotérico, por su honradez intelectual. Él era un amante de la verdad y un incansable defensor de la coherencia entre los diferentes saberes. Unos principios morales que Ochoa de Andraka compartía plenamente.

VI

Tournai, la sede de la diócesis que abarcaba también a Brujas, se encontraba a unos 72 km de Brujas. Aquella mañana del martes 19 de julio de 1488, tres jinetes partieron a caballo en dirección a Tournai. Ochoa de Andraka, Gabriel de Besalú y Guillem de la Mayson comprendían la comitiva. Entre los tres eligieron los que consideraron que eran los mejores caballos y los que les ofrecían mejores garantías de recorrer, por lo menos, 50 kilómetros al día. La noche la pasarían en la posada de Cortrique, una población situada a algo más de mitad de camino.

La población de Cortrique era famosa porque allí, en 1302, tuvo lugar la famosa batalla de la Espuelas de Oro en la que los caballeros flamencos derrotaron totalmente a los caballeros franceses. De igual modo, Cortrique ocupó un puesto importante en el Ducado de Flandes e, incluso, la ciudad fue residencia de los Condes de Flandes. Durante la mayor parte del siglo XV, la ciudad prosperó bajo el gobierno de los duques de Borgoña, hasta que acaeció la muerte de la heredera borgoñona, María de Borgoña, en 1482, que condujo de nuevo a la lucha contra Francia.

Cuando, tras seis horas de caminata, llegaron a Cortrique se dirigieron a la posada para poder descansar, asearse y bajar pronto a cenar, con el fin de recorrer por la mañana los 25 kilómetros que faltaban hasta Tournai y, así, acudir con tiempo a la cita que a media tarde le dispensaría el obispo de Tournai, Arnaud de Pontacq, que, a

su vez, era primo carnal de Guillem de la Mayson, puesto que sus respectivas madres eran hermanas.

Sin embargo, lo que hasta entonces marchaba muy bien se complicó debido a que la posada no tenía más que dos habitaciones libres. Al principio, aquello contrarió especialmente a Gabriel que, siendo el más joven de los tres, se veía pasando la noche en la zona de las caballerizas, donde se colocan unos catres para los escoltas y conductores de carretas. Pero pronto se le pasó el susto, cuando su maestro Andraka le ofreció compartir la habitación con él y, para ello, hizo que en ésta dispusieran dos pequeños catres de dormir.

No obstante, aquella situación plantearía otros problemas adicionales. En principio, era una situación tan especial que le hacía a Naomi sentirse excitada por el hecho de que, siendo mujer, durmiera en la misma habitación que lo hiciera el hombre del que se iba enamorando cada día más y más.

Cuando subieron a la habitación, Gabriel –el ser que se ocultaba tras el disfraz masculino de Naomi– se dejó caer con cara de muy cansado sobre el catre que se situaba más próximo a la puerta y puso su bolsa de viaje en el lado que pegaba a la pared.

–Ya veo, Gabriel –comentó Ochoa en tono tranquilizante– que no tiene usted costumbre de andar a caballo y que, por ello, se siente tan cansado. Si no le importa, lo mejor sería que se metiera en la cama y, tras estar una hora tumbado sobre el catre, antes de dormir tomara un vaso grande de agua carbonatada porque le aseguro que las agujetas que mañana va a sentir le van a dejar doblado. Por eso, antes de que se duerma le voy a subir un vaso de agua carbonatada para que lo tome poco a poco, y así verá cómo le desaparecen las agujetas a lo largo del descanso de la noche.

–La verdad es que me duelen algo los riñones, pero creo que no es para tanto o, al menos, así lo espero. No se preocupe señor que mañana estaré como nuevo. Lo que pasa es que se ha juntado todo con que también tengo sueño –se explicó el muchacho.

–¡Ojalá sea así, como usted lo dice! Pero, por si acaso, será mejor que le suba un vaso grande con soda y, después de cenar, también le traeré un plato con algo de comer en frío, se lo dejaré encima de su mueble de noche. Lo subiré por si, durante la noche, usted se despierta y siente que tiene hambre –hizo un saludo con la mano y, a continuación, Andraka salió de la habitación.

Naomi lo vio salir y se sintió muy agradecida a aquel hombre. No había ninguna duda de que su maestro era un hombre bueno y de muy nobles sentimientos. Después pensó en si, aprovechando que había ido, ella debía de meterse debajo de la manta fina de lana y la sabana

de lino que cubría su catre y ello significaba que tenía antes que desvestirse sus ropas de hombre. Quitarse el sayuelo, el jubón, las calzas y demás. Es decir, debía quitarse todo menos la camisa o alcandora. Lo pensó mejor y prefirió esperar a que su maestro se fuera a cenar con Guillem de la Mayson.

Lo que sí comprobó la joven judeo-catalana era que el colchón que había dentro de la caja de madera del catre era de plumón de ganso o de pato como en la posada de su padre Jacob. Eso sí que hacía la diferencia. Odiaba los colchones rellenos de paja. Naomi estaba segura que así dormiría como un tronco y, al día siguiente, amanecería como nueva. De pronto, oyó unos pasos que se acercaban por el pasillo hacia la puerta de su habitación, entonces decidió levantarse rápidamente de la cama y sentarse sobre el catre, esperando encontrar el sonriente y bello rostro de su maestro con un vaso grande de agua de soda en las manos. Como así fue.

Cuando pasó algún tiempo desde que su maestro saliera a cenar con el gascón afincado en Donostia, Naomi se bebió, poco a poco, el vaso con soda que Andraka le había gentilmente subido. Con mucho cuidado, cerró la puerta con llave, corrió el pestillo y tapó la ventana con la cortina de lana azulada. Cuando la habitación quedó en penumbra, la muchacha se desvistió lentamente hasta quedarse del todo desnuda. Se palpó los pechos y comprobó que éstos habían crecido un poco.

Sintió deseos de acariciarse los pezones y, cuando lo hizo, éstos reaccionaron inmediatamente hasta ponerse erectos, al tiempo que le sobrevenía la aparición de la piel de gallina. Esta vez Naomi no quiso continuar pues sabía que terminaría masturbándose y se sentía sucia haciéndolo en una habitación que compartía con un hombre. Se volvió a poner las calzas y se apretó sus pechos con una venda para que no destacaran. Después se puso la camisa y, entonces, ocurrió que un fuerte y único eructo salió de su garganta. Aquello le dejó muy bien y se lo agradeció a su mentor.

A continuación, se puso a rezar en hebreo el “Shema Israel” y luego pidió por sus padres y hermanos, por su familia y por los judíos perseguidos por causa de su fe y sus principios y convicciones de vida. Finalmente, y por primera vez en su vida, le surgió rezar por Ochoa de Andraka y porque su Dios, HaShem, bendijera su amor por él y les uniera de por vida. Con ese último pensamiento se durmió dulcemente la joven y así continuaría hasta que despertara con el canto del gallo, a primeras horas de la mañana.

VII

En 1488, Maximilian I de Habsburgo, emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, sabía que se enfrentaba en Flandes a un gran problema, pero estaba muy satisfecho pues, por fin, había aprendido cómo salir airoso de aquella difícil prueba. La carga que suponía asumir la regencia del Ducado de Borgoña y el Condado de Flandes era más pesada de lo que hubiera pensado. El fallecimiento de su esposa María de Borgoña, seis años atrás, víctima de la caída de su caballo en una cetrería y que le ocasionó la fractura de su columna dorsal había dejado a Maximilian I muy aturdido.

Tres semanas después de la caída, María de Borgoña murió y, posteriormente, fue enterrada en Brujas. Habría que añadir que la muerte de su esposa, además del dolor personal que ello supuso, puesto que la quería y su corazón permanecía en Brujas, trajo problemas políticos adicionales a Maximilian I.

Es cierto que, en base a la voluntad de María de Borgoña, su joven hijo Felipe fue proclamado nuevo duque de Borgoña y que, consiguientemente, Maximilian tan solo se convertiría en regente hasta que su hijo Felipe cumpliera los dieciséis años. Sin embargo, los flamencos se negaron a reconocer el testamento de la duquesa María, lo que contribuyó a que, inmediatamente, este posicionamiento fuera utilizado por el rey francés Luis XI para reclamar el Condado de Flandes para él e invadir el Franco-Condado.

Maximilian I era muy consciente de que había sido humillado por los rebeldes apoyados en los gremios. Durante la revuelta había sido retenido y liberado después, tras haber jurado restaurar y cumplir todos los privilegios de Brujas. Pero el emperador lo tenía bien claro. Él juraría todos los privilegios que quisieran para evitar una guerra en la ciudad, pero nunca cumpliría su palabra. Así es como el poder siempre ganaba.

Sabía que, tarde o temprano, Brujas sería sometida a la dinastía de los Habsburgo. De cualquier modo, se restablecieron las disposiciones de la carta de Arras de 1438 y también los privilegios de 1477, incluidos los relativos a sus fueros, derechos y libertades de los flamencos, pero Maximilian I sabía que todo sería papel mojado y, con el tiempo, perderían toda autoridad legal.

Maximilian I tenía aprendido que donde hay dinero hay corrupción o comerciantes, nobles y eclesiásticos dispuestos a corromperse. “Se cazan más moscas con miel que con hiel” decía el refrán y por eso, el monarca se ocuparía de que los gremios, aunque en el nuevo orden no pintaran nada, nunca perderían por completo su poder social y político.

En adelante, los gremios serían intimidados por un sistema político

que se volvería elitista y oligárquico y que estaría gobernado por comerciantes, juristas y nobles locales. Estos nuevos líderes serían más incondicionales a la hora de prestar su lealtad a los Habsburgo como legítimos gobernantes de Flandes.

A su vez, serían más obedientes a la autoridad del Sacro Imperio Romano Germánico que lo que fueron sus predecesores que integraban los distintos gremios flamencos demasiado dependientes de un obsoleto sentido de la democracia gentilicia. En el futuro, en el arte de la política, todo sería cuestión de hablar mucho del interés del pueblo, pero sin contar nunca con el pueblo.

VIII

Naomi había dormido toda la noche de corrido y se despertó totalmente recuperada bastante antes de que cantara el gallo. Reconoció que el hecho de haber bebido agua con soda le había ayudado mucho a superar las agujetas. Se vistió en silencio mientras buscaba en la obscuridad la lámpara de aceite que había visto la víspera y que no encendió porque ella se durmió siendo aún de día. A la noche, cuando regresó el maestro Andraka a la habitación era seguro que no la había encendido pues la habitación no olía a aceite quemado. Pensó que lo hizo por no despertar a la chica o, según el cartógrafo, al aprendiz Gabriel. Esa ocurrencia le hizo sonreír a Naomi, llena de gratitud.

De pronto, al pasar junto a la puerta de la habitación, Naomi sintió el olor característico del aceite de ballena cuando se quema. Era obvio que en el pasillo había una lámpara que utilizaba como combustible aceite de ballena y que estaba encendida. El primer uso del aceite de ballena fue como combustible para lámparas y como cera de las velas de encender. El aceite de ballena era el aceite que se obtenía a partir de la grasa de diversas especies de cetáceos. Entre los cetáceos más cotizados por la calidad de su aceite se encontraban la ballena franca que cazaban los vascos en todo el Océano Atlántico y la llamada ballena de Groenlandia.

Por fin, entre la penumbra, al abrir un poco la puerta de su habitación, Naomi pudo identificar el lugar donde la víspera vio que estaba la lámpara, soltó la cadena que sujetaba la lámpara de aceite y salió fuera con ella buscando otra encendida en el pasillo de la posada. En una de las repisas, había una y, al lado de ella, se encontraba un paquete de astillas para tomar lumbre.

La joven extrajo una astilla y lo puso sobre la llama de la lámpara de aceite de ballena que estaba encendida. Cuando la astilla prendió

fuego, la aplicó a la lámpara de su habitación para que ésta se encendiera. Una vez la lámpara estuvo encendida, la muchacha entró en su habitación de la posada donde, junto a la puerta, distinguió su catre y, más al fondo, el otro catre donde dormía a pierna suelta su maestro.

Gracias a la iluminación que proporcionaba la lámpara, Naomi también pudo comprobar que él dormía solo en camisa y que se había tapado con la sabana de lino. Su sueño era muy profundo y su respiración era bastante lenta y fuerte pero no roncaba. Además, el maestro Andraka dormía poniendo cara de niño bueno, cosa que le hizo mucha gracia.

Así, con la lámpara encendida ella empezó a asearse. Naomi se lavó la cara, el cuello y las manos con jabón, gracias al agua de la jarra que había vertido sobre la palangana. Mientras se secaba con una toalla, descubrió que su maestro le había traído un plato con unas peras para comer. Tras comérselas, pues tenía hambre ya que no había cenado la víspera, se volvió a acostar en su catre, mirando hacia el techo y empezó a pensar en su familia, en Ochoa y en ella y en la aventura que, en todos los sentidos, los dos estaban protagonizando. Bueno, mejor dicho, ella porque el maestro todavía no sabía nada y, por tanto, no se enteraba de lo que pasaba.

Empezaba a tener miedo de la reacción que Ochoa pudiera tener el día que se enterase de que había sido engañado, que su alumno Gabriel en realidad era una muchacha de casi veinte años llamada Naomi. La joven judeo-catalana de Besalú cada vez entendía menos que sus padres le hubieran dado permiso para ser la ayudante del maestro Andraka, haciéndose pasar por un muchacho.

Es cierto que su padre Jacob tenía fama, entre los judíos y no judíos, de ser muy buen “Shadjan” o “Casamentero” y todo esto era una historia programada que Ochoa y ella estaban viviendo y que no era sino una estratagema más de las que su padre urdía al objeto de casar a alguien con su media naranja y evitar que se cumpliera el refrán: “Lo que convino no vino y lo que vino no convino”. Pensando en este acertijo Naomi estuvo esperando hasta que amaneciera. Al final, la muchacha fue capaz de encontrar una respuesta que encajara con todo, eso solo ocurriría en el caso de que Ochoa fuera también judío o se convirtiera al judaísmo.

Capítulo 8°
El mapa vikingo original de Leif Erikson y la conexión directa de Tournai con Roma

I

Tras haber oído cantar al gallo, una hora después del alba, aseados y desayunados y con los caballos frescos y descansados, tres jinetes partían hacia Tournai con el objetivo de recorrer en unas cinco horas los 28 kilómetros que les separaban de la ciudad que era sede eclesiástica de la diócesis a la que pertenecían las iglesias de Brujas.

Como en la víspera, sería un día de los que haría mucho calor y el sol golpearía fuerte. Los tres caminaban a caballo en dirección sur y estaban convencidos de que sería conveniente llegar a Tournai antes del mediodía, para evitar sofocos. De vez en cuando, y sin querer abusar, ponían a los caballos a correr al trote, pero en cuanto los caballos empezaron a sudar dejaron de hacerlo. Menos mal que fuentes para beber y dar de beber a los caballos era algo que no faltaba.

El jinete gascón, Guillem de la Mayson, representante de los comerciantes vascos del Territorio de Gipuzkoa en Brujas, era el que más ilusionado y alegre se encontraba, incluso hasta se mostraba locuaz y por el camino no paraba de hablar. Lo hacía en lengua vasca o euskera que dominaba bastante bien, utilizando palabras de origen gascón para precisar mejor lo que quería expresar. En aquel tiempo, en ciudades guipuzcoanas como Hondarribia, Pasaia, Errenteria y Donostia se hablaba bastante en el idioma gascón. En un momento del camino, el maestro Ochoa de Andraka le preguntó a su aprendiz Gabriel si entendía bien lo que hablaban y éste le respondió en vasco:

–Lasai, maixua! Ongi xamar dena ulertzen dut. Eskerrik asko, jauna! [9] –Ochoa se quedó maravillado de su respuesta y muy orgulloso de los progresos que Gabriel estaba haciendo con el idioma vasco. Por lo visto, las bajadas que hacía en la nao para almorzar junto con algún turno de la tripulación hacían que retuviera expresiones y vocabulario en euskera como si fuera una esponja.

También se sintió ufano de que sus diarias clases de idioma vasco dieran tanto de sí. Algún día le pediría a Gabriel que le ayudara a mejorar su nivel de hebreo.

Guillem de la Mayson les contaba a sus dos compañeros de viaje principalmente anécdotas y vivencias de su infancia y juventud y de la gran relación de amistad que siempre había mantenido con su primo el obispo de Tournai, Arnaud de Pontacq. Hacía un mes que se habían visto y hasta habían almorzado juntos, pero, esta vez, la importancia del tema a tratar obligaba a reunirse en su propio despacho donde se hallaba su residencia episcopal frente a la Catedral de Notre-Dame de Tournai, un edificio catedralicio, hecho de piedra gris-azulada que se extraía en la propia región. La catedral se empezó a construir en el siglo XII sobre una iglesia anterior de estilo románico de modo que recogía el estilo románico de la nave, el estilo gótico de coro y lo que representaba la transición de ambos estilos de la nave transversal o transepto.

Cuando los tres jinetes llegaron a Tournai, lo primero que hicieron fue acudir a una de las dos posadas de la ciudad. Primero se dirigieron a la posada que más les habían recomendado y que Guillem de la Mayson conocía perfectamente. Se trataba de un gran albergue de tres plantas situado a orillas del río Escalda. La cocina, almacenes de víveres y aparatos de cocina y mobiliario, la fuente y el fregadero de cocina, los dos lavaderos y el secadero de ropa, la gran sala de comedor, las caballerizas y los catres para las escoltas y criados se encontraban en la planta baja.

Las habitaciones para clientes, salas de estar y comedores particulares se ubicaban en las dos primeras plantas. La tercera planta estaba destinada a los dormitorios de los empleados y a desvanes para guardar ropa de cama, utensilios de limpieza y de iluminación, *etc.* Finalmente, en un lateral del sótano que se prolongaba hasta un muelle auxiliar del río Escalda que quedaba apartado de la casa, era donde se guardaba el aceite para las lámparas y se almacenaban las pilas de leña para su uso en cocina y en calefacción.

En aquella posada es donde encontraron no solo tres grandes habitaciones, puesto que se salían de la media, sino que también recibieron todo tipo de atenciones. Ochoa de Andraka no tenía ninguna duda de lo que estaba pasando, sobre todo cuando constató que el albergue estaba prácticamente lleno si es que ya no lo estaba.

Ochoa estaba convencido de que el tío de Guillem de la Mayson había avisado con anterioridad a los dueños del albergue de la llegada de la comitiva vasca, pero ello no impidió que les tomaran a los tres como gascones. Lo que les vino muy bien porque Tournai era una

ciudad que defendía su francofonía a capa y espada, especialmente porque la ciudad estaba integrada dentro del Condado de Flandes desde el año 850 y a partir de 1187, después de una serie de luchas internas, la ciudad obtuvo cierta independencia de cara al resto de Flandes y empezó a depender directamente de la corona de Francia.

A eso de las tres de la tarde, después de haber disfrutado de un suave pero apetitoso almuerzo en la posada, los tres entraban en el edificio que era el palacio residencial del obispo de Tournai. Lo habían hecho caminando con el fin de estirar los músculos que sufren contracciones debido a las cabalgatas. A la entrada, el secretario del obispo, un sacerdote de Amiens, ya les esperaba en la puerta y tras recoger sus armas y comprobar sus acreditaciones, éste les condujo hasta el despacho del obispo.

El obispo de Tournai, Arnaud de Pontacq, se parecía mucho a su primo. Los dos eran cincuentones y se veían muy sanos para su edad. Además, tenían el don de sonreír mucho y sin fingimientos lo que denotaba que eran gente positiva y seguros de ellos mismos. Hechas las presentaciones y al instante de sentarse los cuatro en torno de una mesa, el maestro Andraka hizo una señal a su pupilo para que éste le entregara un regalo que había traído al propio obispo. Se trataba de una brújula de gran precisión que iba en el interior de una caja de madera protegida con acolchado forrado de paño rojo.

Esta brújula tan exacta era un instrumento que fabricaba un amigo de Ochoa de Andraka que era natural de Portugalete, pero que residía en Londres desde hacía unos quince años, y allí, en su taller, fue donde su primo Johan y su ayudante Gabriel compraron varias brújulas de este tipo que podrían servir luego como regalos para aquellas ocasiones que se les presentaran, como esta vez era el caso.

Cuando ya le informaron con detalle acerca de la razón de la visita, el obispo comprendió que debía tomar una decisión urgente porque había demasiada gente de alto rango involucrada y no se fiaba de ninguno de ellos. Monseñor Arnaud de Pontacq hizo una seña a su primo para que todos aguardaran y salió sin decir nada más de su despacho para regresar a los dos minutos acompañado de su secretario.

Entre ellos hablaban en latín y lo hacían muy deprisa. En esas condiciones, solamente Ochoa de Andraka era capaz de seguirles y de enterarse de todo lo que decían. El secretario volvió a salir y, al cabo de muy poco tiempo, vino acompañado por tres guardias del palacio y el propio arcipreste que se ocupaba de la gestión de la custodia de la catedral.

–¡Vayan ustedes cuanto antes, desalojen de gente la Catedral y

cierren todas las puertas! ¡No tiene que quedar nadie dentro! Nosotros llegaremos en menos de una hora –ordenó el obispo a los guardias y al arcipreste en francés mientras que el secretario se sentaba también en una silla que acercó a aquella mesa de reuniones.

Cuando ya estaban todos reunidos junto a la mesa, el obispo se disculpó, no sin antes sacar un libro del interior de un cajón de la mesa de su despacho. Se trataba de un libro de anotaciones donde se recogían las entradas y salidas de los objetos de custodia. En un apartado lateral del libro se apuntaba una entrada especial que procedía del contenido del tesoro de la cripta de la Iglesia parroquial de San Salvador que se encontraba en obras. Entre los diferentes valiosos documentos, objetos y joyas contenidas en dicha cripta se recogía como entregados el cofre con los mapas auténticos de Vinlandia, Marklandia y Hellulandia que elaborara en el siglo XI Leif Erikson y que desde hacía tres siglos se guardaban en la cripta de dicha iglesia brujense.

–Como pueden deducirlo fácilmente ustedes. En principio, los mapas de Erikson deberían estar aquí guardados, en la Catedral de Tournai y, en consecuencia, no tendríamos por qué preocuparnos, pero, por otras informaciones que he recibido esta mañana y que no puedo revelar, tengo sospechas acerca de que lo que de verdad se encuentra en la cripta de la Catedral no son los mapas originales –explicó el obispo de Tournai, expresando sus temores.

Cuando el maestro Andraka y su ayudante, el joven Besalú, escucharon decir aquello de boca del obispo, sus miradas chocaron entre sí para confirmar que ellos tenían la misma sospecha. Todos en la sala coincidieron en que el problema difícilmente tendría solución hasta que no llegaran a la cripta de la catedral y estando allí, Ochoa y Gabriel pudieran validar los mapas como peritos cartógrafos que eran.

II

Cuando todos excepto el obispo, que decidió ser representado por su secretario, se personaron en la cripta de la Catedral de Tournai, los acompañaban dos guardas de seguridad de la diócesis que también se ocupaban de la protección tanto del obispo y sus ayudantes como de los bienes episcopales. El arcipreste estaba ya saliendo de la sala de custodia a la antesala previa situada en el interior de la cripta.

El sacerdote responsable de la custodia de la Catedral iba acompañado de un ayudante que portaba un gran cofre. Cuando éste depositó el cofre de los mapas de Erikson sobre una mesa, salieron de la antesala y convocaron al maestro Ochoa de Andraka y a su

ayudante Gabriel de Besalú para que validaran la autenticidad de los planos. Encendieron unas veinte antorchas y la antesala se iluminó con gran claridad. Esperaron a que el maestro Andraka y su ayudante hubieron entrado ambos en la cripta para salir fuera. Después unas pesadas puertas de acceso se cerraron tras ellos y ambos quedaron solos, encerrados en el interior de la cripta.

Antes de abrir el cofre vikingo y de extraer de él, con mucho cuidado, los mapas y así, evitar que éstos se deteriorasen, Gabriel, se alejó del cofre. Según lo acordado con su maestro previamente, agarró una de las numerosas antorchas que estaban encendidas en la antesala y empezó a investigar hacía donde se dirigía la corriente de aire caliente.

Siguiendo la dirección del flujo de aire caliente, Gabriel observó que, sobre el techo, en un extremo de la antesala, había unos tubos por los que salía el aire caliente. El ayudante Besalú hizo una señal a su maestro indicándole que ya había descubierto el sumidero y señaló hacia el techo que se situaba a unos dos metros y medio del suelo.

Ochoa se volvió caminando hacia el lado contrario de la antesala donde se encontraba su ayudante. Al fondo de la antesala, había una larga rejilla sobre el suelo, pegada a la pared de piedra, por la que entraba un chorro de aire fresco y que, por el ruido que se oía, se trataba de un conducto que debía comunicar con un pozo cercano al río Escalda.

Sin embargo, había algo raro porque gran parte de las rejillas estaban taponadas y por ellas no entraba aire. Una vez que Andraka hubo encontrado por que parte de la rejilla entraba aire fresco fue cuando le hizo señas a Gabriel para que se acercara. Cuando estuvieron juntos, se hablaron en voz baja sobre lo que debían hacer y, a continuación, el joven Besalú extrajo de su cartera de utensilios dos estuches de madera rellenos de viruta de madera.

De estos estuches, y con sumo cuidado, Gabriel sacó de su interior dos tubos curvados de vidrio veneciano que tenían treinta centímetros de longitud por uno de los lados. Eran los tubos que el aprendiz había preparado, antes de viajar a Tournai. Introdujo ambos tubos por los huecos de la esquina de la rejilla de donde venía el aire fresco y colocó una manta sobre el suelo.

Los había fabricado aprovechando una técnica de curvado de tubos de vidrio al caliente que aprendió en Venecia. Le ayudó a hacerlo su maestro en uno de los fogones de la nao “Ciburu”, mientras la embarcación continuaba atracada en un muelle de los canales de Brujas.

Después, se acercaron al cofre vikingo y el maestro Andraka

extrajo un solo mapa de pergamino enrollado hecho de piel de cordero que, presumiblemente, era el mapa original que dibujó Leif Erikson en el siglo XI. Detuvieron su atención en aquel mapa de Vinlandia y comprobaron enseguida que no tenía nada que ver con las copias de los mapas que Ochoa de Andraka tenía.

Lo que estaban analizando en realidad era un mapamundi que además de los continentes de África, Asia y Europa, representaba una masa de tierra más al oeste de Groenlandia, al final del Océano Atlántico llamada Vinlandia y Hellulandia y Marklandia encima. Debajo llevaba escrito en caracteres rúnicos un texto donde se decía que fue visitada en el siglo XI por Leif Erikson. Para el maestro de cartografía y su avanzado aprendiz no había dudas de que aquello se trataba de una burda falsificación.

De pronto, Gabriel empezó a sentirse mal. Le dolía fuertemente la cabeza y, según le expresó a su maestro, empezaba a sentir nauseas y ganas de vomitar. Ochoa de Andraka, a pesar que Gabriel era también alto, le agarró en brazos como si fuera una escalera y le arrastró a la rejilla donde habían conectado antes dos tubos curvados de vidrio veneciano que les ayudarían a respirar aire puro. Tumbó a Gabriel sobre la manta y le colocó el lado corto del tubo dentro de la boca mientas le decía que respirara fuerte. Después Ochoa, hizo lo mismo, tumbándose al lado del muchacho, al que apretaba la nariz para que respirara solo por la boca.

Cuando hubieron trascurrido cinco minutos, Gabriel le sonrió a su maestro y le dijo por señas que ya se encontraba mejor y para confirmarlo, él mismo se apretó su nariz para respirar solo por la boca a través del tubo. Así, los dos tumbados en el suelo y respirando aire fresco cada uno por su tubo, se mantuvieron en silencio, pero hablando todo el rato por señas, durante algo menos una hora.

En eso, se oyeron los ruidos característicos de cuando alguien gira la cerradura de una gran puerta, se deslizan las trancas de cierre de dicha puerta y, finalmente, ésta se abrió para dar paso a unas personas que rápidamente corrieron sobre Andraka y Besalú como si ya estuvieran muertos y los sacaron en camillas fuera de aquella cripta y ya estando fuera colocaron las camillas sobre la nave principal de la catedral.

Cuando se acercaron Gillem de la Mayson y su primo, el obispo de Tournai, junto a ellos, los que parecían muertos se levantaron y se pusieron en pie para indicarles que se encontraban bien gracias a que habían podido respirar por los tubos de vidrio pero que era cierto que habían estado a punto de morir y que aquello no habría sido una casualidad. Era obvio de que habían querido eliminarlos. Guillem y el

obispo hicieron gestos de que, efectivamente, aquello no había sido una casualidad, de verdad habían intentado asesinarlos.

–¡Lo sabíamos! –exclamaron a la vez el maestro y su pupilo.

III

En el siglo XV, la muerte por inhalación de gas de carbón, como se conoce al gas que se produce cuando al quemar madera o aceite o combustible y la cantidad de aire es insuficiente, la combustión incompleta formagas de carbón, era más frecuente de lo que se consideraba. El resultado de su inhalación originaba un fuerte dolor de cabeza, náuseas, convulsiones y, finalmente, la muerte por asfixia. Se conocía porque la piel de los muertos tenía diferentes colores

El gas de carbón era un gas se conocía como una sustancia tóxica desde el siglo III a. C. y que, incluso, fue utilizado para ejecuciones y suicidios desde los comienzos de la Era romana. Así mismo, durante el invierno, en Flandes y en otras naciones en las que el frío era persistente, eran bastantes los casos de aquellos que se morían porque sus estufas y braseros quemaban mal y era difícil evitarlo porque el gas de carbón era totalmente inodoro e incoloro y, por tanto, indetectable.

En los últimos tiempos, y lo extraño era que ocurriera también en verano, los vascos residentes en Brujas les habían advertido que tras la rebelión contra Maximilian I se habían producido varios casos de comerciantes que habían muerto o se habían suicidado, dejando una carta, por inhalación de gas de carbón. El propio Guillem de la Mayson que era el que los iba a acompañar para la gestión con su primo, el obispo, en torno a la validación de los mapas de Vinlandia, le avisó a Ochoa de Andraka que una persona autorizada le había advertido que tuvieran ellos cuidado de no morir asfixiados en Tournai.

Aquel aviso fue suficiente para reaccionar. “A buen entendedor, pocas palabras bastan”, dice el refrán. El maestro Andraka habló con su primo, el capitán Johan de Ursua, y con su ayudante, Gabriel de Besalú, y, entre los tres, prepararon el contraataque que evitaría que ellos fueran asesinados y que permitiría identificar y capturar a los culpables. Ochoa no podía dar crédito de lo valiente que era su pupilo Gabriel.

Otro joven, en su lugar, ya hubiera abandonado pero su ayudante era judío y sabía luchar por lo que le conviene con tesón. El cartógrafo vasco se sintió orgulloso de que él fuera también judío de sangre. Sus abuelos maternos y su madre fueron buenos judíos y él estaba

convencido de que también lo sería, a pesar de que las noticias que llegaban, desde Castilla y Aragón, en torno a la próxima expulsión de los judíos no eran muy halagüeñas.

De cualquier modo, la cosa no iba solo contra los judíos, según se rumoreaba en la Casa de Bizkaia de contratación en Brujas. En Flandes se había creado una alianza entre el emperador Maximilian I de Habsburgo, el Papa Inocencio VIII y una oligarquía formada por nobles, burgueses y eclesiásticos defensores del nuevo orden, que estarían dispuestos a eliminar a todos los que se opusieran a sus dictados.

El obispo de Tournai, por su amistad con el rey francés Carlos VIII y por su postura crítica con la política persecutoria que el pontificado de Inocencio VIII estaba llevando a cabo en el seno de la Iglesia Católica era un enemigo a batir. También eran firmes candidatos a ser asesinados algunos dirigentes destacados de los gremios de comerciantes y artesanos de las ciudades flamencas que se habían alzado contra la autoridad del emperador.

Faltaba saber cuál era el motivo y por orden de quién habían intentado matar a los cartógrafos vascos. Era indudable que el motivo debía ser algo relacionado con los mapas originales de Vinlandia y que el brazo ejecutor había sido el arcipreste que era, precisamente, el guardián de la custodia de la cripta de la Catedral de Tournai.

¿Por orden de quién se había perpetrado el cambio de los mapas originales del siglo XI de los Territorios del Nuevo Mundo, sustituyéndolos por un Mapamundi claramente falso que supuestamente era firmado por el vikingo Leif Erikson, hijo del legendario Erik el Rojo? Si se respondía a esta cuestión, sería más fácil de adivinar cuál era el motivo.

IV

El regreso a Brujas fue casi igual, pero a la inversa, de lo que había sido el viaje de ida. Sin embargo, esta vez no durmieron en la posada de Cortrique, como a la ida, sino que lo hicieron en Ingelmunster, a casi 38 kilómetros de Tournai, donde había una fortificación con una gran iglesia dentro que tenía una especie de posada donde poder pasar la noche los caminantes.

Gabriel nunca había dormido en lo que parecía una celda de monjes, donde solo cabía el catre que, en realidad, era un camastro duro, un pasillo estrecho y junto a la pequeña ventana enrejada una mesa pequeña y una silla. El orinal de barro se dejaba detrás, a los pies del camastro.

Al día siguiente y sin mayores dilaciones partieron para Brujas. En la posada compraron, una hogaza de pan, un queso de vaca de la región y Ochoa llenó su bota de beber con el vino de Borgoña que habían tomado en la víspera y que tanto les había gustado. En efecto, el día anterior, durante la cena, los tres habían probado ese vino borgoñés procedente de una barrica de 200 litros y que llevaba dentro del barril casi treinta años.

Todos habían probado vino, pero aquel tenía un sabor muy especial. Era un vino borgoña tinto y semiseco, de un sabor exquisito y muy acentuado con sabor a frutas. Tenía muy buen cuerpo y su color era intenso. Era un vino que hacía las delicias del paladar más exigente y que a todos pareció que era un vino excelente. Gabriel se bebió un vaso. Ochoa se bebió dos y Guillem se bebió tres, lo que facilitó que todos durmieran muy bien aquella noche.

Durante la comida, Guillem, entre un trago de bota y otro, les contó con pelos y señales lo que había ocurrido, pero les hizo jurar a sus amigos que no podrían contar nada durante un tiempo, pues había vidas en peligro, entre ellas la de su primo, el obispo de Tournai. Así pues, y según su relato, mientras Ochoa y Gabriel se encontraban dentro de la cripta, el arcipreste cerró la puerta y la dejó atrancada, escondiendo la llave en el interior de su confesionario. Después salió por la única puerta abierta que estaba vigilada por tres guardias y se alejó de la Catedral.

Guillem estaba del todo informado de que, presumiblemente, iban a intentar asesinar con gas de carbón a Ochoa de Andraka y a su ayudante Gabriel de Besalú. Por eso, durante la verificación de los mapas originales de Vinlandia, el gascón sabía que debería evitar que las puertas de la cripta se cerraran. A los cinco minutos bajo a la cripta y, acompañado de un guardia, intentó abrir la puerta de acceso a la antesala donde se encontraban Andraka y Besalú pero no pudo, pues la puerta de la cripta estaba cerrada con llave.

De nuevo, Guillem de la Mayson subió a la nave de la catedral y se personó ante el teniente de la guardia para denunciar el hecho. A continuación, se dio la alarma cuando se comprobó que el arcipreste había escapado con las llaves. Siguiendo instrucciones directas del obispo, una unidad de la guardia fue autorizada para acudir a caballo a la vivienda del arcipreste para detenerlo. Los guardias llegaron a tiempo cuando ya el arcipreste huía disfrazado de mujer, presto a subirse a una carreta que le esperaba junto a la puerta de su casa.

Fue llevado al palacio episcopal donde le metieron en una de las mazmorras del sótano. El obispo mantuvo una fuerte discusión con el arcipreste que, tras atribuirle la comisión de graves delitos de los que

tenía pruebas sólidas y que dichos delitos le harían acreedor de la pena de muerte sin posibilidad de apelación alguna, al final, confesó todo.

El arcipreste fue el que había robado los mapas auténticos de Vinlandia y los había sustituido por el mapamundi. Lo había hecho aprovechando que las obras iniciadas en la iglesia parroquial de San Salvador de Brujas afectaban a la cripta y, por tanto, a su custodia. La oportunidad que se le presentó con el traslado temporal de los mapas originales de Vinlandia a la Catedral de Tournai como sede episcopal, lo cual le facilitó el robo.

Cuando el arcipreste tuvo cocimiento de que había dos cartógrafos vascos que habían solicitado la verificación de los mapas originales y que ésta ya había sido concedida por la Cofradía de gremios de Brujas, empezó a sentir miedo de que se supiese que los mapas vikingos –orgullo y tesoro, durante siglos, de la ciudad de Brujas– habían sido robados.

–Una pregunta más quisiera hacerte, Guillem –interrumpió Ochoa, mientras le pasaba la bota de vino al gascón para que éste al beber se aclarara la garganta y, de paso, se le soltara la lengua–. Me queda una incógnita por resolver y pienso que también le pasará lo mismo a mi ayudante, Gabriel. ¿Quién ha sido, de verdad, el destinatario de los mapas originales robados?

La joven judeo-catalana disfrazada de muchacho sonrió, pero más que por el contenido e intención de la pregunta, lo hacía porque su maestro había adivinado de pleno lo que ella estaba pensando en esos momentos.

Cuando escuchó aquella pregunta que le hacía Ochoa, Guillem levantó las cejas y bebió otro trago de vino de la bota. Después sonrió, movió la cabeza y se secó los labios con el dorso de la mano. A continuación, con las dos manos aferrándose a la bota, miró a los ojos de ambos como si los retara. Así estuvo observándoles casi un minuto. Al final, soltó una carcajada, le sacó otro trago de vino a la bota y se dispuso a hablar claro para, de una vez, contarlo todo:

–No os voy a exigir que antes de que os lo cuente me juréis que lo que vais a escuchar a partir de ahora, lo que va a salir de mi boca es algo que no podéis contar a nadie y, por consiguiente, nunca lo vayáis a hacer. Prefiero pediros, como adultos responsables que somos, que seáis discretos. ¿Que quién es el destinatario? Os lo diré muy claro. El destinatario es el mismo Papa Inocencio VIII. Mi primo lo sabe de primera mano de varias fuentes pero, la más fiable es la que procede de un amigo suyo que ocupa un alto cargo en el gobierno de los Estados Pontificios y trabaja en el Palacio del Quirinal de Roma. Él ha

visto los mapas en el despacho del Papa. Además, el Sumo Pontífice alardea de que él sabe que existe un Nuevo Mundo y tiene pruebas de ello.

Capítulo 9°
Un mapa que salva el calendario para navegar hasta el Nuevo Mundo

I

El capitán Johan de Ursua no hacía más que pensar en las cosas que tendrían que hacer si querían zarpar hacia el Nuevo Mundo a comienzos de septiembre. Desde que salieron de Brujas llevaban navegando más de trece días rumbo a Baskonia con vientos de componente NO y cuando ya habían recorrido unas 800 millas náuticas se desató a la altura del puerto de Burdeos un fuerte viento sur que impedía a la embarcación avanzar hacia Baiona, vía Bilbao. Como se imaginaban que la situación podría durar algunos días Ochoa y Johan tomaron la decisión de buscar refugio en el estuario del puerto de Burdeos.

Al no tener que realizar ninguna operación de carga o descarga portuaria, no merecía la pena que la nao "Ciburu" subiera por el río Garona hasta los muelles. En el puerto de Burdeos había una ordenanza que obligaba a las naves y grandes barcos que anclaran a menos de 45 brazas de la orilla para permitir la circulación de los barcos pequeños o en su caso, tendrían que pagar 48 sueldos de multa al preboste o autoridad responsable del cumplimiento de la norma.

Además, para poder llegar desde el estuario hasta el puerto de Burdeos se perdían bastantes días. Los barcos tenían que saber aprovechar los vientos del Oeste-Noroeste y la corriente de flujo, esquivando los bancos de arena. En esas condiciones, los barcos podían tardar entre dos y cuatro días en realizar una subida de unos 90 kilómetros, con un mínimo de tres paradas. En nuestro caso, en vista de que el viento Sur persistía, cualquier pretensión de navegar con la nao "Ciburu" hasta el puerto de Burdeos, hubiera sido del todo imposible.

Un antepuerto en la desembocadura hubiera permitido reducir el tiempo de viaje y los peligros de navegación, pero los bordeleses se negaron a esta solución porque al ser otro puerto, el comercio se le

escaparía a su control. Por ello, prefirieron seguir gozando del privilegio de tener la exclusividad en la exportación de vinos a que surgiera otro puerto que les hiciera competencia.

A lo largo de la historia, el desarrollo de Burdeos se había realizado a partir del siglo XII, cuando ganó importancia tras el matrimonio de la duquesa Leonor de Aquitania con el conde Henri de Anjou, nacido en Le Mans, y que posteriormente sería coronado como el rey Enrique II de Inglaterra.

Durante este periodo la ciudad floreció, principalmente debido al comercio del vino. Fue en esos años cuando se edificaron monumentos como la catedral de Saint André. Burdeos fue también la capital de un estado independiente bajo Eduardo, el Príncipe Negro (1362-1372), pero finalmente, tras la batalla de Castillon (1453) fue anexionada por el rey de Francia, que amplió así su territorio.

El Château Trompette y el Fort du Hâ, construidos por Carlos VII de Francia, fueron símbolos de la nueva dominación francesa que, sin embargo, privó a la ciudad de su riqueza, al detener el comercio del vino con Inglaterra. En 1462, Burdeos instauró un parlamento propio, pero la ciudad no recobró la importancia de antaño.

Las actividades y el papel de los puertos marítimos y fluviales medievales como lugares de entrada, de salida y de intercambio de mercancías habían tenido mucha importancia desde el punto de vista del tráfico mercantil (tipos y volúmenes de productos, mercados de origen y de destino, actores y técnicas comerciales). El control que ejercían las autoridades reales, señoriales y municipales que disponían de poderes judiciales, fiscales o militares sobre los espacios portuarios y sus accesos marítimo-fluviales tenía mucha importancia. De este modo, ejerciendo estas competencias, contribuían a estructurar el espacio, tanto del puerto como de sus alrededores en un radio más o menos amplio. Burdeos constituía un buen ejemplo para demostrar las posibilidades que ofrecía este tipo de planteamiento.

En efecto, a mediados del siglo XII, Burdeos fue una villa de segundo orden durante la época de los Plantagenet, pero adquirió importancia durante el primer cuarto del siglo XIII cuando los reyes de Inglaterra perdieron la mayoría de sus feudos continentales, es decir: perdieron Normandía, Anjou, Maine, Poitou, Aunis y Saintonge y la ciudad bordelesa pasó a encabezar un ducado de Aquitania reducido a Gascuña. Fue entonces cuando la ciudad empezó a desempeñar el papel de capital política, como sede de la administración ducal, y económica, como principal puerto para los intercambios con Inglaterra, lo que aceleró su desarrollo demográfico y topográfico que había comenzado en el siglo XII.

La pérdida del Aunis en 1224, principal provincia del Oeste de Francia que proporcionaba vinos al mercado inglés hasta esta fecha, estimuló el crecimiento del viñedo en los alrededores de Burdeos y el desarrollo del tráfico de su puerto que sustituyó a La Rochelle para exportar vinos hacia Inglaterra. Durante el primer tercio del siglo XIV, Burdeos conoció un importante auge económico y las exportaciones anuales representaron una media de 73.000 toneles.

La burguesía, enriquecida por este desarrollo comercial, aprovechó la relativa debilidad del poder ducal para dotarse de una municipalidad en 1206 e incrementar su independencia administrativa frente a los oficiales ducales. A partir de los años 1250 empezó a revindicar un amplio término municipal que incluía no solamente el puerto sino también un importante tramo del Garona. Resultó que el control del puerto de Burdeos y de su tráfico presentaba un interés importante para las dos principales autoridades que ejercían una jurisdicción sobre él y percibían por eso tasas portuarias: el duque de Aquitania y la municipalidad de Burdeos.

Durante la Edad Media, en Burdeos no había infraestructuras como atraques de madera, muelles de piedra o grúas. Las actividades portuarias se conformaban con lo que ofrecía la naturaleza: la orilla del Garona, es decir, un reborde aluvial de pendiente suave, acabándose en fangal en la zona expuesta a las mareas. Los barcos pequeños encallaban cerca de la orilla.

El transbordo de mercancías se hacía por medio de una tabla puesta entre el barco y la orilla, a hombros para los bultos, con una especie de camilla de madera, llamada “bajard”, para las piedras, o rodando las barricas. Se podían utilizar mástiles de carga y palancas para las piezas pesadas. Carros de bueyes arrastraban los productos (vinos, piedras, madera…) desde el puerto hacía el interior de la villa o al revés. Las naves grandes anclaban en el río y recurrían a gabarras para cargar y descargar.

Se decía que el número de puertas abiertas en las murallas que permitían comunicar al puerto con la villa traducía su importancia económica. Sobre un mínimo de veinte puertas abiertas en la muralla del siglo XIV, de ellas, doce puertas daban acceso a los muelles del río. Las diferentes actividades económicas relacionadas más o menos directamente con el puerto se localizaban en la parte oriental de la villa, en barrios o en calles cercanas al río donde se encontraban astilleros, carpinteros de barricas, mercaderes, fabricantes de cabos. Igualmente abundaban diversas profesiones relacionadas con el puerto como los estibadores, carpinteros de ribera, barqueros y descargadores, *etc.*

II

Para los puertos vascos, el vino de Burdeos era una excelente mercancía. Entre los puertos exportadores de vino de Burdeos, además del propio puerto de Burdeos y La Rochelle, se encontraban los puertos de Baiona, Donibane Lohizune, Donostia y Bilbao que trabajaban conjuntamente y así, evitaban que el bloqueo del puerto de Burdeos por corsarios tuviera éxito.

El vino de Burdeos era considerado como la verdadera fuente de riqueza de la ciudad de Burdeos y era una mercancía que se comercializaba y se exportaba solo en barriles, barricas o toneles, fundamentalmente, de roble. Durante el siglo XV, la gran fortaleza del vino de Burdeos residía en que contaba con una gran área de producción que representaba, además de la propia región de Burdeos y diócesis (Bas-Pays), otras regiones –entre ellas Haut-Pays y cuyas cabeceras eran: Bergerac, Cahors y Gaillac– que abarcaban una extensa cuenca de abastecimiento, que llegaba a las franjas pirenaicas hacia el sur y las del Macizo Central hacia el este.

El vino clarete –llamado también *vinum clarum* en latín, *vin clar* en gascón, y adoptado por los ingleses bajo el nombre de "claret"– representaba la gran mayoría de la producción de vino de la Aquitania de la Edad Media. El ducado de Aquitania-Gascuña era el único país que producía clarete en cantidad y que se exportaba y comercializaba en los mercados del norte. A nivel local, era la bebida favorita de los consumidores. El vino clarete era el resultado de una vinificación corta que estaba hecha de uvas, tanto negras como blancas.

Las uvas se vertían a granel en el tanque después de haber sido aplastadas, pero sin despalillado previo. Estas uvas producían un mosto que fermentaba directamente para convertirse en orujo. El tiempo de fermentación podía ser variable, pero generalmente duraba seis días como máximo. Este breve tiempo de fermentación era la garantía de que el vino adquiriría el color claro que lo caracterizaba. Por ello debía beberse cuando era joven ya que envejecía mal y se agriaba fácilmente.

La omnipotencia del clarete no impedía la existencia de otros vinos que, sin embargo, eran menos populares y se producían en pequeños volúmenes. Solo el vino blanco parecía que era valorado. Se producía a partir de uvas blancas, requería un prensado y, por lo tanto, su producción estaba reservada para las élites.

En cuanto a la producción de vino tinto, éste procedía de la misma vinificación que el clarete y se obtenía a partir del residuo del tanque. El vino tinto se producía en pequeñas cantidades y, a menudo, se

reservaba para el consumo doméstico o para mojar y cortar el clarete al que le daba cuerpo y color. No olvidemos que la piqueta –un aguardiente muy común como bebida– se obtenía añadiendo agua al orujo, una vez que el vino se hubiera pasado.

El gusto de los consumidores, ya fueran éstos de origen gascón o inglés, fue cambiando poco hasta que a finales del siglo XV, en 1488, se decía que todo apuntaba a que los vinos blancos y tintos se afirmarían gradualmente como el vino de Borgoña, aunque se opinaba que el clarete seguiría siendo un producto clave que dominaría el mercado europeo.

III

Por otro lado, a principios del siglo XV, las entradas y salidas del puerto de Baiona se habían deteriorado mucho. En efecto, la salida al mar en las proximidades de Capbreton se había complicado y el río prolongaba su curso más hacia el norte hasta las proximidades del lago de Soustons donde encontraba una salida al mar. La causa de este fenómeno tan excepcional pudo ser una gran tempestad o una gran marea, o la combinación de ambas. La mayor parte de las aguas seguía saliendo por la desembocadura primitiva, en las proximidades de Capbreton, pero surgió un brazo secundario que se dirigía hacia el norte hasta el lugar conocido actualmente como Boucau. La inmediata consecuencia de este cambio en el curso del río fue el descenso del nivel de las aguas en las zonas comprendidas entre Capbreton y Bayona.

A partir de 1480, la situación del puerto de Baiona se volvió preocupante pues crecían las dificultades de los navíos para remontar el río hasta llegar al puerto de la villa. La parálisis del puerto supondría la asfixia de la ciudad. En el año 1482, el alcalde y consejeros municipales de Baiona se empezaron a preocupar aún más debido a que los barcos ingleses y bretones cargaban en Capbreton sin pagar impuestos en Baiona. También lo hacían muchos barcos de peregrinos que iban a recorrer el Camino de Santiago.

Por ello, para evitar perdidas económicas, reiteraron su privilegio que obligaba a que todos los barcos pagaran los derechos de carga y descarga en Baiona aunque estas actividades no se realizaran en la villa. A pesar de todo, la amenaza era persistente y las naves cada vez tenían más dificultades para remontar el río. Se prohibía también instalar estructuras pesqueras en el río para no obstaculizar aún más el tránsito naval y hasta alguna nao llegó a encallar en la desembocadura del río Adur porque había zonas del río con muy poco calado en

bajamar. Tal como puede verse, las complicaciones se iban amontonando y eso lo sabían muy bien los maestres de Donibane Lohizune, que siempre remontaban hasta el puerto de Baiona con la marea subiendo y en condiciones pluviométricas normales.

Por fin, el 5 de agosto de 1488, la dirección del viento cambió ya que entraron vientos de componente NO y la nao “Ciburu” pudo poner rumbo hacia el sur. En menos de un día, arribarían al puerto de Baiona, donde descargarían parte de la mercancía y también desembarcaría Gabriel de Besalú, que se tomaría un merecido descanso para ir a casa de sus padres, para visitar a su familia y ayudarles con la posada. Por otro lado, el maestre capitán Johan de Ursua y el maestro cartógrafo proseguirían la singladura hasta Donibane Lohizune y después zarparían para el puerto de Bilbao, haciendo escala antes para descargar en los puertos de Donostia, Bermeo y Portugalete.

Para la vuelta a Donibane Lohizune solo cargarían mercancías en Bilbao, y allí, en el puerto de Donibane Lohizune se distribuiría esa mercancía entre otros barcos. La nao “Ciburu” entraría en el astillero para su limpieza, reparación y mantenimiento, al tiempo que se renovaría todo el aparejo y las diferentes jarcias. Los carpinteros de ribera tendrían también diferentes tareas que hacer para adaptar la nave a una singladura transoceánica de unas 2.300 millas náuticas hasta la isla de Vinlandia, instalarían seis cañones en el castillo de proa y otros seis en el de popa y alojarían cómodamente a una tripulación de 27 hombres, de los cuales siete habían sido mercenarios en diferentes armadas de los reinos europeos.

Aquella tarde sería la última comida que tendrían antes de zarpar de nuevo hacia el Nuevo Mundo. Gabriel de Besalú tenía una sorpresa para el capitán Johan de Ursua y para su maestro Ochoa de Andraka que les alegraría un montón. Había descubierto cómo podían aprovechar también el invierno. Era una idea que le vino de repente cuando revisó el mapamundi completo que el muchacho aprendiz y su maestro habían elaborado cuando zarparon de Brujas rumbo a Baiona.

Antes de cenar, se reunieron los tres en el camarote del capitán donde después tendrían, como despedida, la última cena de aquella larga singladura que habían casi concluido, al menos para Gabriel, que se quedaría ya en Baiona, mientras los dos primos seguirían navegando a Bilbao y luego regresarían para meter el barco en el astillero y prepararlo para la travesía del Atlántico, de manera que pudiera soportar una estancia de unos ocho o nueves meses caboteando por las desconocidas costas del Nuevo Mundo.

La noticia que tenían tanto Johan como Ochoa era que Gabriel les

iba a proponer una alternativa que supondría un acortamiento de algunos meses del viaje al Nuevo Mundo ya que no correrían el riesgo de tener que invernar en Vinlandia o en Marklandia. Si se lograba cumplir la misión, evitando pasar el invierno en aquellas heladas tierras durante el invierno sería una buenísima noticia. Se había alargado el viaje realizado entre abril y agosto por Europa occidental bastante más de lo previsto y ahora debían correr si querían poner rumbo sur desde Vinlandia antes de mediados de octubre.

Todos sabían que las condiciones climáticas de aquella isla eran muy duras y, sobre todo, Johan de Ursua, que había viajado dos veces al Nuevo Mundo. Él lo sabía por experiencia pues, una de las veces, uno de los barcos que acompañaba al suyo estuvo a punto de quedar atrapado por la mantisa. Aquello hubiera sido una trampa mortal pues en aquel tiempo no estaban los barcos preparados para soportar inviernos tan largos y crudos. Esta vez, se prepararían para ello, pero, para poder estarlo, se requería tiempo y precisamente de tiempo es de lo que andaban muy escasos.

Johan había calculado que si regresaban de Bilbao para el 15 de agosto necesitarían algo más de medio mes en poner la nao en condiciones para soportar cualquier eventualidad climática que se les presentara. Él estaba muy convencido, y en eso era optimista, que podrían arribar a las costas de Vinlandia para la primera semana de octubre, si lograban zarpar a finales de agosto. No obstante, andarían muy justos. Por ello, había pensado en cancelar el trayecto a Bilbao y distribuir la carga en otros barcos que zarparan para Bilbao desde el puerto de Baiona.

De esta manera, la nao “Ciburu” navegaría hasta Donibane Lohizune y allí empezaría antes a ser reparada y también finalizarían antes las reparaciones y ajustes necesarios, lo que les haría ganar un tiempo que valdría oro a la hora de evitar ser atrapados por el invierno de Vinlandia. Finalmente, había un tema pendiente, faltaba resolver la cuestión de la nueva reunión que Ochoa de Andraka debería mantener con Juan Vizcaíno de Lakotsa y el confesor y asesor de la reina Isabel I de Castilla, Hernando de Talavera. Sin embargo, este problema sería fácil de resolver porque todos los días había un barco que o bien del puerto de Baiona, o bien del puerto de Donibane Lohizune zarpaba rumbo al Puerto de Bilbao o de Portugalete.

Gabriel observaba cómo el capitán Ursua y su maestro Andraka se felicitaban por haber dado con una solución que permitiera que el 22 de agosto de 1488 el barco pudiera zarpar hacia el Nuevo Mundo y sonrió para sus adentros. Ochoa, que conocía bien esa sonrisa pues era igual que la de su hermana, se le quedó mirando y le preguntó sin

tapujos:

–Y bien, ¿cuál es su opinión ahora? ¿Su propuesta mejora la que hemos formulado ahora mismo?

–Opino que su propuesta sería buena en el caso de que fuera necesario navegar a Vinlandia por ser el punto de partida del cabotaje a realizar por las costas del Nuevo Mundo, pero no es el caso.

Tanto Johan como Ochoa se quedaron boquiabiertos por la respuesta del alumno de cartografía.

–¿Que no es el caso, y cuál es entonces el caso? –preguntó un tanto contrariado el maestre o capitán de la nao.

Ochoa no sabía si echarse a reír, lo cual molestaría a su primo y puede ser que hasta se ofendiera creyendo que se estaban riendo de él, o, por el contrario, hacerse el tonto como aquel que no entendido. Lo había comprendido a la primera cuando su ayudante Gabriel había subrayado la frase: "en el caso de que fuera necesario navegar a Vinlandia por ser el punto de partida del cabotaje a realizar por las costas del Nuevo Mundo". Había sido una idea magistral porque el punto de partida era el que se encontraba más al sur de todos los mapas que habían validado como buenos, es decir: el que se encontraba dentro de una bahía donde desembocaba un río importante situado en la posición geográfica: *Latitud: 40° Norte; Longitud: 49° Oeste*.

Por otro lado, las coordenadas geográficas de la isla de Vinlandia eran: *Latitud: 47° 30' Norte; Longitud: 27° 30' Oeste*, y ellos habían verificado matemáticamente que habían recorrido una longitud de unas mil millas náuticas siguiendo la línea de la costa de aquella región del Nuevo Mundo que era de orientación NO-SE.

En la quinta caja que les presentó Gabriel a los dos primos se encontraba un mapamundi elaborado por Ochoa de Andraka al que su ayudante Gabriel de Besalú había añadido la línea de costa de una longitud de mil millas náuticas situada al sur de Vinlandia. Una copia de ese mapa es la que Ochoa entregaría a Juan Vizcaíno de Lakotsa en la próxima reunión que mantendrían con Hernando de Talavera en Bilbao para que se lo enseñara a la reina Isabel I de Castilla, mostrando que lo que quedaba por hacer, durante este año y parte del siguiente, era trazar la línea de costa del Nuevo Mundo que iba desde el paralelo 40° N hasta el paralelo 28° N, en referencia al paralelo de las islas Afortunadas.

Ochoa intuía que lo que Gabriel quería decir es no había por qué subir tan al norte como el paralelo 47° N de Vinlandia para iniciar la singladura de cabotaje. Bastaba con comenzar desde el paralelo 40° donde según los bristolianos, existía una bahía donde desembocaba un

río importante situado en la posición geográfica: *Latitud: 40° Norte; Longitud: 49° Oeste*; y, desde allí, continuar siguiendo la línea de costa y las islas del nuevo continente.

Era evidente que por debajo de una *latitud 40° Norte*, sería factible mapear durante el invierno toda la costa del Nuevo Mundo hasta el paralelo 28° Norte e, incluso, por el hecho de poder disponer de más tiempo, se podría explorar las costas situadas por debajo del paralelo 28° Norte y esa era la solución óptima. Indudablemente, Gabriel había demostrado, una vez más, que era genial y de nuevo Ochoa se sintió muy orgulloso por él. Sin embargo, la pregunta que formuló no recogía esa constatación, sino que pretendía que su ayudante explicase con más detalle esa solución que proponía, al objeto que su primo Johan de Ursua pensara que también se iba aclarando a la vez que él.

Naomi ofreció una explicación que convenció a todos, aunque ella sabía muy bien que su maestro se estaba haciendo el tonto:

–Es fácil de entenderlo, Ochoa –contestó Johan muy contento por haber entendido la brillante idea que acababa de proponer Gabriel–. Nosotros, gracias a la expedición bristoliana, ya sabemos con qué nos vamos a encontrar a mil millas de Vinlandia siguiendo la costa. Lo que tenemos que hacer es enfilar hacia el estuario situado en la posición geográfica: *Latitud: 40° Norte; Longitud: 49° Oeste*, para ganar tiempo y no correr el riesgo de tener que invernar en Vinlandia. Gabriel tiene razón. Debido a que tendremos que hacer escala en la isla de Re, junto a La Rochelle, para cargar sal por si pescamos bacalao. Para zarpar hacia el Nuevo Mundo propongo que nuestra derrota sea subir luego hasta la altura de Nantes. Desde allí seguiremos en nuestra singladura el paralelo 47° Norte para ir descendiendo hasta el paralelo 40° Norte, una vez hayamos recorrido las primeras 1.000 millas náuticas.

–El maestre de la nao eres tú y, además, éste será tu tercer viaje al Nuevo Mundo. ¡Donde manda patrón, no manda marinero! –comentó en voz alta Ochoa, mientras le guiñaba un ojo a Gabriel, que no paraba de sonreír a los dos primos.

IV

Aunque Ochoa de Andraka ya lo sabía, escucharlo de primera mano de boca del maestre de la nao “Itsas gain”, que le transportaba a Bilbao y cuya familia era de Balmaseda, le indignó lo suficiente como para avergonzarse de sus propios paisanos. La gente racista le parecía ya cada vez más despreciable. Sin embargo, si se trataba de los vascos todavía le parecía más mezquino y abominable. Más de una vez había oído a gente castellana racista exaltada y cargada de odio, hablar de

que ellos eran cristianos viejos de sangre pura. Proclamaban con orgullo ciego que su sangre no estaba contaminada con esa mala raza de moros, ni con la de los judíos, ni con la de los penitenciados por el Santo Oficio de la Inquisición, ni con la casta de negros o mulatos, ni con cualquier otra mala secta reprobada por la ley. Andraka sentía en el alma que eso mismo se dijera en su nación vizcaína.

Sentía vergüenza e indignación cuando escuchaba tales proclamas que hacían que los seres humanos se comportaran como bestias, pero se reprimía. Lo hacía porque, sabiendo que él era mitad judío por parte de madre, temía que alguien lo delatara y que su familia sufriera cobardes ataques y linchamientos. El cartógrafo vasco hacía tiempo que era bien consciente de que la expulsión de los judíos de todos los reinos peninsulares era algo que pronto llegaría a suceder. Sin embargo, lo que le parecía del todo execrable era que sucesos racistas como los ocurridos en Balmaseda, en el Señorío de Bizkaia, pudieran generalizarse.

El hecho de que el concejo de Balmaseda hubiera aprobado tomar medidas muy duras contra los judíos –entre otras, la de prohibir que en el futuro se instalara allí nadie cuya etnia fuera hebrea– le había indignado hasta lo más profundo de su ser. En efecto, a comienzos de 1486 tuvo lugar en Balmaseda un violento alboroto contra los judíos, a pesar de no ser más que un centenar.

Pero la jauría humana, alentada por los monjes y religiosos, aullaba atosigándolos para que se fueran del pueblo y lo dejaran todo. Poco importaba que muchos de ellos fueran más vascos que muchos de los ediles de apellidos castellanos que codiciaban sus bienes.

En general, sobre todo en Castilla, la hostilidad antijudía estaba muy arraigada en algunos sectores populares influenciables por las predicaciones de clérigos que querían hacer de los judíos un chivo expiatorio. Por el contrario, también se decía que los judíos eran muy amados en los reinos peninsulares por los reyes, sabios e intelectuales.

Todos, a excepción del pueblo llano y de los monjes como los benedictinos, hostigaban a los judíos parapetados en la impunidad que les ofrecía la Santa Inquisición. Sin embargo, también había ingenuos como fray Hernando de Talavera que se creía que entre los cristianos y los judíos las relaciones eran buenas.

En el Señorío de Bizkaia, la orden de 1486 que ordenaba que se incautaran los bienes de los judíos, se les prohibiera la entrada en Bizkaia y se les exigiera que, en adelante, para residir en Bizkaia deberían antes probar no ser descendientes de judío, era un hecho que había impactado en bastantes sectores de la población, que trataban con comerciantes marinos.

Ochoa era de esos y, aunque él se sentía laico, siempre había tratado con respeto a todas las religiones. Sin embargo, el fanatismo al que estaba llegando el catolicismo le pareció una amenaza y un gran retroceso para la construcción de las naciones.

En su fuero interno, Ochoa repudió la hipocresía del mensaje de amor y de tolerancia del que todavía el cristianismo hacía gala. El racismo, el antisemitismo, lo habían convertido en un dogma de fe. Los judíos de Balmaseda no eran precisamente unos recién llegados. Era vascos de toda vida. Fue un hecho sangrante porque eran familias que llevaban asentadas en la población generaciones enteras. Eran vizcaínos y además sus rasgos eran vascos, sin más.

Es innegable que la creación de la Inquisición en tierras castellanas en 1478 había preparado un caldo de cultivo propicio para que se tomaran medidas que escondían, bajo un pretexto religioso, un afán codicioso y lucrativo. Los judíos serían desposeídos de sus bienes y de sus negocios y éstos pasarían pronto a nuevas manos. De igual modo, el desalojo de judíos que ocupaban altos cargos de la Corte de Castilla dejaría sillones vacíos, pero bien cotizados, que serían bien pronto rentabilizados por algunos vizcaínos “purasangre” que Andraka conocía.

Como en muchas otras naciones, también en Bizkaia sucedía lo mismo que en Castilla. No así en el reino de Navarra, donde se decía todo lo contrario. La explicación castellana de la prosperidad hebrea radicaba en que, en Castilla, el trabajo era considerado todavía como un castigo. Los que eran nobles e hidalgos preferían malvivir antes que ganarse el jornal y ello permitió a algunos comerciantes vascos y judíos adueñarse sin oposición del comercio y hacer fortuna como prestamistas, aprovechando que el catolicismo prohibía la usura.

Para los monjes predicadores, los malos no fueron los burgueses y comerciantes cristianos, que los había y eran mayoría, sino solo aquellos que eran de religión judía. Así, bajo las protestas por la mala influencia religiosa que representaban judíos, se escondían muchas veces las ansias y la avaricia de sus coetáneos cristianos por apoderarse de los negocios, bienes y pertenencias de los judíos.

En Balmaseda se fijó un justiprecio por los bienes requisados que era tan ridículo que resultaba imposible negar que aquello fue un robo indecente mediante el que algunos codiciosos incautaron buena parte de los bienes de los judíos sin mediar pago alguno. Es cierto que a algunos judíos se les prometió pagarles, aunque el precio fijado fuera una miseria. Pero, posteriormente, ni tan siquiera esa promesa se cumplió, puesto que no pagaron nada.

El antisemitismo, generalizado en la época en Castilla como

estandarte de la Iglesia católica, en el caso de los territorios vascos solo arraigó en Balmaseda, donde hubo un linchamiento sin justicia ni piedad alguna. Tampoco hubo respeto a los fueros, ni a las libertades. En 1483, se cometieron en Balmaseda delitos graves contra los judíos. Orduña, otro de los reductos de esta comunidad en Bizkaia, también reflejó fuertes tensiones, al igual que Vitoria, donde residía la mayor judería de Baskonia occidental.

Ante estos hechos, Ochoa de Andraka se sintió impotente y, aquella vez, empezó a verlo más claro. El antisemitismo no era un hecho racional sino visceral que actuaba impunemente en nombre de la fe cristiana. Se trataba de un horror que Torquemada y sus secuaces esparcirían mediante la tortura y la muerte en la hoguera de aquellos judíos que no renegasen de su fe. Pero lo más malévolo y escandaloso era que, además, lo hicieran en nombre de otro judío que, precisamente, murió por ser el rey de los judíos para los romanos y predicar el amor, la solidaridad y la tolerancia.

Quizás un tanto abatido ante un espeluznante futuro que se le venía encima, aquella fue la primera vez que Ochoa de Andraka empezó a tener claro que la idea de autoexiliarse de una Bizkaia oscurantista no era tan desacertada. Se trataba de otra Bizkaia, pero no la nación que él conoció al nacer. Era el territorio vasco que más había olvidado los valores de la tolerancia y las libertades gentilicias y que más caminaba hacia un fanatismo intransigente, en nombre de una fe que, en teoría, debería predicar con el ejemplo en lo referente a la caridad, la piedad y el amor al prójimo.

Pensó entonces en los Besalú y un escalofrío horrible recorrió su cuerpo. Pensó en Gabriel y en Naomi sobre todo. Pensó en lo que les hubiera pasado si ellos hubieran estado viviendo en Balmaseda y sintió rabia y asco.

Capítulo 10°
Los preparativos del viaje al Nuevo Mundo

I

El maestre capitán Johan de Ursua se había reunido con su padre y el maestro de carpinteros de ribera para comprobar el avance de los trabajos de reparación y mejora iniciados en la nao "Ciburu". En aquel día, habían empezado a apuntalar la arboladura de la nave, especialmente el palo trinquete que era el mástil que más riesgo planteaba. Las reformas del timón y de los castillos de proa y popa ya se habían acabado. En popa, se había construido una letrina más pensando en Naomi; una tripulante que, salvo el maestre Johan de Ursua, nadie conocía pues iba disfrazada de muchacho y era conocido como Gabriel, el ayudante del maestro cartógrafo, Ochoa de Andraka.

Los cambios a introducir harían que la nao fuera más parecida a como son las naos del tipo de uso múltiple, al estilo de los barcos balleneros. De cualquier modo, el barco iría artillado especialmente en las bandas de babor y estribor con algunas piezas a proa y popa. Un problema que se había planteado era el del tamaño tan pequeño de la tripulación que no superaría los veinticinco marineros, a los que habría que añadir además del maestre capitán, Johan de Ursua, el maestro cartógrafo, Ochoa de Andraka, y su ayudante, Gabriel de Besalú, el piloto, el cirujano, el escribano, el cocinero y el pinche de cocina, el tonelero, el carpintero de ribera, el redero, *etc.* Siete hombres de los veinticinco inscritos como marineros tendrían una consideración especial por su experiencia como artilleros en combates navales.

Todo ello supondría que habría que calcular bien los víveres necesarios y el espacio a reservar en el barco. En general, en las largas singladuras de los barcos bacaladeros, la comida se regía por un par de principios:

Menús muy fijos, consolidados durante siglos, pensados para largas travesías.

Alimentos capaces de mantenerse largo tiempo de modo natural o en sal.

Los alimentos y provisiones que llevaban para el viaje consistían en trigo, tocino, habas, guisantes, aceite, mostaza, ajos, vinagre, sal (para la correcta conservación de las vituallas), bacalao, sardinas y bizcocho o galleta (unas tortas duras de harina de trigo, doblemente cocidas y sin levadura que duraban largo tiempo, por lo que se convirtieron en un alimento básico dentro de los buques).

Pero, sobre todo, se llevarían abundantes cantidades de sidra, *txakoli* o vino. El problema del agua era que no se conservaba adecuadamente, se corrompía al no estar envasada bien, lo que originaba multitud de enfermedades. Para ello, lo combatían bebiendo sidra que se dosificaba bebiendo tres vasos diarios por cabeza y día, y bebiendo *txakoli*. La sidra, gracias al proceso natural de la fermentación de la fruta original mantenía las propiedades de las vitaminas y también evitaba la ingesta del agua en malas condiciones de salubridad. De este modo, conscientes o no, evitaban el mayor peligro de las grandes travesías marítimas: la peste de mar, también conocida como la enfermedad del escorbuto.

La dieta básica estaba constituida por el bizcocho o galleta, agua, sidra, *txakoli* y vino. El vino aportaba calorías y cierto olvido de la dureza del barco. Sin embargo, la sidra era fundamental y los barcos multiuso como bacaladeros o balleneros lo sabían cuando se pasaban casi tres meses pescando en las islas Feroe, Bretaña o Islandia y, secretamente, en Terranova.

La carne que se tomaba era en salazón y cocida. Cuando no era posible cocinar la carne debido al apagado de los fogones en los temporales o cuando se tenía enemigo a la vista, el queso era el alimento que acompañaba al bizcocho. A veces se comían menestras a base de arroz, habas o garbanzos con pescado salado o tocino.

Los pescados más consumidos eran la sardina, la anchoa, el atún y el bacalao. De forma resumida, los domingos, lunes, martes y jueves era una dieta “de carne” con cecina de vacuno; los miércoles y viernes, “de pescado” y los sábados, “de queso”. Eso sí, siempre que fuera posible, que no era muchas veces.

Los carpinteros de ribera habían ampliado el camarote del capitán Ursua, donde comerían sentados en las sillas de su camarote: el propio maestre capitán, el maestro cartógrafo Andraka y su ayudante Besalú y, según terciara, también el piloto, el cirujano y el escribano. Allí el bizcocho era más blanco que moreno o integral y el vino no sería la aguachirri que bebía la marinería. Tanto Johan como Ochoa habían hecho comprar una barrica de 200 litros del vino clarete de Burdeos para aquella segunda expedición al Nuevo Mundo. De igual modo, y por si acaso, habían duplicado la cantidad de sidra y *txakoli* que

habitualmente llevaban para el consumo.

También tomaban gallina asada, frutos secos, dulce de membrillo, frutas en almíbar, pasas, higos y otras delicias similares. La comida de los marineros la presidía el contramaestre, utilizando como mesa unas tablas colgadas en la pared, solo con cuchillos y en escudillas de barro o madera. Había tres turnos para cada comida. En cada turno, los marineros comían juntos sentados en bancos corredizos en torno a una mesa alargada y colocaban en medio una marmita. El capitán Ursua había dado la orden de que estaba prohibido comer de la marmita y cada uno debería comer en su propio plato que se limpiaba y guardaba luego con sus enseres.

Las comidas solían ser tres al día y tenían un alto aporte calórico. Las carencias más severas estaban vinculadas a ciertos micronutrientes. Así, por ejemplo, el hecho de no consumir alimentos frescos, ya que era difícil conservar frutas y verduras.

Tras seis semanas sin comer vegetales y fruta como limones o naranjas, el riesgo de contraer el escorbuto era muy alto. La otra carencia era la del agua, que el vino o el *txakoli* no lograba compensar, pero sí, en cambio, lo hacía la sidra. En la mar, el trabajo era duro y se recomendaba beber todos los días entre dos y tres litros de agua al día. Sin embargo, navegando por climas tropicales y con el trabajo duro del barco las pérdidas de sudor eran de hasta un litro a la hora por lo que deberían tomarse unos diez litros diarios de agua, algo que casi nunca era posible.

En el siglo XV, no era posible desalinizar el agua de mar. No quedaba otra solución que llevar el agua dulce en barricas, lo cual ocupaba mucho espacio en la bodega y los maestres capitanes procuraban llevar la justa por ganar espacio para otros menesteres. También, como se sudaba mucho, hay que añadir la cantidad de alimentos en salmuera que tomaban. Todo ocupaba espacio.

Además de las provisiones que llevaban, se contaba con lo que los marineros pescaran y algunos eran muy hábiles pescando túnidos y unas especies de tiburones como el marrajo. En general, los alimentos frescos, como verduras y frutas, se consumían poco a poco los primeros días. Así, la primera y segunda semana era la más equilibrada desde el punto de vista dietético. Pasado este tiempo, los alimentos frescos y la fruta iban desapareciendo poco a poco, a lo largo de las siguientes semanas de la dieta y, si la travesía se alargaba más de un mes, comenzaban a aparecer los primeros síntomas del escorbuto, enfermedad típica de los hombres de mar.

También se llevarían a bordo gallinas, cerdos, ovejas y cabras lo cual representaba más espacio. En un principio, se pensó llevar

algunos caballos, pero se desestimó por falta de espacio. La nao "Ciburu" bastante tenía con ocuparse de llevar víveres suficientes para ocho meses, si bien durante la singladura deberían hacer acopio de agua fresca, de frutas y vegetales.

II

El recibimiento que le dieron a Naomi en su casa fue como si ella hubiera estado años viviendo lejos de su familia y no tan solo tres meses y medio, como era el caso. Tras los abrazos, besos y demás muestras de cariño, llegaron los regalos que ella trajo para todos. Después de la consiguiente sorpresa y muestra de alegría que todo regalo inesperado produce, se sentaron para cenar en la cocina de la casa familiar situada detrás de la posada. La muchacha se encontraba radiante y muy feliz de poder estar con los suyos a los que, en verdad, había echado mucho en falta. El hermano pequeño de Naomi, que había cumplido ya los nueve años, no se separaba de ella para nada.

Su hermano Reuven, dos años mayor que ella, era el que estaba un poco más cambiado. Ella lo veía más serio y maduro, pero también mayor y en sus ojos se le notaba que era feliz y que estaba muy contento. Su madre Rebeca le insinuó que era porque le gustaba una chica que se llama Judith y que había venido del reino de Castilla con su familia. Según sabían unos pocos, su familia huía de la Inquisición tras haber dictado ésta una orden de captura en Valladolid contra su padre por practicar el judaísmo. La familia de Judith, tras ser acogida por una comunidad judía que todos los meses iba creciendo y que ya contaba con un rabino y unas treinta familias, había decidido quedarse a vivir en Baiona. Se esperaba que llegaran unas cien familias vasco-judías de Bizkaia.

El padre de Judith era un prestigioso médico castellano que también enseñaba en la facultad de Medicina de la Universidad de Valladolid pero que fue delatado por colegas suyos que esperaban ocupar su puesto. También fue acusado de realizar prácticas diabólicas de anatomía humana en las que se hacían disecciones de cadáveres humanos que habían sido robados previamente del Hospital de la Resurrección de Valladolid.

En la Castilla de aquella época, bastaba con ser judío para ser acusado calumniosamente sin que hubiera ninguna posibilidad de ser declarado inocente. En Burgos, corría un chisme acerca de la crueldad de la Inquisición. Se decía que los torturados llegaban a confesar cualquier cosa con tal de no seguir siendo atormentados tan cruel y despiadadamente y que declararían bajo juramento que, incluso, ellos

eran descendientes de Babieca, el caballo del Cid Campeador.

El padre de Naomi fue el que estuvo más silencioso durante la cena y no dejaba de observarla para comprobar, ufano, con qué alegría y desparpajo se expresaba su hija. En un momento determinado, en el que Naomi contaba las vicisitudes que le había tocado vivir durante el viaje, lo dijo de una manera que, aunque graciosa, era una forma propia de expresarse los jóvenes muchachos. Su padre, al que le hizo mucha gracia oír a su hija expresarse como un hombre, le preguntó con cierta ironía:

–¿Me figuro que usted no se habrá olvidado de que también es una joven dama? –aquella pregunta o alguna otra parecida, Naomi ya se la esperaba. Así que respondió con el mismo aplomo que antes lo había hecho, cuando se expresó como un muchacho:

–Depende, *Avi* (padre mío). Todos los momentos de mis días soy muy consciente de ser mujer. Ello está en mi propia naturaleza, así que usted no se preocupe de mi feminidad. Pero si usted cree que me he expresado como un hombre es porque he hablado de situaciones que, desgraciadamente, pertenecen a mundos que hoy están vetados a las mujeres, pero usted sabe que llegará un día en el que expresarse con cierto desenfado sea tan normal en una mujer como el sol que amanece todos los días.

Jacob escuchó con atención la respuesta de su hija y levantó las cejas expresando su admiración por ello, al tiempo que su mirada chocaba con la de su esposa que también le sonreía. Los padres de Naomi estaban felices de ver que su hija había regresado sana y que estaba muy contenta con todo lo que había visto y aprendido, pero también querían saber más sobre temas que la muchacha no contaría nunca delante de sus dos hermanos y mucho menos delante del padre.

Así que, Jacob se levantó de la silla y se dirigió a su hija para darle las buenas noches y bendecirla por haber regresado mejor que como se fue. Después ordenó a sus hijos que también se retiraran y dejaran solas a las mujeres, madre e hija, que seguro que tendrían mucho que hablar. Cuando el padre y sus hermanos salieron de la cocina, las dos mujeres pusieron cara de felicidad. Recogieron lo que había quedado sobre la mesa y Naomi se puso a fregar y su madre le ayudó a secar con un trapo los platos, los vasos y los cubiertos, al tiempo que los iba guardando, cada uno en su sitio.

Durante este tiempo que pasaron recogiendo y limpiando la cocina tampoco las dos mujeres pararon de hablar. Al principio, hablaron sobre cosas vagas y generales para tocar luego el tema de su relación con su maestro, Ochoa de Andraka. Su madre le preguntó directamente sobre la opinión que, después haber vivido esta gran

experiencia, ella tenía de él como persona y también cómo se había comportado él con ella, como maestro, y ella con él, como alumna suya que era.

–¿Qué quiere que le diga *Ima Haiakar Sheli*[10]? Tanto como persona que como profesional, mi maestro, Ochoa de Andraka, es un ser admirable, bueno, inteligente, positivo, trabajador, generoso, culto, sabio… ¿Qué más podría decir de él? Estoy muy contenta con él.

–¿Y no hay nada más? –se apresuró a preguntar la madre

–Aparte de la relación profesional y del debido respeto, ¿qué más puede haber entre un maestro y su alumno aprendiz, madre? –respondió Naomi también de forma directa.

–Me refiero a si siente usted algo más por él? Yo ya le conozco y sé bien que él es un hombre muy guapo y atractivo, hija mía. –Naomi comprendió entonces que su madre no iba a dejar de preguntar hasta que no supiera lo que ella sentía por él, así que bajó la guardia y respondió con sinceridad a su madre. Aquella sería la primera vez que Naomi abriera su corazón a otra persona y no quería perder esta oportunidad, pues hacía tiempo que sentía necesidad de hacerlo.

–Debo ser sincera con usted, madre y le agradezco que me dé esta oportunidad de hacerlo pues estoy viviendo una situación a la que no encuentro solución alguna y todo ello me resulta cada vez más frustrante. En circunstancias normales, sé que no pasaría nada, pero estando cada vez más enamorada de él, como lo estoy yo, a veces, el llevarlo todo tan guardado y escondido se me hace muy doloroso. Además, ni tan siquiera sé si sería correspondida por él y ello me hace vivir un amor encerrado en un estuche al que le falta el aire.

La madre sintió alegría por un lado y una incipiente tristeza por el otro. Acababa de empezar a entender lo que debería estar sufriendo su hija y ello no le hacía ninguna gracia. Ella nunca había comprendido muy bien el guión que tramaron su marido, Jacob, y el tío de Ochoa, Ander de Ursua, para emparejar a su hija con el viudo Andraka. Rebeca pensaba que tanto su marido como su amigo, el naviero, serían buenos *Shadjanim*[11], pero no había ninguna duda que ambos eran un tanto retorcidos. Según su esposo, Jacob, esa era la única manera de que los caminos de Ochoa y su hija se encontraran en la vida y compartieran el espacio necesario para que ambos pudieran descubrir el amor que tan fácilmente prendería entre ellos.

El problema era que Naomi podía situarse de manera adecuada ante el amor porque podía reconocer al hombre de su vida. En cambio, en el mejor de los casos, Ochoa tenía ante él solo a un muchacho que era el hermano mellizo de una chica a la que al

maestro cartógrafo le gustaría cortejar. Aquello no era un trato justo y la madre de Naomi fue consciente de que había que arreglarlo de alguna manera.

Como madre que era, Rebeca no podía consentir que su hija sufriera de una manera cada vez más dolorosa a medida que el amor que sintiera por aquel hombre fuera creciendo más en su corazón, cuando debiera ser todo lo contrario. Aquella noche, hablaría muy seriamente con Jacob, su marido, cuando estuvieran en la cama. Estaba claro que las cosas no podían seguir así porque su hija podía llegar, incluso, a enfermarse.

III

La nao "Itsas gain" en la que viajaba Ochoa de Andraka procedente de Donibane Lohizune, acababa de atracar en el puerto de Portugalete o Portu-Ugalde-eta (Riberas del puerto) como se decía en euskera o lengua vasca. La villa fue fundada en 1322 por Dª María Díaz de Haro y formaba parte de la región vizcaína de Enkarterrieta. Una población con sabor a salitre que desde el inicio fue habitada por gentes de mar asentadas al abrigo de su puerto natural.

La villa estaba amurallada debido a las guerras banderizas que comenzaron a finales del siglo XIV entre los parientes mayores partidarios del reino de Navarra, "gamboínos", y los partidarios del reino de Castilla, "oñacinos" que tanto marcaron el siglo XIV y XV de Baskonia occidental. A pesar de haber combatido en bandos contrarios, los Andraka y los Salazar, el padre de Ochoa había sido un buen amigo de Lope García de Salazar y más de una vez había ido con su padre a visitarlo a la casa-torre cuando atracaban en el puerto de Portugalete. Su padre sintió mucho la muerte de su amigo por envenenamiento con unas hierbas que le echaron en la comida y en la que también murió su propia hija bastarda, Mencía de Avellaneda, en el año 1476.

En 1483, cuando Ochoa de Andraka se encontraba navegando por el Nuevo Mundo, la reina Isabel I de Castilla visitó la villa. La presencia de la reina se debía a que, además de confirmar el Fuero de Portugalete, quería invitar a la paz y concordia a los bandos y linajes que mantenían rivalidades desde mucho tiempo atrás. Cada año que pasaba se iba notando que el puerto de Portugalete le iba comiendo terreno al de Bilbao. De hecho, Portugalete era el lugar de salida de la lana castellana hacia Flandes, como antepuerto de Bilbao que era.

El barco atracó en el muelle de Portugalete. Al saltar a tierra, Ochoa de Andraka, acompañado con su espada, su capa y su bolsa de

viaje, se dirigió a las caballerizas que se encontraban bajo la casa-torre de Salazar para alquilar un caballo y salir para Bilbao por la ruta del Cadagua hasta llegar al hospicio del convento de los franciscanos, sito en el barrio de San Mamés, Basurto.

Una hora antes del atardecer, Ochoa llegaba a su destino. Se sentía cansado y a la vez hambriento, pero también se sentía contento porque veía que faltaba cada vez menos para que culminara su periplo, antes de regresar a la casa de su primo Johan de Ursua en Askain, junto a Donibane Lohizune. Si tuviera que hacer él mismo un balance que relacionara el esfuerzo realizado con el éxito alcanzado tendría que aceptar que, en ambos casos, tanto en lo que se refería al esfuerzo como en lo referente al éxito, la puntuación era muy alta. Ello significaba algo que él mismo sabía de antemano. Nada era gratuito como tampoco había rosas sin espinas.

Aquella noche, antes de dormir, empezó a pensar sobre la reunión que mantendría al día siguiente con su maestro y amigo, Juan Vizcaíno de Lakotsa, y el enviado y asesor de la reina Isabel I de Castila, fray Hernando de Talavera.

Las copias de los mapas que Ochoa traía consigo del Nuevo Mundo y que recogían un compendio de todos los mapas elaborados por el vikingo Leif Erikson, por Hans Pothorst y Didirk Pining, por los mercaderes bristolianos y por él mismo, cerrarían el preacuerdo inicial y permitirían que él recibiese los 400.000 maravedíes que quedaban por cobrar para cubrir los gastos de la expedición naval al Nuevo Mundo relativa a la elaboración de las cartas náuticas de aquel continente desde el paralelo 68° Norte hasta el paralelo 25° Norte.

Ya en la cama, y antes de caer dormido, en su sueño apareció Naomi vestida como él la recordaba la vez que la conoció y que tanto llegó a impactar en su corazón. Una de las cosas que haría cuando llegara a Askain sería acudir a la posada Jacob de Baiona, con la excusa de hablar con su ayudante Gabriel. Allí saludaría a la familia Besalú y, de paso, a su hermana gemela Naomi. Ochoa sentía un cierto cosquilleo en el vientre solo de pensarlo. Sabía que daría lo que le pidieran por tener, al menos una hora, para estar conversando con ella a solas.

IV

La nao “Itsas gain” había sobrepasado ya la altura de “Hiru-zulo” (“Tres agujeros”), como los marinos vascos acostumbraban a denominar familiarmente a Donostia y, tras pasar a dos millas de la bocana del puerto de Hondarribia, viró bruscamente hacia el norte.

Después pondría rumbo al puerto de Donibane Lohizune donde le estarían aguardando su primo Johan y su tío Ander de Ursua para recibirle a él y a la gran cantidad de dinero que portaría consigo y, a su vez, para saber de primera mano las últimas novedades.

–Les gustaron mucho los mapas que llevamos y nos pagaron bastante más de lo convenido para que, en vista de que solo navegaríamos con una sola nao, lo hiciéramos con las máximas garantías. No querían que reparáramos en gastos a la hora de preparar y adaptar mejoras que garantizaran el éxito de la expedición al Nuevo Mundo. De este modo, es como podremos exigir más a los agrimensores que se habían contratado –comentó Ochoa a su primo.

–Me parece formidable porque según nos dicen los carpinteros de ribera tendremos que sustituir más piezas y tablones de madera de las que habíamos pensado y los agrimensores tienen almacenadas piezas muy buenas lo que nos ahorraría tiempo para meternos con la reparación del aparejo y las diferentes jarcias.

La sonrisa de Johan lo decía todo. Se había propuesto que en ocho días zarparían rumbo al Nuevo Mundo y cumpliría su propósito.

Los agrimensores eran los encargados de seleccionar y dirigir en los montes la corta de las maderas que iban a emplearse en la construcción de los barcos. El padre de Ochoa, Cherrán de Andraka, además de constructor de barcos, naviero y socio de su cuñado, Ander de Ursua, había sido uno de los peritos agrimensores más afamados del golfo de Bizkaia. Le llamaban los astilleros de todas partes para que seleccionara los árboles a cortar y el momento de la tala, en función de las características y funciones del barco a construir.

Se trataba de un oficio cuyo cometido era sumamente difícil y delicado, porque se necesitaba conocer cómo aprovechar las formas naturales de los troncos y las ramas de los árboles para hacer las principales piezas de los navíos. Además de tener presente la orientación de los árboles a la hora de su tala –eran preferibles los que estaban al norte por tener una mayor durabilidad en el agua–, los peritos agrimensores eran los encargados de dar la forma a todos los ángulos que producían las curvas de los árboles tiernos y fáciles de doblar. Para ello contaban con la inestimable ayuda de los aserradores y de algunos carpinteros de ribera.

Se sabía que las maderas de los árboles plantados en la zona norte de los bosques donde el sol menos pegaba durante el día eran las más afectadas por las inclemencias meteorológicas, en concreto, por las lluvias, lo cual les hacía tener un tratamiento natural para la humedad y, en definitiva, una mayor perdurabilidad en todas las embarcaciones.

La madera de roble se utilizaba para la estructura de las naves y el pino era el forro del barco para realizar detalles, barandillas y adornos a las piezas del equipamiento. Para conseguir que la madera aguantara más, lo único que le daban como protección era brea[12], que resultaba muy buena para la obra muerta, o la parte que estaba fuera del agua. Por el contrario, en la parte sumergida daba poco resultado, porque se iba quitando al navegar. Lo mismo pasaba en las zonas cálidas porque la pintura de brea se derretía con la temperatura.

Por ello, los trabajos de calafateado eran efectivos si se realizaban periódicamente. El calafateado se aplicaba en la construcción naval y consistía en introducir entre dos tablas del casco de madera una combinación de estopa de cáñamo embebida en brea o pez a fin de evitar la entrada de agua. Esta tarea debía realizarse periódicamente en las embarcaciones a fin de garantizar la estanqueidad de la misma. La nao "Ciburu" iba a someterse a dos sesiones de calafateado. La primera se realizó cuando vararon la nao en tierra y la segunda vez se realizaría también con la nao varada, cuatro días antes de zarpar.

V

En el caserío Bihotz Enea de Askain, propiedad de la familia Ursua-Etxebarrieta, se había preparado una gran fiesta en honor del tío Ochoa. Su prima Kattalin tenía ya la cena preparada y solo esperaba la llegada de su marido y de su primo que estaban al caer. Cuando su hijo Urtzi avisó de que ya se acercaban, Kattalin salió a la puerta de entrada del caserío, rodeada de sus tres hijos.

Al llegar a la primera borda, los dos primos descendieron del caballo, mientras dos *morroiak*[13] se llevaban los caballos a la cuadra y Ochoa, cargando su bolsa de viaje, seguía los pasos de su primo que le esperó más adelante para agarrarle del hombro y saludar con la mano libre a su esposa e hijos que habían salido para darle la bienvenida al *osaba*[14] Ochoa. Al llegar a la entrada del caserío, toda la familia Ursua-Etxebarrieta se fundió en un abrazo con el tío, al que querían sobremanera.

Luego sacó los regalos que traía para todos y que había ido comprando en los puertos donde había recalado. En primer lugar, Ochoa entregó los regalos a los tres sobrinos que había comprado en París. Después le entregó a su primo un moderno astrolabio que le simplificaría los cálculos de la latitud terrestre.

En último lugar, extrajo un collar de plata del que colgaba uno de los símbolos más identitarios del judaísmo conocido como la estrella de David o "Maguén David". Ese regalo lo compró en Brujas, en una

tienda de objetos y adornos propios de la cultura y tradiciones judías. También había comprado un collar idéntico para la hermana de Gabriel, Naomi, a la que pronto le entregaría, si es que él se atrevía a hacerlo y ella lo aceptaba.

Cuando Ochoa se lo entregó a Kattalin, sacándolo de un precioso estuche, ella lo reconoció enseguida pues era el mismo que portaban de vez en cuando, tanto su madre como su tía, la madre de Ochoa. Ellas fueron las hermanas Ohiartzun, profundamente vascas y navarras de toda la vida, pero también tan orgullosas de tener su fe judía.

Con lágrimas en los ojos, Kattalin le dio su lugar al buen marido con el que Dios la había bendecido y le pidió que le abrochara el collar. La plateada estrella de David destacaba sobre el corpiño gris de su esposa y Johan no pudo resistirse, tras ponerle el collar, a darle un beso de amor que lo decía todo.

El *osaba* Ochoa y los hijos de aquel matrimonio mixto judeo-cristiano que había sabido siempre respetar la fe y las creencias religiosas del otro, abrazaron con cariño a la pareja y hasta el hijo pequeño se metía entre las piernas del padre para que le hicieran sitio en aquel abrazo colectivo.

Los Ohiartzun eran muy besucones y se notaba. Ochoa sentía fuertemente su soledad como persona. Siempre había sido muy solitario, pero tras la muerte de su esposa Enekuri y con el paso del tiempo se iba convirtiendo en un *mutilzaharra* [15], sin pronóstico ni perspectiva alguna de cambio de estado civil.

A los postres, ya solo quedaban los tres adultos. Los dos hijos mayores le habían ayudado a Kattalin a recoger la mesa y a fregar los platos y, tras dar las buenas noches y un sonoro beso a cada uno de los allí presentes, se habían retirado con su hermano pequeño a sus dormitorios soltando un alegre: Gabon igaro! [16]

Tras un prudencial silencio esperando que los dos hijos y la hija estuvieran en sus respectivas habitaciones, Kattalin fue la primera en romper el fuego de las preguntas dirigidas a su primo:

–¡A ver primo! Me he enterado, y no ha sido mi marido quien me lo ha dicho –por si acaso y para que no hubiera malos entendidos recalcó Kattalin lo de su marido–, que hay una chica en Baiona que sí te gusta y que además es judía como yo o como tu madre o como tú, pero como ya no sé lo que tú ahora te sientes, pues no lo digo. ¿Que hay de verdad en eso?

–Pues que quien te lo haya dicho sabe más que yo porque solo la vi una vez e intercambié tan solo unas pocas frases con ella y en eso, no me puedes decir nada porque tengo a tu esposo como testigo –respondió con una sonrisa Ochoa a su prima, que lejos de callarse,

siguió con las preguntas, aunque su marido asintiera con la cabeza a lo que Ochoa sostenía.

Los hombres son como niños pensó para sí misma, antes de preguntar otra vez:

–Pero a pesar de ello se trata de una chica que te gustaría conocer más porque, a decir verdad, te atrajo mucho. ¿A que sí? –preguntó Kattalin dando menos posibilidades a que hubiera respuestas evasivas por parte de su primo.

–Bueno, podría responder que no lo sé pero creo que tienes razón. Conozco mucho a su hermano Gabriel que es también mi ayudante. Naomi, que así se llama la joven que me gusta, y Gabriel son hermanos gemelos. Pero como si no lo fuera porque siempre que le pregunto por su hermana es como si hablara con una piedra porque no contesta nada de nada –concluyó el bueno de Ochoa reconociendo todo porque no había más de lo que decía. Su prima Kattalin, y mucho más su primo Johan, que lo había vivido todo el tiempo durante los últimos cuatro meses, se lo creyeron. Lo positivo era que Ochoa había reconocido que sí le gustaba Naomi. Así que siguió con lo suyo.

–¿Te refieres a Naomi, la hija de Jacob y de Rebeca, los de la posada de Jacob? –Se expresó Kattalin como si le conociera muy bien a la hermana de Gabriel.

Ochoa pensó que aquello se ponía aun más interesante y que, por fin, le iban a hablar de Naomi, lo que su hermano gemelo nunca quiso hacer. Por ello, contestó que sí pero haciéndole otra pregunta a su prima:

–Y tú Kattalin, ¿de qué le conoces a Naomi? –interrogó Ochoa a su prima un tanto divertido.

–Porque Johan y yo hemos decidido procurar ir en Shabat y cuando se celebren algunas fiestas judías con los hijos al templo y, cuando viajaste a Bilbao, nos invitaron de la comunidad judía y allí nos vimos con los padres de Naomi, con ella y con sus hermanos. En la comunidad judía de Baiona, aunque vamos creciendo en número todos los meses, solo somos unas ochenta personas y, poco a poco, nos iremos conociendo todos.

La verdad es que lo de Johan no se lo esperaba, pero a Ochoa le agradó que se convirtiera al judaísmo, mejor que entre los hipócritas de los monjes católicos no podría estar. Por lo menos, el judaísmo no tenía ese discurso del odio que a Ochoa tanto le desagradaba escuchar. Así pues, dirigió la pregunta a su prima sobre el tema que a él más le interesaba:

–¿Entonces, pudiste hablar con Naomi? ¿La conociste? –interpeló Ochoa de nuevo esperando que, esta vez, hubiera alguna información

aclaratoria sobre los sentimientos de Naomi hacia él, si es que los había.

–Pues claro que sí. Me cayó fenomenal. Creo que Naomi y yo nos haremos muy amigas. Al fin y al cabo, solo soy siete años mayor que ella. Las dos somos mujeres y somos judías y hablamos de muchas cosas que a las chicas nos interesa y como sabe que mi marido es también tu primo, pues, conociéndole a él, también se interesa por ti. Me preguntó qué tal estabas y cuándo regresabas de Bilbao –respondió Kattalin con una sonrisa un tanto pícara, pero mirando fijamente a los ojos de su primo.

–¿Y dices que te preguntó por mí? ¿No será porque su hermano Gabriel le ha hablado de mí? ¿Qué es lo que Naomi sabe y qué es lo que quiere saber de mí? –demandó a su prima que contestara sin intentar disimular siquiera que el tema de Naomi le interesaba muchísimo.

Kattalin parecía muy contenta del curso de la conversación y no hacía tampoco nada por ocultarlo. Johan también estaba tan contento o más que su esposa, pero hacía muchos esfuerzos para que no se notara tanto. Hacía tiempo que quería ir al baño pero no se iba, aunque se orinara, no quería perderse nada de lo que su mujer y su primo estaban hablando.

–¿Quieres que te diga la verdad, primo? –exclamó Kattalin. Hubo un breve silencio y, a continuación, continuó hablando porque Ochoa le hizo un gesto afirmativo con la cabeza–. A Naomi les gustas y mucho. No sé qué le dijiste cuando estuviste con ella pero ayer mismo que me la encontré en Donibane Lohizune, le invité para que viniera a comer al caserío y nos pasamos toda la tarde hablando de ti. Ella es una chica seria y no quiere perder el tiempo tonteando con hombres. Ella quiere encontrar a su media naranja, casarse con él y criar una familia. Si pregunta por ti es porque te ha echado el ojo. Sabe que eres viudo e hijo de madre judía como lo soy yo. Si quieres que te diga lo que yo haría en tu lugar, te lo diré con mucha sinceridad y cariño, pero te adelantaré que tienes muchas oportunidades y ella es una mujer que merece la pena. Además, ayer estaba bellísima –esta última frase, Kattalin la dijo recalcando cada sílaba con ese tono especial que suelen poner las mujeres para resaltar lo que consideran que alguien debe considerar como importante.

–Dímelo pues –susurró Ochoa sin apenas voz, ansioso por escuchar el consejo de su querida prima.

–Si Naomi te interesa en serio, como así lo siento en lo más profundo de mi alma, vete mañana mismo a la taberna de Jacob y habla con su padre sobre lo que sientes por su hija Naomi y cuáles son

tus intenciones. Cuando Jacob te haya dado su aprobación, corres donde Naomi y le dices que te gustaría conocerla más y que si no le importaría que la visitaras en su casa los días que pudieras. Ella ya sabe que zarpas dentro de una semana para unos seis o siete meses, así que, ¡hazlo cuanto antes, primo de mi alma!

No hubo ya más que decir. Todo estaba bien claro. A la mañana siguiente, Ochoa se armaría de valor y acudiría a hablar con el padre de la chica. Aquello sí que le ponía un tanto nervioso, pero sabía que haría lo correcto. Se imaginaba también la cara que pondría Gabriel cuando supiera que estaba saliendo con su hermana gemela y aquello le dio mucha ternura.

Capítulo 11°
Una boda sobre la marcha y previa a la marcha

I

Con el alba, Ochoa se levantó muy temprano y se pegó un baño con agua fría como solía hacer generalmente. Quería dar buena impresión, oler bien a jabón, acudir bien vestido a hablar con Jacob de Besalú y, si todo salía bien, ir a visitar a Naomi. Había pedido que estuviera el caballo preparado para las siete de la mañana y pensaba ir despacio para no sudar, ni mancharse de polvo. Tardaría unas tres horas en llegar a la posada de Jacob situada en la margen derecha bayonesa del río Adur. Solo le quedaba desayunar y, para ello, caminó hasta la cocina. En su interior ya estaban trabajando dos criadas que preparaban las tres comidas del día para la familia Ursua-Etxebarrieta y el resto de jornaleros y criados que trabajaban en el caserío Bihotz Enea.

–Egunon![17] –saludó el maestro cartógrafo a las dos mujeres que trabajaban en la cocina y a las que conocía desde que era pequeño.

–*Egunon, Andraka Jauna!*[18] –contestaron las dos mujeres al unísono, mientras una de ellas le servía una taza de leche caliente con pan tostado y mantequilla, cuajada, nueces y mermelada de ciruela para que desayunara.

–¿Desea que le preparemos una bota de vino, una hogaza de pan con queso de oveja y un puñado de nueces para el camino? –preguntó la otra criada desde los fogones.

–*Ez, eskerrik asko!*[19] –contestó Ochoa mientras apuraba su taza de leche y salía deprisa hacia la cuadra donde le aguardaría su caballo ya ensillado y presto para llevarlo a Baiona.

El caballo se sabía el trayecto a Baiona de memoria y siguió el camino del pueblo pesquero de Getari donde, según su tío Ander, preparaban para su venta y consumo los mejores pescados en salazón del mundo, tanto o más suculentos que los de su homónima Getaria, población situada en el territorio vasco de Gipuzkoa, en Baskonia occidental.

Al llegar a Beariz, se detuvo en esta famosa población por su

habilidad y dedicación a la caza de la ballena, para hablar con el arponero Johan de Bidart que viajaría con ellos al Nuevo Mundo. Lo encontró asando unas sardinas sobre una parrilla que compartía con otros tres marineros de los barcos balleneros. Cuando le vio llegar a Ochoa, Johan de Bidart, se apartó del grupo para acercarse al maestro cartógrafo. Por si acaso, había recogido con él dos vasos de sidra.

–*Egunon Jauna!* –saludó el arponero que se veía muy bien a pesar de sus casi sesenta años.

—*Egunon Bidart!* –respondió Andraka para añadir–. Seré breve pues estoy de paso, camino de Baiona. El maestre capitán Ursua me encargó ayer que le dijera que quiere estar con usted para comentarle algunos temas de su incumbencia y añadió a ver si pudiera usted pasarse, mañana a la mañana, por el astillero de su padre en Donibane Lohizune. Él le estará esperando.

–Allá estaré, hacia las once de la mañana, *Andraka Jauna*. –Ochoa apuró el trago de sidra y le devolvió la taza vacía con un gesto de hasta pronto.

II

Ochoa apenas recordaba cómo se accedía al despacho de Jacob de Besalú. Sabía que se entraba por detrás de la escalera que subía a la primera planta y que, si mal no recordaba, esta escalera se encontraba en la entrada principal de la posada. Pero cuando se aproximaba a la puerta donde antes había un despacho, se encontró ante una habitación que estaba cerrada con llave.

Le preguntó a una mujer que debía trabajar en la limpieza de habitaciones por el despacho de Jacob de Besalú y le contestó que no sabía. Cuando, a continuación, Ochoa le volvió a preguntar qué había detrás de la puerta donde supuestamente hacía unos cuatro meses había habido un despacho grande, la muchacha sonrió por el malentendido y le dijo que aquello era la cámara de custodia de la hospedería donde se guardaban valijas y baúles de clientes que habían salido de sus habitaciones, pero que esperaban su barco para zarpar ese día y viajar a algún puerto de Galicia, desde donde continuar su peregrinación a Santiago de Compostela en carretas tiradas por bueyes, caballos, mulas o burros.

–Vaya trampa la que hacen algunos –pensó para sí Andraka–. De esta manera se hacen con un atajo que les recorta en más de 700 kilómetros la caminata hasta Santiago de Compostela.

Por fin, una persona que tenía pinta de ser rabino le indicó amablemente dónde se encontraba el despacho del padre de Naomi.

Se ubicaba en una de las cámaras o habitaciones de la planta baja de la casa familiar. En la entrada del despacho, junto a una *mezuzá* [20] colocada en la parte superior de la jamba de la puerta, aparecía un letrero escrito en cinco idiomas donde se indicaba que aquella puerta daba acceso al despacho del licenciado Jacob de Besalú. A Ochoa le agradó que, entre los idiomas, hubiera elegido también la lengua de los navarros o *Lingua Navarrorum* como también se conocía al idioma vasco.

Después, el maestro cartógrafo se puso firmes, tocó la puerta con los nudillos y, al poco rato, la cara afable de aquel Jacob que conociera meses atrás apareció en la penumbra del despacho. Levantó las cejas de alegría y, de manera muy amable, le invitó a Ochoa a entrar estrechándole la mano y señalándole frente a la gran mesa de su despacho una butaca donde sentarse cómodamente.

–¿A qué se debe el honor de tan grata visita, maestro Andraka? –preguntó Jacob yendo directamente al grano.

–Quisiera hablarle de muchos temas, pero para hacerle el cuento corto considero que lo mejor sería empezar por el tema más importante que nos ocupa resolver –arrancó Ochoa a un buen ritmo y agarrando al toro por los cuernos.

–Me parece muy juicioso lo que dice y quiero que sepa de antemano que procuraré ayudarle en lo que pueda –respondió amablemente Jacob queriendo darle facilidades al vasco.

–Se trata de un tema relacionado con su hija Naomi y para el que quisiera recibir su autorización –prosiguió Ochoa lanzándose al vacío y como viera que el padre de Naomi no decía nada prosiguió–. Solo la conocí una vez, antes de partir para el Norte de Europa, pero le puedo jurar por mi honor que su manera de ser, su belleza, su inteligencia, su alegría, su humildad y un sin fin de virtudes que de ella he tenido noticia me tienen impresionado. He de confesarle que, desde que la conocí, me quedé prendado de ella y, desde entonces, no he podido quitarme su imagen de mi cabeza. También habrá influido el hecho de que, siendo Naomi y Gabriel hermanos gemelos, muchas veces me parecía que, al verle a su hijo, a mi ayudante Gabriel, era como verla a ella y así que, en cierto modo, era como estar viendo a su hija Naomi casi todas las horas de todos los días y así, durante casi cuatro meses… –Al llegar a este punto, el discurso de Ochoa quedó bruscamente interrumpido pues el padre de Naomi, Jacob, empezó a toser y se levantó de la silla. Después salió del despacho por otra puerta interna para volver al rato con dos vasos de agua, ofreciéndole a Ochoa uno de los dos vasos.

–Perdone la interrupción, maestro Andraka, pero me ha venido un

picor a la garganta que hacía imposible seguir escuchándole. Le propongo que hablemos solo del tema de Naomi y cuando lo resolvamos, tiempo habrá para resolver otros temas. ¿Le parece bien?

A Andraka le pareció también que sería lo mejor, así es que prosiguió con el tema de la hija:

–Usted sabe que soy viudo y que soy también hijo de madre judía, que a los ochos días de nacer me hicieron el Brit Milá y que estoy inscrito como judío en la comunidad de Etxarri del valle de Aranatz, reino de Navarra, de donde procedía mi madre.

Jacob escuchaba con mucha atención algo que ya sabía pues se lo había contado todo Kattalin, que era judía como su primo Ochoa, y también se lo había contado su amigo, Ander de Ursua, pero ello no pudo evitar que le emocionara oír contarlo al propio protagonista. Llegado a este punto, Ochoa estaba acelerado como si se tratara de un caballo desbocado y decidió que, si Jacob de Besalú no le interrumpía, seguiría con su discurso hasta el final, como así fue:

–Creo que, aunque parezca extraño, me he enamorado de su hija Naomi. Mis intenciones son nobles pues pretendo hacerla feliz, amarla de por vida y, en consecuencia, hacerla mi esposa. Tengo conocimientos, recursos, patrimonio, bienes y fortuna suficiente como para poder afirmar que puedo hacer frente al futuro de ella y de nuestros hijos, fruto de nuestro matrimonio, que tanto deseo y que, Dios mediante, podré ofrecerles una vida holgada. Sin embargo, soy consciente de que es Naomi, con el sabio consejo de sus sabios padres, la que debe decidirlo en última instancia. Por lo tanto, le solicito permiso a usted, licenciado Jacob de Besalú, para poder visitar y salir con su hija con el propósito de conocernos más, de declararle mi amor eterno a ella y de pedirle que se case conmigo y, si soy correspondido, yo le juro que iremos a comunicárselo a usted y a su esposa, en primer lugar, para empezar con los preparativos de la boda. Y eso es todo del primer tema, señor licenciado –concluyó así Ochoa la larga exposición de su solicitud.

Cuando el silencio ocupó el espacio vacío que había dejado la melodiosa voz de Ochoa, se oyeron unos aplausos que procedían no solo de las manos de Jacob sino también del fondo de su corazón. Después, el licenciado se levantó, y dando la vuelta a la mesa del despacho, se acercó a la silla donde se encontraba Ochoa, tirando de sus manos para que se levantara de su asiento, de modo que dos hombres altos de estatura se apretaran contra sí en un abrazo de oso. Después se miraron y Jacob rompió el silencio:

–Tiene usted, Ochoa de Andraka, mi bendición y mi permiso para visitarla y salir con mi hija y pedirle que se case con usted, sabiendo

que ello tiene nuestra aceptación y agrado, tanto la de mi esposa Rebeca como la mía. ¡Alabado sea Dios! Y ahora usted no pierda más el tiempo. Mi hija se encuentra en su habitación a la que se llega por detrás de esa puerta. Se encuentra en la primera planta, al final del pasillo. Seguro que se alegrará mucho de volver a verle.

III

En el caserío de Askain, Kattalin se había levantado muy pronto para desayunar con su marido, antes de que él partiera hacia la oficina del astillero y de la empresa de transporte marítimo de la que su padre y Ochoa eran socios. Ochoa había heredado los derechos de la sociedad de su padre, Cherrán de Andraka. En la actualidad, hacía un año que se había enterado por su tío que la sociedad, además del astillero, tenía unos activos de tres cocas bayonesas, cinco naos y una carabela con la que cubrían fletes por el Mediterráneo y el Atlántico desde las islas Afortunadas hasta Noruega e Islandia. Muchos de los barcos se utilizaban, según años y temporadas, tanto para la pesca del bacalao como para la caza de ballena.

Hasta entonces, Ander de Ursua lo había administrado todo, especialmente tras la muerte de su cuñado Cherrán, pero era cada vez más consciente de que estaba llegando el día su jubilación y que tenía que dejar que Ochoa y Johan lo llevaran todo. Cuando regresaran ellos de su viaje por el Nuevo Mundo lo plantearía en el seno de la familia y le gustaría que estuvieran presentes las mujeres de ambos. Ander daba por segura la inminente boda de Ochoa y Naomi.

Antes de salir del dormitorio conyugal, Johan no paraba de alabarle a Kattalin, su esposa, por lo maravillosa que estuvo la víspera interrogando al primo y, sobre todo, por los buenos consejos que le dio. A lo que Kattalin le correspondía, hablándole al oído con una sensualidad no disimulada y poniendo cara de pícara para recordarle a su marido, Johan, lo maravilloso que había estado él, haciéndole el amor esa mañana. Tras un beso y otro beso, pues los dos estaban muy enamorados, agarrados de la mano bajaron a desayunar en la cocina donde sus tres hijos les aguardaban para darles los buenos días.

–¿Qué pasó ayer noche que subiste tan tarde a la cama? –preguntó Johan que empezaba a recordarlo.

–Cuándo subí a la habitación, me encontré con que estabas tan dormido que me dio pena despertarte –insinuó su esposa–. Lo cual aproveché para escribir dos cartas a Baiona, una a Naomi y otra a su padre, contándoles lo que Ochoa nos confesó y lo que pensaba realizar hoy por la mañana hablando con Jacob. A primeras horas de la

mañana, antes de que te despertaras, se las di a Muxil para que las llevara a Baiona. –De pronto, Kattalin bajó la voz haciéndola perceptible solo por su marido–. Después me metí en la tina y tomé un baño de rosas para recibirte como te mereces, amor mío. –Y le volvió a besar a su esposo en los labios.

Mientras desayunaban, Kattalin no paraba de hacerle preguntas a su marido sobre las normas de vida y las costumbres que había a bordo de los barcos en el caso de que un matrimonio navegara también. Johan fue consciente de que la cabeza de su esposa, Kattalin, tramaba algo, pues su cabeza daba vueltas sin parar, así es que le habló claro y sin ningún tipo de rodeos a su esposa:

–Tengo bien claro, esposa mía, que si las cosas se desarrollan como lo que espero, al personaje de Gabriel ya lo podemos enterrar y en su lugar que resucite el de Naomi. Una singladura de seis o siete meses con Naomi haciéndose pasar por Gabriel y durmiendo en el camarote contiguo al de Ochoa sería inaguantable e insano para todos pero, sobre todo, para ellos que no aguantarían tanta separación y sufrimiento y empezarían a dormir juntos con todos los problemas, habladurías y consecuencias que ello suscitaría a bordo, pues al final, en un espacio tan limitado y pequeño todo se sabe.

Se detuvo para mirar a su esposa y como viera que Kattalin no decía nada, Johan prosiguió con su discurso sobre el qué hacer:

–Zarpamos en seis días. Así que pongámonos manos a la obra. ¡Kattalin! Ya puedes organizar una boda judía con el rabino, los padres y la familia de Naomi, nuestra familia, amigos de los novios e integrantes de la comunidad judía para dentro de cuatro días. Hoy mismo daré instrucciones a los carpinteros para que los dos camarotes de ellos se fundan en uno solo. Como tú bien sabes, la esposa del capitán o la de un invitado siempre puede viajar con su esposo. Por cierto, ¿cuándo crees que tendremos oportunidad tú y yo de aprovechar un flete que nos suponga visitar una ciudad bonita de las que te gustaría conocer? Este año mi padre quiere reforzar el comercio con Portugal y las naciones del Mediterráneo. Siempre me dijiste que te gustaría conocer Lisboa, Oporto y Barcelona. Así que prepárate para el año que viene. Nuestro hijo pequeño, Beñat, tendrá cinco años –concluyó Johan la exposición de lo que representaba el plan que había que poner en marcha cuanto antes en relación con el tema de la boda previa al viaje al Nuevo Mundo

Antes de irse, Johan le depositó a Kattalin un beso cariñoso en sus labios y la abrazó con ternura. Después, le miró los ojos. Lo que vio, lo decía todo. Estaban muy brillantes y alegres, lo que suponía que la cabeza de su esposa ya estaba atando todos los cabos necesarios para

que todo se cumpliera bien y a tiempo. Ahora solo faltaba confirmar que Naomi le había dicho que sí a Ochoa.

IV

La puerta de la habitación de Naomi estaba cerrada. Ochoa se había acercado con mucho cuidado para no llamar la atención en el resto de habitaciones. Sobre todo, no quería que Gabriel supiera nada hasta que él no hubiera hablado con su hermana gemela. Eso es lo que más temía. No quería ni pensar que pasaría si Gabriel saliera de alguna habitación próxima y le preguntara que hacía allí. Ochoa, en el fondo era muy tímido y pensó que se moriría de vergüenza solo de tener que explicarle a su pupilo que quería casarse con su hermana.

Por fin, Ochoa llegó hasta la última habitación del pasillo e hizo un respiro profundo antes de tocar con los nudillos suavemente la puerta. Una voz de mujer se escuchó desde dentro que decía algo en catalán y, al poco rato, la puerta se abrió de par en par. De pronto, en el momento en el que aquellas dos caras se encontraron frente a frente, a Ochoa de Andraka, un hombre joven de una altura de 1,84 metros, se le cortó el habla de repente. Fue Naomi la que solucionó el impasse que se había creado con una naturalidad exquisita.

–*Egunon Ochoa!* Tu prima Kattalin me había dicho que ibas a venir –comentó Naomi mientras le ofrecía al hombre que ella amaba una silla para que se sentara junto a una mesa redonda donde había una jarra de agua y dos vasos. Mientras Ochoa se sentaba, ella agarró otra silla y se sentó a su lado. Naomi observaba la mirada de persona tímida que él ponía y aquello le dio una inmensa ternura. Se acercó a la ventana y la abrió de par en par para que entrara la luz y, de paso, para que Ochoa viera los tiestos de geranios en flor que engalanaban su balcón.

–*Egunon Naomi!* –respondió Andraka forzando la voz para que su respuesta pareciera más natural–. ¡Dios mío, qué bonita se ve con ese pañuelo sobre su cabeza! –exclamó para sus adentros, de manera que sus pensamientos solo los oyera su alma enamorada.

Para el maestro de cartografía, la muchacha era mucho más linda y más alta de lo que le había parecido la anterior vez. Pensó que era muy curioso que, para ser chica, era tan alta como su hermano gemelo Gabriel y, además, ambos tenían las facciones tan parecidas que se veían idénticos, aunque las facciones de Naomi eran más finas y mucho más bellas. Algo normal entre hermanos que son gemelos.

En ese preciso momento, recordó haberle oído a ella que fue su prima Kattalin la que le había informado de su visita al caserío de

Askain. Un escalofrío recorrió todo su cuerpo. A saber qué más le habría dicho su prima que a él no le contó la noche anterior. Ochoa decidió que lo mejor era no darse por enterado y, por consiguiente, no preguntar sobre ello.

Se produjo un silencio que a Ochoa le preocupó y a Naomi, en cambio, le encantó. La muchacha que jugaba con ventaja puesto que lo sabía todo, no quería perderse ningún detalle y disfrutaba viendo cómo aquel hombre del que estaba locamente enamorada y que había llegado a conocer hasta lo más profundo de su ser, después de haber vivido junto a él durante casi cuatro meses, se le declaraba y le pedía en matrimonio. Naomi era consciente de que, al igual que cualquier mujer enamorada, estos momentos que le estaban tocando vivir iban a ser un lujo como fuente y recuerdo cargado de cariño que alimentaría la fortaleza y el amor de su matrimonio toda la vida. Sin embargo, a Ochoa aquella pausa le incomodaba y por ello fue quien dio el paso para romper aquel silencio tan diferentemente percibido.

–Quería hablar contigo Naomi porque tengo que confesarte que me gustaste desde el primer momento que te vi. Te busqué para hablar más contigo, pero me dijeron que habías ido a cuidar una mujer enferma. Como ya sabes, al tiempo que tú te esfumabas, apareció tu hermano gemelo al que le tengo una tremenda estima y un gran respeto por sus genialidades, su nobleza y el alto nivel de excelencia de los trabajos de cartografía que realiza. Profesionalmente, se ha convertido en más que un ayudante para mí. Es también un colaborador que me resulta del todo imprescindible. Cosa que sé que te alegrará saber.

–En mi caso, tú también me gustaste mucho desde el principio –le comentó una Naomi completamente sincera y que quería cuanto antes abrirle su alma a aquel hombre al que ansiaba hacer su esposo–. Las mujeres tenemos un sexto sentido y yo me sentí atraída por ser como eres y porque, aunque tú no lo creas ahora, te conozco muy bien. ¿Quieres que salgamos a dar un paseo y nos perdamos por las estrechas calles de Baiona? –preguntó la muchacha de repente, al tiempo que se ponía en pie, con tan mala o buena fortuna que perdió el equilibrio y cayó en los brazos de su amado. Al elevar su cabeza, sus caras observaron en sus respectivas miradas el gran amor que se profesaban, sintieron el impulso irresistible de dejar que sus labios se encontraran y se fundieran durante mucho, mucho tiempo.

Cuando salieron a la calle para dirigirse al otro lado del río Adur y caminar por el interior de la ciudad amurallada de Baiona, pasando sobre el puente que atravesaba la muralla por la margen derecha del río Errobi, Naomi se colgó del brazo de su hombre y no se soltaría en

ningún momento de él durante todo el paseo. Cuando Ochoa sintió la presión de la mano de Naomi sobre su brazo, instintivamente apretó la empuñadura de su espada y sintió que se había convertido también en el paladín de su dama.

V

Los preparativos de la boda se habían vuelto la ocupación principal y única de la prima de Ochoa, Kattalin, y de la madre de Naomi, Rebeca. Los únicos que vivían en una nube de algodón eran los novios que no se enteraban de nada y, a veces, parecía que estaban ausentes pues estaban tan embelesados el uno con el otro que todos los que estaban alrededor era como si no existieran, bien fueran estos personajes reales o ficticios.

Así, cuando Naomi le confesó a Ochoa que el personaje de Gabriel nunca había existido y que todo el tiempo había sido ella disfrazada de muchacho, la reacción del novio fue la de echarse a reír y abrazarla para comentar:

–Creo *maitetxo* [21] que cambiarte a ti por Gabriel ha sido y será el mayor negocio que haya hecho en mi vida. ¡Menuda diferencia! –decía entre risas para volver a abrazarla y besarla en la frente.

Los dos ya habían empezado a hacer planes de vida en la perspectiva de un futuro común, formando una familia judía para criar los hijos que Dios les diera y amarse el uno al otro hasta que la muerte los separara. Estaba claro que mientras no hubiera hijos de por medio, Naomi navegaría con su esposo y trabajaría como cartógrafa, que era la vocación que ella tenía aunque también le tentaba escribir.

Por su parte, Ochoa no lo tenía muy claro. Él ya no estaba dispuesto a tener que navegar y dejar durante mucho tiempo a la familia. Además, los novios eran muy conscientes que, con el descubrimiento del Nuevo Mundo, los viajes se iban a multiplicar, así que habría valorar todo lo que se presentara en el futuro y tomar las decisiones entre los dos y, a ser posible, con anticipación a que los acontecimientos les arrastraran, arrebatándoles los márgenes necesarios de maniobra para actuar con libertad.

En ese sentido, la pareja estaba muy preocupada por la ola de antisemitismo que amenazaba a Europa. Los reinos de Castilla y Aragón lideraban esa corriente de odio y se hablaba que, al igual que se había hecho en Andalucía y en el Señorío de Bizkaia, se expulsaría a los judíos de todas partes.

De este modo, Ochoa de Andraka, natural de Lemoiz, vasco por los ochos costados, debería renunciar a vivir en su propia nación y

abandonar el caserío de Lemoiz que le vio nacer, por el miedo de que las hordas de los “purasangres” vizcaínos, a las que tanto jaleaba la Iglesia católica, agredieran a su familia y quemaran sus propiedades por el mero hecho de practicar el judaísmo.

La barbarie y la sinrazón se enfrentaba a los deseos de libertad, a la apertura de mentes y a las consecuencias del descubrimiento del Nuevo Mundo que tantos cambios e innovaciones introduciría. Naomi y Ochoa decidieron que por el momento residirían en alguna población de Baskonia, pero no lejos de Baiona y Donibane Lohizune. Ellos no creían que fuera posible que llegaran a expulsar a los judíos de Baiona en fechas posteriores. Tampoco del reino de Navarra a menos que fuera invadida por la insaciable Castilla.

Con todo, los novios no le tenían miedo a nada, ni a nadie. Sin embargo, eran muy conscientes de que el pueblo judío no podía continuar sufriendo pogromos, expulsiones, persecuciones, robos y muertes por el capricho de sus gobernantes y religiones que necesitaban un chivo expiatorio al que echar la culpa del mal gobierno y de las miserias que padecía el pueblo llano.

Por de pronto, hasta que regresaran de la expedición al Nuevo Mundo, fijarían su residencia en la casa de los padres de Naomi. El señor Jacob y la señora Rebeca les ofrecieron a los novios esa opción, ya que apenas tenían tiempo para nada, pues tan solo a los dos días de la boda zarparían para el Nuevo Mundo. El tío Ander, al ser viudo de Ane de Andraka y tío de Ochoa, actuaría como albacea y representante legal suyo, junto con el letrado Sebastián de Sondika, con respecto a las propiedades y bienes que él tenía también en el Señorío de Bizkaia.

VI

La boda entre Ochoa de Andraka y Naomi de Besalú se celebró el miércoles, 22 de agosto de 1488, en la pequeña sinagoga de Baiona, sita en el barrio del Santo Espíritu. Tal como se estilaba hacer en la época, a la boda acudieron tan solo los parientes más allegados del novio y de la novia. En total, quince personas, si entre ellas incluimos al rabino, con el que Ochoa en los días anteriores había cumplido con todas las formalidades religiosas debido a su condición de judío de nacimiento.

El matrimonio judío en sí constaba de dos partes. Así, primero se celebraron los esponsales (Kinian o Erusín), o acto de compromiso, donde el novio recibía un objeto que le remitía el rabino (en este caso fue un pañuelo) y a cambio se comprometía a cumplir todas las

cláusulas de la *Ketubá*[22] o contrato matrimonial y como garantía, a la hora de hipotecar todos sus bienes. Posteriormente, se oficiaron las nupcias (Nisuin o Kidusin). Se celebraron bajo la jupá o palio nupcial y ofrecieron una imagen real de lo que representaba una ceremonia sencilla y muy emotiva de tanta importancia como era la del matrimonio.

Los padres de Naomi se echaron a llorar cuando el rabino mostró la Ketubá e impartió las siete bendiciones, donde se alababa a Dios por la creación del hombre, por la institución del matrimonio, por la alegría y la armonía conyugal, por el regocijo futuro de Jerusalén, entre otros. Todo el mundo allí presente saltaba de alegría, además, todo acompañaba para la emoción, la novia estaba bellísima y rebosante de alegría vestida con el traje de cinco prendas que era regalo de su padre y el novio, un tanto nervioso, se había vestido de maestre, sustituyendo la boina vasca por la kipá o solideo del judaísmo.

Tras la ceremonia del casamiento, el banquete nupcial se celebró en el comedor reservado de la posada de Jacob. Los novios se mezclaban juntos o por separado con todos los asistentes. El banquete que organizaron entre Rebeca y Kattalin resultó espectacular. Más que por el exceso de comida que la hubo, sin duda, era por los distintos sabores que las más de veinte ensaladillas diferentes ofrecían para satisfacer el gusto del paladar más exigente.

Los novios fueron los que menos disfrutaron las delicias de la comida, porque apenas se sentaron en la mesa y en cuanto pudieron, salieron a bailar bajo la música que tocaba el joven Reuven con su guitarra, acompañado por los hijos de Johan y Karralin que eran ya casi adolescentes. Entre todos, animaban el ambiente nupcial.

Tras los brindis por los novios con el vino clarete de Burdeos que se llevarían en la nao “Ciburu”, comenzaron los discursos donde participaron todos y también habló el pequeño Ursua-Ohiartzun –que tenía casi cinco años–, exigiendo el trago de clarete correspondiente ante las miradas atónitas de sus padres y las risas de todos los demás.

Tras el discurso simpático y breve del niño, Johan tuvo que mediar en el tema y conciliar su reclamación con la responsabilidad del padre, así es que le sirvió una copa de clarete hasta arriba y repartieron la copa entre los varones de toda la familia Ursua allí presente.

Primero bebió un sorbo el *aitona* o abuelo, Ander. Luego llegó el *aita* o padre, Johan, que se bebió más de la mitad ante la protesta de los casi adolescentes. Éstos también bebieron lo suyo porque solo le dejaron al benjamín de la familia un pequeño sorbito, con sus ya

cumplidos cuatro años.

El pequeño miró lo que había en el interior y le pareció muy poco pero no dijo nada. Su madre (Ima o *amatxo*) le animó a que se lo bebiera todo de un trago y así es como lo hizo, ante los aplausos de los padres y las risas de todos los demás. Incluso ante la contagiosa risa de los novios.

VII

Cuando los novios entraron en su habitación, se quitaron el calzado y se tumbaron exhaustos encima de la cama de matrimonio que habían instalado durante el día. No obstante, a pesar de lo agotador que había resultado aquel señalado día, la pareja aún tenía energías de sobra. Tumbada sobre la cama, Naomi apoyó su cabeza sobre el cabezal o almohada y estiró los brazos para atraer a su esposo hacia ella y ofrecerle sus ansiosos labios.

De pronto, la novia, al notar que el miembro de su esposo se endurecía, se levantó suavemente y le dijo a Ochoa que se desnudara y que le esperara en la cama mientras se despedía de él con un largo y apasionado beso. La novia quería asearse y estar limpia en el momento de ofrecer su virginidad a su esposo y de entregarse apasionadamente a él.

Naomi quería hacer el amor no solo para consumar el matrimonio, también quería gozar con su esposo. Cuando la esposa se tumbó desnuda junto a su esposo, el aroma de un perfume de agua de rosas inundó los sentidos del vasco y una pasión desbordante que los abrasaba a los dos, creció y creció varias veces hasta que los suspiros se acallaron y un abrazo lleno de ternura entre los amantes dio paso a los dulces y merecidos sueños de unos novios que recién caminaban juntos en la vida como esposos.

A la mañana siguiente, cuando Ochoa despertó, su bella esposa llevaba una hora despierta y vestida con una bata encima. Naomi había acudido a la cocina de su casa para preparar el desayuno de su marido. Como era previsible, su madre Rebeca estaba allí esperándola para ayudarle. A esas horas, su madre debería estar ocupada con la gestión de los servicios del comedor de la posada, pero había dado prioridad a su hija y quería saber qué tal le fue la noche de bodas. No hizo falta preguntar nada porque una Naomi profundamente emocionada y completamente feliz, le decía a su madre con lágrimas en los ojos:

–¡Ha sido todo maravilloso, madre! Le amo, le amo, le amo como nunca pensé que se pudiera amar a un hombre. Muchas gracias por

haberme ayudado con el *Shiduj* [23]. Usted y mi padre espero que me enseñen a concertar casamientos también –y abrazó a su madre con un cariño tan especial y profundo que hasta entonces Naomi nunca había conocido. Aquel fue un abrazo de agradecimiento profundo que su madre supo comprender y valorar. No obstante, como todas las madres, no quiso dar importancia a sus propios méritos y salió con un consejo a su hija:

–Naomi, déjate de chismes y ocúpate de tu marido llevándole el desayuno para cuando se despierte. –La recién casada entendió que su madre ya sabía lo que quería conocer y daba todo por zanjado. La próxima frase sería para comentar que qué tarde era y que se tenía que ir corriendo a la posada porque la estarían esperando.

Cuando Ochoa y Naomi acabaron de desayunar en la mesa de su cuarto, él le agarró de la mano y le dijo que no recogiera nada todavía puesto que él le ayudaría a hacerlo después. Ochoa necesitaba hablar y decirle a su joven esposa lo enamorado y feliz que estaba. Naomi sonreía mientras le escuchaba aquellas frases tan bonitas y llenas de amor con las que él la cortejaba. Pensó si debía corresponderle, devolviéndole frases parecidas, pero también se dijo que ella no era así. Naomi era de las que pensaba que "obras son amores y no buenas razones", así es que pensó que mejor le diría que ella le demostraría su amor con hechos, todos los días de su vida y concluyó con un:

–Y eso es todo Zeevi, *Ahava Sheli* [24]!

–¿Cómo me has llamado? –preguntó divertido Ochoa a su esposa.

–Creo que tendré que enseñarte a hablar en hebreo. *Zeev* en hebreo significa lo mismo que Ochoa u Otsoa en vasco, o que Lope en castellano. Todos esos nombres, en distintos idiomas, significan lo mismo: "lobo" y *Zeevi* es *Zeev* pero en plan cariñoso y familiar. Tú eres mi *Zeevi*.

–¿Y eso que has dicho de *Ahava Sheli*? Recuerdo que me lo decía mi madre –se explicó Ochoa.

–Y te lo diré yo también. Significa algo así como *enemaitetxo*, "amor mío" –concluyó Naomi su explicación con una alegre sonrisa que definía el gran amor que sentía por su marido.

Capítulo 12°
Rumbo hacia el Nuevo Mundo

I

El 24 de agosto de 1488, a primeras horas de la mañana, la nao "Ciburu" era remolcada por cuatro bateles hasta el exterior del puerto de Donibane Lohizune. Allí, la nave viraría hacia el norte y arriaría todas las velas para aprovechar al máximo el viento sur y poner rumbo a la isla de Ré, cerca del puerto de La Rochelle, donde deberían hacer acopio de sal para conservar la pesca que hicieran durante la singladura.

Las salinas de la isla de Ré eran un punto obligado de visita para los barcos dedicados a la pesca del bacalao que acudían a las pesquerías del norte de Europa. Los productores de sal, conocidos como salineros de la isla de Ré mantuvieron hasta finales del siglo XV las antiguas técnicas de explotación, y es que el funcionamiento de una salina prácticamente no había cambiado desde finales de la Edad Antigua o comienzos de la Edad Media.

En la isla de Ré, una salina estaba formada por tres grandes conjuntos de cuencas: el estero, los cocederos y el escurridero. Estas cuencas fueron talladas en la arcilla natural de la zona para que el agua pasara de una a otra por efecto de la gravedad. Cada día, el salinero, que siempre estaba pendiente del mínimo cambio del tiempo atmosférico, aumentaba o disminuía el caudal del agua entre cada una de las cuencas.

En consecuencia, la formación de sal dependía completamente de las condiciones meteorológicas y de cómo se realizara la temporada de recogida que solamente podía ser durante el verano. Es decir, entre junio y septiembre. De igual modo, y con cierta exageración, los productores de sal solían argumentar que si la sal era una mercancía cara era porque los riesgos que sufría dicha actividad productiva también eran muy grandes ya que, tan solo un chaparrón podía hacer que los días de recogida se redujeran a la nada. Un poco exagerado pero, a veces, colaba.

Un día antes de lo previsto, y gracias a los vientos favorables del sur que no dejaron de soplar toda la travesía, la renovada nao "Ciburu" arribó a la isla de Ré, dejando a popa a la isla de Olerón y, a

estribor, el puerto de La Rochelle. El padre de Johan contaba que una vez cazaron en aquella isla tres ballenas de tamaño medio. En el extremo norte de la isla de Ré, debido a las diferencias de más de cuatro metros entre la pleamar y la bajamar, se quedaban muchas ballenas varadas en su costa. A este punto geográfico, los balleneros vascos le llamaban *baleetako hondartza* [25] y siempre pasaban cerca de esta isla por si hubiera alguna ballena varada por la bajamar.

La intención del maestre capitán de la nao, Johan de Ursua, era la de poner en salazón el bacalao que pescaran para poder conservarlo a lo largo de la singladura y vender después lo que sobrara en el puerto de Donibane Lohizune donde haría un buen precio. Por ello, bajo cubierta, en la bodega cargó casi 400 kilogramos de sal para conservar el bacalao que pescaran.

Para poner el bacalao en salazón, en la nao "Ciburu" se utilizaba un método que se seguía aplicando desde hacía tres siglos y con mucho éxito. Así, en toneles de 200 kg se echaba una capa de sal en el fondo del tonel o barrica que se utiliza para almacenar el pescado. A continuación, sobre esta capa de sal se echaba una capa de pescado de bacalao que ya había sido eviscerado. Es decir, había sido cortado de manera vertical para retirarle, de manera manual, las vísceras y restos no comestibles del bacalao.

Después, encima del bacalao eviscerado, se le echaba otra capa de sal y luego otra de bacalao y así sucesivamente hasta terminar el proceso echando una capa de sal que cubriera el pescado por completo y, encima, se colocaba unas lajas de piedra para que apretaran el bacalao y la sal hacia abajo y todo fuera soltando agua durante varios meses.

De esta manera, se aplicaba al bacalao una desecación mediante sal que luego se mantenía en lugares secos, llegando a poder conservarse durante algo más de un año. La pieza de bacalao curada recibía el nombre de bacalada y tenía una forma casi triangular. En el siglo XV el bacalao era un alimento barato que se utilizaba mucho en las gastronomías de diversas naciones europeas como Baskonia, Gascuña, Bretaña, Francia, Portugal, Castilla, Nápoles, Sicilia, Venecia, Aragón y Noruega.

Cuando se descubriera alguna zona costera del Nuevo Mundo que fuera buena para la pesca de bacalao, se la llevaría a cabo en botes de remos, en vez de con anzuelos, con redes. A medida que se fuera pescando, el bacalao se llevaría a la nao "Ciburu" para conservarlo en salazón. En total, se prepararían cinco o seis toneles de 250 kg y se irían consumiendo en función de las necesidades.

II

A la altura del Puerto de Nantes, un viento del SE empezó a soplar suavemente, por lo que el capitán Johan de Ursua puso rumbo NO. Nantes se encontraba en la *Latitud 47° 13' 2" N*, prácticamente la misma que Vinlandia en el Nuevo Mundo, al otro lado del Océano Atlántico. La derrota[26] más lógica a seguir sería como lo hizo las otras dos veces que viajó a las costas del Nuevo Mundo por razones diferentes.

Lo que hizo en aquellas ocasiones fue continuar navegando unas 2.000 millas náuticas hacia el oeste siguiendo el paralelo 47° N pero, esta vez, debería encontrar la formar de realizar algunasvariantes y eso es algo que aún no tenía resuelto sin conocer los vientos dominantes con los que se encontraría durante la singladura.

Solo necesitaba contar con vientos de componente oeste durante unos veinte días y unos diez días de viento del norte o *Iparra* de 0° a 22,5°, o mejor, disfrutar de viento del noreste o *Ipar-ekialdekoa* de 22,5° a 67,6°. Johan recordaba que las dos veces que arribó a Vinlandia se encontró con vientos del norte y noreste en la parte final de la singladura y esta vez no tendría que ser diferente.

Los planes de derrota eran aprovechar lo más posible los vientos de componente este, habida cuenta de que los vientos van girando según la latitud y la longitud, dependiendo de la situación atmosférica establecida en cada momento.

En el Atlántico Norte, como los marinos vascos sabían muy bien, los vientos tendían a girar siguiendo un patrón parecido al de las corrientes marinas, formando vientos de componente norte en sentido Oeste-Este, y vientos de componente sur que soplaban en sentido contrario, Este-Oeste.

En cualquier caso, para navegar por el Océano Atlántico se debían tener muy presentes estos sentidos de giro de los vientos, así como evitar trazar derrotas o rumbos que se enfrentaran a ellos, so pena de tardar mucho más en arribar al puerto de destino, además de añadir millas al recorrido y de tener que lidiar con mares que eran a veces muy peligrosos.

A su vez, en la mar, la ruta directa que ofrece la distancia más corta, casi nunca coincidirá con la travesía más corta, segura y cómoda. Por eso había que dejarse llevar por el instinto de navegante que buscaba el sentido natural de giro.

También era muy importante la elección de la estación del año que se eligiera para realizar cada singladura. De la misma forma que navegar por el golfo de Bizkaia en invierno podía llegar a ser una

singladura bastante agitada y, en ocasiones, muy peligrosa, la navegación por cada zona del Atlántico requería escoger la temporada adecuada.

Por lo que maestres capitanes de la flota vasca que iban a la caza de la ballena conocían, pero que Johan de Ursua no estaba muy seguro, para navegar desde Vinlandia hacia Europa los meses de verano debían ser los mejores. Johan pensaba que podría ser diferente y había que estar preparado para ello porque todo dependía de las latitudes por las que se navegara.

Lo mismo se decía que para navegar desde el norte de Europa hacia el golfo de Bizkaia la mejor estación del año era el verano y, este año, que habían navegado hasta Brujas, según su diario de derrota no había sido así.

III

Había transcurrido diez días desde zarparon de la isla de Ré rumbo al Nuevo Mundo y, según los cálculos que diariamente realizaban Naomi y Ochoa, la velocidad náutica de la nao "Ciburu" había subido de tres nudos y medio a unos seis nudos debido a que, durante dos días, la nao disfrutó de viento de popa. La distancia recorrida equivalía a unas 960 millas, situándose en las coordenadas geográficas: *Latitud 51° N, Longitud 6° E*.

Aproximadamente, se ubicaba a unos 13° al oeste de la isla Dursey, que se encontraba al suroeste de la isla de Irlanda. Sin embargo, la nao "Ciburu" se había desviado unos 4° de su trayectoria hacia el norte, lo que representaba situarse a unas 280 millas náuticas al norte del paralelo 47 N donde se encontraba Vinlandia.

En el undécimo día, el viento amainó y cambió a NO, lo que obligó a izar velas, poner proa al viento y la vela de mesana para estabilizar la nave. Sin embargo, al cabo de seis horas, la fuerza del viento aumentó y también la altura de las olas que empezaron a ser de un metro, lo que caracteriza a la marejada. Naomi, aunque era una mujer muy fuerte, empezaba a mostrar una mirada perdida de preocupación.

Cuando el viento arreció aún más y las olas ya superaban los dos metros de altura haciendo que la proa a veces llegara a hundirse bajo las olas, el maestre capitán de la nao, Johan de Ursua, comentó algo con su primo Ochoa y éste asintió. A continuación, ordenó al piloto que pusiera a la nave con el viento en popa, de manera que el viento continuaría por estribor, las velas del trinquete portarían poco y se aferrarían bien los stays o cabos que sujetan el palo trinquete a la proa, impidiendo que éste pudiera caer a popa.

La nao escoró a babor, pero también logró que la escora fuera permanente y que el barco empezara a navegar siguiendo un rumbo SSO durante lo que quedaba de la tarde y gran parte de la noche. Aquel día no hubo cena y todos se conformaron con bizcochos y galletas para mojarlas en vino que se servía a discreción, incluso para toda la marinería.

Naomi estaba verdaderamente aterrada y, aunque no lo decía, se había mareado dos veces y su cara estaba muy pálida. A pesar de que vomitara un poco, una vez que el barco mantuvo fija la escora, Ochoa la abrigó con una frazada y abrazándole fuertemente por el hombro, salieron juntos a cubierta por estribor para que a su esposa le pegara el viento y le hiciera reaccionar.

Después, Ochoa extrajo de un zurrón que llevaba en bandolera unos cuantos bizcochos, una taza y una bota rellena con vino tinto de Borgoña de muchos años que trajeron de Brujas y que tenía un sabor afrutado. Era un caldo de mucho cuerpo y contenía bastante alcohol. Ochoa agarró la taza y le dijo a Naomi que la sujetara para echar en ella vino de la bota y así poder comer la dura galleta o bizcocho untada de vino.

El matrimonio se sentó sobre unas cajas clavadas al suelo y empezó comer los bizcochos untándolos en la taza de vino. A la cuarta galleta, Naomi ya se sentía muy animada, su cara había recuperado su color y empezó a bostezar de sueño. Subieron al camarote y decidieron acostarse y dormir. Con la nave escorada a babor, el peso del cuerpo de Naomi caía sobre Ochoa, él la retenía muy complacido contra su pecho.

Cuatro horas después tocaron suavemente en la puerta del camarote. Era su primo, el maestre capitán de la nao, que le despertaba para cambiar la guardia. Con mucho cuidado para no despertar a Naomi, Ochoa, se levantó lentamente del catre doble de colchón de lana fina que compartían. El barco ya no estaba tan escorado y parecía que la tempestad había amainado algo. Cerró con cuidado la puerta y se dirigió donde su primo.

Había variado el viento a sureste y ambos primos decidieron poner rumbo SSE para compensar el desvío hacia el norte que habían sufrido. Johan se fue a la cama a dormir pues estaba extenuado y se le notaba. El piloto también fue sustituido por un joven marinero que, a ratos, hacía dicha función. Tenía solo dieciséis años, pero era muy bueno, ya que aprendía deprisa. Ochoa estaba ahora al mando de la nao, miró hacia el cielo oscuro y pudo ver solo una estrella. No pudo saber cuál era; sin embargo, comprendió que al amanecer se habría calmado la tempestad.

IV

La abuela de la esposa de Tauak-kak había sido la mujer de un jefe muy venerado de la tribu Lenape cuya aldea se ubicaba en la isla de Mannahattan[27]. Tauak-kak nació en otra tribu Lenape situada muchas millas al sur y, después de su matrimonio, entró a pertenecer de facto al clan de la madre de su esposa. Tauak-kak fue guerrero y cazador durante dos años, pero el jefe de la tribu de Mannahattan vio cualidades en él para participar en la asamblea bicameral y al poco rato llegó a ser elegido para participar en el gran consejo de la confederación algonquina.

Mannahattan era una isla muy próxima a la ribera izquierda de un río ancho y caudaloso que ellos denominaban *Shatemuk*[28] y que literalmente significaba: "el río que fluye en ambos sentidos", porque el río cambiaba su flujo de norte a sur siguiendo las mareas del Atlántico.

De cualquier modo, los Lenape de Mannahattan pertenecían a una nación india más amplia, asentada en la región nordeste del Nuevo Mundo y hablaban todos ellos un dialecto del idioma algonquino, como los nativos de la tribu Mikmak que Ochoa de Andraka conoció en Vinlandia.

La palabra Lenape significa "pueblo" o "gente" pero, a veces, se llamaban a sí mismos Lenape Lenni, que entonces significa "la gente de verdad" en idioma algonquino. En su propio idioma, la confederación de tribus algonquinas llamaba a su nación Etxeizibi, que significa: "el territorio que se aproxima al océano".

La tribu de los Lenape eran cultivadores de ostras y grandes pescadores, pero también eran agricultores y cultivaban más de doce variedades de maíz o *Txaskem*, como se decía en lengua algonquina. Junto con el maíz amarillo, también se familiarizaron con el cultivo del maíz negro, rojo, azul, blanco y multicolor que preparaban de muchas maneras diferentes, incluso inventaron las palomitas de maíz. También eran grandes cazadores y dominaban el tiro con arco y el hacha o *tomahawk* como nadie.

En el río Hackensack, cercano a la isla de Mannahattan, unos cien hombres se juntaban dando palmas para conducir a los animales al río, donde allí atrapados los podían matar fácilmente. Otros métodos de caza incluían lazar y ahogar con la soga a los ciervos, así como formar un círculo o quemar la maleza para atrapar y matar a la presa.

En mayo plantaban frijol cerca de las plantas de maíz, que servía como apoyo para las enredaderas. En verano se dedicaban al trabajo en el campo y los cultivos se recolectaban en agosto. La mayoría del

trabajo en el campo lo realizaban las mujeres, el trabajo agrícola de los hombres se limitaba a despejar y romper el suelo. Sobre todo la caza, pero también la pesca, eran las actividades principales de los hombres Lenape durante el resto del año.

Entre los pueblos algonquinos, los Lenape eran considerados como los "antepasados" de todos los demás pueblos de origen algonquino. En consecuencia, entre los consejos tribales, a los Lenape siempre se les concedía un lugar de respeto.

La sociedad de los Lenape se organizaba en clanes que venían determinados por la línea matriarcal de descendencia. Es decir, los hijos heredaban la pertenencia al clan de su madre. Cuando llegaban a la edad adulta, un individuo perteneciente a la tribu de los Lenape tradicionalmente se casaba fuera del clan, una práctica conocida como "exogamia". De esta manera, prevenían la práctica de la endogamia eficazmente, incluso entre personas cuyo parentesco era oscuro o desconocido.

Tauak-kak se había casado hacía tres años con la joven Metjes, pero él era procedente de un poblado Lenape situado mucho más al sur del río Shatemuk. Al casarse con Metjes, y siguiendo la línea matriarcal, Tauak-kak quedaba dentro del clan de la madre de su esposa. Ellos tenían un hijo de casi dos años al que llamaron Barrenak en honor del abuelo materno.

La pareja esperaba el segundo hijo para octubre de 1488. En el poblado de Mannahattan la paz reinaba desde hacía 40 años, cuando el abuelo de Tauak-kak, siendo jefe de los algonquinos, acordó la paz con sus tradicionales enemigos, los iroqueses. Sin embargo, había noticias de que los tambores de guerra pronto se escucharían hacia el norte de la nación Etxeizibi de los algonquinos.

V

Un viento suave había empezado a soplar en dirección oeste. Aquello era mejor que nada de viento, como habían estado durante los últimos dos días. Se encontraban en una posición terrestre cuyas coordenadas geográficas eran: *Latitud 42,4° N, Longitud 4,7° O*. Aquella fue la primera medición que Naomi había hecho completamente sola y sin contar para nada con la ayuda de su esposo. Ochoa verificó luego el cálculo y resultó perfecto.

Entre tres marineros habían pescado cuatro bonitos o albacoras y en la cocina se estaban ocupando de ellos. También se estaban preparando dos marmitas grandes de atún bonito aderezadas con aceite de oliva, sal, agua, garbanzos, puerros, zanahorias, ajos y

cebollas.

Si bien los restos de pescado y verdura se echaron por la borda, no se pudo evitar que el olor de aquel *marmitako*, que más tarde se comería durante la cena, estuviera influyendo en que los jugos gástricos le funcionaran más de lo debido a todo aquel que se acercara a donde estaban los fogones de la cocina.

–Hoy es el día en que podemos decir que nos hemos quedado sin vegetales –comentó el cocinero al matrimonio Andraka-Besalú, que había pasado por cocina en busca de unos bizcochos.

–¿Eso quiere decir que desde ahora tenemos unos 25-30 días para encontrar tierra firme y aprovisionarnos de agua y vegetales y, así, evitar el escorbuto? –preguntó Naomi para confirmar lo que ella ya se temía.

–Creo que la situación no es tan preocupante –le respondió su marido sonriente–, porque llevamos sidra. A partir de ahora todos comenzaremos a beber tres vasos de sidra todos los días, repartidos entre las tres comidas. Además, actualmente estamos a unas 2.000 millas náuticas del punto de destino, que es la distancia entre la posición actual, *Latitud 42,4° N, Longitud 4,7° O*,y el punto geográfico de destino, *Latitud 41,2° N Longitud 49° O*. Eso significa que, si conseguimos navegar a cuatro nudos de velocidad de crucero como media, tardaríamos tan solo tres semanas en arribar al destino.

Naomi y el cocinero, ante la docta opinión de un experto, se sintieron algo más tranquilos. Sin embargo, ya paseando por cubierta, Naomi, que, aunque se estaba dejando crecer el pelo seguía vistiendo de hombre, lo que le hacía parecerse cada vez más a un paje, preguntó en voz baja a su marido, para que nadie se enterase:

–Pero, ¿qué pasaría si no encontráramos vientos favorables durante mucho tiempo?

La mirada de Ochoa se volvió un tanto enigmática, respondiendo con otra pregunta y sin precisar más:

–¿Y por qué crees, *maitetxo*, que me ocupo todo el rato de medir la velocidad y dirección de las nubes en el horizonte sino para evitar que eso nos ocurra?

–No lo sé, esposo mío, pero si me lo explicas, lo sabré –contestó Naomi con cierta suficiencia no disimulada.

–Por lo que veo, ahora, además de la cartografía, te interesa también la meteorología –exclamó bromeando su marido mientras también miraba al cielo. De pronto, sus ceños se fruncieron y una mirada de preocupación transformó su cara. Ochoa había observado que se acercaba un frente de aire caliente por el sureste. Levantó la mano y le señaló a Naomi una masa compacta de nubarrones oscuros

que se acercaba por la aleta de babor–. ¡Corre a nuestro camarote, asegura la ventana y coloca la tranca de la puerta y, por favor, no salgas del camarote, *maitetxo*! En cuanto pueda me reuniré contigo. Se trata de evitar que los bordes de una posible borrasca nos alcancen. Aún estamos a tiempo y seguro que la evitaremos.

El maestre capitán Ursua esperaba a su primo. Él también había evaluado la dirección e intensidad posible de la borrasca y creía que la mejor solución era poner rumbo Oeste para enfilar más hacia el NO, a medida que la borrasca se debilitaba. Ochoa estaba de acuerdo con esa decisión y lo mismo pensaba el piloto. Quedaron en que, esta vez, el primer turno de ocho horas hasta medianoche lo realizaría Ochoa y el aprendiz de piloto.

Al cabo de unas horas, llegó un mensaje de Naomi por medio de un marinero en el que le decía a su esposo que le amaba, que rezara la oración del "Shema" y que confiaba en su pericia. Poco antes del anochecer, el viento comenzó a arreciar por la aleta de babor. En un momento dado, la nao escoró bruscamente a estribor, pero el maestre de naos, cocas y carabelas, Ochoa de Andraka, maniobró con el timón y las vergas hasta encontrar la escora permanente por la que el barco logró encontrar su condición de equilibrio.

Dos horas y media más tarde, el viento amainó y cambió a dirección Norte, momento que aprovechó Andraka para virar a rumbo NO, un rumbo que, de seguir así durante días, les acercaría a Vinlandia. Pero Ochoa estaba convencido que pronto entrarían vientos del Nordeste. Después de medianoche, el control de la nao quedó en manos del maestre capitán Johan de Ursua.

Antes de ir a su camarote, quiso comprobar un ruido que había oído a la tarde y miró hacia el palo de mesana. La noche estaba tan oscura que no se veía nada. Sin embargo, sí notó el ruido característico de una vela cuando empieza a rajarse. Regresó donde su primo y éste, al enterarse, mandó plegar la vela latina para evitar que se rasgara del todo e hizo desplegar más las otras velas cuadras, a fin de aprovechar más el viento.

Cuando Ochoa llegó a la puerta de su camarote, temió que estuviera la tranca echada pero no lo estaba. Entró, echó la tranca y, despacio, sin meter nada de ruido, se desnudó para meterse en la cama. Una vez dentro, rezó por su esposa, la familia y los amigos. Cuando Ochoa acabó y se dispuso a dormir, un cuerpo desnudo reptó hacia él y le besó intensa y ardientemente como preludio de que aquella noche también ardería la hoguera del amor entre los esposos.

Capítulo 13°
En la isla de Mannahattan

I

La descripción y el dibujo de aquella bahía que hiciera el escribano de las expediciones de Bristol coincidía mucho con la bahía que, desde la nao "Ciburu", el maestre capitán Ursua y su tripulación estaban observando con los ojos bien abiertos. Habían llegado a otro continente y éste se veía muy hermoso. Por fin, tras más de cuarenta días de navegación, el 3 de octubre de 1488 iban a poner tierra en aquel puerto natural que tanto les había impresionado.

Se trataba del estuario de un río, uno de los más bellos que la mayoría hubiera visto. A Ochoa le recordaba al estuario de Lisboa, si bien en aquel estuario del Nuevo Mundo donde llegaron los bristolianos, abundaban los bosques y la costa era plana pues no había montañas reseñables. Necesitaban descender a tierra en búsqueda de agua y algunos vegetales y víveres.

–He pensado enviar dos *txalupas* a tierra para explorar y conocer nuestras fuentes de aprovisionamiento y creo que sería bueno que en uno de ellos fueras tú y en el otro el cocinero para elegir hierbas o alimentos que podamos encontrar –le decía Johan a su primo Ochoa, recordándole también que él precisamente era el que actuaba de intérprete en Vinlandia cuando comercializaban o intercambiaban objetos y bienes con los nativos a cambio de alimentos.

–No hay ningún problema –respondió Ochoa sin siquiera

pestañear, para añadir a continuación–, pero acuérdate, Johan, que también podría pasarnos lo mismo que nos sucedió en Vinlandia. Primero tropezamos con indios nativos de la tribu de los Mikmak y con ellos no solo no hubo ningún problema, sino todo lo contrario. Es más, nos llevamos muy bien y hasta terminamos siendo como hermanos. ¿Te acuerdas cómo nos llamaban *anai*[29]? Pero con la tribu de los inuit las cosas cambiaron y mucho. Con ellos fue todo muy diferente. No eran indios pacíficos. Te recuerdo, Johan, que con ellos tuvimos serios problemas y hasta sufrimos la pérdida de dos hombres que murieron en una emboscada que nos tendieron –explicó Ochoa mirando también a su mujer.

–¿Cómo piensas que deberíamos actuar, entonces? –consultó Johan a su primo porque sabía que en esos temas él estaba más experimentado.

–Creo que deberíamos ir bien armados por si acaso. Propongo que nos acompañen hombres con experiencia en la lucha, que manejen bien la espada, el puñal y la ballesta y que alguno de ellos sepa disparar con arcabuz.

Mientras la cara de Johan era de completo asentimiento, la cara de Naomi era cada vez más angustiosa. Ella, obviamente, temía por la vida de su esposo pero, también sabía que, en esos momentos, había que hacer de tripas corazón y no llenar al marido con más preocupaciones que las que ya de por sí tenía. Así es que Naomi decidió tragarse sus miedos y animar al marido ofreciendo la mejor de sus sonrisas a su campeón.

–También sería conveniente que todos lleváramos coraza y casco y que tres de nuestros guerreros portaran una pica. –Ochoa primero miró a su bella esposa que no decía nada pero que, como señal de ánimo, le apretó fuerte su mano y luego miró a su primo que hacía un gesto con la mano que era de aprobación.

–En media hora estarán los botes de remos en el agua para que os lleven a ti y a todo el grupo a esa isla o a ese brazo de tierra que tenemos enfrente –concluyó Johan mientras los acompañaba a la puerta a sus primos, antes de llamar a su ayudante para que trasmitiera sus órdenes a las personas indicadas.

Cuando caminaban por la cubierta, al otro lado de la baranda de estribor, Naomi creyó ver en la orilla del bosque de aquella isla a una mujer que parecía embarazada y que caminaba con un hombre que portaba un niño sobre sus hombros. Debieron sufrir un susto de muerte cuando se toparon con la imagen de la nao fondeada a unos trescientos metros de donde ellos se encontraban.

Efectivamente, era una mujer embarazada que caminaba ya

torpemente y el hombre que la acompañaba debía ser su esposo y el niño, el hijo de ambos. Una imagen que nada tenía que ver con la de unos nativos agresivos, pues lejos de huir, se quedaron contemplando el gran barco con la boca abierta. Instintivamente, Naomi levantó un brazo e hizo un saludo con la mano que fue devuelto por la pareja de nativos.

Ochoa los vio también y su apreciación coincidió con lo que su esposa comentó al respecto. Aquellos nativos no eran salvajes y más bien parecían muy civilizados y amables. Esa impresión le hizo pensar a Ochoa que el plan de desembarco y de reconocimiento de la isla, tal como lo tenían trazado, no valía para nada. Sería como intentar matar moscas a cañonazos. Recordó entonces una frase que le había repetido muchas veces su madre:"*Se cazan más moscas con miel que con hiel*". Y con esta convicción, volvió a entrar en el camarote del capitán.

–¿Qué es lo que pasa, Ochoa? –preguntó el capitán intrigado por la presencia de su primo allí, cuando, precisamente, debiera estar preparándose para iniciar pronto el desembarco según el plan acordado.

–Aborta el plan. Ya nos hemos comunicado con una pareja de nativos con un niño pequeño que paseaban por la orilla de la isla y les hemos saludado. Creo que nos están esperando, pues siguen en la orilla, así que me voy a tierra en una *txalupa* solo con Naomi y el cocinero.

–¿Llevarás armas por si acaso? –preguntó Johan, que todavía no estaba al cien por cien con su primo y temía por sus vidas.

–Portaré la espada, mi *labana* y la capa que, como sabes, cuando la tengo enrollada la utilizo de escudo y que también lanzo como si fuera una red para inmovilizar al contrario en el duelo, pero nada más. Ordena también que preparen una cesta de regalos para hombres, mujeres y niños, como ya sabes –saludó a su primo y salió a buscar a su esposa que le esperaba vestida de mujer y eligiendo de sus cosas un peine, una pastilla de jabón de olor a rosas y un espejo para regalar a la mujer india. Ochoa estaba cada vez más convencido de que nunca, a lo largo de su vida, su mujer dejaría de sorprenderle. Si él pensaba, ella pensaba tres veces más. Lo mismo que decía su padre de su madre.

II

En el poblado de la tribu de los Lenape de la isla de Mannahattan, aquel día se había convertido en un verdadero día de fiesta porque la novedad lo merecía. Tauak-kak, su esposa Metjes y su pequeño hijo

Barrenak, que iba cargado encima de los hombros de su padre, entraban riendo en el poblado acompañados de dos hombres y una mujer. La novedad se debía a que no eran de la tribu, ni de ninguna otra de la confederación, eran diferentes.

Eran unos seres nunca vistos hasta entonces, de tez blanca y vestidos con ropas extrañas. Cuando entraron, es cierto que todos los ojos se dirigieron a ellos, pero nadie hizo amago de sentir miedo y mucho menos de buscar un arma para defenderse. Para Ochoa, aquellos indios eran como los Mikmak. Eran nativos que sabían ser muy pacíficos y acogedores si eran tratados con respeto y cortesía.

Por eso, aunque al principio parecieron tímidos, cuando vieron la familiaridad con la que Tauak-kak se comunicaba con el extranjero más alto diciendo palabras en su idioma y haciendo gestos para indicar el significado que el otro repetía y que la mujer blanca hacía lo mismo con la esposa de Tauak-kak, el instinto les decía que aquellos seres eran como hermanos.

Ochoa estaba muy feliz y así se lo dijo a su esposa y al cocinero. Aquella tribu hablaba un idioma muy parecido al de los Mikmak, por lo que debía ser un dialecto algonquino. Cuando les preguntó si los Lenape pertenecían a la confederación de tribus algonquinas y escucharon el nombre de su nación, Etxeizibi, fue cuando mandaron llamar al jefe de la tribu, que se encontraba cazando para que los conociera. Además, ya había otros nativos de los Lenape que también habían visto la nao y la noticia se extendió como la pólvora por la región del río Shatemuk.

Mientras tanto, el cocinero se había hecho muy amigo con las mujeres de la cocina de la tribu, que lo aceptaron porque consideraron que era una mujer con cuerpo de hombre. El cocinero iba a lo suyo y se enteró de que las mujeres Lenape cultivaban la mayor parte del tiempo para cosechar maíz, calabazas y frijoles.

Complementariamente, los hombres Lenape cazaban ciervos, alces, pavos y caza menor, pescaban en ríos y ensenadas y recogían moluscos. Por ello, los alimentos Lenape incluían diversas sopas, tortillas de maíz, frijoles, albóndigas y una especie de ensaladas muy sabrosas que el cocinero pensó incluir en el menú de la nao para la tripulación. Al final, hizo una buena compra. Intercambió objetos como espejos, cucharas, cuchillos y cazos por sacos de maíz, frijoles, calabazas, albóndigas de carne y ensaladas.

En otro orden de cosas, se podía decir que el pueblo Lenape tenía una forma de pensar completamente diferente a la de los europeos. Los Lenape no eran comerciantes materialistas y ciertamente no eran una nación cuya economía se moviera por el afán de lucro. Por el

contrario, eran agricultores sostenibles. Su forma de vida giraba en torno a la agricultura fundamentalmente, aunque también a la caza y a la pesca, y la reubicación de sus poblados podría variar a lo largo del año en función de ello.

Durante el siglo XV, los Lenape practicaban la agricultura intensiva, siendo su cultivo principal el maíz. También practicaban la caza y la pesca. Eran principalmente sedentarios, pero se movían en diferentes campamentos fijos establecidos para cada temporada. Desarrollaron sofisticadas técnicas de caza y gestión de los recursos naturales.

En mayo, plantaban frijol o alubia. En verano se dedicaban al trabajo en el campo y los cultivos se recolectaban en agosto. La mayoría del trabajo en el campo lo realizaban las mujeres, el trabajo agrícola de los hombres se limitaba a despejar y romper el suelo. La caza era la actividad principal durante el resto del año.

Lo que era más importante, era que los Lenape no entendían el concepto de “propiedad de la tierra”. Aquello sí que era extraño y novedoso para ellos, ya que la tierra no se entendía como “propiedad privada” sino como “propiedad comunal”, algo que para un vasco era muy normal porque en Baskonia la mayoría de las tierras eran comunales. Así pues, en el Nuevo Mundo, la propiedad de la tierra era colectiva. La tierra se asignaba a un clan en particular para la caza, la pesca y la agricultura.

Así pues, la propiedad privada individual de la tierra era algo desconocido. En las tierras que administraba la confederación algonquina, la tierra pertenecía al clan de manera colectiva mientras que la habitaran. Por el contrario, la propiedad privada versus propiedad comunal era una guerra interna de muchas naciones europeas donde había habido abundantes tierras comunales que poco a poco habían pasado a ser de propiedad privada al convertirse en un feudo.

En el Nuevo Mundo, los clanes vivían en asentamientos fijos, utilizando las zonas circundantes para la caza comunal y la siembra hasta que se agotaba la tierra. Cuando ello ocurría, el clan se trasladaba entonces a vivir en un nuevo asentamiento de sus territorios. El antepasado considerado como más cercano de un hombre varón era generalmente su tío materno (su madre, hermano), y no su padre, ya que su padre pertenecía a un clan diferente. Este concepto era a menudo incomprensible para los europeos.

Gracias a la amistad que se inició entre Naomi y Metjes, la esposa de Tauak-kak, la esposa de Ochoa pudo conocer que los niños de los Lenape tenían muñecas y juguetes como arcos y flechas en miniatura.

Había juegos para los adolescentes y adultos y las madres Lenape tradicionalmente llevaban a sus bebés en cunas que colgaban de sus espaldas. A Naomi le regalaron unos mocasines que eran una especie de zapatos de cuero muy cómodos.

También aprendió que, en función de si el género fuera masculino o femenino, había una clara división del trabajo. Así, para ser jefe de la tribu había que ser hombre, lo que le confundió a Naomi que pensaba que matriarcal era lo mismo que matriarcado. ¿Cómo variaba el trabajo según el género? Los hombres Lenape eran cazadores y, a veces, combatientes que iban a la guerra para proteger a sus familias. Por el contrario, las mujeres Lenape eran granjeras y también se ocupaban de la mayor parte del cuidado infantil y de las tareas de la cocina.

Los indios Lenape no vivían en tiendas como otras tribus. Vivían en poblados de casas redondas. Algunos indios Lenape preferían las casas alargadas y rectangulares de estilo iroqués porque, de ese modo, más miembros de la familia podrían vivir en una casa alargada. En general, cada aldea Lenape incluía una casa grande para las reuniones del consejo de la tribu que era de forma rectangular y una cabaña que hacía de sauna. De igual modo, algunos poblados tenían empalizadas que eran estructuras hechas de muros de troncos que rodeaban el poblado para garantizar su protección.

La vestimenta también era diferente según el género. Así, las mujeres Lenape llevaban faldas hasta la rodilla. En cambio, los hombres Lenape llevaban calzones y calzas. Las camisas no eran necesarias en la cultura Lenape, pero los Lenape usaban mantos de piel de venado cuando el clima era frío. Ambos géneros vestían aretes y mocasines de piel de venado en sus pies.

Los Lenape pintaban sus rostros y utilizaban diferentes colores y diseños según diferentes ocasiones, y los hombres Lenape a menudo llevaban tatuajes con diseños de animales. Las mujeres llevaban el pelo de largas trenzas. Los hombres, especialmente los guerreros, a menudo usaban un peinado estilo “Mohawk” como los gallos. Es decir, se afeitaban la cabeza por completo dejando una franja de cabello central notablemente más largo que hacía de cresta. Era también frecuente que los hombres vistieran plumas de aves en la cabeza. En especial los guerreros y los jefes.

Para navegar, las tribus Lenape utilizaban canoas hechas de corteza de árbol y también canoas de cuero para viajar por los ríos y la costa del este del Nuevo Mundo. Las mejores canoas eran las de los inuits que Ochoa conoció en Vinlandia. Estas canoas estaban hechas con piel de morsa que estiraban y untaban con aceite de ballena para

hacerlas impermeables. Una técnica que también las tribus algonquinas del río Shetumak conocían. Precisamente, una de estas canoas sería la que Tauak-kak regalaría más tarde a Ochoa.

Para el transporte por tierra, los Lenape usaban perros como animales de carga ya que no había ni burros ni caballos en el Nuevo Mundo. Los algonquinos fueron los grandes inventores de los mocasines, que tan cómodos resultaban para caminar, y del *tomahawk*, un hacha de piedra o de hueso que era muy eficaz como arma arrojadiza y para la lucha cuerpo a cuerpo. En invierno, utilizaban trineos tirados por los perros, así como abrigos, botas de piel y raquetas de nieve para ayudarlos a viajar.

Los cazadores usaban arcos y flechas. Los guerreros empuñaban pesados palos de guerra de madera y también portaban escudos de cuero de alce y madera para proteger el cuerpo. Todos los guerreros elegían su roca sagrada y la llevaban a las aguas de la costa o del estuario para echarla allí, así como también lo hicieron sus antepasados durante generaciones.

A eso de media tarde, el maestre capitán Johan de Ursua se presentó solo en el poblado Lenape para saludar al jefe de la tribu de Mannahattan. Ochoa le había mandado llamar por medio del cocinero cuando éste regresó al barco cargado con los alimentos que había comprado. Sin esperar a que surgiera dilación alguna, el maestre capitán dio al contramaestre instrucciones para que, si no regresaban para las ocho de la tarde, enviara a un pelotón de hombres armados al poblado, en su busca, y se puso a remar la *txalupa* hasta la orilla de aquella isla.

A la siete y media de la tarde, caminaron hasta la orilla donde se encontraba la *txalupa*. Durante todo el camino, los acompañó Tauak-kak y era impresionante oírlos a él y a Ochoa hablar todo el tiempo. Al día siguiente, la nao “Ciburu” debía subir río arriba para aprovisionarse de agua fresca y seguir hacia el sur caboteando la costa del Nuevo Mundo.

Tauak-kak los acompañaría hasta el afluente de agua limpia y fresca situada aguas arriba de la isla de Mannahattan y después le dejarían en el mismo sitio. De paso, Naomi había preparado un mapa para dibujar y completar detalles sobre la copia del mapa de los bristolanos o bristolenses. Tauak-kak había dicho que la línea de costa estaba llena de islas y Naomi y Ochoa querían precisar todo lo que se pudiera en un mapa.

III

El día amaneció lloviendo y soplaba viento SE, lo que facilitaba ascender con el viento el río Shatemuk hasta el afluente de agua fresca y regresar con la bajada de la marea y el aumento del caudal debido a la lluvia. Sin embargo, para continuar con su singladura tendrían que esperar a que soplaran vientos de componente NNO. Según Tauak-kak les había informado, los vientos NO venían con el otoño, la caída de las hojas y de las temperaturas.

Unas dos horas después de aquel amanecer lluvioso, Tauak-kak y su cuñado (marido de una hermana de su esposa) se presentaron en la nao en una canoa de madera de unos 4,5 metros de largo fabricada a partir del vaciado de un tronco. Iban a cuclillas en el medio de canoa mientras dos remeros manejaban la embarcación india. Ambos subieron por las escalas de babor del barco despidiéndose de los que les trajeron con la canoa y saltaron a cubierta donde les esperaban el maestre capitán, Johan de Ursua, y su primo, Ochoa de Andraka.

–*Kaixo, anaiak*! [30] –saludó Tauak-kak a los dos primos estrechando las manos de ambos para que más tarde repitiera lo mismo su cuñado, vestido de guerrero.

—*¡Kiukiu, Nemetat!* [31] –respondió Ochoa a cada saludo de los hombres Lenape, diciendo lo mismo en algonquino o algonquinés.

Johan ya no se asombraba de la facilidad e interés que tenía su primo Ochoa para aprender nuevos idiomas. Durante el tiempo que estuvieron con el jefe de la tribu de los Lenape de la isla Mannahattan, él también tuvo tiempo y oportunidad para aprender bastantes palabras del dialecto algonquinés de los Lenni Lenape. Le había visto a Ochoa escribir todo el rato palabras del algonquinés con su traducción en euskera o idioma vasco que hasta le preguntó por qué no editaba un diccionario vasco-algonquino.

La respuesta de su primo Ochoa fue mucho más ingeniosa, pues le contestó que mejor que eso sería inventar un nuevo idioma que sirviera como lengua de comunicación entre vascos y algonquinos que utilizara palabras de uno y otro idioma.

El lenguaje “pidgin” es un medio de comunicación interlingüística gramaticalmente simplificado que se desarrollaba entre dos o más naciones que no tienen un idioma en común. Por lo general, el vocabulario y gramática de los pidgin era limitado y, a menudo, provenía de varios idiomas. En este caso sería solo del idioma vasco y algonquino o algonquinés y, de este modo, los tripulantes de los balleneros vascos que fueran a cazar la ballena franca a Vinlandia se podrían entender y comunicar con los indios de la tribu Mikmak. El hecho de que también los Lenape hablaran algonquino le convenció ya del todo. No había duda de que un pidgin algonquino-vasco sería muy

útil en el futuro.

IV

La nao “Ciburu” tenía que renovar otras tres barricas más de agua dulce. En total, sería una tonelada de agua dulce, es decir, cinco toneles de 200 litros llenos de agua dulce. El río que se utilizaría como fuente de suministro sería un afluente del río Shatemuk que era famoso en aquella zona por la calidad de sus aguas. Este río atravesaba las tierras de la tribu algonquina de los Pikuot, cuyo territorio se situaba a unas 32 millas náuticas al norte de la isla de Mannahattan.

Aprovechando el viento del sureste y la ausencia de montañas cercanas, recorrieron la distancia fluvial en seis horas y, tras virar la nao para fondearla en la margen izquierda del río Shatemuk, a pocos metros de la orilla, junto a la desembocadura del afluente que provenía del territorio de los Pikuot, el capitán Ursua había hecho vaciar los cinco toneles de agua y después, una vez limpios, los había colocado de nuevo en la bodega.

Para obtener una caída suficiente del agua, quince marineros del barco habían cavado en la tierra para desviar el agua del afluente hacia una acequia de unos 50 metros de longitud. Al final de la acequia, y a unos seis metros de altura sobre el río Shatemuk, se dejaba caer el agua sobre una tubería articulada de bambú que el padre de Johan, el armador Ander de Ursua, había conseguido importar de Portugal. Este sistema se utilizaba en India, China y Japón para desarrollar las redes de transporte y distribución de agua. Al final, el sistema llevaba el agua hasta las barricas y las llenaba.

Mientras se realizaban estas operaciones de llenado de las cinco barricas con agua dulce, un grupo de cuatro personas formado por los dos hombres Lenape y el matrimonio Andraka, se introducía en el territorio de los Pikuot con el fin caminar hacia las montañas situadas al este. Habría que ascenderlas y descenderlas para desde allí alcanzar la costa situada junto al Océano Atlántico.

El matrimonio de cartógrafos, Ochoa y su esposa Naomi, necesitaban calcular las coordenadas geográficas de un punto de la costa, situado al interior de una isla de casi 100 millas náuticas de longitud antes de fondear en el estuario del río Shatemuk, donde se encontraba la isla de Mannahattan. Por seguridad y discreción, Naomi iba vestida de hombre al igual que acostumbraba a hacerlo en la nao “Ciburu”.

El recorrido que estaban emprendiendo duraría unos cinco días y

concluiría en la isla de Mannahattan. Según les había comunicado Tauak-kak, la primera jornada sería la más dura. Pasarían la noche en el poblado de los insketamboj que curiosamente significaba "*pueblo original*". Los insketamboj se disputaban este hermoso y verde territorio situado junto al mar con los de la tribu Pikuot, a pesar de ser ambas tribus de la confederación algonquina.

El poblado se había erigido en uno de los costados de una bahía natural. Ochoa no tenía dudas de que, en el futuro, sería un puerto de refugio más seguro que el del estuario del río Shatemuk, en algunos puntos demasiado influido por la fuerza de las mareas. En general, se puede decir que los insketamboj se dedicaban sobre todo a las actividades de la pesca y de la recolección de frutos de mar. En cuestión de gobernanza, se regían por un sistema de gobierno muy parecido al de los Lenape.

Dos horas antes de que anocheciera, los cuatro caminantes entraban en el recinto del poblado. Era un poblado muy grande rodeado de una doble empalizada. El edificio del Consejo Comunal se situaba en el centro del poblado de los insketamboj y hacia allí se dirigieron para notificar su presencia y reservar cena y cama. Solo habló Tauak-kak y su cuñado, el guerrero, se puso detrás de la pareja como para protegerla. Los dos nativos se identificaron como hombres Lenape, que era algo así como una especie de nivel más alto en la escala que medía la casta y el linaje de los algonquinos, y Naomi y Ochoa se identificaron como invitados de la tribu Lenape, sin más.

Después de inscribirse como si fueran dos hombres extranjeros invitados por los Lenape, Tauak-kak los acompañó hasta una pequeña casa que sería donde dormirían Ochoa y Naomi aquella noche. Antes de entrar, el hombre Lenape le hizo un gesto de atención a Ochoa y señaló hacia una casa circular que tenía una especie de chimenea pegada a la pared por donde salía humo y le dio instrucciones para que se desnudaran del todo y se cubriera cada uno con una de las mantas de su cama y que él les esperaría fuera de la casa para acompañarlos.

Una vez en el interior de la pequeña casa circular, la primera reacción de Naomi, cuando Ochoa le dijo que debían ir juntos a la sauna y que Tauak-kak les esperaba afuera para acompañarlos, fue la de rechazar esa invitación, al menos en lo que a ella se refería. Su marido, que conocía bien tanto las termas de los vascos como las saunas de los feroeses, le dijo que no se preocupara y que nadie la vería desnuda ya que no había por qué quitarse la manta, y que era algo que él quería que Naomi experimentara.

No tuvo Ochoa que insistir más porque, si algo tiene aprendido un

matrimonio judío, es que cada uno debe confiar ciegamente en su pareja. A lo largo del camino, el cuñado de Tauak-kak siempre iba por delante, vigilando para que nada que no fuera normal ocurriera. A continuación, caminaba Naomi vestida de hombre y con una ligera manta encima, pues hacía fresco.

Le seguían por detrás, el hombre indio del Nuevo Mundo y el hombre vasco o indio del Viejo Mundo que iban todo el rato hablando o, si se prefiere, haciendo grandes esfuerzos para entenderse mutuamente según caminaban juntos. Andraka se encontraba feliz aprendiendo algonquino y no era nada de extrañar porque, desde que viajó por primera vez a Vinlandia, Ochoa había identificado a los vascos como si fueran los indios nativos de Europa.

Como ya les había advertido Tauak-kak antes de entrar, en el interior de la sauna no había nadie y estarían todo el tiempo solos. Dada su condición de invitados por los Lenape, se trataría de una falta grave si alguien de la tribu no respetara su privacidad y entrara mientras ellos estaban dentro. Colgando del dintel de la puerta, habían colocado un *Wampum* o *Sewan*, que era como una especie de cordel o cinturón de abalorios, donde se decía que la entrada estaba prohibida a todo el mundo.

Cuando penetraron en aquella cabaña sauna –conocida como “la casa donde se suda”,tal como literalmente se traduce del algonquino–, en su interior no se veía nada. La luz era muy tenue y, por si acaso, Naomi se aferraba con una mano a la de su marido mientras que, con la otra, agarraba fuertemente la manta para que esta no se cayera. Pasaron varios minutos hasta que los ojos se acostumbraron a la oscuridad y pudieron ver que estaban dentro de una habitación cerrada y redonda, rodeados de una atmósfera de vapor que se escapaba por unas rendijas en el techo, que eran también las rendijas por donde entraba la luz.

Una vez que se acomodaron en las banquetas próximas a la pared y se sentaron en ellas, Naomi sintió que, a través de sus poros, ella había empezado a sudar y que su esposo hacía lo mismo. La mujer, que era la primera vez que tomaba una sauna, miraba impresionada cómo surgía el vapor desde el suelo del centro de la estancia circular a través de unas piedras que parecían muy calientes.

Gracias al proceso de sudoración, aquel calor se hacía soportable y, para activar más la transpiración, Ochoa se quitó la manta y mostró su cuerpo húmedo empapado en sudor. Con cierto pudor, Naomi hizo lo mismo y se sintió desnuda y húmeda junto a su marido. Dos labios se besaron y se juntaron en un abrazo sabiendo los dos que así sería el resto de su vida. Después se metieron en una pequeña piscina de agua

tibia y salieron al rato y, sin secarse siquiera, se pusieron la manta cada uno hasta la cabeza y salieron al exterior de la cabaña sauna. En el exterior sintieron que hacía mucho frío o *catu*, como decían los de la tribu Mikmak de Vinlandia, y corrieron a la casa circular donde dormirían después.

Ochoa le contó a su esposa que una cabaña sauna forma parte de la cultura de los nativos del Nuevo Mundo y hace referencia a un ritual ancestral y a un baño de vapor empleado en la medicina tradicional y la vida diaria de los pueblos. Estos baños eran usados por los algonquinos con propósitos medicinales de desintoxicación, utilizando el vapor que emanaba de las infusiones de hierbas en agua hirviendo y sus efectos sobre la piel y las vías respiratorias. Cuando el matrimonio terminó de vestirse en la casa circular para asistir a la cena, Ochoa le preguntó a Naomi:

–¿No notas cómo ahora te es mucho más fácil respirar? –la respuesta fue del todo afirmativa y, con esta constatación, corrieron a la entrada de la gran sala del comedor del poblado donde les aguardaban en la cola Tauak-kak y su cuñado.

Por el olor que desprendía la cocina y que impregnaba también el ambiente de su antesala y la gran sala del comedor tribal, para cenar tendrían pescado y frutos de mar. El cuñado de Tauak-kak preguntó a una de las responsables de la cocina y la respuesta fue que para la cena habría sopa de marisco y bacalao a la brasa con frijoles en salsa de calabaza y acompañado con tortillas de maíz.

Ochoa y Naomi no podían dar crédito a lo que estaban viviendo. Los dos conocían perfectamente las excelencias de la cocina francesa pero mientras degustaban cada uno de los platos no dejaban de sorprenderse.

–Los mejillones estaban espectaculares –comentó Ochoa intentando traducirlo al algonquino estándar para que sus hermanos Lenape entendieran, al menos, algo de lo que pensaba–. Frescos y en su punto de sal. Ignoro qué salsa picante le habrán echado, pero me parece, de verdad, que tal como estaba sería un plato muy difícil superar.

Cuando llegó el bacalao, tanto Naomi como Ochoa, que eran bacalao-adictos, se miraron mientras dos mujeres le servían a cada uno su plato de bacalao con frijoles en salsa de calabaza, acompañado con una fuente de tortillas de maíz. Si el primer plato había sido suculento, el segundo no merecía menos. El matrimonio Andraka se miró para dar su aprobación a aquel manjar y para hacérselo saber a Tauak-kak y a su cuñado, ambos levantaron las cejas al unísono. La verdad es que no entendieron mucho porque para ellos el bacalao era casi la comida de todos los días, como ocurría en la mayoría de los

poblados situados en toda la región costera de la confederación algonquina del este.

Los indios algonquinos, que eran pescadores de costa, se dedicaban a la pesca del bacalao en sus aguas territoriales desde tiempos inmemoriales. Lo hacían con anzuelos y navegando en canoas. Para conservar el bacalao, una vez eviscerado se ponía a secar de inmediato y, para su correcta conservación, se mantenía en lugares secos, pudiendo llegar a conservarse hasta un año. De manera especial, a los algonquinos les encantaban las pencas de bacalao, como llamaban a la parte de la ventresca y de la cola del bacalao.

V

Se necesitaron cuatro días más para que Naomi y Ochoa llegaran hasta la orilla donde la nao "Ciburu" seguía fondeada. Desde que abandonaron a la nao cargando agua dulce en el río Shatemuk y se adentraran en el territorio de los Pikuot para recorrer el territorio de los insketamboj hasta regresar a la isla de Mannahattan, habían recorrido en cinco días casi 170 kilómetros.

Los últimos días, el grupo explorador intercontinental lo pasó recorriendo toda la costa del Atlántico, desde el poblado de los insketamboj –cuyas coordenadas geográficas eran: *Latitud 41,3° Norte; Longitud 47,0° Oeste*– hasta el poblado de los Lenape de Mannahattan –cuyas coordenadas geográficas eran: *Latitud 40,8° Norte; Longitud 49,0° Oeste*.

Durante el día caminaban tomando mediciones, dibujando un mapa y haciendo dibujos a mano alzada. Durante la noche dormían en las casas circulares que los Lenape conservaban para las pernoctaciones de los cazadores y de los pescadores de la tribu y, también, para el control y vigilancia de su territorio.

El cuñado de Tauak-kak portaba una especie de cesta a la espalda donde cargaba los alimentos sin que faltaran las raciones de frijoles envueltos en las tortillas de maíz. También llevaba una especie de cazuela de barro que tapaba con un disco y que servía para hacer unas deliciosas palomitas de maíz que comían mientras hablaban a la luz y al calor de una hoguera que encendían antes de dormirse en medio de la casa redonda que compartían los cuatro.

Las noches habían refrescado mucho y, según Tauak-kak, ello avisaba de la llegada de viento procedente del nordeste, lo que predecía un cambio de tiempo y la región del río Shatemuk entraría de golpe en el invierno. Como ya se ha comentado antes, los hombres Lenape no llevaban camisa como las mujeres y si sentían frío,

entonces se ponían una manta hecha de piel de venado sobre la espalda. El jefe de la tribu Lenape les regaló dos mantas a Ochoa y Naomi, lo que contribuyó a contrarrestar el frío pasado, especialmente la última noche, en la que debió bajar hasta los 10° C.

Cuando llegaron al lugar donde la nao "Ciburu" había fondeado la vez anterior, las dos canoas que los recogieron al llegar a la orilla sur del río Shatemuk pasaron de largo. Habían descendido el río por el canal situado al este y siguieron haciéndolo más adelante hasta llegar a una zona rocosa donde había fondeado la nao y colocado una especie de pasarela por la que se veía gente de la tribu entrando y saliendo del barco.

Era como si se tratara de una fiesta. Allí estaba el jefe de la tribu y su segundo, despidiéndose cordialmente del maestre capitán, Johan de Ursua. También estaban allí la esposa de Tauak-kak con el niño y su hermana que aguardaban a sus respectivos maridos. Allí se despidieron y se abrazaron todos, deseándose como hermanos lo mejor para sus vidas. Ochoa, que ya se expresaba bastante bien en algonquino, incluso cuando hablaba sobre temas más complejos, les dijo que seguramente no se verían más en la vida, pero nunca los olvidarían, y todos se juntaron, hasta el niño, para darse un abrazo que los hermanó de por vida.

Cuando se hubieron ido todos los del poblado indio, Ochoa y Naomi empezaron a comentar lo bien que les fue durante las jornadas que pasaron explorando y conociendo los territorios de la región del río Shatemuk. Cinco días que aprovecharon para caminar mucho, realizar cálculos y mediciones, elaborar mapas y hacer dibujos sobre temas etnográficos y paisajes.

Johan los escuchaba con mucho interés y atención y, además, quería enseñarles las obras de mejora y de reparación que habían hecho en la nao, así como los víveres que habían comprado y los nuevos menús resultantes. Inmediatamente, Naomi y Ochoa se acordaron de la espectacular cena que les ofrecieron en el poblado de los insketamboj.

–Sin embargo, sería un completo egoísta si viendo la cara de cansados que tenéis los dos, os retuviera más tiempo para que me informarais de vuestras jornadas de exploración por este acogedor territorio donde, por cierto, existen ballenas que no cazan, pero sí que pescan bacalao –empezó a explicarse Johan, pero fue interrumpido por su primo:

–Lo sabemos todo sobre el bacalao y las ballenas de estas costas, primo. Hemos visto muchas ballenas que se reúnen para aparearse y se sitúan entre la costa y la prolongada isla de casi cien millas que

vimos a lo largo de la costa que nos condujo a este estuario. Naomi ha hecho unos dibujos maravillosos del paisaje, de la gente y de las ballenas. Ya los verás –comentó Ochoa con orgullo.

–Tenemos tiempo de sobra para ello, Ochoa –respondió el maestre capitán a su primo–. Mañana al amanecer, zarparemos aprovechando la bajada de la marea siguiendo después la costa en dirección sur. Vuestro trabajo se intensificará a partir de entonces, así que descansad, que os hará falta. Tenéis cara de estar agotados. Por tanto, os propongo que os retiréis a vuestro camarote, os aseéis, comáis un poco para recuperar fuerzas y os toméis el resto de la tarde para descansar. Nos veremos a la hora de la cena en mi camarote. ¿De acuerdo?

VI

Lo primero que hizo la pareja de cartógrafos fue solicitar al contramaestre que les llevaran la tina, dos marmitas de agua caliente, jabón y toallas. Después pedirían algo para comer y, si podían, dormirían una siesta, aunque los dos lo dudaban. Habían realizado muchas mediciones, habían dibujado muchos mapas y dibujos que debían evaluar y retocar para, a continuación, corregir los mapas de los bristolianos y/o crear nuevos originales. Además, tenían muchas anotaciones, mediciones, dibujos, mapas en papel, etc., que debían valorar, aplicar y clasificar, así como conocimientos, ideas e impresiones en la cabeza que querían poner por escrito antes de olvidarlas.

Poco después de que anocheciera, Ochoa y Naomi entraron en el camarote cargados con una caja de mapas y papeles de pergamino enrollados que colocaron en el suelo para sentarse a cenar con Johan, al que saludaron esta vez más descansados, con ropa nueva y oliendo a jabón. Un detalle que Johan se encargó de destacar cuando exclamó:

–Ahora entiendo por qué Kattalin siempre me dice que lo primero que debo hacer cuando regreso de un viaje es pegarme un baño y vestirme aseado –exclamó Johan al verlos, y apartando a Ochoa hacia un lado para decirle al oído, en voz baja, a fin de que Naomi no le escuchara–. Si te soy sincero, primo, cuando habéis llegado olíais a sudor, a salitre y a polvo de manera horrible. Ahora os reconozco –comentó si poder reprimir una ligera carcajada.

Naomi pudo escuchar casi todo lo que Johan le dijo a su marido en voz baja, pero se hizo la tonta y no dijo nada. De cualquier modo, le hizo gracia comprobar lo chismosos que podían ser también los hombres. Pensó también que llegaría el día en el que ella actuara

como Kattalin, cuando Ochoa llegara con olor a sudor a casa, y sonrió maliciosamente pensando que lo que le diría sería invitarle a tomar una sauna con ella.

Lo de la sauna se trataba de una idea que a Naomi le entusiasmó tanto que, desde entonces, no se la quitaba de la cabeza. Ella y su marido acordaron construir una sauna en el caserío donde finalmente vivieran. Allí tendrían, pegada al caserío, una cabaña especial para la sauna. Naomi solo la había probado una vez, pero debió ser más que suficiente puesto que la idea ya le había encantado para hacerla realidad e incorporarla a la vida de la familia que juntos, Ochoa y ella, iban a crear.

VII

Los elogios de Johan al ver el material que habían elaborado Ochoa y Naomi no podían ser más justos. Habían realizado un trabajo excelente que cubría con detalle la orografía de todo el territorio del río Shetumak situado en la margen izquierda del río y gran parte de la margen derecha en un radio de unas 60-100 millas náuticas. Las cartas náuticas, aunque todavía incompletas, estaban resultando de lo mejorcito que el maestre capitán Johan de Ursua había visto, incluso al navegar por las costas de Irlanda.

De igual modo, a Johan le maravillaron los dibujos paisajísticos y etnográficos de Naomi. Se veía que tenía muy buena mano para el dibujo manual. Los dibujos de las ballenas cortejándose, junto a la costa sur de la isla "Alargada", eran de una belleza y un realismo espectacular. Había un cuadro del poblado de los insketamboj que era también de un gran realismo. No faltaba ningún detalle y los rasgos de los nativos eran increíblemente parecidos a como de verdad ellos eran. Hasta el detalle de las plumas era perfecto.

–¿Cuándo dibujaste este cuadro, *maitetxo*? ¿Yo dónde estaba? –preguntó intrigado Ochoa a su bella esposa.

–Estabas dormido, amor mío. Fue la primera noche que dormimos fuera del barco. Me desperté una hora antes que tú y mientras esperaba, salí al jardín de la casa y aproveché ese tiempo para dibujarlo –contestó Naomi encantada.

–¿Fue al día siguiente de la reconfortante sauna y de la deliciosa cena en el poblado de los insketamboj? –preguntó Ochoa mientras observaba más de cerca el dibujo y se reconocía hablando con Tauak-kak y su cuñado–. ¿Cómo puede ser que estuviera dormido y que también se me vea en el dibujo que hiciste mientras dormía? –volvió a preguntar Ochoa, pero esta vez más divertido.

–Del mismo modo que suele ocurrir que se rompe un plato en casa y luego ocurre que no ha sido nadie el que lo ha roto –respondió Naomi con gran ironía, se miraron todos y los tres se pusieron a reír.

Durante la cena, los dos primos, Johan y Ochoa, habían estado debatiendo sobre si los nativos del Nuevo Mundo se encontraban más atrasados que los europeos. Naomi escuchaba con mucho interés aquellos debates que entre primos se tenían porque era muy consciente de que ella aprendía mucho y, además, muy deprisa. La esposa de Johan, y ahora prima de Naomi, también actuaba igual. A veces, ella les servía unas copas de *patxaran*[32] para que se les soltara más la lengua y el debate fuera más rico y divertido.

Los dos primos solo podían hablar de lo que conocían hasta ahora y era de las tribus algonquinas. Aunque bien es cierto que estas tribus mantienen entre ellas grandes diferencias, es también cierto que están vinculadas lingüísticamente. Todas estas tribus (o naciones) hablan un idioma conocido como el algonquino. Estos grupos algonquinos fueron los primeros que los vascos encontraron cuando estos llegaron al Nuevo Mundo, a finales de los años 1470.

El tema de la higiene y el de la ayuda mutua era un ejemplo a imitar por parte de los europeos que habían olvidado las más mínimas normas de higiene y de sanidad que les trasmitieron los romanos, lo que ocasionaba que las pestes y las epidemias se propagaran por las grandes ciudades europeas con tanta facilidad. En ese sentido, los nativos del Nuevo Mundo estaban bastante más adelantados. El tema de la ayuda mutua tan establecido entre los algonquinos era, en muchas cosas, bastante similar al *auzolan*[33] o trabajo comunitario de los vascos que se hacía a nivel comunal o de base, si bien los algonquinos, lo tenían mucho más desarrollado a nivel nacional.

Dependían tanto de la caza y la pesca como del cultivo de la tierra. Estas tribus usaban canoas para viajar por las vías navegables interiores. Manejaban como nadie el arco y la flecha, les gustaban los juegos deportivos, y su destreza con la lanza proporcionaba abundantes suministros de peces a los pueblos algonquinos. El maíz y la calabaza eran algunos de los cultivos que se labraron a lo largo de la costa este y que en Europa ni se conocía.

Para los vascos, las prioridades que los algonquinos concedían a ciertos temas podrían ser muy comprensibles, aunque sea bien claro que la mayoría de las naciones europeas como los castellanos, los portugueses, los bretones, los franceses o los ingleses no lo entenderían tanto. Así, considerarían que las mujeres algonquinas estaban oprimidas por su trabajo como esclavas en el campo. Sin embargo, en la Baskonia de clima más oceánico, donde las mujeres

llevaban la huerta de los caseríos y los hombres se ocupaban de la pesca, la caza y la cría de ganado, lo entendían mejor.

Por el contrario, los hombres algonquinos se reirían de los hombres de muchas naciones europeas si vieran que son los hombres los que fundamentalmente trabajan los campos que cultivaban, cuando para ellos, tradicionalmente, se trata de un trabajo reservado para las mujeres. Con la actividad de la caza sería igual, de manera especial si se comparara a los algonquinos con los ingleses ya que en Inglaterra la caza es como un deporte para los nobles y los aristócratas que robaron las tierras comunales.

En efecto, Inglaterra es la nación donde este contraste más destacaba. La nación inglesa era donde los señores feudales, disfrazados de condes, duques, príncipes y varones, hicieron de la caza un deporte, por lo que, si los ingleses se relacionaran alguna vez con los algonquinos, pensarían que los cazadores algonquinos eran tan vagos e improductivos como la nobleza inglesa, a la hora de trabajar.

Pero indudablemente, el mayor malentendido sería el de la propiedad de la tierra y el de la distribución equitativa de la riqueza. En la mente de los algonquinos, la tierra es de todos los que la utilizan y la riqueza, los alimentos y bienes que se generan en una tribu también es de todos y para todos. El lucro no es ningún valor. Nadie puede escupir sangre para que otro viva mejor, ni puede tener dos casas si al otro le falta. En la ética de los algonquinos tampoco hay lugar para la hipocresía y la traición. Son pecados horribles y además muy castigados.

Por el contario, en las naciones europeas, el lucro se estaba apoderando de las mentes de los dirigentes hasta el punto que lo anteponían a cualquier otro valor. Lo importante era el dinero y lo demás era retórica hueca. La traición era algo que se había convertido en un hábito que ni tan siquiera una religión como el cristianismo, que predicaba el amor al prójimo, había podido eliminar porque si bien los reyes a veces no reinaban, como en Francia, lo que sí reinaba era la hipocresía de las clases dominantes.

Se hablaba más que nunca de lealtad, pero cada vez había menos leales. El problema de los reyes europeos no era el de saber si los nobles llegarían a traicionarles alguna vez –eso se daba por descontado– si no cuándo, dónde y con quiénes lo harían. La hipocresía era el traje de faena de los dirigentes, bien fueran éstos parte de la nobleza, del clero o de la burguesía.

Lo que sí se compartía tanto en la cultura del Nuevo Mundo como en la de Europa era que la guerra era el estado natural de las naciones y el motivo era que algunas querían apoderarse de territorios que no

eran suyos. En el Nuevo Mundo eran los iroqueses y en el Viejo Mundo eran los ingleses, los franceses, los castellanos, los aragoneses y los austriacos, fundamentalmente.

Los iroqueses habían habitado algunas áreas del nordeste del Nuevo Mundo durante más de 4.000 años. Técnicamente hablando, como pasaba con los algonquinos, el término de “iroqueses” se refiere a un idioma más que a una tribu en particular. Sin embargo, habían constituido una sólida organización política y militar que unificaba el gobierno único y su maquinaria de guerra para luchar y capturar otras tribus nativas.

Capítulo 14°
El territorio de los Pataguonke [34] y la bahía de Txesapiuk [35]

I

Desde que, aprovechando la bajada de la marea, navegaron hasta más allá de la desembocadura del río Shatemuk, transcurrieron casi tres horas. Apenas soplaba viento y el que lo hacía, podía proceder de cualquier parte por lo que era muy variable. Sin embargo, a media mañana, se levantó una ligera brisa muy fría procedente del nordeste que hizo que ese día las temperaturas bajaran cinco grados centígrados.

Frente a la boca del estuario del río Shatemuk, el día 9 de octubre de 1488, la nao "Ciburu" arriaba todas sus velas y ponía rumbo hacia el sur desde la posición geográfica: *Latitud 40,4° Norte; Longitud 48,3° Oeste*. A los dos días de su navegación hacia el sur descubrieron un gran banco de bacalao y, por si acaso, las *txalupas* [36] cargaron sus redes que echaron para probar y el éxito fue total. Nunca en la vida habían pescado tanto bacalao en tan poco tiempo.

Al día siguiente por la tarde, después de haber estado pescando durante casi dos días, una bandada de gaviotas seguía a la nao por la amura de babor. Aquel día por la mañana y la víspera habían echado las redes y habían pescado tanto que se estaban llenando todas las barricas que tenían preparadas para poner el bacalao en salazón. Todas las vísceras habían estado echándose durante toda la noche y a lo largo del día a la mar, lo cual explicaba el cortejo de las gaviotas tan bulliciosas pero cada vez menos hambrientas que acompañaban a la nao hacia el sur de la costa del Nuevo Mundo.

Durante dos días más, navegaron caboteando en dirección SSO hasta llegar a la posición geográfica: *Latitud 37,0° Norte; Longitud 50,8° Oeste*. Habían recorrido un total de unas doscientas millas náuticas.

Se hallaban a la entrada de una bahía profunda. Ochoa y Naomi le plantearon a Johan que convendría explorar ya que, desde la bocana, se veía que la bahía debía ser muy grande. Sin embargo, mientras no variase la dirección del viento no podrían internarse en ella, ya que la orientación de esta entrada de mar era norte-sur y la nao había

fondeado en una cala, cerca de la bocana que se ubicaba al sur, en la margen derecha.

En la entrada de la bahía, la diferencia de mareas, entre la bajamar y la pleamar, era de casi un metro, lo que significaba que en el interior esta diferencia sería bastante menor. Tampoco parecía que el viento de componente norte fuera a variar pronto, por lo que la opción de navegar en las *txalupas* hacia el interior de la bahía parecía la mejor opción. Remontarían la bahía por la margen derecha y en la expedición irían, contando a Ochoa y Naomi, doce personas.

Como medios de transporte fluvial, además de la canoa que les regalaron los de la tribu Lenape del río Shatemuk, donde viajarían Ochoa y Naomi, también los acompañarían dos *txalupas* auxiliares de la nao que llevarían cuatro remeros y un patrón en cada uno de los botes. Se trataba de botes que estaban preparados también para navegar a vela. Así, cuando el viento lo permitiera, podrían navegar siempre utilizando una vela latina que tenía un mayor margen de maniobra contra el viento.

Johan había decidido que, en la medida que le fuera posible, navegaría aguas arriba por la margen izquierda de la bahía hasta encontrar un bosque de robles. El maestre capitán quería tener un palo trinquete de repuesto por si éste se le quebraba en una tempestad como ya le había ocurrido más de una vez. Ochoa se comprometió a encontrarse con él en algo menos de tres semanas, que era el tiempo que habían calculado para que les aguantaran las provisiones de comida que llevarían en las *txalupas*.

–¡Llevad también abrigos, calzas, guantes y botas de invierno! Cada vez hará más frío y os recuerdo que hoy de madrugada la temperatura era de 9° C –aconsejó Johan dándoles un abrazo a sus primos y saludando al resto del equipo–. Cuídense y regresen sanos y salvos todos. ¡Es una orden! –recalcó el capitán.

Una hora más tarde, las tres embarcaciones zarparon hacia el norte de la bahía. Habían decidido que llevarían tortillas de maíz con frijoles, tortillas de maíz con puré de calabaza y queso con galleta para comer a lo largo del día. Remarían cerca de la orilla para que la corriente frenara menos a las embarcaciones y lo harían durante unas ocho o diez horas al día, lo que les permitía avanzar unos 60-80 kilómetros/día.

Lo harían hasta encontrar a un nativo con el que hablar e informarse sobre las características geográficas de la bahía que estaban explorando. Mientras tanto, durante el trayecto, aprovechando que la canoa era la embarcación más rápida, había veces que Ochoa remaba solo mientras que Naomi iba tomando

medidas y realizaba cálculos que plasmaba luego en el dibujo del mapa de la bahía.

A eso de las cinco de la tarde, atracaron las *txalupas* arrastrándolas sobre la hierba de una pequeña lengua de tierra que llegaba hasta el río y sacaron la canoa hasta un claro del bosque cercano, donde pasarían la noche al abrigo de los troncos de los árboles. Hicieron acopio de leña suficiente para mantener encendida una buena hoguera toda la noche. A su alrededor, colocaron tres tiendas y prepararon la cena de la que dieron cuenta sentados alrededor de un gran mantel.

Acordaron hacer turnos de guardia de una hora y media, lo que significaba que, dado que la noche duraba algo más de trece horas, y siendo diez los marineros, habría uno que se libraría de hacer su turno y que, por tanto, lo iniciaría a la noche siguiente. Obviamente, Ochoa y Naomi empleaban todo el tiempo en sus trabajos de cartografía por lo que estaban exentos de las guardias, aunque todos sabían que, si fuera necesario, arrimarían el hombro como otro cualquiera.

II

La segunda jornada en la ribera de aquella bahía amaneció fría, pero con un cielo totalmente despejado. Soplaba una ligera brisa proveniente del noroeste. Después de asearse y desayunar huevos duros, membrillo, nueces, bacalao frito con un poco de aceite y tortilla de maíz con frijoles y una infusión de *kamamila*[37], apagaron los fuegos y levantaron el campamento. Una hora después del amanecer, ya remaban las tres embarcaciones hacia el norte.

De pronto, cuando llevaban unas cuatro horas navegando, Naomi divisó unas casetas redondas similares a las que utilizaban los de la tribu Lenape para que los cazadores y/o pescadores pasaran la noche en su territorio. Ochoa levantó la mano para que todos pararan de remar y se acercó despacio hacia la orilla. Le siguieron los otros dos botes, también despacio. El navegante y cartógrafo hizo una seña y bajaron con él dos de los remeros que también habían sido soldados mercenarios en diferentes guerras. Los tres llevaban espada y se pusieron la coraza y el casco. Uno de ellos llevaba una ballesta a la espalda y el otro una larga pica. Al partir, Ochoa de Andraka se puso la capa y, a continuación, dándole un beso de despedida a su esposa Naomi, los tres expedicionarios emprendieron la marcha hacia las casas redondas. El resto se quedaría esperando alguna señal allí donde habían desembarcado.

Tardaron casi una hora en oírse unas voces que se acercaban donde los que esperaban. Naomi era la que más nerviosa estaba, pero

lo disimulaba. Se tranquilizó cuando oyó la potente e inconfundible voz de su esposo. Hablaban en algonquino. De eso estaba más que segura y ella suponía que se trataba de una muy buena señal. Así que les dijo que parecía no había problemas. Cuando estaban a unos treinta metros, Ochoa se dirigió a todos diciéndoles que todo estaba muy bien y que habían contactado con tres pescadores algonquinos de la tribu de Pataguonke. Le acompañaban dos de los tres pescadores a los que Naomi saludó levantado la mano y diciendo:

–*¡Hai! Nen natinien nemetat* [38].

Los pescadores pataguonkinos rieron, y uno de dos, el mayor de ellos, miró a todos para decir:

–*Agur! Ni zuen anaia naiz* [39].

Todos se quedaron mudos menos Naomi, que cuando le preguntaron respondió:

–Lo mismo que él contestó en vasco: ¡Hola! Yo soy vuestro hermano.

De nuevo tropezaron con indios pacíficos de la confederación algonquina y eso había sido mucha suerte. Si hubieran tropezado con indios iroqueses, más dados a la rapiña, las cosas quizá hubieran sido muy diferentes. Tauak-kak le había dicho que él había nacido en un poblado de la tribu Pataguonke. Sin embargo, su linaje Lenape se lo debía a que había crecido en un poblado de la tribu de los Lenape de Suskehanna, hasta que se acordó su matrimonio con una muchacha de la tribu de la isla de Mannahattan.

La etimología de Pataguonke era muy controvertida debido a que dicha palabra algonquina era una abreviatura de una frase. Era como una especie de acrónimo más alargado. Así que, mientras que Pataguonke para algunos ancianos de la tribu significaba “el río donde viven los cisnes” para otros significaba “el mercado” ya que provenía de una larga frase que significaba: “Lugar donde la gente comercia”. *Por el contrario, en el caso de Suskehanna, se veía claro que provenía de la frase algonquina: “Sisa we hak hanna”, que significa “el río donde se cultivan las ostras”.*

Tanto Pataguonke como Suskehanna conformaban uno de los treinta y dos pueblos de habla algonquina de la región de la Bahía de Txesapiuk. Estos pueblos estaban integrados en la poderosa confederación de los algonquinos del sur conocida como la confederación Pouhattan que, a su vez, participaba en la confederación de la nación algonquina.

Una decisión que resultó muy inteligente fue la de que una *txalupa*, de las dos que habían venido formando parte de la expendición para garantizar su seguridad, regresara a la nao “Ciburu” informando que

habían hecho ya contacto con una de las tribus nativas de los algonquinos. La situación en la que se encontraban era bien precisa.

La ubicación actual de las txalupas *y la canoa era a unos 120 kilómetros de la desembocadura de la entrada de mar que se conocía como la bahía de Txesapiuk. La* txalupa *que regresaría de vuelta iría directamente al encuentro de la nao "Ciburu" que, casi con toda seguridad, estaría fondeada en la misma posición en la que la dejaron ya que los vientos no habían sido nada favorables para poder navegar curso arriba.*

III

Los indios algonquinos que Ochoa de Andraka había conocido le habían explicado que ellos eran profundamente espirituales y que tenían una religión fundada en el animismo, en la creencia de que un mundo espiritual animaba e interactuaba con el mundo físico. En lugar de un Ser o Dios divino, los algonquinos creían en un Espíritu esencial o una Fuerza inmensa que lo abarcaba todo y que se llamaba Kitxi Manitú.

Según los algonquinos, Kitxi Manitú, también conocido como el Gran Espíritu, era el mismo Dios que creó y habitó todo el Universo y que estaba presente no solamente en los seres vivos sino también en las personas y los animales. También vivía en las montañas, en los bosques, en los mares, en los ríos, en los lagos y demás cuerpos de agua, en el Sol y en la Luna.

Como si se tratara de escenificar la lucha del Bien contra el Mal, los indios algonquinos también creían en un espíritu demoníaco al que llamaban *wendigo*. En las leyendas de los algonquinos, las personas que se perdían en el bosque recurrirían al canibalismo y luego se convertían en *wendigos*. Regresaban a casa del bosque como individuos que se habían transformado en unas personas malas, violentas y antisociales.

Sus cuerpos estaban habitados por el espíritu maligno y tenían una abrumadora necesidad de consumir carne humana. La única forma de destruir a los wendigos *era matando a la persona poseída y quemar su cadáver hasta hacerlo cenizas. Ochoa comprobó que existían variaciones acerca de esta leyenda que describían otras maneras por las que personas normales se podían convertir en* wendigos*, lo que incluía ser mordido por una Entidad o un Ser que estaba o bien poseída o bien maldecida por un chamán.*

En la religión y cultura de los algonquinos, Andraka descubrió que los chamanes no solo actuaban como curanderos, también tenían la potestad de ser los intermediarios con el ultramundo y fama de que

podían hablar con los espíritus. Además, para que nadie les disputara este negocio, los chamanes habían creado una patente de exclusividad para ellos. Así, sostenían que un chamán era el único capaz de comunicarse con los espíritus e influir en su poder sobre el mundo físico.

Debido a su conocimiento y habilidades, que eran muchas, y a la estupidez de los ingenuos creyentes que también era mucha –algo que según decía el padre de Ochoa, Cherrán de Andraka, también ocurría en el resto de religiones– los chamanes fueron considerados como los líderes espirituales más importantes de la tribu. Las prácticas espirituales de un chamán algonquino incluían la realización de rituales para curar a los enfermos. Además, los chamanes se inventaron una ceremonia espectacular que aterrorizaba a todo el mundo y sin tener que hablar de que Dios te condenaría al fuego eterno del infierno.

En efecto, para tratar a alguien que estuviera afectado por cualquier enfermedad, el chamán realizaba extraños ritos mágicos con el objetivo de expulsar a los espíritus malignos del cuerpo del enfermo. Lo mejor de todas estas horripilantes escenografías que preparaba era que el chamán siempre ganaba. Si el enfermo se curaba era porque los poderes del chamán eran enormes y si el enfermo no se curaba era culpa del enfermo o por culpa de algún familiar o persona física presente que lo encadenaba al mal. A esta persona luego se la torturaba de modo que confesara. El Tribunal de la Santa Inquisición no era muy diferente.

A su vez, según las creencias algonquinas, un chamán podría maldecir a alguien para provocarle una enfermedad. Los chamanes también tenían sueños y visiones que tenían gran importancia para los algonquinos puesto que se cumplían. Por ejemplo, si un chamán tenía una visión sobre manadas de renos o caribús que se encontraban pastando en algún lugar concreto, los cazadores algonquinos iban allí para acechar y cazar a sus presas sin dudarlo.

Otro tema importante acerca de la religión de los algonquinos eran las ceremonias y fiestas que representaban una parte vital de su cultura. Los indios algonquinos celebraban diversas fiestas y conmemoraciones especiales a lo largo del año. Se alegraban y daban por ello la bienvenida a los cambios de las estaciones y para ello celebraban ceremonias que reflejaban su profundo respeto por la naturaleza y su ciclo. También realizaban rituales sagrados para conmemorar las fases de la vida, el nacimiento, la pubertad, el matrimonio y la muerte.

Durante estas ceremonias, los algonquinos a menudo pintaban sus

caras para expresar sus emociones. El color rojo simbolizaba la vida, el negro significaba la muerte o el dolor eterno y el color púrpura significaba la realeza o marcaba el hecho de que un evento era de vital importancia. Curiosamente, algo parecido debió pasar con los romanos que consideraban este color como símbolo de majestuosidad y realeza. El violeta era el color preferido para las túnicas de los antiguos reyes.

Sin embargo, Ochoa pensaba que no significaba lo mismo entre los vascos. De hecho, el criterio adoptado por la Iglesia católica era que el color púrpura simbolizaba la penitencia y duelo por la muerte de alguien. Era el color que se llevaba durante la Semana Santa, los domingos de Cuaresma y en los cuatro domingos de Adviento. También se llevaba en los funerales.

Por otro lado, mientras que en Europa las máscaras se utilizaban en las fiestas más paganas de los Carnavales, los algonquinos a veces llevaban máscaras en ceremonias destinadas a curar enfermedades o alejar a los espíritus malignos. Las cuentas sagradas o abalorios llamadas *Wampum*, hechas de pequeñas conchas, también jugaron un papel importante en los rituales algonquinos. De igual modo, los *Wampum* fueron utilizados en joyería, cinturones y fajines ceremoniales.

Al llegar a la aldea o poblado de los Pataguonke, Ochoa y Naomi –que iban delante de la comitiva formada por los siete expedicionarios vestidos con sus corazas, ballestas, lanzas y espadas– constataron que los tonos dominantes de aquella bienvenida eran de color púrpura. La noticia de la llegada de seres humanos blancos de un mundo lejano se había extendido por el territorio algonquino y querían agasajarlos.

Según se acercaban a la gran casa redonda del Consejo de la tribu, los siete expedicionarios procedentes de Baskonia fueron recibidos por el jefe de la tribu y por el chamán. Aquello no era una buena señal, puesto que, en el resto de las ceremonias algonquinas en las que Ochoa había participado, la presencia del chamán no había tenido relevancia porque la ceremonia de bienvenida no tenía ningún carácter religioso.

Sin embargo, aquella vez parecía que iba a ser diferente y eso le preocupaba. No quiso comentarlo con su esposa Naomi para que no se inquietara, pero sí lo hizo con el resto del grupo para que éstos estuvieran alertas a lo que él hablara o hiciera. Antes de comenzar la ceremonia, les ofrecieron algo para beber. Ochoa se alertó cuando constató que las bebidas solo se les ofrecieron a ellos, que aquello no era agua e hizo una señal para que nadie bebiera por si acaso.

A continuación, ante la mirada preocupada de su esposa que

suponía que algo malo estaba ocurriendo, su marido se levantó y se acercó a donde estaban sentados el jefe de la tribu y su esposa, con el vaso en la mano y les preguntó qué clase de bebedizo era el que les habían ofrecido. El jefe, que comprendió que algo pasaba, tomó el vaso que le ofrecía Ochoa, miró el contenido que había dentro y olió su aroma.

Algo grave debió presentir porque inmediatamente levantó las dos manos, hizo una palmada e, inmediatamente, se acercaron dos guerreros con *tomahawk*, lanza y escudo a la espalda. Les hizo un comentario, les dio luego una orden y salieron deprisa de la Sala del Consejo. Al cabo de un rato trajeron a una mujer que, cuando se acercó ante el jefe de la tribu y su esposa, se puso de rodillas pidiendo perdón y se echó a llorar.

–¿*Jauán* [40]? –preguntó el jefe a la mujer que no era otra que la responsable de los servicios de cocina y almacén de víveres de la tribu de los Pataguonke, un alto cargo que ejercían personas de prestigio. Sin embargo, la mujer nada respondía. Solo lloraba y se retorcía en el suelo.

Naomi estaba cada vez más serena y dueña de la situación y lo observaba todo para que nada la sorprendiera. No sabía qué pasaba realmente, pero lo intuía. Para aclararse aún más, le preguntó en voz baja a su marido que significaba la palabra *Jauán* y Ochoa le contestó:

–El jefe sabe ya que es un veneno mortal y ahora quiere saber quién ha preparado o ha ordenado preparar esos bebedizos que nos han ofrecido y, como puedes apreciar, ella se niega a responder –contestó Ochoa en voz baja agarrándola de la mano, para que Naomi estuviese más tranquila.

Entonces intervino disimuladamente la mujer del jefe. Ella, ante el impasse creado, tomó la iniciativa y algo le dijo a su marido para que se levantara del asiento como si hubiera sido espoleado y ordenó a los guardianes que le hicieran beber del vaso de Ochoa que el jefe mismo les entregó.

Cuando la jefa de cocina, que estaba tumbada en el suelo, vio que dos guardianes la levantaban y que un tercero le ofrecía el vaso de veneno que ella misma había preparado, sus ojos se llenaron de pánico y exclamó como si fuera una exhalación el nombre del chamán al que acusó de ser el instigador.

El chamán intentó escapar, pero fue una acción inútil porque, entonces, lo sujetaron dos guardianes y lo inutilizaron quebrándole una pierna con el *tomahawk* de uno de ellos. Con el chamán en el suelo retorciéndose de dolor, la escena se completaba con aquella mujer también en el suelo que lo señalaba acusándole de haber sido el

instigador del intento de envenenamiento de los invitados por la tribu.

Todo ello ocurrió ante los ojos de todos los que estaban presentes en la sala y que reprobaban aquella actuación que, de haberse perpetuado, hubiera manchado y deshonrado a toda la tribu. Para los algonquinos profanar la integridad, y mucho más, darle muerte a un huésped era una falta gravísima que se pagaba con la vida. Como así ocurriría, media hora después, una vez se hubiera reunido con carácter de urgencia el Consejo de la tribu de los Pataguonke y emitiera sentencia de muerte contra el chamán y de repudio y expulsión de la tribu a la jefa de cocina.

IV

Aquel suceso impactó mucho en Naomi que no podía entender por qué alguien al que no habían hecho nada intentara envenenarlos a la primera de cambio. De cualquier modo, la respuesta a este interrogante llegó algo después, a los días de que se cumpliera la pena de muerte, cuando se encontraron con la hermana mayor de Tauak-Kak y ésta les explicó que el chamán pretendía establecer un gobierno teocrático y que, para ello, necesitaba derrocar al jefe de la tribu.

Se decía que hacía casi cinco años que el anterior chamán, una persona muy sabia y venerada que murió de anciano, hizo una profecía antes de morir en la que se predecía que llegaría un día en el que unos guerreros de tez blanca, con el abdomen y la cabeza duros como la piedra y brillantes como la superficie de un lago, aparecerían en el poblado de los Pataguonke procedentes de otro mundo y que la amistad que pudiera llegar a forjarse con el jefe de la tribu representaría una muerte horrenda para el nuevo chamán.

El jefe de la tribu estaba muy informado de que el chamán conspiraba contra él y que decía tremendas calumnias afirmando que su cuerpo estaba habitado por el *Wendigo*, y que todos los meses sacrificaba cinco niños para beberse la sangre de los púberes y así ganar la inmortalidad.

Además, siempre que se le presentaba la oportunidad, con ocasión de los oficios propios de los chamanes en las ceremonias de la tribu, insistía en explicar la vigencia de la profecía de su predecesor acerca de la conspiración entre el jefe de la tribu y los guerreros de tez blanca procedentes de otros mundos.

Cuando el chamán se enteró que el jefe de la tribu daría una recepción en la Sala de Consejo tribal a los siete integrantes de la expedición vasca, con tez blanca y sus corazas y cascos metálicos y brillantes, y que procedían del Viejo Mundo, ya no tuvo dudas de que

sus horas estaban contadas. El chamán consideró que, si quería salvar su vida, no tenía más remedio que acabar con la vida de los viajeros procedentes de otro mundo.

El trabajo sucio que estaba haciendo para minar la autoridad del jefe de la tribu iba bien. Una vez eliminados los viajeros procedentes de otro mundo, se quitaría de en medio unos potenciales enemigos y él podría seguir tejiendo la madeja de calumnias acerca del jefe de la tribu, de manera que perdiera todos los apoyos y, en su lugar, se presentaría él para ocupar el puesto de jefe de la tribu.

Una semana después, los siete expedicionarios regresaron por la ribera derecha del río de los Pataguonke que llegaba hasta la bahía de Txesapiuk. Durante todos aquellos días, estuvieron visitando diversos poblados de la confederación Pouhattan donde fueron muy bien recibidos y hasta firmaron un acuerdo de amistad y de colaboración entre la confederación Pouhattan y la confederación de Baskonia.

Con el fin de que constara para la historia la adopción de aquel acuerdo fabricaron un “wampum” específico. Se trataba de un cinturón de fibra vegetal en que el que iban engarzados pequeños trozos de conchas que servían, entre otras cosas, para sellar acuerdos como el adoptado entre vascos y algonquinos.

Tuvieron oportunidad de visitar y conocer mucha gente. Todas aquellas personas con las que estuvieron, al saber cuál era el objetivo principal de su visita, les recomendaron que debían visitar el poblado de la tribu de los Lenape de Suskehanna que estaba ubicado en el punto más al norte de la bahía de Txesapiuk.

Un día que se encontraban en el poblado de los Nakotstank o Anakostank, en la ribera izquierda del río Pataguonke fueron a conocer y visitar un famoso bosque de robles donde los árboles alcanzaban una altura de unos 20 metros. Los robles del Nuevo Mundo eran mucho más grandes que los del Viejo Mundo y crecían mucho más rápido.

Además, tenían la copa globosa, abierta, muy amplia, tan ancha como alta y el tronco robusto, con la corteza de color gris oscura y resquebrajada. Naomi aprovechó esa excursión para hacer varios dibujos del poblado y del bosque de robles. Como vieran que se habían entusiasmado con los robles, les regalaron a Ochoa y a su esposa dos docenas de retoños de esta nueva especie.

–¿Qué te parece, amor mío, si invirtiéramos, junto con los primos Johan y Kattalin, en una plantación de robles del Nuevo Mundo en vista de que son árboles que crecen más deprisa y, además, llegan a ser mucho más grandes? –preguntó Naomi a su marido al ver la gran altura de los árboles.

–Es evidente que sería un buen negocio. Imagínate el maderamen, el tamaño de la quilla y los palos de vela que sería capaz de producir un bosque de robles del Nuevo Mundo –contestó Ochoa a su esposa, en base a lo aprendido con su padre que había sido un gran maestro agrimensor.

–De todos modos, creo que no solo influyen el tamaño y la velocidad de crecimiento. Habría que ver cómo destacará el roble del Nuevo Mundo con respecto a la producción de vino, *txakoli* y sidra de calidad. También ignoro la durabilidad de su madera frente a hongos y termitas. Lo mismo podríamos decir con respecto a su operatividad y secado. Ignoramos, por el momento, qué clase de roble ofrece una mejor madera y para qué usos resulta mejor su empleo.

V

Por fin, los siete expedicionarios alcanzaron la posición geográfica más al norte de la bahía de Txesapiuk situada en las coordenadas: *Latitud 39,5° Norte; Longitud 52,1° Oeste*. Por fin pudieron entender el significado de palabra Txesapiuk que se refería a un "pueblo que vive en torno a un gran río".

La bahía de Txesapiuk era un estuario ubicado en la región del Atlántico Medio y estaba principalmente separada del Océano Atlántico por una larga península. Contaba con más de 150 ríos y corrientes principales que fluían hacia la cuenca de drenaje de 166.534 km2 de la bahía.

Ésta tenía aproximadamente 174 millas náuticas de largo desde las cabeceras septentrionales del río Suskehanna, que daba nombre al poblado Lenape allí situado y donde vivió hasta casarse Tauak-kak. Los bancos de ostras se extendían a lo largo de la zona cercana a la desembocadura del río Suskehanna que vertía sus aguas en la bahía de Txesapiuk. Eran ostras que los Lenape cultivaban y que tenían un sabor extremadamente suculento.

La bahía de Txesapiuk era un brazo de mar alargado en dirección Norte-Sur. Tenía zonas de paso muy estrechas, como de 2,4 millas náuticas de ancho en su parte más angosta, y otras zonas de paso muy extensas, 26 millas náuticas en su parte más ancha, justo al sur de la boca del río Pataguonke cuando desemboca en la bahía de Txesapiuk.

La costa era muy rizada y curvilínea y tiene una longitud total unas 10.000 millas náuticas. A su vez, la superficie que ocupaba la bahía de Txesapiuk era de unos 11.500 km2. La profundidad media era de unos 7 metros, alcanzando un máximo de unos 53 metros. Indudablemente, era un buen refugio para los barcos que destacaba

por su belleza y generosidad.

Tras tres días de descenso por la bahía, realizando mediciones y anotaciones que luego recogían en los mapas de manera que, poco a poco, se fueran retocando para mejorarlos, se toparon con la nao “Ciburu” que estaba fondeada junto a un bosque de robles. Habían transcurrido casi cuatro semanas desde que se separaron y se volvían a encontrar prácticamente en el mismo sitio. Los siete expedicionarios habían realizado con éxito todos los trabajos de cartografía y de exploración del territorio.

Los tres palos de la nao eran mástiles de tres partes: Palo macho, mastelero y mastelerillo. El maestre capitán Johan de Ursua había conseguido sustituir las partes correspondientes del mástil trinquete –el primer palo, según se cuenta desde la proa– que empezaron a rajarse durante las borrascas que soportaron en la travesía de ida. Habían encontrado buenos troncos como para fabricar un mastelero y un mastelerillo, idénticos a los anteriores, y sustituirlos y a eso se habían dedicado todo ese tiempo.

Capítulo 15°
Desde la bahía de Txesapiuk hasta el territorio de los Timukúa

I

Desde que zarparon de la bahía de Txesapiuk, la costa del Nuevo Mundo había tomado una dirección norte-sur y dibujaba una línea de costa formada por cientos y cientos de millas náuticas de playas situadas en islas barrera que protegían a la costa interior de la furia del Océano Atlántico. En aquellos días, soplaba viento frío del nordeste y la velocidad de crucero de la nao era de unos 5 nudos.

Mientras navegaban y realizaban mediciones desde el castillo de proa, Ochoa y Naomi observaban el monótono paisaje de la costa formado por largas playas sin fin que conformaban los bancos de arena de las islas barrera. El oleaje entraba y luego salía de las playas de manera ininterrumpida. El hecho de observar ese movimiento rítmico de las olas era algo muy relajante. Era incluso pacífico contemplar esa melodía. Pero lo más probable es que no lo fuera tanto.

Por experiencia, Ochoa sabía que por cada ola que se rompía contra la playa y luego se retiraba de la tierra hacia el mar, la costa también se alteraba, así como por cada ráfaga de viento que rompía en los bancos de arena. A veces, el cambio solía ser dramático, como cuando surgía una fuerte borrasca. Pero, en general, el cambio era demasiado pequeño como para ser visto de inmediato y solo se aclaraba con el paso del tiempo. La única constante era que este tipo de costas eran de gran dinamismo y siempre estaban cambiando.

Esta línea de costa, que empezaba en la posición geográfica: *Latitud 37,1° Norte; Longitud 50,3° Oeste* y concluía en la posición geográfica: *Latitud 34,8° Norte; Longitud 50,3° Oeste*, estaba también llena de estuarios que incluían bahías, bancos de arena y humedales y tenía una longitud de 180 millas náuticas. Las marismas constituían el tipo más grande de humedales, así como los bosques pantanosos y los bancos de sedimentos que se acumulaban en deltas y riberas de ríos.

A partir de la *Latitud 34,8° Norte*, la costa del Nuevo Mundo cambiaba a SO y tras recorrer 330 millas náuticas, justo cuando la

costa tomaba un nuevo rumbo SSE, el maestre capitán envió dos txalupas *integradas por tres marineros y seis soldados, al mando de Ochoa de Andraka, para explorar aquel territorio desconocido. Naomi le preguntó a su marido por qué se prescindía de ella en esta misión de exploración.*

–La verdad, *maitetxo*, es que no lo sé, pero me imagino que es porque Johan prefiere no arriesgarse hasta no saber con qué nos vamos a encontrar –le respondió Ochoa a su esposa como queriéndole quitar hierro al asunto.

–Menos mal que Johan no quiere que yo me arriesgue –exclamó Naomi con una ironía no disimulada– porque en menos de cinco meses han intentando matarnos, a ti y a mí, ya dos veces. Como tú bien recordarás, mi querido esposo, la primera vez intentaron asfixiarnos con gas de carbón y la segunda vez, algo más recientemente, intentaron envenenarnos. Como si a estas alturas, ya no supiera que, yendo contigo, eso de querer matarnos empieza a ser una mera rutina –concluyó Naomi su discurso poniendo los brazos en jarras para escuchar qué es lo que se le ocurría a su esposo contestarle, con el fin de justificar a su primo.

Ochoa se rió de la lúcida salida de su linda esposa. Pensó que ella tenía toda la razón, pero tampoco era así de fácil a la hora de explicarlo. A pesar de todo, Ochoa intentó hacerlo de la mejor manera posible:

–Tienes toda la razón en lo que has dicho, Naomi. Pero, precisamente por tener la razón, Johan no quiere arriesgarse a que haya una tercera vez y estoy de acuerdo con él en que no debemos tentar la suerte. Además, lo que vamos a hacer no es una mera rutina de observación. Puede ser que nos encontremos con gente hostil y que entonces tengamos que defendernos. Sin embargo, las órdenes que tenemos no son las de atacar sino las de retirarnos hasta nuestra línea de la costa, desde donde regresaremos remando a la nao, protegidos por sus disparos de cañón –concluyó Ochoa dejándole a su esposa con un esbozo de sonrisa enigmática en la boca.

II

Los Timukúa o Zimukúa eran los indígenas del Nuevo Mundo con los que los expedicionarios vascos se encontraron en aquellas latitudes propias de climas subtropicales. Aquella nación se llamaba Timukuán y se asentaba en el centro y noreste de una península de Txini [41] (que significaba “Nariz” en lengua Timukúa) situada entre los paralelos 30 y 25 Norte.

Los Timukúa eran el grupo indígena más grande de aquella región

del Nuevo Mundo y comprendían cerca de 35 cacicazgos, muchos de los cuales lideraban a miles de personas. Los diversos grupos de Timukúa hablaban varios dialectos del idioma Timukúa. En el momento del contacto con los vascos, los hablantes de Timukúa ocupaban alrededor de 55.000 km2 del istmo de la península de Txini y tenían una población estimada que oscilaba entre los 150.000 y los 200.000 habitantes.

El territorio de Timukuán se extendía desde el río Altamaha y la isla Acu hasta el lago Nipita en el centro de la Península de Txini, y desde el océano Atlántico al oeste hasta el río Auzila al golfo de Txini. A resaltar el hecho de que, si bien algunas alianzas y confederaciones surgieron entre los cacicazgos, los Timukúa nunca se organizaron en una sola unidad política.

En las aldeas o poblados de los Timukúa, generalmente había dos tipos de casas. Un tipo de vivienda era la denominada casa alargada que se construía utilizando postes de madera para la estructura, corteza árbol para las paredes y ramas de palmeras para el techo. El otro tipo de casa era redondo y estaba cubierto de hojas de palmeras.

Se sabía que los Timukúa habitaban sus aldeas de manera más permanente que las otras tribus. Cada familia Timukúa tenía su propia casa, pero las comidas se realizaban diariamente en el centro comunal donde se ubicaba la cocina y los almacenes de víveres. La ropa que vestían estaba hecha de piel de venado y de tela tejida. Los hombres llevaban el pelo largo atado con un moño.

A los Timukúa les gustaba celebrar ceremonias cuando era la época de plantar, de cosechar y se quería honrar a los líderes que murieron. Un chamán era como un sacerdote, el líder religioso de la tribu y era también el que dirigía las ceremonias y rituales.

Los Timukúa, como otros nativos del Nuevo Mundo, eran hábiles cazadores y pescadores. Los hombres fabricaban herramientas para cazar y pescar. Utilizaban lanzas, palos, arcos y flechas, y cerbatanas, para la caza. Entre los animales que cazaban y que luego consumían para comer se incluían: osos, ciervos, pavos salvajes y caimanes. Los Timukúa ahumaban la carne colocándola sobre fuegos que hacían al aire libre. Las mujeres limpiaban y preparaban las pieles de los animales y las utilizaban luego para vestirse.

Los hombres también pescaban peces y recogían almejas y ostras que consumían como alimento. Utilizaban un sistema de pesca con trampa que llamaban pesca al cerco. Esta trampa era una cerca de madera que se extendía a través de un arroyo o río para atrapar peces. Una vez que el pez se acercaba y nadaba sobre la cerca con la marea alta, ésta lo atrapaba cuando bajaba la marea.

La agricultura era otro medio importante para obtener alimentos para los Timukúa. Los principales cultivos que cosechaban eran maíz, frijoles, calabazas y melones. Las mujeres cocinaban las comidas y recolectaban raíces, nueces y bayas silvestres para comer. Las mujeres también hacían cazuelas, platos, vasos y demás recipientes de cerámica que utilizaban luego para cocinar o para comer.

Los Timukúa también tenían esclavas que cuando eran jóvenes empleaban como trabajadoras de la agricultura y de los servicios comunales, pero también como concubinas, prostitutas o mujeres de placer y, algunas veces, hasta se convertían en esposas. Estas esclavas eran mujeres pertenecientes a otras tribus que habían sido derrotadas por los famosos guerreros del norte conocidos como los iroqueses y cuyo enemigo principal, aunque no el único, era la confederación algonquina.

Los iroqueses, cuyo negocio relevante era la guerra, el robo, el rapto y el saqueo, cuando arrasaban una tribu algonquina, mataban a todos los varones y a los viejos y, por el contrario, se quedaban con las hembras. El negocio lo hacían con las niñas, adolescentes y mujeres jóvenes y no tan jóvenes, las cuáles vendían a otras tribus como esclavas. La nación Timukúa era un buen mercado pues era rica debido a la importancia de su comercio de productos textiles, de cerámica y, sobre todo, de cuero y calzado, debido al alto valor que tenían los productos hechos con piel de caimán. Por consiguiente, pagaba bien por el comercio de esclavas.

Por aquel entonces, en Timukuán, habría más de 3.000 mujeres algonquinas cuyo estatus podría ser muy variable, pero, sin embargo, funcionaba muy bien una hermandad secreta de mujeres algonquinas que servía de autoayuda entre ellas y cuya red penetraba en todo el tejido social de los Timukúa.

III

Cuando Ochoa de Andraka, que iba el primero del grupo de expedicionarios, levantó la mano, el resto se detuvo y permaneció en silencio. Se oían las voces de unas mujeres hablando y los gritos de unos niños que estaban jugando cerca. Ochoa les hizo gestos para que se agacharan y permanecieran escondidos mientras él dejaba su capa, su espada y su casco en el suelo.

A continuación, y en voz baja, Ochoa le dijo al oficial de los soldados y marineros que le acompañaban que, para no asustar a las mujeres, mejor sería que él fuera solo y que ellos permanecieran allí escondidos, pero por si acaso, que estuvieran muy alertas por si oían

que él les gritaba pidiendo ayuda, en cuyo caso tendrían que acudir a rescatarlo.

Cuando el vasco se acercó adonde estaban las mujeres nativas lavando ropa, algunas de ellas pusieron cara de susto. Sin embargo, muchas se rieron de las pintas que llevaba el hombre que se les había aparecido. Para que estuvieran calmadas, Ochoa les preguntó en algonquino si podían indicarle dónde se podía encontrar al jefe del poblado. Se produjo un largo silencio y nadie contestó nada hasta que se oyó la voz de una mujer de mediana edad que respondía en algonquino para que se enterase Ochoa, y en lengua timukúa para que se enterase el resto de las mujeres que estaban en la lavandería:

–No es nada grave, parece ser que es un visitante del norte que quiere comunicarnos una noticia importante y, para ello, quiere hablar con el jefe de la tribu –exclamó en voz alta la mujer para tranquilizar a todas y añadió, mientras se dirigía hacia aquel hombre alto con brillante coraza pectoral que había surgido de la nada–. Estaros tranquilas mujeres Timukúa, que yo le acompañaré –luego se acercó lo suficiente hasta donde se encontraba Ochoa como para decirle en voz baja que no dijera nada y que la siguiera.

El hombre vasco la siguió sin mediar una palabra más. Algo estaba saliendo mal. Por un instante, pensó en escapar y echar a correr hacia donde estaba el resto de los expedicionarios, pero también se dijo que no era bueno precipitarse. Cuando hubieron desparecido de la vista del resto de las mujeres. La mujer que hablaba algonquino le agarró bruscamente a Ochoa de la mano y le metió por un camino que les adentraba en un bosque de árboles mellados y retorcidos que surgían de la superficie del mar, con las raíces ancladas en fango profundo, negro y maloliente, copas verdes que se elevaban hacia un sol deslumbrante y con insectos zumbando por todas partes. De pronto, ella se detuvo en un claro de aquel tenebroso bosque, del que luego Ochoa aprendería que se llamaba “manglar”, para exclamar:

–Entremos dentro de nuestro secreto templo algonquino porque quiero presentarte a nuestra chamana Attakonas y que sea a ella a quien hables y que el Dios de nuestro pueblo, Kitxi Manitú, te escuche y te ayude, si dices la verdad, y te condene a la oscuridad eterna del *Wendigo* si mientes.

De pronto, tras unos árboles pegados, como si fuera un tejido leñoso trenzado por la naturaleza, apareció una casa de piedra cubierta con un techo de ramas de palmera, que dejaba paso, tras una masa de tierra y cascajos de piedra, a una entrada en un gran peñasco cuyo interior escondía el hueco que daba acceso al verdadero templo algonquino donde una mujer de más de 70 años habitaba y se

encargaba de su limpieza y celebraciones religiosas.

–¡Saludos al hombre blanco algonquino! –exclamó una mujer mayor sentada en una silla. Sobre su cabeza portaba un penacho de plumas e iba adornada con un juego de collares y pulseras de conchas sobre una vestimenta talar de color gris clarito. La chamana miraba fijamente al hombre algonquino que tenía enfrente y que no era otro que Ochoa de Andraka, mientras esperaba que éste le devolviera el saludo y le explicara el motivo de su visita a los Timukúa.

La explicación, si bien el cartógrafo se esforzó en que ésta fuera lo más precisa y breve posible, se alargó por espacio de media hora, al cabo de la cual la chamana Attakonas, aunque no lo entendiera completamente, se hizo cargo de todo lo que Ochoa necesitaba y, lo que era más importante, supo cómo solucionarle sus demandas.

Tras oír las explicaciones y requerimientos de aquel hombre, la chamana se levantó y pegó dos palmadas largas y una corta y, al instante, aparecieron dos mujeres que provenían de una sala contigua, cuya entrada estaba tapada por las raíces de un viejo manglar. Les ordenó que se quedaran en la sala con el hombre y la mujer del lavadero que le había acompañado.

Poco después, Attakonas salía de aquella sala por otra puerta distinta y situada detrás de ella. Una puerta muy disimulada y que pasaba desapercibida porque la penumbra de aquella sala lo impedía. De cualquier modo, cuando el ojo se acostumbraba a la oscuridad, se percibía que la estancia estaba algo iluminada por una especie de claraboyas que apenas dejaban pasar la luz del sol. Por otro lado, Ochoa comenzó a impacientarse, el paso del tiempo no ayudaba a controlar la situación.

En efecto, el vasco empezaba a preocuparse por sus soldados y marineros que estarían aguardando escondidos y que, al ver que él no aparecía, ni daba señales de vida, habrían empezado a plantearse la necesidad de salir en su busca, y si decidieran hacerlo no sería difícil que fueran descubiertos por alguien que diera la voz de alarma, lo que podría acarrear consecuencias graves no solo para el grupo expedicionario sino, incluso, también para la seguridad de la nao “Ciburu” que podría ser abordada por los indios en canoa. Ochoa pensó en su amada esposa y, como siempre le ocurría al temer por su vida, un horrible escalofrío recorrió su cuerpo.

VI

La reunión que Johan de Ursua y Ochoa de Andraka habían mantenido con el jefe de la tribu de los Timukúa sobre la cubierta de

la nao “Ciburu” se desarrolló como si aquello fuera todo un ceremonial donde se firmara un acuerdo de amistad entre la nación de Baskonia, situada en el Viejo Mundo, y la nación de Timukuán, situada en el Nuevo Mundo.

El ágape que el cocinero del barco preparó para aquella ocasión fue un verdadero éxito. No se sirvió sidra porque preferían reservarla para el viaje de regreso por lo que el vino, el *txakoli*, el revuelto de habas con jamón y las tortillas de bacalao con frijoles fueron los alimentos más apreciados. El maestre capitán Johan de Ursua había dado instrucciones de que el vino se sirviera en jarras llenas de agua hasta la mitad. No quería problemas y sabía, por experiencia, lo fácil que se emborrachan las personas no habituadas al alcohol, aunque luego se enteraría de que alcohol ya bebían. De cualquier modo, una mala borrachera de alguien podría echar por la borda todo el buen ambiente conseguido.

Fue la chamana Attakonas la que mandó vigilar que nadie atravesara el camino que comunicaba con las fuentes de la lavandería e impidió que los nueve integrantes del grupo expedicionario que acompañaban en la misión a Ochoa fueran descubiertos. Fue ella la que alertó al vasco para que se personara donde sus hombres y, al principio, hasta le aconsejó que regresaran todos a la embarcación y se personaran de nuevo, a los dos días, para ser recibidos en la sede del consejo comunal del poblado Timukúa como una embajada de Baskonia.

Sin embargo, algo hizo cambiar los planes porque finalmente, le pareció mejor que Ochoa se quedara en tierra, con la compañía de únicamente dos soldados para no crear suspicacias. Consideró también que era mejor que el resto de la expedición regresara en una *txalupa* al barco e informara al capitán y a la esposa de Ochoa de los planes en curso. De igual modo, la chamana Attakonas decidió que la primera reunión para el acuerdo de cooperación debería celebrarse en el barco de los extranjeros, en lugar de reunirse en el consejo comunal del poblado Timukúa. Sabía por experiencia que una reunión fuera del poblado permitiría un acuerdo más rápido. A partir de entonces, los siguientes acuerdos serían más fáciles de alcanzar, ya que los Timukúa cumplirían su palabra y respetarían el acuerdo con sus vidas.

Ochoa era bien consciente que sin el apoyo desinteresado de la chamana Attakonas y sin la eficaz cooperación de la hermandad de mujeres algonquinas hubieran tenido problemas para hacer los trabajos de cartografía desde tierra, con lo que ello hubiera afectado a la calidad final de los trabajos en curso. Hubo varias mujeres algonquinas, casadas con personajes importantes de la vida económica

y social del poblado, que contribuyeron a que el acuerdo intercontinental fuera rápido y posible.

En menos de dos días, y siguiendo las instrucciones de la chamana, una mujer algonquina llamada Kapatamin y que, a su vez, era la esposa del mandatario encargado de la fabricación de cinturones y calzado de piel de caimán, consiguió que el jefe de la tribu y algunos representantes del consejo comunal del poblado Timukúa se reunieran en su casa con Ochoa de Andraka, aunque de manera informal. Se trataba de una gran casa, construida en medio de los pantanos donde se cazaban los caimanes. Precisamente, en esa casa era donde se habían hospedado Ochoa de Andraka y sus dos soldados de escolta.

Katapamin nació en el seno de una familia algonquina perteneciente a uno de los poblados situados más al sur de la bahía de Txesapiuk. Ella tenía dieciséis años cuando sus padres habían acordado casarla con un joven Lenape del poblado de la isla de Manahattan. La noche que llegó una delegación Lenape acompañando a su novio, tuvo ocasión de conocerle y lo que habló, vio y tocó de él, le gustó.

Aquella cena donde se acordó definitivamente el casamiento que se celebraría al mediodía del día siguiente, Katapamin se acostó un poco más tarde que de costumbre llena de sueños de vida, fantasías eróticas y juveniles ilusiones, pero apenas pudo ver el amanecer porque aquella noche fue sacada violenta y salvajemente de la cama y separada de su padre y de sus hermanos que yacían muertos en el suelo con sus caras machacadas. Entonces, el horror se apoderó de Katapamin y entró en shock.

Al ver a su abuela muerta con el cráneo destrozado por el golpe de un *tomahawk*, un ácido y profundo vómito le hizo casi ahogarse y hasta perder el sentido. Su madre la agarró de los hombros e impidió que cayera al suelo. Sin duda, su madre la rescató de una muerte segura porque un guerrero iroqués ya había saltado para rematarla en el suelo con su *tomahawk*.

Así, en medio de un gran caos, fuego, sangre y desesperación, su madre, su hermana pequeña y ella fueron obligadas entre gritos a caminar espoleadas por unos guerreros demoníacos que mataban por placer, con sus cuerpos pintados de rojo y totalmente drogados. Tras una semana de duras caminatas, la madre y las dos hijas que quedaban de aquella familia algonquina fueron compradas a los iroqueses como un lote por un comerciante de esclavas cuyo objetivo eran venderlas después en diferentes poblados Timukúa.

Al cambiar de amos, el trato y la alimentación que empezaron a recibir por parte de los mercaderes de esclavas era bastante mejor que

el que recibían por parte de los iroqueses. Se acabaron los golpes y los azotes, las raciones de agua y comida fueron mayores y las caminatas fueron algo más cortas o, al menos, duraban solo hasta media tarde. Cuando atravesaron un vado del río Altamaha y llegaron a la orilla opuesta, Katapamin y su madre sabían que entraban en territorio Timukúa y que pronto las tres serían vendidas a diferentes amos lo que les obligaría a separarse entre ellas.

V

La primera semana tras la adopción del acuerdo de cooperación Baskonia-Timukúa, Ochoa y Naomi la dedicaron a visitar aquella nación situada en el istmo de la península de Txini. Cuando llegaron al mar de poniente que los Timukúa denominaban mar de Txini descubrieron que la línea de costa se adentraba hacia el oeste hasta llegar al fondo de un gran golfo de mar cuya profundidad era de unas 700-800 millas náuticas. Por otro lado, según la información que recogieron sobre las otras tribus, además de los Timukúa, en 1488, había otras tres tribus que habitaban la Península de Txini: los Tequesta, los Calusa y los Tocobaga.

Los Tequesta

Los Tequesta vivían al sureste de la península de Txini. Eran de estatura baja y no practicaban ninguna forma de agricultura. Pescaban, cazaban y recolectaban los frutos y las raíces de las plantas locales. La mayor parte de su comida provenía del mar. Su dieta diaria estaba compuesta de peces, tortugas, caracoles, ballenas y langostas. La foca era un alimento reservado solo para las clases altas de la tribu.

También pescaban manatíes, tiburones, pez vela, marsopas, rayas y peces pequeños. A pesar de su abundancia local, ostras y almejas eran solo una parte menor de la dieta de los Tequesta. La carne de venado también era popular, al igual que las tortugas marinas y sus huevos.

Los Tequesta también consumían muchos alimentos vegetales, incluyendo bayas de palma, uvas de mar, frutos de nopal, manzanas, ciruelas, nueces y semillas. También consumían raíces de zamia comestibles que se molían para hacer harina y producir un tipo de pan sin levadura. Ello no era tarea fácil ya que el almidón de zamia sin procesar es venenoso.

Los Tequesta cambiaban su hábitat a lo largo del año. En particular, la mayoría de los habitantes de sus poblados principales se mudaban a las islas de barrera o a los cayos de Txini durante la peor temporada del año que se caracterizaba por estar plagada de mosquitos y que duraba aproximadamente los tres meses de verano. Si

bien los recursos de esta zona permitieron una existencia no agrícola algo establecida, los Tequesta no eran tan ricos como los de la costa suroeste de Florida donde habitaban los Calusa que eran más numerosos.

Los Tequesta vivían en chozas o en casas de cinco pisos. Otras tribus en el sur de Florida vivían en casas hechas con postes de madera, pisos elevados y techos hechos con hojas de palma que rompían el viento y tapaban del sol. La ropa que utilizaban era mínima. Los hombres vestían una especie de taparrabos hechos de piel de ciervo, mientras que las mujeres utilizaban faldas de fibras vegetales que colgaban de un cinturón.

Los Tequesta utilizaban las conchas y los dientes de tiburón para fabricar una gran variedad de herramientas. Entre éstas se incluyen: martillos, cinceles, anzuelos, vasos y puntas de lanza. Los dientes de los tiburones se usaban para tallar troncos, para hacer canoas, *etc.*

El chamán de la tribu de los Tequesta tenía mucho poder. Como curiosidad se destaca que los Tequesta también creían que los humanos tenían tres almas. Un alma residía en los ojos, otra alma en la sombra de las personas y, finalmente, la tercera alma se encontraba en el reflejo que producía el ser humano sobre los cuerpos de agua, como ocurre con la superficie de las aguas de los ríos y lagos que muchas veces actuaban como espejos.

Los Calusa

Los Calusa tenían muy mala reputación. Tenían fama de practicar la piratería, la tortura y el canibalismo. Sus casas estaban en el bosque rodeadas de estacas, y sus edificios sagrados se construían en montículos de cima aplanada. Su caudillo debía casarse con su hermana. Eran los señores de la guerra. Vivían en unos 50 poblados diseminados por las costas arenosas del extremo suroeste de la península de Txini. Los hombres Calusa eran bastante más altos que los Tequesta. El nombre de Calusa significa "*gente feroz*", y según los Timukúa eran gente feroz y pendenciera.

Los Calusa vivía en la costa y a lo largo de las vías fluviales interiores. Construyeron sus casas sobre pilotes y tejieron hojas de palma para cubrir los techos de sus casas, pero no construyeron ninguna pared. Los indios Calusa no cultivaban como los de la tribu Timukúa. En cambio, eran muy buenos pescadores a lo largo de la costa, de las bahías, de los ríos y de las vías fluviales. Los hombres y los niños de la tribu hacían redes con hojas de palmera para atrapar salmonetes y otras especies de peces. Utilizaban lanzas para atrapar anguilas y tortugas y hacían puntas de flecha con las espinas de pescado para cazar animales como ciervos.

Las mujeres y los niños aprendieron a recoger mariscos como eran los magurios o caracolas de mar, cangrejos, almejas, langostas y ostras. Los hombres tenían el pelo largo hasta la cadera y solo vestían pantalones de piel de venado curtidos con cinturones intrincados para mostrar su posición en la tribu. Por el contrario, las mujeres iban vestidas con prendas tejidas de musgo y hojas de palma.

Los Calusa no fabricaban muchos artículos de cerámica. Usaron las conchas para herramientas, utensilios, joyas y adornos para sus santuarios. Las lanzas de concha fueron hechas para la pesca y la caza. Construyeron enormes montículos de conchas y fosos profundos para proteger sus aldeas, elevando sus cabañas sobre montículos de conchas.

Los Calusa eran grandes marinos. El río Calusahahatxi, que significa "*río de los Calusa*", era su principal vía fluvial. Viajaban en canoas, que estaban hechas de troncos de ciprés ahuecados y que medían unos cinco metros de eslora. Estas canoas eran utilizadas para viajar a las islas del golfo que se abría al sur de la península de Txini para comerciar con pescado y ámbar.

Los Tocobaga [42]

Los Tocobaga vivían al oeste de la región central de la península de Txini. Su territorio era el área correspondiente al extremo norte donde vivían en pequeñas aldeas. Cada aldea estaba situada alrededor de un área pública que se utilizaba como lugar de reunión. Las casas eran generalmente redondas y construidas con postes de madera que sostenían un techo de hojas de palma.

Los Tocobaga construyeron montículos dentro de sus aldeas. Un montículo es una gran pila de tierra, conchas o piedras. La casa del jefe y el templo de la tribu fueron construidos sobre un montículo. También construyeron túmulos funerarios fuera del área principal del pueblo como un lugar para enterrar a los muertos.

Las mujeres Tocobaga construían basureros de conchas que se convertían en montículos y que estaban ubicados al lado de su cocina. Estos basureros fueron creados por el alto consumo de mariscos como alimento, ya que los pescaban y recolectaban como su principal fuente de alimento. También comían manatíes que abundaban en aguas cercanas.

De igual modo, el área donde vivían era rica en animales como ciervos, conejos, armadillos y ardillas. Como resultado de ello, los Tocobaga se convirtieron en grandes cazadores. También recolectaban una variedad de bayas, nueces y frutas para complementar su dieta. Curiosamente, los indios de Tocobaga importaban maíz de tribus del norte.

Los Tocobaga desarrollaron muchas herramientas para cazar, cocinar y comer. Una de esas herramientas fue el azadón que estaba hecho de una concha o piedra puntiaguda atada al extremo de una rama curva y que se utilizaba para cavar. También inventaron una herramienta resistente que utilizaban para excavar almejas y lanzas especiales para cazar animales como los ciervos. A su vez, los Tocobaga eran alfareros expertos.

VI

A lo largo del último mes, los expedicionarios vascos habían estado fondeando la nao "Ciburu" en diferentes puntos situados a lo largo de la península de Txini. Habían llegado hasta la posición geográfica: *Latitud 25,7° Norte; Longitud 54° Oeste* donde, al este, se encontraba un archipiélago de pequeñas islas y, al oeste, se abría el Océano Atlántico. Si se seguía la costa de la península de Txini hacia poniente, la línea de costa se curvaba para adquirir una orientación casi sur-norte. Cuando constataron aquello, Ochoa y Naomi comprendieron por qué le daban a la península el nombre de Txini que en el idioma Timukúa significaba "*nariz*".

Acomodados en el barco, e invitados por Ochoa de Andraka, los acompañaban Katapamin, su esposo Mocama –el *holatamaki* o jefe del sector del cuero y calzado– y la hija de ambos, Alatxua, que ya había cumplido los 15 años. Los indígenas navegarían con los vascos desde el Timukuán oriental hasta el Timukuán occidental, caboteando toda la península de Txini.

Mocama, cuyo nombre en lengua timukúa significaba océano, no dejaba de observar el horizonte. Estaba completamente maravillado de que se pudiera navegar en un barco que era mucho más grande que veinte casas. Pero no decía que no a nada. Incluso, cuando el maestre capitán, Johan de Ursua, le propuso subir a la cofa de vigía de la nao para que pudiera observar la mar y la costa de Txini con mayor detalle y profundidad, miró al palo mayor y luego a la plataforma en forma de D donde se asentaba el vigía y que se conocía como la cofa, le miró a Ochoa y contestó que subirían los dos.

–¿Qué islas son aquellas que se ven hacia el este? –preguntó Ochoa, señalando a un archipiélago de islas hacia oriente. Desde la cofa del vigía, situada a unos 15 metros de altura sobre la superficie del mar, se alcanzaba a ver un horizonte situado hasta a unos 14 km o 7,56 millas náuticas de distancia.

–Son las islas de los Lucayo [43] –contestó sonriente Mocama por la emoción que le producía ver aquellas islas desde la altura para añadir:

–Ahora se ven más islas porque es bajamar.

A partir de ese punto el viento comenzó a soplar desde el sureste, con lo que la nao viró y se colocó rumbo SSO. Ochoa le indicó a Mocama que se agarrara fuerte a los cabos de la jarcia. Iba a precisarle que se agarrara fuerte a los obenques del mastelero, pero se dio cuenta de que Mocama no le entendería.

Así que Ochoa se agarró primero a los obenques y, después, le señaló por señas que hiciera él lo mismo. Funcionó pues, en su maniobra, el barco escoró y Mocama evitó quedar colgado del cabo de seguridad que le sujetaba a la cofa de vigía.

Como estaba previsto, la nao enfiló hacia el oeste de manera que a estribor del barco se colocaría muy pronto la península de Txini y la gran isla de Cubao quedaría mucho más lejos a babor. Según Mocama, pronto empezarían a surgir a estribor los miles de pequeñas islas que constituyen los Cayos de Sur. Estas pequeñas islas forman una barrera natural que divide el Océano Atlántico –que quedaría hacia el este– del brazo de mar interior que, pasando entre la isla de Cubao [44] y la península de Txini, comunica con el golfo Cálido, una gran masa de agua de mar que quedaría hacia el oeste.

Cuando sobrepasaron el último cayo situado más hacia poniente, el viento varió de nuevo y empezó a soplar una fuerte brisa de tierra que provenía del norte y que obligó a la nao a izar velas. De este modo, se evitaba que la embarcación fuera arrastrada por el viento hacia el sur. Felizmente, consiguieron encontrar refugio gracias a la habilidad del piloto y a la vela de mesana en una cala de aquella pequeña isla o cayo.

El único y más grave problema era que la espera hasta encontrar vientos favorables podía durar muchos días. Además, se sabía que aquellos cayos estaban habitados por los terribles y sanguinarios piratas de la tribu de los Calusa. Asimismo, eran muy buenos navegantes con sus canoas. Con todos estos datos, el maestre y capitán de la nao, Johan de Ursua, ordenó reforzar la guardia mientras estuvieran fondeados allí. La información que los Timukúa les trasmitieron sobre esta tribu no era nada buena y tampoco ellos podían arriesgarse.

A bordo, la vida discurría muy normal, o al menos, eso se intentaba aparentar, pero tanto Johan como Ochoa y el resto de la tripulación sabían que noche que pasaran fondeados en aquella cala, noche que todos correrían un gran peligro de ser abordados. El primer día amaneció con total tranquilidad y la preocupación pasó a ser si soplarían vientos favorables. Hacia media tarde, el vigía advirtió que había visto varios indios agazapados en tierra que escudriñaron el

barco durante horas.

Naomi estaba manteniendo un temple y un dominio de sí misma ante la situación que tanto a su esposo como al capitán Ursua, les creaba admiración. Lo mismo pasaba con los invitados Timukúa, Katapamin y su familia. Incluso, al resto de la tripulación les estaba dejando impresionados. No solo pasaba mucho tiempo junto con su esposo Ochoa, además tomaba mediciones, trasladaba los valores obtenidos a las cartas náuticas y dibujaba mapas y paisajes.

Naomi también atendía especialmente a Katapamin y a su hija Alatxua. Pero lo que era más impresionante de alguien que era mujer, era que, desde la víspera, y por orden del capitán, se encargaba de organizar la vida de todos a bordo. Ella logró que pareciera una rutina aquello que no era más que la respuesta eficaz a una situación de máximo riesgo para sus vidas.

Poco antes del anochecer, se reunieron en el camarote del capitán, el matrimonio Andraka-Besalú, el matrimonio Mocama-Katapamin, el contramaestre, el escribano, el cirujano y el sargento. Todos eran conscientes de que era muy probable que el abordaje por los piratas Calusa se produjera aquella noche. Decidieron reforzar la guardia al máximo.

Para empezar, se decidió que los invitados: Mocama, Katapamin y Alatxua deberían ser puestos cuanto antes en un lugar seguro. Esa noche ellos dormirían en el camarote de Ochoa y Naomi, y serían custodiados por cuatro soldados apostados en el pasillo de acceso al castillo de popa.

El resto, incluido el capitán Ursua, fueron a ocupar sus posiciones. Sabían que la luna en su fase de gibosa creciente saldría después de la medianoche y que el abordaje se produciría antes para que, amparándose en la oscuridad, éste fuera más fácil de llevar a cabo.

Durante toda la mañana, Naomi había estado preparando un plan de defensa junto con su marido y cuando lo hubieron terminado, ella dibujó una nueva distribución de la cubierta de la nao, cuajada de trampas mortales. Estas trampas anularían las fuerzas del enemigo y le obligarían a moverse por cubierta en unas condiciones de lucha en solitario que serían muy desfavorables para los piratas Calusa.

–¡Es genial! –exclamó entusiasmado el capitán Ursua–. De este modo, los Calusa no tendrán más remedio que caminar de uno en uno y ello les obligará a caer en nuestras trampas y emboscadas mortales.

A Johan, el plan de defensa que le habían presentado sus primos le pareció increíblemente ingenioso. Todo el mundo a bordo estaba enterado de qué es lo que tenía que hacer y cuál sería el puesto que debería ocupar. Así pues, cuando a la hora y media de la caída del sol,

surgió una noche oscura, cubierta de nubes y sin la luz de la Luna, la nao levantó suavemente el ancla.

De este modo, el barco quedó un tiempo a la deriva arrastrado por una corriente caliente que se movía hacia el este y que rozaba la costa de la península de Txini. Tenía una anchura de unos mil kilómetros y se desplazaba a una velocidad máxima de casi 1,8 m/s, equivalente a unos 3,5 nudos. Esta corriente era la que había ralentizado la navegación de la nao por las costas de Txini, a pesar de navegar siempre con vientos favorables.

Al quedar a la deriva el barco, el maestre capitán mandó desplegar las velas para aprovechar el viento norte y desplazarse más al sur. Cuando pasaron tan solo diez minutos, el barco volvió lanzar el ancla al agua y quedó fondeado de nuevo habiéndose desplazado unos cuatrocientos metros hacia el sureste.

Naomi había calculado que, en la cala, la velocidad de la corriente caliente era tan solo de medio metro por segundo. Se trataba de que el barco se desplazara unos trescientos metros al este de la ensenada por la corriente y unos 150 metros hacia el sur empujado por el viento. Ello despistaría a los piratas sobre la ubicación del barco.

Media hora después de que la nao se hubiera desplazado, surgieron unas veinte canoas, con cinco guerreros Calusa cada una, que habían acudido desconcertadas hasta el lugar donde se suponía que se encontraría el barco. Por otro lado, y a unos cien metros al oeste de donde hasta hace poco había estado fondeada la nao “Ciburu” y ahora se encontraban los sanguinarios piratas Calusa, aguardaban tres *txalupas* fondeadas que estaban cargadas, cada una de ellas, con un tonel de 100 litros de aceite de ballena que iban desparramando sobre la superficie del agua.

Cuando tan solo había trascurrido medio minuto desde que cayera la última gota de aceite al agua, sonó el ululato de un búho y, al instante, se prendieron tres antorchas en cada uno de los botes que fueron lanzadas a lo lejos y, al caer, prendieron fuego al mar, haciendo que las llamas se extendieran rápidamente hacia el este, alcanzado a algunas embarcaciones de los indios Calusa. La reacción de los indios fue la de tirarse al agua, pero ello hizo que muchos guerreros murieran quemados, cuando no ahogados.

A lo lejos, hacia el sureste, las luces de las llamas mostraban la estructura desafiante de los tres palos de la nao. Parecía un buque fantasma que emergía desafiante al fuego. De las veinte canoas que llegaron, se juntaron seis y decidieron abordar a la nao. Durante su enloquecida remada en la dirección donde se encontraba el barco, las seis canoas, antes de iniciar el abordaje, se apelotonaron bajo la

cubierta de babor con la intención de escalar su barandilla y saltar sobre el barco. A lo lejos, mientras el fuego se iba apagando poco a poco en el mar, también se oían gritos y algún disparo de arcabuz.

VII

La noche había sido larga pero no por la batalla naval mantenida sino porque habían tenido que esperar a la llegada del día para poder hacer un balance completo de lo sucedido. Hacia las diez de la mañana, el maestre capitán Johan de Ursua convocó a su equipo de gobierno para informar de los daños y pérdidas sufridas durante el abordaje pirata de la pasada noche.

–Antes de nada, tengo que agradecer la valentía que toda la tripulación ha demostrado esta noche, enfrentándose a un enemigo tan cruel y despiadado como son los Calusa y que todos conocemos por la fama que les precede. La victoria ha sido total y completa –enfatizó el capitán Johan de Ursua–. Sin embargo, hemos de lamentar que hemos tenido dos bajas y tres heridos de pronóstico más o menos leve. Los enemigos han sufrido unas pérdidas importantes, sobre todo si tenemos en cuenta que el número de canoas que emplearon para el abordaje nocturno fue de unas veinte, lo que representa que las fuerzas enemigas superaban el centenar. Hasta el momento hemos podido contabilizar que ellos perdieron más de sesenta efectivos y el resto desapareció en la batalla, seguramente arrastrados por la corriente. No tenemos ningún prisionero –al llegar a este punto el contramaestre levantó la mano para preguntar algo y Ursua le concedió la palabra.

–¡Mi capitán!, tan solo quisiera saber si ya podemos empezar a levantar las trampas que preparamos para así despejar el paso por la cubierta del barco.

–Mejor será que esperemos hasta que logremos zarpar de los cayos rumbo a Timukuán occidental y podamos llevar a casa a nuestros invitados –contestó el capitán Ursua, para añadir:

–Hace una hora me he reunido con nuestro invitado Timukúa, Mocama, al objeto de identificar algunos de los piratas, por si entre ellos se encontraba algún mandatario conocido, y me ha confirmado mis sospechas. El abordaje no lo ha efectuado nadie del poblado Calusa local, sino que lo ha perpetrado el heredero del máximo dirigente de la nación Calusa y sus criminales guerreros. La noticia de la derrota que han sufrido estos asesinos pronto llegará a todas partes. Por eso, si los vientos continúan sin sernos favorables deberemos prepararnos por si esta noche sufrimos otro intento de abordaje.

Ochoa agarró la mano de su esposa y la apretó con fuerza. Quería darle las gracias por haber ideado un plan tan increíble que les había permitido sobrevivir ante unos guerreros de élite tan feroces. El hecho de reducir la fuerza de ataque con el empleo de fuego fue una genialidad, pero la forma como su esposa había diseñado hacer que la cubierta de la nao se convirtiera en una ratonera que únicamente conducía a la muerte, no tenía palabras para explicarlo.

Todas las barandillas de la nao estaban cubiertas con tablas que tenían clavos punzantes con la punta hacia fuera, lo cual hacia imposible apoyarse en ellas para escalar al barco, por si ello fuera poco, el pasillo lateral de la única entrada a la cubierta tenía un piso similar con clavos que penetraban en la planta de los pies a cualquier pirata que con sus mocasines pisara dicho suelo.

Ello obligaba a que quien quisiera abordar el barco lo tuviera que hacer por una escala situada en la amura de estribor que conducía a un pasillo largo y estrecho, y arrastrarse reptando por él para entrar en un espacio que obligaba a sacar la cabeza por un hueco con la intención clara de sacar luego el cuerpo por el mismo agujero y seguir por otro pasillo estrecho situado bajo cubierta con clavos largos y punzantes en las paredes que apuntaban a la dirección de entrada, pero que travesaban la piel y el cuerpo de los que iban en la dirección contraria.

Cuando ya ningún Calusa quedó sin entrar en el diabólico laberinto, las picas entraban por el techo atravesando la espalda de todos aquellos que reptaban entre gritos de horror y de muerte y ríos de sangre. Quienes se libraban y sacaban la cabeza eran degollados con un hacha y sacados al pasillo para hacer sitio de manera que otro sacara su cabeza y ésta le fuera a su vez cortada.

Los Calusa que entraron los primeros y llegaron casi hasta el final, fueron empujados bruscamente hacia atrás mediante el impacto de unos tablones que les hicieron chocar contra una pared de largos pinchos hechos con clavos y, con las tripas perforadas, allí murieron desangrados entre gritos horribles de dolor. Cuando llegaron las primeras luces del día, en aquel laberinto del horror, se encontraron dieciocho cadáveres de piratas que habían entrado con la intención de matar a casi todos y al resto guardarlos y cebarlos, para luego comerlos.

Capítulo 16°
Desde la nación Timukúa hasta el paraíso de la isla del Bohío [45] pasando por el mar de los Aztecas y el mar de los Mayas

I

A comienzos del año 1489, la fiesta de despedida que les organizó el matrimonio Mocama-Katapamin en el Timukuán occidental, fue muy sencilla, pero también muy sincera y entrañable. Aunque lo hicieron por turnos también asistió a la fiesta la totalidad de la tripulación.

Llevaban casi dos meses viviendo en aquella tierra tan plana –cuya altura media con respecto al nivel del mar apenas alcanzaba los tres metros– y se habían quedado sin conocer los huracanes de los que todo el mundo hablaba. Sin embargo, habían visto lo que significaba enfrentarse a una jauría de asesinos y tener que luchar por la vida a cualquier precio.

A nadie de los allí presentes se le olvidaría nunca lo sufrido aquella noche en la que se enfrentaron a más de cien piratas crueles y sanguinarios. En el momento de los discursos, Naomi quiso dejar claro delante de todos que ella no había sido la creadora del plan, sino que todo había sido producto de lo que cada uno fue aportando. Ella, junto a su marido, se habían ocupado de que aquello fuera posible.

Lo contrastaron entre todos y dieron con la solución que ofrecía el menor riesgo. De este modo, todo el mundo supo lo que había que hacer y por qué lo hacían. Ayudó mucho que todos se concienciaran de que cada uno, haciendo su parte, también salvaba la vida a los demás. Finalmente, ella recordó la memoria de los dos marineros muertos en la batalla y, entre todos, se oyó una ovación que actuó de traca final.

Mocama y Katapamin habían organizado reuniones como diferentes personas que conocían o habían estado en los territorios hacia los cuales se dirigían y que se encontraban en las costas del golfo Cálido [46] como así lo conocían en aquella región. Casi todos

con los que se reunieron coincidieron en aconsejarles que tuvieran mucho cuidado con la nación Azteca que había conquistado al resto de naciones próximas y se había constituido en un imperio muy poderoso que gobernaba en base a la imposición de la fuerza y del terror sobre sus naciones vasallas.

En efecto, el Imperio azteca era una especie de entidad para el control territorial, político y económico. En realidad, estaba integrada por los dominios de la Triple Alianza entre las naciones de Texcoco, Tlacopan y México-Tenochtitlan. Las tierras de la Alianza se gobernaban efectivamente desde Tenochtitlan[47], mientras que los otros socios de la alianza habían asumido roles subsidiarios.

Según manifestaron dos constructores de ciudades Timukúa, que pasaron dos años aprendiendo las técnicas utilizadas para la construcción de la ciudad mexica de Tenochtitlan (aztecas) y de las ciudades de la península de Ma'ya'ab[48] (mayas) y que habían regresado recientemente a Timukuán, habían pasado tanto miedo durante el tiempo que vivieron entre los aztecas y los mayas que juraron que no volverían allá nunca más.

Según explicaron, Tenochtitlan era la ciudad sagrada del pueblo mexica y la capital del Imperio azteca. Una ciudad rodeada de canales que estaba siendo muy bien construida sobre un lago, pero también era una ciudad que se había convertido en el centro de miles de sacrificios rituales, donde la muerte era solo el principio. Cuando los sacerdotes arrancaban el corazón a sus víctimas, éstas apenas iniciaban un viaje hacia un mundo espiritual espeluznante que continuaba con la decapitación de las víctimas para luego descuartizarlas con unas cuchillas de obsidiana hasta dejar limpios los huesos del cráneo y la cara.

Así pues, Tenochtitlan era también un régimen de terror encarnado en el seno de una religión que adoraba a unos dioses que nunca se saciaban con la sangre humana que se les sacrificaba. Por ello, nadie que fuera extranjero y que tuviera el más mínimo sentido del horror sobre lo que representan los sacrificios humanos podría vivir tranquilo en aquel régimen.

Por lo que se refería a los grandes centros urbanos mayas de la península del Ma'ya'ab tampoco se podía garantizar seguridad alguna. Cada ciudad maya tenía su autogobierno y su propia fuerza militar y, con bastante frecuencia, estas ciudades se encontraban en guerra, haciendo prisioneros que ofrecían a sus dioses como sacrificio. En la península de Ma'ya'ab, los sacrificios humanos eran consustanciales a su propia cruenta religión.

Por ello, estos dos constructores Timukúa consideraban también

que los riesgos que podía contraer cualquier extranjero que se encontrara viviendo en algunas de las ciudades maya en guerra eran enormes. La suspicacia era tremenda. Un extranjero podía ser acusado de espiar para las otras ciudades enemigas a nada que hiciera alguna pregunta relacionada con el urbanismo y la vida económica y social. Lo cual era prácticamente imposible si uno era mínimamente curioso.

Por ello, la recomendación que les dieron fue que no entraran en contacto con el Imperio azteca y que tampoco mantuvieran relación alguna con la civilización maya. Por el contrario, sí que les recomendaron visitar alguna isla del golfo Cálido como la isla de Cubao, la isla del Bohío, la isla de Borinken[49] (Borikúa) y la isla de Jamaica[50]. En especial, recomendaron visitar la isla más bella y también la más poblada: la isla del Bohío.

II

Desde que zarparon del territorio de los Timukúa repletos de víveres y de agua, la navegación de la nao "Ciburu" hacia el oeste estaba sufriendo muchos vientos variables. Eran vientos que, muchas veces, por el hecho de no ser favorables, obligaban a fondear el barco, pero, debido ala experiencia sufrida en los cayos, procuraban hacerlo lo más lejos posible de la costa.

En efecto, después de la trágica y sangrienta experiencia sufrida con los Calusa y de la información tan negativa que habían recibido sobre los aztecas, los mayas y otras tribus residentes en las zonas costeras preferían ser prudentes. Es cierto que tendrían que ir caboteando por aquellas costas del golfo Cálido, pero habían bajado mucho los ánimos de tener contacto con otros grupos indígenas. Por esa razón, el maestre capitán Johan de Ursua prefería fondear a un mínimo de cinco millas náuticas de la costa.

El hecho de observar todos los días una gran cantidad de delfines que iban acompañando al barco era, sin duda, un espectáculo que animaba mucho a la tripulación. Sobre todo, le entusiasmaba a Naomi, que se notaba que ya estaba cansada de tantos días de viaje. En realidad, todos estaban cansados y por eso se buscaban otras actividades en las que ocuparse y, así, pasar el tiempo mientras se esperaba a que soplaran vientos que fueran favorables.

Por ello, cuando permanecían fondeados durante algunos días, Ochoa animaba a otros muchos marineros a dedicarse a pescar con cañas o a lanzar las redes para capturar peces y mariscos, tales como la corvina, el pargo, el mero, el gallo, la trucha moteada y el sargo entre los diferentes tipos de peces y los cangrejos azules, los

camarones marrones y blancos y algunas langostas. En aquella nao, el cocinero cumplía su tarea de manera excelente y cuando él contaba con peces o mariscos de calidad y recién pescados, entonces las comidas podían llegar a ser espectaculares.

A finales de enero del 1489, en la posición geográfica: *Latitud 28,70° Norte; Longitud 66,33° Oeste*, se encontraron con el delta de un gran río que los nativos llamaban Misisipi en lengua ojibua, que es un idioma que tiene rasgos parecidos a la lengua algonquina, y que significa "grandes aguas" o "padre de las aguas".Por otro lado, la navegación iba muy despacio, habían transcurrido veintitrés días desde que zarparon de Timukúa y tan solo habían recorrido 440 millas náuticas.

Pero no todo iba saliendo mal, necesitaban hacerse con vegetales y con agua fresca y aquel delta del Misisipi lo facilitó todo. Los vascos comprobaron que a casi 10 millas náuticas de la costa el agua que descargaba el río Misisipi era dulce por lo que podían rellenar las barricas en la mar.

Además, las tres *txalupas* que marcharon a las islas del delta del Misisipi en busca de vegetales regresaron con casi 200 kg de piña tropical que habían encontrado que se cultivaba en algunas islas habitadas. Tropezaron con los nativos que, al verlos, se dieron un susto de muerte. Al final, pudieron intercambiar espejos y collares por piña tropical y maíz.

El trayecto hasta el territorio azteca se realizó caboteando la costa del golfo Cálido y arribaron el día 5 de febrero de 1489 hasta la posición que más al oeste que habían alcanzado del Nuevo Mundo cuyas coordenadas geográficas eran: *Latitud 23,73° Norte, Longitud -71,7° Oeste*. A partir de este punto contornearían la costa azteca y la costa maya para enfilar hacia la isla de Cubao.

III

En la posición geográfica: *Latitud 21,91° Norte, Longitud -72,0° Oeste*, la nao "Ciburu" abandonó la línea de costa de la península de Ma'ya'ab, en territorio maya, que seguía la dirección norte-sur y enfiló lentamente en dirección oeste. La velocidad de la nao era muy baja a pesar de contar con viento de popa. Ello era debido a que una corriente de agua caliente iba en dirección este y frenaba la velocidad de desplazamiento de la nao a pesar de soplar viento ONO [51].

Alguna vez, Ochoa y Naomi habían comprobado en sus mediciones a lo largo del golfo Cálido que la nao "Ciburu", a pesar de contar con viento a favor, en realidad iba retrocediendo, al ser arrastrada por

aquella extraordinaria corriente caliente. El lugar geográfico por donde surgía con fuerza la corriente caliente hacia el Océano Atlántico era el estrecho formado por la península de Txini y la isla de Cubao.

En esos tramos tan difíciles de navegar, el maestre capitán Ursua había aprendido que para navegar en sentido contrario a la corriente caliente del golfo Cálido debía hacerlo, o bien con fuertes vientos favorables que soplaran contracorriente, o bien navegando cerca de la costa cuando los vientos fueran más débiles.

En el momento que el vigía logró divisar la costa occidental de la isla de Cubao y dio el grito de alerta, el piloto viró ligeramente a estribor para continuar navegando siguiendo la línea costera del sur de la isla. En base a la información que había recibido por los Timukúa, los vascos desistieron de desembarcar en la isla de Cubao.

Sabían, por la información recogida, que la tribu hegemónica era la de los Taínos, aunque también debían existir algunas otras tribus como los Siboneyes que eran indígenas más atrasados y salvajes que habitaban los territorios situados más hacia el oeste de la isla de Cubao y vivían en cuevas y abrigos habitables en las rocas, cerca de las playas o los ríos y, en ocasiones, vivían también en campo abierto, en bohíos fabricados de manera muy tosca.

Los Siboneyes se alimentaban de productos naturales y no poseían ningún conocimiento de la agricultura. Algunos de los frutos con los que se sustentaban, los comían en sazón o cuando éstos estaban ya maduros, tomándolos directamente de las plantas que los producían. Otros frutos, como los cocos y los corojos, los almacenaban en cuevas para ser consumidos durante las épocas de escasez de alimentos. Los cangrejos terrestres y los caracoles formaban una gran parte del alimento diario del los Siboneyes. Si bien, también comían con frecuencia pescado, roedores y otros pequeños animales.

Por otro lado, los Taínos, que en el idioma de ellos quiere decir: “gente buena y pacífica”,vivían en pequeños poblados situados en terrenos llanos de cultivo, donde tuviesen un suministro de agua potable cerca. Las casas se construían alrededor de un espacio vacío, llamado *batey*. Eran de madera y de forma circular. Las paredes estaban hechas de gruesas estacas clavadas en el suelo y los techos estaban hechos con varas de madera, a las cuales amarraban cujes, destinados a atar en ellos las pencas u hojas de palma.

Para navegar por los ríos y por el mar, los Taínos construían canoas a partir de grandes troncos ahuecados por medio del fuego, de modo que quedara una sola cavidad. Algunas eran muy grandes y estaban muy bien construidas y se impulsaban a base de remos.

Para cortar madera y realizar otros usos semejantes, los Taínos

utilizaban una piedra muy dura, conocida como pedernal, con las que fabricaban hachas. Algunas hachas las pulían muy bien, dándoles una forma tan perfecta, que resultan muy difíciles de superar. Estas hachas se montaban y amarraban en mangos de madera. Los Taínos realizaban también trabajos de talla de piezas de madera, de hueso y, de conchas, utilizando cuchillos, raspadores y taladros hechos de pedernal.

Pulían los objetos empleando para ello piedras areniscas, destacando sus tallas de concha y de madera. A su vez, los objetos eran decorados con patrones o modelos geométricos, generalmente círculos, óvalos y complicados dibujos de líneas, con figuras representando formas convencionales de personas, animales y seres sobrenaturales.

Sus principales diversiones consistían en celebrar unas fiestas llamadas *areitos* que se celebraban casi siempre de noche y consistían en cantar y bailar a la luz de hogueras encendidas en medio del *batey*. Otro de sus placeres consistía en fumar tabaco.

Los Taínos no solían llevar ropa encima y casi siempre iban desnudos. Solo las mujeres Taínas se vestían con un pequeño delantal que solía estar tejido de algodón o de paja. En cambio, les gustaba adornarse mucho, se pintaban el cuerpo y vestían collares y pendientes de piedra, de concha y de hueso, así como aretes circulares de concha para las orejas. También empleaban para el adorno personal semillas, frutas de diversas plantas y plumas de colores vivos y vistosos.

Es importante señalar que dormían en hamacas, que construían a partir de una red de hilos gruesos de algodón y colgaban de las vigas del techo. También tenían unos asientos inclinados a los que llamaban *dujos* y que, con frecuencia, se trabajaban de una manera muy bella. Los Taínos hacían vasijas de madera o de alfarería, hermosamente decoradas, así como cestas de tejidos de hojas de palma y otros materias, que también colgaban de las vigas.

Los Taínos vivían principalmente de sus cosechas de maíz, del casabe que preparaban con los tubérculos de la yuca, y de los frutos de otras plantas indígenas. Preparaban el casabe de yuca que es un pan ácimo, crujiente, delgado y circular hecho de harina de yuca. Además, cultivaban boniatos, tabaco y algodón.

Se dedicaban también a la pesca y a la caza, pero la caza tenía poca importancia porque apenas había algo que cazar. Para la pesca utilizaban, además de redes y anzuelos, unos palos cortos y gruesos, llamados macanas, y jabalinas que eran sus instrumentos favoritos para la caza y la guerra. El arco y la flecha, aunque existían entre

ellos, eran poco usados. Cocían los alimentos en cazuelas u ollas de barro, que fabricaban ellos mismos.

En general, se puede decir que los Taínos eran personas de carácter amable y pacífico. Los padres eran cariñosos con sus hijos y los cuidaban lo mejor que podían. Los que vivían en un mismo pueblo, tenían un jefe, al cual llamaban cacique. El cacique era respetado y obedecido por todos los del pueblo, de manera que mantuvieran unas buenas relaciones. La caza, la pesca y los frutos que recolectaban, se entregaban al cacique y éste lo distribuía después entre todos.

Generalmente, los Taínos eran muy pacíficos. De hecho, los que habitaban un pueblo determinado nunca mantenían peleas contra los moradores de los pueblos próximos. Cada pueblo era independiente y la isla no tenía un gobierno común para todos. Los Taínos no tenían la cualidad de la previsión, propia del hombre civilizado. Pensaban poco en el porvenir y vivían al día. No obstante, eran fieles y leales con sus amigos.

Aunque no eran guerreros, a veces tenían que pelear con indios procedentes de otras islas situadas más al sur y que venían a Cubao y a otras islas, como la del Bohío, a robar y secuestrar mujeres, como hacían principalmente los Caribes de las pequeñas islas de sur, los cuales solían hacer incursiones.

IV

La isla del Bohío era de extraordinaria belleza. Sus límites geográficos eran: al norte, el Océano Atlántico; al sur, el mar de los Caribe; al este, el Canal de Borinken que la separaba de la isla de Borinken; y al oeste, por un lado, el Paso de los Vientos que era el estrecho que separaba a la isla del Bohío de la isla de Cubao y, por el otro, el Canal de Jamaica, que la separaba de la isla de Jamaica.

A la zona más occidental de la isla, le llamaban también *Haití* que significaba “tierra de altas montañas”. Sin embargo, a toda la isla se la conocía como la isla del Bohío en honor a un tipo de cabaña que tenía forma circular y que era utilizada por los Taínos. Los bohíos se construían a base de madera, paja y barro y carecían de ventanas.

Tal como les habían recomendado, los Timukúa de la península de Txini, los vascos iban a desembarcar en uno de los cinco cacicazgos de la isla del Bohío llamado Higüei que estaba situado al sudeste de la isla y que era el cacicazgo más desarrollado de todos. La isla del Bohío era la más poblada del archipiélago y contaba con una población de unos 400.000 aborígenes de etnia mayoritariamente Taína, aunque también había otras etnias como los Lucayo, los Ciguayo y los Caribe.

Todas estas etnias repartidas en cinco cacicazgos:

–el cacicazgo de Jaragüa, situado al noroeste, estaba gobernado por Bohetxío,

–el cacicazgo de Marién, situado al suroeste, estaba gobernado por Guakanagaritz,

–el cacicazgo de Maguá, situado al nordeste, estaba gobernado por Guarionetz,

–el cacicazgo de Maguana, situado en el centro-sur, estaba gobernado por Caonabo y

–el cacicazgo de Higüei, situado al sudeste, estaba gobernado por Kaiakoa.

Todos los caciques eran de etnia Taína menos Caonabo, que era de etnia Caribe. Al parecer, Guakanagaritz estaba enfrentado con Caonabo en la clásica disputa por el poder y ello creaba problemas a los demás caciques que por nada del mundo deseaban verse envueltos en estúpidas guerras. Sin embargo, el equilibrio de la paz era muy estable gracias al poder y a la pujanza del cacicazgo de Higüei, donde residía más de mitad de la población de la isla.

Al jefe o cacique de la tribu se le pagaba un tributo significativo. Los caciques tenían el privilegio de llevar colgantes de oro llamados *jain*. Vivían en bohíos rectangulares en lugar de los bohíos redondos que los demás pobladores habitaban y se sentaban en taburetes de madera cuando recibían huéspedes.

La estructura sociopolítica se dividía en cuatro clases sociales: los naboria, los nitaíno, los bohique y el cacique. En la estructura sociopolítica, de carácter teocrático-guerrero, el cacique y el bohique representaban los poderes sobrenaturales del día y la noche. La palabra cacique representaba el poder solar del dios del fuego. Por su parte, la palabra bohique se relacionaba con el bohío. El cacique Taíno, Kaiakoa, del cacicazgo de Higüei, era tan poderoso que cobraba tributos al resto de los cacicazgos.

Los poblados Taínos de la isla del Bohío estaban organizados en claros de la selva, tierra adentro, con dos clases de habitáculos: el bohío (vivienda común circular de los habitantes del yucayeque) y el caney (más grande, rectangular y con ventanas, donde habitaba el cacique con su familia). Estas viviendas se construían con hojas de hinea (que se recoge en ríos y lagos), y maderas de los árboles de capá prieto y canela cimarrona. Para dormir utilizaban hamacas tejidas de algodón (la palabra hamaca viene de la lengua Taína).

La vestimenta de los Taínos en la isla del Bohío era ajustada al medio tropical donde crecía su cultura y tenía sus variantes con respecto a la isla de Cubao. Así, los hombres se cubrían con un simple

taparrabos y las mujeres casadas vestían un delantal de paja, algodón u hojas llamado naguas. En cambio, las mujeres solteras andaban siempre completamente desnudas. Ambos sexos se aplicaban pintura corporal de diferentes colores: negra, blanca, roja y amarilla.

De igual modo, decoraban sus cuerpos con tatuajes religiosos para protegerse de los malos espíritus y horadaban orejas y labios con oro, plata, piedra, hueso y concha. Entre los objetos que confeccionaban los habitantes de la isla del Bohío, estaban las cestas, los cacharros de cerámica, las tallas de madera, las redes y las joyas de oro, que era un mineral abundante en los ríos de la isla del Bohío.

La principal actividad económica de los Taínos de la isla del Bohío era la agricultura, para lo cual construían sembrados que llamaban conucos. Cultivaban mandioca o yuca en sus variedades dulce y amarga, para lo cual empleaban abonos y sistemas de riego. Otros cultivos importantes eran el maíz, el cacahuete (o maní), la pimienta, la piña, el cacao, el algodón y el tabaco.

Cazaban pequeños roedores como las jutías, iguanas, algunas variedades de pájaros como la higuaca, y serpientes. Para pescar utilizaban varias técnicas empleando anzuelos, redes, veneno, *etc.* Fabricaban objetos como la hamaca, camas de leña (o coyes, como las llamaban). Fermentaban la yuca para obtener una bebida embriagadora llamada uicú o cusubí. El casabe era una especie de pan de yuca o torta circular de yuca que se tostaba al sol o al fuego y formaba parte de su dieta regular.

En cuanto a la religión, se puede decir que los Taínos tenían una creencia religiosa politeísta como muchas otras tribus del Nuevo Mundo. A la divinidad principal se le conocía como YaYa. También se le conocía como Semiñe que significaba "dios"en lengua Taína. La palabra Cemí cuyo significado en lengua Taína significa "*ángel*", designa a los seres espirituales de la mitología Taína. Algunos de estos eran: Yocajú Bagua Maorokoti, Opiel Guobiran, Baibrama, Korokote y Maketaurié Guayaba.

También creían que había varios espíritus que, cuando se unían, causaban mucha tragedia y destrucción al pueblo Taíno. Así, Juracán era el nombre que le daban los Taínos a los fenómenos atmosféricos conocidos como grandes tormentas tropicales y que eran provocados por Guabanzetz, quien era acompañada por Guataubá y Kuatriskié. De igual modo, en la isla del Bohío, el monte más importante para la cultura Taína era la montaña Yuké, donde se hacían las ceremonias principales para su "dios".

En las creencias religiosas de la cultura Taína también había lugar para el animismo. Así, los Hupia eran los espíritus de los muertos y se

diferenciaban de los Goeiza que eran los espíritus de los vivos. Este animismo otorgaba grandes poderes al Bohití o Bohíque (chamán o curandero brujo), al ser este capaz de comunicarse con los espíritus.

Para ese fin, se confeccionaban ídolos de algodón, piedra, hueso, concha y otros materiales, que recibían el nombre de Cemíes. Los Cemíes tenían poderes sobre los seres humanos, ya que en ellos residían los espíritus de antepasados muertos, rocas, árboles, *etc*. Indudablemente, era un negocio que movía mucho dinero y del que, no solo se enriquecía el chamán, sino también el cacique.

V

Según les informaron los Timukúa, el estrecho de mar conocido como el "*Paso de los Vientos*", era muy respetado por todos los indios Taínos que se atrevían a atravesarlo. El hecho de intentar pasar con sus canoas de una isla a otra por dicho estrecho suponía muchas veces la muerte. Por ello, quienes conocían aquel estrecho le daban diferentes calificativos como: desafiante, temible, tenebroso, traicionero, etc., pero todo ello se debía, no a los vientos, sino a los "Vientos Invisibles" que ocasionaban las fuertes corrientes marinas que por allí circulaban. Incluso, muchos indios Taínos que habían logrado atravesar dicho estrecho se negaban a repetir la travesía, ya que pasaron mucho miedo por lo "*traicionero de aquellas aguas*".

En aquella zona del mar Taíno, la dirección de los vientos predominantes era del este hacia el oeste. La nao quería navegar hacia el este, luego sus tripulantes tendrían que tener mucha paciencia. Tras la espera de casi una semana para poder atravesar el estrecho conocido como "Paso de los Vientos" que conectaba la isla de Cubao con la isla del Bohío, la nao "Ciburu" tuvo suerte y recogió un constante viento de poniente que le permitió llegar a su destino, aunque ello no fue nada fácil, al tener que escorarse mucho para pasar el estrecho de lado a lado.

Cuando el sábado, 9 de marzo de 1489, por fin llegaron a la zona situada en el sudeste de la isla del Bohío, por motivos de seguridad el capitán decidió fondear un tanto lejos de la costa y hacerlo al sur de una diminuta isla plana, llena de palmeras, rodeada por una hermosa playa de arena blanca y unos acantilados de piedra caliza, situada en las coordenadas geográficas: *Latitud 18,34° Norte, Longitud 43,00° Oeste*. Por precaución, el maestre capitán Ursua siempre fondeaba allá donde el viento venía de la tierra a la mar.

La isla estaba deshabitada, pero era un lugar que podía ser muy provechoso para nadar, descansar y relajarse, mientras esperaban que

alguien los hubiera visto y hubiera avisado al cacique. Además, en algunas pozas situadas en la cabecera de las playas, había agua dulce suficiente. También se podía hacer acopio de los sabrosos cocos tropicales que todos tuvieron ocasión de conocer en Timukuán.

Cuando, a los cinco días, el cacique Taíno Kaiakoa, del cacicazgo de Higüei, se enteró de que una gran serpiente de mar había llegado a su territorio, decidió que tendría que viajar y personarse ante el barco de los vascos para dar la bienvenida a sus tripulantes, a los que, supuestamente, consideraba como dioses llegados del cielo. El poblado donde residía el cacique estaba tan solo a unos veinte kilómetros junto a la costa y situado hacia el oeste. En dicho poblado, residían unas 18.000 personas distribuidas en seis poblados de unos 3.000 habitantes cada uno, conectados entre sí, y con la residencia del cacique de Higüei.

Al enterarse de las intenciones del cacique, y también por motivos de seguridad, decidieron entre Johan, Ochoa y Naomi que sería que mejor que ella no estuviera en el barco cuando llegara la comitiva del cacique. Aquella sociedad era pacífica pero también un lugar donde la condición de ser mujer no valía para nada. Los caciques practicaban la poligamia, algo que era infrecuente entre la gente normal del pueblo. Según les contaron, esta práctica estaba justificada por el exceso de muchachas en edad núbil o edad de casarse que había y porque entre los Taínos era un deshonor no tener hijos. Esa es la excusa que permitía que el cacique le arrebatara la mujer a cualquiera de sus súbditos. Su relativa riqueza, su estatus, y las pocas aspiraciones del pueblo, permitían a éste poseer varias mujeres e hijos. La poligamia creció, también, por la constante lucha contra los indios caribes. Las numerosas bajas entre la población masculina y la imperiosa necesidad de mantener un nivel de población, fueron factores determinantes para propagar esta costumbre. En una visita que hicieron a un poblado que se encontraba en la costa, Ochoa se había enterado que el cacique Kaiakoa se había hecho con un harén de más de treinta mujeres.

Es cierto que los diferentes caciques tomaban esposas procedentes como regalo de otros cacicazgos o *yucayeques* y que consideraban mujeres de tratado, a las que llamaban *lieguas*. Las mujeres tenían que ser vírgenes, y mayormente las utilizaban para mantener la paz con los otros cacicazgos. Sin embargo, el cacique Kaiakoa había empezado a coleccionar mujeres que acompañaban en sus viajes a diferentes comerciantes de otras naciones. De este modo, un comerciante Timukúa se había quedado sin su joven esposa al tener que regalársela al cacique Kaiakoa como pago por salvar su vida.

Por ello, no es de extrañar que, por prudencia, y con ocasión de la visita que el cacique Kaiakoa les iba a hacer, Ochoa y Naomi, decidieran pasar unos días en la pequeña isla junto a la que habían fondeado el barco. Habían descubierto una pequeña cueva situada en un acantilado donde podrían pasar dos o tres días escondidos. La entrada de la cueva, aunque oculta a la vista desde el barco, en realidad no se encontraba muy lejos de donde la nao "Ciburu" había fondeado.

De hecho, desde la entrada de la cueva se podían ver los mástiles del barco y parte de la proa. Unas pequeñas escalas naturales conducían a una poza que se encontraba casi a nivel del mar. El agua se renovaba durante las pleamares, pero solo cuando la amplitud de marea era superior a los 0,66 metros, lo cual no ocurría siempre, ya que la diferencia de mareas no llegaba a un metro. Eran predominantemente semidiurnas (dos pleamares y dos bajamares diarias) de diferente amplitud de marea y de escasa amplitud.

Las masas de agua que bañaban las costas de la isla del Bohío eran muy calientes durante todo el año (26° C de media). La variación de un mes a otro era reducida, oscilando entre 24 y 29° C. Los meses más fríos eran febrero y marzo y los más cálidos agosto y septiembre. El Mar Taíno era, durante todo el año, más caliente que el Océano Atlántico.

La salinidad del mar Taíno era, en general, muy alta (36 partes por mil), debido a la gran evaporación de la región, la cual era favorecida por el viento y las altas temperaturas del aire y de las aguas. La salinidad disminuía en la desembocadura de los ríos importantes y en las zonas de gran pluviosidad, sobre todo después de lluvias abundantes.

VI

El cortejo del cacique Taíno, Kaiakoa, del cacicazgo de Higüei llegó a media mañana y estaba formado por unas quince personas en su mayoría hombres. Habían venido en tres canoas desde el poblado de su *yucayeque* y traían regalos para casi todos los recién llegados. La comunicación, sin la presencia de Ochoa, no fue tan ágil, pero, al menos, se hicieron entender y, si no lo entendieron todo, el resto se lo imaginaron.

Además, el cacique trajo dos mujeres Timukúa que actuaron de interpretes y, seguramente, una de ellas habría sido la esposa de aquel comerciante que tuvo que cedérsela al cacique para poder salir vivo de aquella isla. Así pues, traduciendo del Taíno al Timukúa y del

Timukúa al Taíno, pasaron las horas hasta que llegó la media tarde y regresaron, no sin antes invitar formalmente al maestre capitán, Johan de Ursua, al contramaestre y al cocinero para que pasaran unos días en su casa rectangular o caney que era mucho más grande que los bohíos circulares del pueblo donde el cacique habitaba con toda su familia, incluido el harén.

Cuando ya por fin, el cacique y su séquito se hubieran ido, el contramaestre exclamó:

–¡Vaya personaje que es el cacique Kaiakoa!, lo primero que me ha preguntado ha sido si en el barco traíamos mujeres. Parecía que era lo que más le interesaba. Yo intentaba explicarle cómo funcionaba el barco, pero eso no debía tener mucha importancia para él. De cualquier modo, algunos de los que le acompañaban que me hicieron muchas preguntas sobre la tecnología y la construcción de estos barcos y también preguntaron sobre nuestra civilización del Viejo Mundo.

–¡Qué bien hicieron Ochoa y Naomi yéndose ayer a la pequeña isla de al lado! Ese personaje, como usted dice –exclamó el capitán refiriéndose a lo que había dicho momentos antes el contramaestre– es muy caprichoso y peligroso y en su cacicazgo ya ha empezado a mandar matar a todo aquel que logre levantar sus sospechas. De momento, Kaiakoa tiene suerte, pues dos de los caciques que le disputan el liderazgo, como son el de Marién, Guakanagaritz, y el de Maguana, Caonabo, están enfrentados entre sí. Eso me lo ha dicho la mujer Timukúa, a la que retuvieron para que pasara a ser miembro del harén del cacique de Higüei.

–Es una mujer muy inteligente –añadió el cocinero–. Durante el almuerzo me estuvo preguntando con sumo interés, muchas cosas sobre Baskonia y me pidió también un favor. Ella quiere que sepamos que, tras nuestra estancia en el caney o casa rectangular del cacique, ella se escapará, huyendo del cacique Kaiakoa que la secuestró, y me ha solicitado que le pregunte a usted, maestre capitán, si sería tan buena persona de dejarla subir a nuestro barco y así poder reunirse con su esposo y su familia. Para no comprometernos, me dijo que ella se escondería en la isla pequeña y subiría al barco poco antes de zarpar para la nación Timukúa –concluyó el jefe de cocina del barco, con la esperanza de que el capitán aprobara dicha fuga.

–Creo que es un favor al que no nos podemos negar y me parece bien que se esconda y suba al barco poco antes de zarpar. De cualquier modo, de ese cacique me fío muy poco y habrá que hacer guardias para evitar sorpresas. Tras la visita, compraremos algunos víveres y, al final, remontaremos el río que tenemos aquí cercano hasta alcanzar agua dulce y allí llenar las barricas. Una vez recargadas

nuestras barricas de agua, ya no tendremos nada que hacer en la isla y zarparemos sin mayor dilación hacia el Océano Atlántico para arribar a las costas de los Timukúa.

VII

Tras un brusco, pero bello anochecer en el paraíso que representaba aquella isla, surgió una noche de verdadero ensueño. Presentaba un cielo negro cuajado de infinitas estrellas y de una luna menguante. Los astros del cielo se reflejaban sobre la superficie del agua de la poza situada a los pies de la cueva. Allí era donde Ochoa y Naomi habían preparado la cama con hojas de palma para pasar la noche.

La idea de pasar unos días y sus noches solos en aquella maravillosa isla tropical era también un sueño erótico que los dos habían compartido. La visita que el cacique de Higüei haría al día siguiente para dar la bienvenida a la tripulación de la nao "Ciburu" fue la excusa perfecta para que la pareja vasco-judío-catalana se hiciera un espacio en la vida para amarse, conocerse y, obviamente, gozar más el uno de otro.

Lo habían decidido y soñado previamente. En el momento que el sol se pusiera en aquella isla, los dos andarían completamente desnudos. Entonces, sus cuerpos se buscarían instintivamente para besarse, acariciarse con cariño, entrelazarse y hacer el amor, una y otra vez, hasta quedar saciados. La experiencia de estar acariciándose y besándose desnudos en la poza, en medio de la naturaleza, sería una sensación única. Sería sentir entre la tibieza de aquellas aguas como la pasión daría paso a un frenético deseo que, tras un orgasmo y otro, lejos de apagarse la pasión, resurgiría cada vez con más fuerza.

Naomi sintió que el hecho de andar desnuda la excitaba todo el rato y que no podía dejar de abrazar y besar a su ser amado que le correspondía de igual modo. Se besaban en mil posturas y por todo el cuerpo. Se besaban cada zona erótica de su cuerpo, al tiempo, que cada amante le enseñaba al otro lo que más placer le producía. Así es como se comprendieron y fusionaron sus almas y sus cuerpos en uno para concluir en una locura de convulsiones de placer ilimitado y siempre creciente, cuando como colofón él la penetraba en su enloquecida vagina.

Naomi comprendió entonces lo que significaba el amor en toda su plenitud. De pronto, se sintió realizada y más dueña de sí misma que nunca porque había aprendido a entregarse a su esposo sin ningún tipo de reparo. Ochoa nunca había hecho el amor así, tan real como salvaje pero educado y cariñoso y siempre con el deseo supeditado al

placer del otro. Ambos se habían liberado de sus egoísmos y habían comprendido lo que era el amor, donde los dos ofrecen y los dos reciben, porque cada uno se comportaba igual, recibía lo mejor del otro y se entregaba a su vez sin cortapisas ni prejuicios.

Fue una noche que no era para dormir precisamente y el cansancio vino con el amanecer. Se despertaron cuando el sol estaba en lo alto. Lo hicieron los dos a la vez y sintieron que tenían mucha hambre. Sin embargo, las sensaciones que aportan dos almas que se aman con locura y encarnadas en dos cuerpos abrazados y desnudos son suficientes como para dejar aparcado el hambre y dejar que la fuerza de la naturaleza dé rienda suelta a la pasión hasta desfallecer de nuevo. Cuando volvieron a despabilarse, ya era media tarde y les despertó la voz del primo Johan quien gritaba desde la playa:

–¡Ochoa, Naomi, estáis por ahí! –Ochoa, se despertó enseguida y miró con gran cariño a su esposa que dormía plácidamente apoyada en su pecho–. Creo, *maitetxo*, que ya se nos acabó lo bueno –exclamó el esposo mientras le acercaba a Naomi la ropa para que se vistiera y le ofrecía un vaso con jugo de piña y una tortilla maíz rellena de bacalao con pimientos verdes para que comiera.

Regresaron en un bote a la nao mientras Johan no dejaba de hablar y de contarles cómo se había desenvuelto la visita del cacique al barco. Les dijo que en unos días irían a devolverle la visita pero que había pensado que no se quedarían a dormir. Utilizarían la excusa de que estaban muy cansados y como el trabajo cartográfico que les había encargado la reina Isabel I de Castilla ya estaba hecho, cuanto antes zarparan hacia el Viejo Mundo antes estarían en casa, en Baskonia.

VIII

A las siete de la mañana, el maestre capitán Ursua, el cocinero, el escribano, el sargento y ocho soldados de la nao “Ciburu”, convenientemente armados, se pusieron en camino hacia el caney del cacique en el poblado o yucayeque situado hacia el oeste, a unos veinte kilómetros de distancia. A las 12 del mediodía, cuando el sol se situaba más en lo alto, llegaron a la residencia que estaba rodeada por unos veinte guerreros Taínos.

Antes de llegar a las puertas de la residencia, éstas se abrieron dando paso a un centenar de personas y entre ellas, muchas mujeres que rodearon a los recién llegados, a los que lanzaban pétalos de flor. Tan solo el capitán y el escribano tomaron asiento en un patio interno junto al cacique mientras el resto permanecía de pie contemplando un

baile de bienvenida en el que se alternaban posturas de guerra y danzas del folklore de la isla.

Unas muchachas prácticamente desnudas, lo que denotaba que no estaban casadas, repartían a todo el mundo tortillas de maíz con frijoles y casabe o pan de yuca con tomate y para beber chicha de maíz. Después, las mismas muchachas empezaron a distribuir entre los soldados una bebida alcohólica que extraían de la fermentación de la yuca y que llamaban uicú o cusubí. La mujer Timukúa del harén del cacique le dijo al cocinero que no bebieran aquel bebedizo pues les querían emborrachar.

Aquel aviso se pasó a todos a tiempo, pero ya Johan empezó a ver claro que aquello era una encerrona. A una señal suya, la comitiva vasca se juntó en el centro del patio y Johan pidió a la mujer Timukúa que repartiera los espejos y las cucharas entre todos los asistentes. El cocinero le ayudó a explicar para qué servían dichos objetos y la mujer Timukúa lo hizo con tanta gracia que provocó las risas de todos.

Como colofón, Johan dio un pequeño discurso de agradecimiento, informando de que muy pronto el pueblo Taíno sería visitado por otros como ellos y que también provendrían del Viejo Mundo. Les dijo que agradecían el recibimiento pero que ellos se encontraban muy cansados y tenían que zarpar pronto.

A continuación, Johan saludó al cacique, al que abrazó varias veces y le dijo despidiéndose que hasta pronto. El cacique le miraba totalmente sorprendido, sin saber cómo reaccionar. El cacique Kaiakoa no se esperaba que la fiesta que había preparado con tanto detalle para aquella tarde-noche no se celebrara porque los extranjeros se iban. Su intención no era otra que la de emborracharles con la ayuda inestimable de aquellas muchachas solteras y luego cortarles la cabeza a todos, menos al capitán, a quien utilizaría como rehén para así hacerse con el barco.

A una segunda señal del capitán Ursua, todos los de la comitiva vasca salieron fuera del edificio y se pusieron firmes luciendo sus corazas, sus espadas, sus picas y sus cascos. De pronto, los dos soldados que portaban un arcabuz dispararon un tiro contra dos arbolitos que había enfrente de la casa que hicieron que muchas ramas y hojas volaran por los aires. Se produjo un silencio aterrador y la comitiva vasca giró sobre sus talones mientras se alejaba de la residencia caciquil volviendo por el mismo lugar por donde habían venido. Afuera se quedaba la gente, cacique incluido, pensando que los dioses les habían perdonado tener que sufrir una muerte cierta.

A unos tres kilómetros de la isla pequeña que tapaba el barco, aparecieron siete mujeres jóvenes que les salieron al paso. Johan

distinguió entre ellas a la mujer Timukúa que les había salvado de emborracharse y de morir degollados y que se había hecho amiga del cocinero. Le acompañaban otras seis mujeres procedentes de distintas naciones indias y que también eran mujeres del harén del cacique.

Johan sabía que tenía que pensar bien y hacerlo rápido para tomar una decisión que fuera correcta. Aquellas mujeres no podían ya regresar a la residencia del cacique. Habían dado un paso que solamente se saldaría con la muerte. Además, sería una muerte cruel, dolorosa e inhumana. Estaba claro que no podía dejarlas en aquella tierra. El problema era cómo transportarlas y hasta dónde. Mujeres y marineros juntos en un barco podía ser una mezcla explosiva. De pronto sonrió, ¿quién sabría cómo manejar una situación parecida? No había ninguna duda. Naomi había demostrado muchas veces que era capaz de solucionar los embrollos más difíciles y, en este caso, siendo además mujer, seguro que sabría lo que habría que hacer en todo momento.

El capitán no detuvo su marcha. Cuando llegó a la altura donde se encontraban las siete mujeres, les hizo señas para que los acompañaran y les dijo que eran bienvenidas y zarparían con ellos. Aquella fue la orden más fácil de cumplir que seguramente ellas habrían escuchado en la vida. Confiaban plenamente en el capitán, en el cocinero, en el escribano y en todos aquellos soldados. Pero, aunque tenían sus miedos del mundo que les aguardaba, también confiaban en que conocerían un mundo mejor que aquel en el que, hasta entonces, habían tenido que vivir.

Cualquier observador no alertado, se hubiese quedado perplejo ante aquella imagen tan grotesca e hilarante. Aquel batallón que desfilaba hacia el barco era una muestra de la ironía chocante de los dos mundos. Un maestre capitán de naos, cocas y carabelas, rodeado de su escribano y su cocinero que marchaban al frente de una patrulla de un sargento y ocho aguerridos soldados con sus corazas, cascos, espadas y picas al hombro y detrás de ellos desfilaba, al mismo ritmo, un simpático y sonriente cortejo de siete bellas jóvenes, vestidas tan solo con unas falditas hechas con colgajos de hierba seca que lo enseñaban todo, cerrando aquel desfile triunfal hacia la libertad.

Capítulo 17°
El regreso hacia el Viejo Mundo a través de las islas de las Algas y de las islas Azores

I

Al llegar al barco, todos los tripulantes que estaban a bordo no daban crédito a lo que estaban viendo. Por la borda de estribor, entraron a cubierta los ocupantes de las tres *txalupas*. Tan solo embarcaron los ochos soldados y el escribano que sin decir nada, ni saludar a nadie, se fueron a sus camarotes. Naomi se extrañó de aquel comportamiento, pero fue una sensación extraña que aumentó al ver que Johan y el cocinero no habían llegado. Se lo comentó a su esposo y éste le respondió:

–Sí, es raro, pero tendrá su explicación –comentó en voz alta Ochoa, mientras le señalaba a su linda esposa cómo las tres *txalupas* regresaban remando a tierra–. A lo mejor les han hecho muchos regalos y esperan de nuevo a los botes para cargar todo.

La sorpresa fue mayúscula cuando la pareja comprobó que los supuestos "regalos" del cacique, en realidad eran siete jóvenes mujeres indias que iban semidesnudas, vestidas a la usanza del lugar, y que entraban en cubierta siguiendo al maestre capitán y al cocinero para dirigirse al castillo de popa y encerrarse en el camarote del capitán. Todos aguardaban a que Naomi llegara como había ordenado Johan en cubierta, al pasar al lado de sus primos.

A los diez minutos, mientras Ochoa esperaba fuera del camarote, salieron por la puerta su primo, el capitán Johan de Ursua y el cocinero. Johan parecía estar muy contento y se mostraba muy sonriente. Le agarró del hombro diciendo:

–¡Tienes una mujer que vale oro, primo! –exclamó Johan mientras se llevaba a Ochoa a la sala del piloto y sin que éste entendiera nada, ni supiera de qué le estaba hablando. Aún y todo, el capitán prosiguió diciéndole a Ochoa:

–En cuanto hayamos zarpado y puesto el rumbo a la nao, nos sentaremos en cubierta con dos vasos y una jarra del vino de Borgoña

que tanto te gusta y te cuento todo.

II

Para evitar mayores problemas, el maestre capitán Ursua decidió levar anclas, arriar velas y zarpar en la dirección que marcara el viento dominante cuanto antes. El cocinero le había dicho que tenían barricas de sidra suficiente como para soportar sanos casi tres meses de navegación sin tocar tierra. Así no tendrían que beber agua que seguramente estaría contaminada y les produciría fiebre y diarreas. La utilizarían solo para cocinar siempre que el agua se hirviera.

Además, también tenían muchas barricas de *txakoli* y vino que habría que acabar, si no querían que se echaran a perder. De igual modo, podrían consumir la abundante piña tropical que también habían embarcado mientras estaban en el poblado del cacique. Por lo tanto, no necesitaban ir a por agua ya que ello hubiera supuesto correr excesivos riesgos. El propio cacique fue el que les indicó en qué río podrían suministrarse de agua fresca y, casi con seguridad, ya habría enviado a sus guerreros a aquel lugar para abordar y capturar el barco y, con ello, a todos sus ocupantes, incluidas las mujeres del harén huidas.

Por consiguiente, zarparían de inmediato y navegarían hasta la nación Timukúa sin beber el agua de las barricas ya que estaría pronto contaminada. La nave empezó a moverse y el capitán y el piloto hicieron los ajustes para navegar casi a toda vela. Como ocurría casi siempre en el sur de la isla del Bohío, soplaba viento del este por lo que la nao "Ciburu", ajustó las vergas de los palos mayor y trinquete y puso rumbo ESE para escapar lo más lejos posible de la isla donde, a bien seguro, para entonces habrían puesto precio a sus cabezas.

Al cuarto día, llegaron a la altura de la isla de Jamaica: *Latitud 17,34° Norte; Longitud -52,24° Oeste*. Después, enfilaron hacia el extremo que estaba más al oeste de la isla de Cubao. El hecho de dejarse arrastrar por aquella corriente marina cálida les hacia ganar casi una velocidad de 1,5 nudos, lo cual sumado a la debida a los vientos fuertes podía hacerles superar los 6 nudos. Desde que zarparon de la isla del Bohío habían recorrido unas 470 millas náuticas y la *latitud de 17,34° N* era la posición geográfica más al sur que habían alcanzado.

Aquella corriente marina del golfo Cálido había atraído gran parte de la atención de Ochoa de Andraka. Se trataba de una curiosidad científica que no podía dejar de atender, observar y medir tanto su velocidad como su anchura y la temperatura de las aguas. Su esposa

Naomi procuraba acompañarle, pues era un fenómeno natural que, como científica que ella también le interesaba mucho.

Sin embargo, la llegada de esas siete jóvenes indígenas y la responsabilidad que ella había asumido, después de que Johan se lo solicitara tan encarecidamente, le habían obligado a reaccionar de manera rápida y contundente, máxime cuando el propio capitán le había dado carta blanca para que hiciera lo que quisiera para evitar problemas mayores.

Lo primero que hizo Naomi fue identificar los problemas que podrían surgir y qué barreras y qué límites había que establecer y cómo hacerlos cumplir. Ella era mujer y comprendía perfectamente que los conflictos podían ser muy graves, e incluso llegar a que se produjera un motín a bordo, si no se fijaban unas estrictas reglas de juego y luego se hacían cumplir a rajatabla.

El hecho de que Johan fuera el capitán era una garantía de vital importancia ya que, en todo momento, se aplicaría la ley del mar para garantizar el cumplimiento de las reglas que se establecieran y la aplicación de las máximas penas si ello fuera necesario.

Tras identificar los problemas que se pudieran presentar, cosa que no resulta tan difícil de deducir allá donde hubiera hombres y mujeres juntos, surgieron dos temas urgentes y principales a resolver: el lugar donde dormirían las siete mujeres y el tipo de vestimenta que ellas deberían llevar, habida cuenta de la cultura y costumbres del Viejo Mundo y de los hábitos de vestirse que ellas tenían.

En un momento determinado, mientras el barco navegaba con fuerza hacia el este, Naomi se dirigió a donde estaba el maestro carpintero, lo sacó fuera del sitio donde estaba trabajando con otros arreglando un gran tonel y le soltó la siguiente pregunta:

–¿Podría construir una cámara en el castillo de popa para que allí durmieran las siete mujeres que hemos invitado, de modo que tuvieran su propia letrina?

El maestro carpintero sabía el por qué de la pregunta y la importancia que su respuesta tendría. Por eso se tardó un poco para sopesar las posibilidades y al final contestó:

–Sí, se puede, pero requerirá una pequeña prolongación del castillo de proa sobre la cubierta principal y tres catres y la letrina quedarán bajo cubierta. La cámara se situará exactamente debajo de su camarote y de la otra parte del castillo de popa.

–¿Cuánto tiempo tardará en construirlo? –respondió rápida Naomi.

–La mayoría de lo que habría que hacer ya está construido. Solo habrá que colocar un añadido, hacerlo todo habitable y amueblarlo –miró hacia el cielo y exclamó:

–¡Dios mediante! Si me ponen dos peones carpinteros para que me ayuden en las obras, creo que con tres o cuatro días sería suficiente –la sonrisa blanca de Naomi se expandió por su bronceada y linda cara. No hubo nada más que contestar. Bastó un gesto de la catalana para que el carpintero se pusiera manos a la obra.

Mientras regresaba al camarote iba pensando en la vestimenta de las mujeres y se le ocurrió que, por el momento, lo mejor sería una camisa o un camisón. La camisa era una prenda interior de hombre y podría ser suficiente. Al fin y al cabo, era una prenda interior cuya función consistía en proteger la piel de otros tejidos exteriores más ásperos como el cáñamo y la lana y seguro que serviría.

Con esa idea en la cabeza y antes de subir al castillo de popa, Naomi descendió por la escala de babor de acceso a la bajo cubierta y buscó al contramaestre y le preguntó:

–¿Tiene usted camisas de lino grandes para poder vestir adecuadamente a las mujeres a las que hemos dado asilo?

La pregunta no le sorprendió al contramaestre e hizo señas de que algo habría y se perdió por la bodega de la nao. Aquel hombre era el segundo oficial al mando del barco y apenas sabía gascón, y mucho menos castellano, pero era un gran marino y entendía muchos idiomas como el islandés. Su idioma era el vasco y lo hacía notar.

En el barco, salvo Naomi, todo el mundo hablaba en euskera con él. Aquello era algo que no volvería nunca más a hacer, se prometió Naomi a sí misma. Hablaría lo mejor que pudiera hacerlo en vasco, pero lo hablaría y se haría entender. El contramaestre estaba en su país y con su gente y se merecía un respeto por parte de ella.

–*Hemen duzu zerbait*[52] –exclamó el contramaestre mientras él y sus ayudantes colocaban sobre dos mesas de trabajo, ocho camisas de lino de color crudo, ocho bombachos, ocho calzas, ocho *kaikus*, ocho botas y ocho boinas vascas.

Naomi comprendió enseguida que el número de ocho, no había sido algo por casualidad y que ella estaba incluida. Como pudo, se las arregló para agradecérselo en lengua vasca y él sonrió mientras le decía:

Mila esker zuri![53] –respondió el contramaestre mientras le indicaba a ella que enseguida se lo llevarían todo a su camarote.

Al subir a la cubierta superior del castillo de popa, Naomi se tropezó con Johan, el capitán, que le preguntó con cierto aire de preocupación:

–¡Menudo lío en el que te he metido de nuevo!, ¿qué tal vas con todo, Naomi?

–Todo va bien y caminando hacia las soluciones. En cuatro o cinco

días, ellas tendrán su propio camarote bajo el nuestro y ya tienen la vestimenta adecuada para ponérsela desde hoy. Estoy segura de que te gustará. Sin embargo, como por ahora no tienen dónde dormir, eso quiere decir que dormirán en el nuestro y yo no comparto a mi esposo con nadie. Por lo tanto, dormirán conmigo en nuestro camarote durante estos días. Ya nos arreglaremos para dormir las ocho. Además, es un tiempo que aprovecharé también para introducirlas en nuestra cultura, hábitos y costumbres desde mi perspectiva de mujer. Así es que prepárale a mi marido un catre en tu camarote para estos días y cuídalo bien como yo lo hago, pero nada de toqueteos que él es mío –concluyó Naomi soltando una carcajada que contagió a Johan durante el tiempo que éste bajaba la escala hasta la cubierta principal.

III

Al filo de la media tarde del día 1 de abril de 1489, la nao "Ciburu" echaba anclas en el mismo lugar que lo hiciera hacía algo más cuatro meses y medio. Ochoa se acordaba mucho de la chamana Attakonas, de la algonquina Katapamin, de su marido Mocama y de su hija Alatxua. Por precaución, decidió desembarcar solo con la mujer Timukúa que habían rescatado en la isla del Bohío, acompañado por el sargento y cuatro soldados que esperarían, como la otra vez, escondidos en un acantilado cercano a la lavandería.

Cuando Ochoa y la mujer Timukúa llegaron al poblado costero, se acercaron a la casa donde vivía con sus padres siendo ella todavía adolescente. En la casa circular vivía gente y la mujer Timukúa habló alto y sin gritar para llamar a sus padres. Al rato, salió una mujer aún joven que reconoció enseguida a su hija y la abrazó. Ochoa fue invitado a entrar y saludó a su padre y a dos hermanos aún adolescentes de la mujer Timukúa. Después les sacaron unos pescaditos fritos al sol para comer con una especie de galleta de maíz y jugo de piña para beber que el vasco devoró, aunque luego se arrepintió pues quizás aquello era la cena de ellos.

Por lo que Ochoa entendió, el marido de la mujer Timukúa la había repudiado por infiel y se había vuelto a casar. Aquello era una acusación muy grave que solo tenía una salida y ésta era del todo vergonzosa e injusta. Para lavar la ofensa al marido por sus "*pecados de infidelidad*", *la mujer Timukúa se tendría que dedicar a la prostitución de verdad y ganarse los favores de clientes ricos.*

De este modo, podría entregar las ganancias al que fuera su marido engañado y así compensar el daño causado. En caso contrario, por haber sido una mujer infiel, ella sería vendida como esclava. Ochoa

pensó que aquello cerraría la puerta de regreso a la mujer Timukúa y se lo comentó en voz baja. Pero ella, lejos de entristecerse, se alegró mucho porque vio que allí no tenía nada que hacer. Además, desde que conoció al cocinero de la nao y se hicieron amigos, tenía otras perspectivas en su mente que pasaban por la de casarse con él y vivir en Baskonia.

Ochoa lo entendió perfectamente y también se alegró pues el cocinero, aunque no era mayor iba camino de ser *mutilzaharra* o solterón de por vida. Ochoa estaba muy convencido de que la mujer Timukúa sería una buena esposa. La prueba era que ella había venido donde su marido por serle leal y a pesar de todo lo que había sufrido. El hecho de que la hubiera repudiado la dejaba en libertad para asumir otra vida y en otro mundo.

Al despedirse de la familia de la mujer Timukúa, con la idea de regresar al barco, Ochoa preguntó a sus padres si ellos podrían enviarles unos saludos de su parte al *holatamaki* o jefe del sector del cuero y calzado, Mocama, a su esposa Katapamin y a la hija de ambos, Alatxua, y les dejó un regalo para que les entregaran a ellos, consistente en un mapa que Naomi había hecho de la península de Txini y de la nación Timukúa. Además de ese pergamino, Ochoa les dejó una carta escrita en algonquino que firmaron él y su esposa Naomi:

> *Querida familia Katapamin-Mocama e hija Alatxua:*
>
> *Acabamos de desembarcar en Timukuán y el recuerdo de vosotros ha crecido tanto en nuestros corazones que todo lo que esta nación Timukúa significa nos habla de vosotros.*
>
> *Hemos vivido juntos momentos muy felices y momentos horribles y angustiosos, pero también inolvidables. Hemos podido comprender que siempre hay otro mañana posible y vosotros sois un claro ejemplo de ello. Muchas gracias por enseñarnos el camino.*
>
> *Nos quedaríamos para veros y abrazaros, pero lamentablemente no viajamos solos y somos prisioneros del tiempo, pues zarparemos mañana con todos, a la hora del alba. Por tanto, cuando recibáis esta carta, ya no estaremos físicamente en Timukuán pero sabed que estaréis siempre en nuestros corazones.*
>
> *Os dejamos un regalo que acompaña a esta carta. Se trata del mapa de la península de Txini que contorneasteis con nosotros a bordo de la nao "Ciburu". Lo hemos firmado en algonquino con el signo de dos corazones, el de Naomi y el mío.*

Queremos que sea un recuerdo de vida porque lo más seguro es que ya no volvamos a vernos nunca más. Nos separan dos mundos lejanos y completamente diferentes, pero siempre nos recordaremos y el recuerdo nos atará a los cuatro. En unos años, es seguro que veréis gente como nosotros que os visitará y os subyugará. Cuidado con ellos. A nosotros tampoco nos quieren.

Y esto es todo. Con todo nuestro corazón y lejanos horizontes de cariño.

Vuestros amigos para siempre,
Ochoa y Naomi

IV

El regreso de Ochoa con la mujer Timukúa fue muy celebrado en el barco. Ella era, por así decirlo, la líder del grupo de mujeres. Desde que tuvieron su propio camarote, las mujeres decidieron que ellas no querían seguir viviendo en el Nuevo Mundo que conocían y solicitaban al capitán Ursua que las dejara viajar a Europa donde querían formar una familia y quedarse a vivir allí el resto de sus días. Solo la mujer Timukúa decidió ir a donde su marido, pero en vista del repudio y del negro futuro que le esperaba, se quitó un problema de encima, y se sintió libre y muy feliz para acompañar a sus compañeras en la aventura europea.

Las mujeres indígenas no querían ser una carga y querían colaborar en las tareas del barco. Así, al principio, se ofrecieron al capitán para trabajar en el barco en diversas tareas que ellas sabían hacer bien, tales como las relacionadas con la cocina, el lavado de marmitas, cazuelas, sartenes, platos, cubiertos, tazones y vasos, el lavado, arreglo y costura de la ropa, el arreglo y llenado de colchones, la reparación de velas y de redes, así como la limpieza semanal de cubiertas y barandas con aceite de ballena para evitar que la madera se secara y agrietara.

Pero, con el tiempo, veían a los hombres cansados, cuando no extenuados por el calor y la humedad de los camarotes que no les dejaban conciliar el sueño o por las numerosas guardias que tenían que hacer. Además, un problema añadido sobre el que habían aprendido en las naciones donde habían estado era el relacionado con los huracanes –una terrible y vandálica borrasca que destruye todo lo

que encuentra a su paso–. Sabían, porque les informaron en Timukuán, que durante la primavera dichos fenómenos nunca ocurrían, pero el capitán Ursua no quería dejar nada a la improvisación si estaba en su mano el poder evitarlo.

Por eso, las mujeres solicitaron que les dejaran también hacer guardias, lo cual les vendría muy bien para que no todas tuvieran que dormir a las mismas horas y dispusieran de más espacio. Incluso, hubo algunas mujeres que demostraron ser muy ágiles trepando por los cabos y las jarcias, que también manifestaron estar dispuestas a colaborar en las tareas propias del manejo de las velas y en las de vigía.

El maestre capitán Johan de Ursua, consultaba todas las decisiones con sus primos, Ochoa y Naomi, y aunque los tres estaban de acuerdo en que no había que correr demasiado, Naomi era una gran defensora de que sería muy provechoso poner en marcha esta experiencia, al objeto de reducir la escandalosa desigualdad de género que existía entre hombres y mujeres, también a la hora del reparto de trabajo.

La ley que se impuso fue la de máximo respeto a la mujer y tolerancia cero con aquel que incumpliera dicha norma. En función del agravio y el ultraje cometidos, las penas podían oscilar entre ser abandonado en una isla desierta, hasta ser echado por la borda al agua, lo cual suponía una muerte horrible como la de morir ahogado o, en el mejor de los casos, la de ser devorado por los tiburones.

Desde que zarparon del río que bañaba el poblado de los Timukúa donde, aprovechando el manantial de la lavandería comunal, limpiaron barricas y las rellenaron con unos 5.000 litros de agua fresca, la nao “Ciburu” puso rumbo NE aprovechando el viento que soplaba por la aleta de babor el piloto era muy hábil con el timón a la hora de evitar que las ráfagas más fuertes de viento produjeran un fuerte balanceo en el barco.

Al cabo de un tiempo y viendo que aquella situación persistía, el capitán Ursua ordenó que trasladaran en lo posible, tanto los objetos más pesados como la tripulación, hacia la popa para facilitar la gobernabilidad de la nao. Sin embargo, aquella maniobra redujo el espacio vital a compartir entre los tripulantes y, a su vez, facilitó aún más la comunicación entre las mujeres indígenas y los hombres de la tripulación. Naomi estaba feliz con la situación creada pero no era lo mismo que pasaba con su marido y su primo que mostraban su preocupación porque no dejaban de observar todo lo que estaba pasando en la cubierta principal en torno al castillo de popa.

Era muy curioso observar en qué idioma y la forma como se comunicaban entre ellos y, sobre todo, qué marinero o tripulante se

gustaba de qué mujer y qué mujer parecía sentirse atraída hacia cada marinero. Naomi, que había vivido con ellas día y noche durante casi una semana, estaba sentada en el círculo de las mujeres mientras ellas le enseñaban a tejer hamacas, algo que le había parecido una innovación muy interesante. El idioma taíno era la lengua que hablaban entre ellas, a pesar de que solamente una de ellas fuera de etnia taína.

En efecto, el resto de las mujeres del harén del cacique, procedía de diferentes naciones donde, a su vez, eran de diferentes culturas y hablaban, incluso, diferentes lenguas que también eran inentendibles entre ellas. Por su lado, Naomi que ya hablaba bastante en algonquino y timukúa, había aprendido un nivel suficiente de idioma taíno como para entenderlas y hacerse entender entre ellas.

Cuando se rompió el hielo y de las miradas de costado y de las sonrisas a escondidas se pasó a la mirada franca y a la sonrisa abierta que provoca la conversación entre dos personas, aquello se convirtió en una animada conversación multilateral. Sin embargo, aquellas conversaciones, por el momento, necesitaban la ayuda de un interprete, lo que provocaba constantes interrupciones por parte de las mujeres y de los hombres que las cortejaban, preguntando a Naomi cómo se decía en el idioma vasco una palabra o una frase en el idioma taíno y viceversa.

Aquella noche le dijo a su esposo, Ochoa, que se le había pasado el día volando y que hacía tiempo que no se reía tanto. Había traducido de un idioma a otro hasta lo indecible e incluso había hecho traducciones osadas y picantes de frases que eran bien normales. Ante las risas y preguntas aclaratorias de su esposo, Naomi le explicó en el idioma vasco –abandonando así el “pidgin” o lengua macarrónica, mezcla de gascón-bearnés-catalán-vasco-castellano, que utilizaban entre ellos. Lo hizo para que entendiera mejor su tremenda metedura de pata.

–Una mujer de etnia maya me pidió que le dijera a un joven marinero del que yo sabía que era de Bidart, que a ella le gustaba trabajar con pieles y endurecerlas a golpes para hacer mocasines –Naomi no pudo continuar explicándoselo a su esposo porque solo de pensarlo se moría de la risa, pero también de la vergüenza.

–*Eta zer erantzun zenion*? [54] –preguntó Ochoa muerto de la curiosidad por saber que disparate habría podido responder su esposa.

–Pues lo que dije al joven marinero aquel era algo así como: *berak larru jotzen mokasinetan atsegiten zuela* que más o menos significa que “a ella le agrada hacer el amor en mocasines”. Me di cuenta de que algo iba mal cuando lo estaba traduciendo y me di cuenta por la cara

de vergüenza y de sorpresa que puso el chico al oírlo –comentó Naomi con la sonrisa de inocente todavía en la boca.

–¿Y cómo lo solucionaste? –preguntó Ochoa muerto de la risa por la salida de su bella mujer mientras la abrazaba tiernamente con cariño.

–Yo creo que más que lo que dije, lo que más le impresionó fue que yo pudiera decir algo así. Me excusé y le expliqué el porqué de la confusión. Yo soy catalana y no tengo la culpa de que los vascos hayáis decidido asociar eso de "golpear el cuero" con "hacer el amor". Me reconocerás, querido esposo, que un poco raros sí que sois, ¿no?

No hubo más discusión. Ochoa amaba a su esposa con locura y todo lo que ella hacía le encantaba. Naomi tenía tanta gracia y era tan positiva que sabía sacar en todo momento lo mejor que el vasco llevaba dentro. Aquella noche se entregaron plenamente el uno al otro. Habían aprendido una nueva lección.

Habían aprendido que no solo eran amigos, esposos y amantes, sino también confidentes y cómplices. Hacer el amor también significaba sacarle al sexo el máximo placer para que el otro pudiera disfrutar hasta la locura. Ochoa le preguntó qué era lo que a ella más le gustaba y Naomi le enseñó a su hombre a jugar con su clítoris y a mamar chupando de él. Aquella noche sería mágica para los dos.

V

Las islas de las Algas[55] eran un archipiélago que estaba conformado por cientos de islas de coral, con un clima muy lluvioso, pero sin ríos ni lagos de agua dulce. Se encontraban en la posición geográfica: *Latitud 32,14° Norte; Longitud -39,43° Oeste* y desde que salieron de Timukuán habían recorrido casi 900 millas náuticas en quince días. Las islas de las Algas tenían aproximadamente unos 25 km de largo y 2,5 km de ancho en su parte más ancha. Su superficie total, de aproximadamente 53 km2 se divide entre las cuatro islas principales, unidas por puentes cortos y más de cien islas e islotes más pequeños.

Eran unas islas sin grandes elevaciones del terreno ya que superaban los 50 metros en varios lugares y el máximo nivel era el de una colina que, a ojo de buen cubero, apenas llegaría a los 75 metros. Además, las islas estaban situadas en el borde occidental del Mar de las Algas o de las "Itsas-belarrak", que era una masa de agua definida por salinidades relativamente altas, elevadas temperaturas del agua y bajas velocidades de corriente, girando muy rápido y llena de algas marinas.

En efecto, el Mar de las Algas estaba llena de un alga de textura

marrón y áspera, que crecía y flotaba libremente en las aguas oceánicas profundas de aquel mar. Aquella alga tenía una especie de vejigas llenas de gas con forma de bayas que le ayudaban a mantenerse a flote. Johan como buen pescador que era, hizo un excelente apunte al considerar que aquel mar proporcionaría un nicho ecológico único para una variedad importante de organismos marinos.

En base a lo que Ochoa y Naomi pudieron deducir, estas islas estaban bordeadas por vastos "giros" oceánicos, debido a corrientes marinas que ellos desconocían, salvo la corriente del golfo Cálido, que es por donde la nao "Ciburu" navegaba en aquellos momentos. Por la posición geográfica del archipiélago de las Algas supusieron que el clima sería bastante parecido al de las isla Azores que era el archipiélago a donde la nao se dirigía.

VI

La singladura desde el archipiélago de las islas de las Algas hasta el archipiélago de las islas Azores se estaba realizando en óptimas condiciones: Buen tiempo con alguna lluvia refrescante de vez en cuando, buena pesca, buena comida, buena bebida y, sobre todo, buen ambiente en el barco. Además, los progresos de las mujeres indígenas en el aprendizaje del idioma vasco habían sido impresionantes. Destacaban la mujer Timukúa que parecía que se estaba ennoviando con el cocinero y la mujer Tlaxcalteca que parecía que congeniaba mucho con el joven marinero de Bidart.

A los cuatro días de estar navegando en el barco, antes de dormir, las mujeres se pusieron alrededor del colchón donde dormía Naomi para interrogarla sobre cómo comportarse con los hombres, pero, primero de todo, ellas querían saber quiénes eran solteros y quienes estaban casados. Cuando Naomi escuchó la pregunta, la entendió y comprendió por qué lo preguntaban, y se dio cuenta que no sabía a ciencia cierta quiénes eran solteros y quiénes no. Por eso, les respondió que se lo preguntaría su marido y que al día siguiente a la noche les contaría.

En cuanto al trato con los hombres, les habló claramente explicando que la mujer en Europa no estaba muy valorada y que el Viejo Mundo era una sociedad donde imperaba la lógica de los hombres. Es decir: *Posessions, galons i collons* [56]. Lo dijo en catalán porque ni tan siquiera sabía como se decía en vasco o en gascón, pero lo explicó diciendo que *possessions* eran las propiedades, tierras y bienes que un hombre poseía y que, muchas veces, incluía hasta los siervos, los criados, los hijos y la esposa. A mayor número de

possessions, significaba que aquel hombre tenía más poder.

Los *galons* eran los distintivos del grado de mando que alguien tiene en cualquier fuerza militar organizada. A mayor número de *galons*, representaba que aquel hombre tenía más poder.

–Por último, tenemos los *collons* que son los testículos de los hombres –explicaba Naomi sin mucha fe de que la entendieran bien, a menos que hiciera un dibujo de ellos, y ese día no tenía tanta confianza aún con las mujeres, ni estaba por la labor. Sin embargo, la mujer Tlaxcalteca parecía que ya lo había aprendido, practicando vasco y otras cosas con el marinero de Bidart, porque respondió:

–¡Aguacate! –de este modo, todas entendieron y se echaron a reír. Naomi entendió que "aguacate" significaba testículo puesto que alguna, con mucha naturalidad, hizo un gesto que era inequívoco a respecto. Entonces, dudó entre reírse o ponerse seria y apostó por lo segundo, para poder continuar con la explicación:

–A mayor tamaño de los testículos, no es cierto que los hombres tengan más poder, aunque para muchos hombres, en su jerga machista, así lo entienden. Pero, para nosotras las mujeres, lo que sí nos debe importar es que se trata de una justificación más para aumentar la desigualdad con el hombre porque las mujeres no tenemos testículos –concluyó Naomi la explicación. Al principio, todas se quedaron muy serias, pero era pura apariencia. Todas hacían esfuerzos para no estallar en carcajadas y no lo hicieron porque no querían ofender con sus risas a Naomi. Al final, la judía catalana les hizo una seña para que se lo explicaran. La mujer Caribe fue la que, finalmente, reventó riendo mientras se explicaba:

–Es que el cacique lo tenía todo muy pequeño –aquella salida llena de insolencia y de sinceridad cuajó en el corazón de Naomi y se sinceró con ellas para decirles:

–Con todo, hay hombres que sí merecen la pena. Son buena gente, buenos esposos y buenos amigos de sus amigos. Lo importante es que sea noble de corazón, responsable y trabajador, que quiera crear un hogar y una familia a la que criar y proteger.

–Y que sea bueno en la cama –completó la mujer Caribe, entre las risas de todas, incluida la de Naomi.

–De que nuestro hombre sea bueno en la cama ya nos encargaremos nosotras –respondió Naomi con una tremenda cara de pícara de alguien que hablaba por experiencia.

Capítulo 18°
El último salto: desde las islas Azores al golfo de Bizkaia

I

La idea de que todos los días, cada uno de los tripulantes e invitados del barco debía beber tres grandes vasos de sidra había tenido una gran aceptación, sobre todo cuando a finales de mayo del 1489, en la cubierta principal de la nao "Ciburu" se estaba preparando una gran fiesta para el mediodía en la que se prepararían excelentes platos de todas las culturas allí reunidas y se tomaría, además, vino, *txakoli* y una bebida sorpresa.

El motivo de la fiesta no era otro que el de celebrar un gran acontecimiento en honor del matrimonio Andraka-Besalú. Naomi estaba embarazada de algo más de tres meses y ello representaba el mayor regalo de aquel viaje que seguro que sería inolvidable.

Todo el mundo estaba muy feliz en la fiesta donde se quería felicitar a los futuros padres y desearles que todo fuera muy bien, y además deseaban que fuese un punto final a un viaje cargado de emociones y de tensiones, de vida y de muerte, pero siempre de ilusión y de esperanza.

El hecho de que regresaran casi todos sanos y salvos a la bien amada Baskonia era una prueba de ello. Había que lamentar la vida de dos tripulantes que dieron la vida luchando contra los terribles indios Calusa. Dentro de lo malo, lo bueno es que ellos no dejarían viuda e hijos, pero sí el recuerdo de su sacrificio y permanecerían en la memoria de todos. La próxima nao que construyeran llevaría sus nombres.

Tras comer el *marmitako* de bonito recién pescado la víspera, las nuevas cocineras propusieron la preparación de chile, pimiento y puré de calabaza, con el añadido de tortillas de maíz, lo que hizo que el plato saliera más que suculento. Se trataba de un verdadero manjar que iba a ser regado por un *txakoli* especial que preparaba el padre de Kattalin, que eran judíos sefardíes, aunque, mejor dicho, primero eran vascones o navarros, luego serían de religión judía. Los Ohiartzun eran tan genuinos que hasta guardaban un escrito en piel curtida de oveja

donde se recordaba en hebreo el rezo que ellos utilizaban para bendecir los alimentos. El maestre capitán Johan de Ursua tomó la palabra sosteniendo una jarra de *txakoli* en sus manos:

–La historia olvida que los judíos llegaron a Sefarad del brazo de sus primos, los fenicios, y, más tarde, de sus primos nietos, los cartagineses. El idioma hebreo y el idioma fenicio son lenguas casi idénticas. Se dice que con los romanos llegó el vino, pero se olvida que, en el siglo I, el mejor vino de Roma se producía en Judea y se exportaba desde el puerto judío de Cesarea. Por influjo de su propia religión, que consagra también el vino y que luego copió el cristianismo, lo desarrollaron y comercializaron primero los sefardíes.

Al llegar a este punto, rogó a todos que dejaran de hablar y que luego tendrían ocasión de explicar mejor a las mujeres lo que él estaba comentando. Así que prosiguió:

–Los judíos de la vertiente que da al golfo de Bizkaia adaptaron la vid para crear un vino con un sabor diferente. De ahí nació este vino. Como casi todos ustedes saben, se elabora habitualmente con las variedades autóctonas: la '*Zuri*' y la '*Beltza*'. Son uvas con cierta acidez y que producen un vino de menor graduación. El *txakoli* es un vino ligeramente carbonatado con sabor fresco y aromas herbales. Es ligero, seco y fácil de beber. Los que somos de religión judía, como lo son también Ochoa y Naomi, a quienes conocéis bien, acostumbramos a bendecir toda cosecha y producción y así se recoge en esta bendición o "kidush" para la cosecha de la uva, antes de que esta se convierta en *txakoli* y que no es un vino de Shabat: *Baruj Atá Adonai, Eloheinu Mélej HaOlam, SheHakol Nihiá Bidvaró*, que significa más o menos, "Bendito eres Tú, Adonai, Dios nuestro, Rey del universo, que todo fue por Su palabra". Esta oración se denomina SheHakol, por eso utilizamos la palabra vasquificada *txakolin* o *txakoli* para mencionar este vino –concluyó todo con un brindis por el hijo de la feliz pareja que estaba ya en camino.

II

Desde que dejaron por popa a las islas de las Algas hasta que alcanzaron la posición geográfica en la que estaban, la nao "Ciburu" había recorrido casi dos mil millas náuticas. Se encontraban casi a la altura de las islas Azores, cuando se oyó un grito desde la cofa del vigía:

–¡Navíos a la vista! ¡Dos carracas portuguesas a estribor!

La carraca era un tipo de barco inventado en el sur de Europa durante el siglo XV y desarrollado en Portugal a lo largo de ese mismo

siglo. Era un barco más grande que la carabela. Aquellas naves eran veloces. Tenían tres palos con seis velas, un castillo de popa, un castillo de proa y un bauprés. Eran muy parecidas a la nao, aunque algo mayores.

En teoría, la nao "Ciburu" era más marinera y rápida que las carracas, pero todo dependería de la carga y de la destreza y habilidad de los capitanes. Johan de Ursua era ya piloto cuando solo tenía dieciséis años y los vascos, los inventores del timón de codaste, no tenían nada que envidiar a los navegantes portugueses.

No había más alternativa que enfilar al Nordeste. Aunque no tenían el viento de popa, éste soplaba por la aleta de estribor y la nao "Ciburu" tenía buena quilla y escoraba mejor que las carracas. A la media hora, una de las carracas se dispuso a perseguirla y contaba con la ventaja de situarse más al este y podía interceptarla en el camino.

La regata naval que se impuso exigía que, para ganar, la nao debería llegar antes que la carraca al punto de intersección y mostrarle la popa. Hubo un momento en el que parecía que la carraca portuguesa iba a conseguir abordarles pero, aunque lanzara dos cañonazos, todo fue un momentáneo espejismo.

La nao "Ciburu" viró un poco hacia babor y se colocó enfilando al NNE para aprovechar mejor la *txanpa* o el empuje de las olas y, de manera desafiante, arboló entonces, tanto en el palo mayor como en el palo trinquete, la enseña del Consulado de Bizkaia que agrupaba al resto de territorios vascos y que era una bandera de color roja con la cruz blanca de Borgoña de extremo a extremo, como la que habían utilizado para atracar en Brujas.

Poco a poco, la carraca portuguesa fue perdiendo fuelle y las distancias aumentaron hasta que se perdió en el horizonte. Entonces, el capitán Ursua volvió a poner rumbo al Nordeste hacia la posición geográfica *Latitud 46,20° Norte; Longitud 32,60° Este*. No quería encontrarse con problemas y quería evitar ser abordado por barcos tanto del Reino de Portugal como del Reino de Castilla. Lo único que quería era arribar cuanto antes al puerto de Donibane Lohizune y abrazar a su dulce esposa Kattalin, a sus hijos y a su padre. Para cuando atracaran en los muelles del puerto, habrían pasado casi diez meses desde que zarparon con rumbo al Nuevo Mundo. Como casi todos, regresaba muy cansado. Johan pensó que nunca jamás volvería a ausentarse más de un mes de su casa.

III

Naomi pegó un gran grito de alegría cuando terminó de dibujar el

mapamundi que recogía todos los planos recogidos y realizados en uno solo. En el mapamundi se dibujaban las costas del Nuevo Mundo, desde la isla de Jamaica del paralelo 18 N, situada al oeste de la isla del Bohío y al sur de la isla de Cubao, hasta la isla de Hellulandia que descubriera Leif Erikson al norte, en el paralelo 65 N.

La línea de costa del continente del Nuevo Mundo partía de la península Ma'ya'ab (paralelo 21 N), rodeaba el golfo Cálido, contorneaba la península de Txini (paralelo 28 N). Al este se situaban el archipiélago las islas de los Lucayo, situadas en el paralelo 25 N y el archipiélago de las islas de las Algas en el paralelo 32 N.

Desde el norte de la península de Txini, la línea de costa ascendía hacia el noroeste hasta la bahía de Txesapiuk (paralelo 37 N), de allí ascendía hasta el estuario del río Shetumak en el paralelo 40 N.

Desde la isla de Mannahattan en dirección noroeste, se llegaba al estuario del río Algonquino, donde se encontraban los bancos de pesca del bacalao de la isla de Vinlandia que taponaba el estuario y que se situaba en torno al paralelo 48 N. Más al norte, aparecían otros territorios como Marklandia, que se extendía desde el paralelo 50 N hasta el paralelo 60 N, y Hellulandia, territorio helado durante la mayor parte del año y que iba desde el paralelo 62 N hasta el paralelo 73 N.

En total, sin contar las copias, Naomi y Ochoa habían realizado más 180 mediciones de coordenadas geográficas, habían dibujado 40 cartas náuticas, 60 mapas, 130 dibujos paisajísticos, 45 dibujos etnográficos, dos mapamundi y tres mapas del nuevo continente, así como un mapa de detalle de la región donde recalaría Cristóbal Colón tras su próxima llegada al Nuevo Mundo siguiendo el paralelo 28 N correspondiente a las islas Afortunadas. En dichos mapas se recogían los territorios y costas comprendidos entre el paralelo 38 N y el paralelo 18 N del continente situado al otro lado del Océano Atlántico. Este mapa es el que sería entregado al que fuera maestro y mentor de Ochoa de Andraka, Juan Vizcaíno de Lakotsa, junto con otros documentos complementarios.

IV

Ya a partir de la baja Edad Media, en Baskonia las actividades relacionadas con la mar fueron objeto de una minuciosa reglamentación. Baiona, desde 1255, disponía de unas ordenanzas regulando la venta del pescado. Pero el mejor testimonio lo constituye la formación de cofradías, que asociaban a las gentes de la mar y regulaban toda la actividad pesquera, jugando en ocasiones un papel

destacado en el gobierno de la población costera. Así, la villa de Bermeo, de 1353, se cuenta entre las más antiguas cofradías.

De igual modo, y desde el siglo XIV los *arrantzales* o pescadores vascos, cuya fama de buenos marinos era desde antiguo muy notable, buscaron nuevos caladeros que estuvieran más alejados de la costa vasca y empezaron a faenar en aguas de Inglaterra, Irlanda, Bretaña o Normandía, donde pescaban anchoas, bacalao o atún.

La caza de la ballena tuvo una importancia muy significativa. En un principio, la temporada de la caza de la ballena se realizaba entre octubre y marzo, cuando las ballenas se acercaban a la costa vasca. Los puertos vascos como Getaria, Mutriku, Lekeitio, Bermeo, Zarautz o Beariz, entre otros puertos del golfo de Bizkaia, destacaban en la caza de la ballena, desde la cual aprovechaba especialmente la grasa, que se exportaba a Castilla, Francia, Inglaterra y Flandes.

En el siglo XV, el alejamiento progresivo de las ballenas de la costa vasca forzó a los marinos vascos a ir a buscar nuevos caladeros en zonas que estaban cada vez más distantes, llegando hasta Vinlandia o a Marklandia, donde descubrieron también ricos bancos de bacalao. Ello supuso que las cartas náuticas y de pesca elaboradas por el cartógrafo vasco, Ochoa de Andraka, fueran utilizadas para planificar campañas a los caladeros del Nuevo Mundo y establecer factorías permanentes en tierra para preparar la grasa de la ballena y secar el bacalao.

En el siglo XV, el puerto de Donibane Lohizune era uno de los principales puertos del golfo de Bizkaia gracias a dicha industria. Este periodo marcó la historia de la pesca vasca. En 1489, estaba proyectado que unos veinte barcos bacaladeros vascos fueran a pescar a Vinlandia o a Terranova, como algunos empezaron a nombrar a aquella isla, al igual que algunos llamaban a las tierras del estuario Nueva Bizkaia.

La nao “Ciburu” ya había doblado el cabo Finibusterra [57] y estaba a punto de doblar el cabo Baries, que era el cabo más septentrional de Galicia. Esa referencia representaba que desde las islas Azores hasta ese punto geográfico la distancia recorrida sería de 940 millas náuticas y que quedarían tan solo 265 millas náuticas para arribar al puerto de Donibane Lohizune.

Con un poco de suerte, podrían arribar para el 18 de junio de 1489. Dos días antes de que comenzaran las fiestas tradicionales del pueblo y antes de que los cinco barcos bacaladeros de Donibane Lohizune, que engrosarían la flota de Baskonia, zarparan para Vinlandia o Terranova. Sería una muy grata sorpresa para su esposa Kattalin, para sus tres hijos y para su padre Ander. Una sorpresa que

Johan soñaba con hacer posible.

V

La reina de Castilla, Isabel I, estaba preocupada por el comportamiento de Cristóbal Colón y había llamado a despachar al cartógrafo vasco, Juan Vizcaíno de Lakotsa, a la sazón, su hombre de confianza. En el año 1488 se había iniciado la segunda fase de la guerra de Granada, que coincidía con centrar los esfuerzos bélicos en la conquista de las ciudades de Baza, Almuñécar, Guadix y Almería y enfrentarse a Abdallah Mohamed alias El Zagal.

La reina Isabel I quería seguir muy de cerca las fases finales de la guerra por la conquista del reino de Granada y, por ello, la corte de Castilla se había establecido en la ciudad de Jaén desde el 22 de mayo de 1489. El navegante Cristóbal Colón había mantenido su primera reunión con la reina Isabel I de Castilla hacía tres años en Alcalá de Henares. Allí fue donde Cristóbal Colón le explicó a la reina castellana la idea de llegar a las Indias por occidente, una idea que ya había sido rechazada en Portugal al ser tachada de disparatada.

Sin embargo, aunque no se le contestó que no a Cristóbal Colón, tampoco se le dio un sí rotundo y, en vista de los costes que supondría la guerra de Granada, Isabel I de Castilla decidió asesorarse mejor. Tuvo la suerte de toparse con el cartógrafo Juan Vizcaíno de la Lakotsa, que le enseñó los mapas de la isla de Vinlandia y de las tierras de alrededor que había realizado un brillante alumno suyo y que no era otro que Ochoa de Andraka.

La reina, antes de decidirse, necesitaba asegurarse de que al otro lado del Océano Atlántico se encontraba un continente desconocido hasta entonces y situado en Asia y Europa, el Nuevo Mundo. Por eso, la reina, por medio de sus asesores y colaboradores, Hernando de Talavera y Juan Vizcaíno, había contratado este viaje de exploración al Nuevo Mundo que le proporcionaría las cartas náuticas y una serie de pruebas de la existencia del continente a descubrir.

Por ello, y para evitar que Cristóbal Colón acudiera a otros países como los de Inglaterra y Francia, se le concedió una renta anual mientras se buscaba financiación y se construían embarcaciones y se preparaba la logística. Según la contabilidad real del reino de Castilla, el marino genovés recibió entre 1487 y 1488, en distintos pagos, 17.000 maravedíes.

Durante todos esos años que trascurrieron, Cristóbal Colón acompañó a la corte real. Al parecer, el duque de Medina Sidonia, Luis de Cerca, accedió a pagar el coste de la aventura, hecho que comunicó

el duque en una misiva a la Reina Isabel. Aquella era una buena noticia y tras recibirla, el 12 de mayo de 1489, la reina castellana firmaría una Real Cédula en la que ordenaba a todas las ventas o posadas y ayuntamientos que dieran albergue, fonda y víveres al genovés. Lo hacía para que Colón pudiera llegar a la ciudad de Jaén sin problemas desde el monasterio de La Rábida, donde mantenía una buena relación con los franciscanos, especialmente con Fray Luis Pérez de Marchena.

El 22 de mayo de 1489, el matrimonio formado por la reina de Castilla, Isabel I, y el rey de Aragón, Fernando II, se establecieron en el antiguo palacio episcopal del obispo Luis Osorio de la ciudad de Jaén. El 27 de mayo de 1489, Fernando II de Aragón partió hacia el sitio de Baza y quedó sola la reina Isabel permaneciendo en Jaén, a la espera de reunirse con Juan Vizcaíno de Lakotsa.

Cristóbal Colón llegó a la ciudad a principios de junio y se hospedó en el convento de San Francisco, pero la reina no lo quiso recibir hasta no tener la información que tanto necesitaba para tomar una decisión definitiva con respecto a la expedición que le había propuesto el navegante Colón hacía tres años.

–¡Su Majestad!, antes de que la nao zarpara hacia el Nuevo Mundo, a finales de agosto del año pasado, me informaron en que regresarían hacia finales de junio de 1489. Conozco muy bien al maestre capitán del barco, Johan de Ursua, y le puedo asegurar que es uno de los mejores marinos vascos. Además, ya ha viajado dos veces, y esta vez ha sido la tercera vez que viaja al Nuevo Mundo. Por su parte, el cartógrafo Ochoa de Andraka es un maestro excepcional que habla incluso el idioma de algunas tribus indígenas de allí y sé que hará un gran trabajo cartográfico que no le defraudará en absoluto –se explicaba el cartógrafo y asesor de la reina a requerimiento de una pregunta que ella anteriormente le había hecho.

–Necesitamos urgentemente, señor de Lakotsa, tener la información que nos permitirá decidir si definitivamente apostamos de verdad o no por la idea de Colón. Sé que, desde principios de junio, el navegante genovés ya se encuentra en Jaén, hospedado en el convento de los franciscanos. Él ya ha solicitado una audiencia conmigo, pero no lo quiero recibir hasta no saberlo todo. ¿Para cuándo espera que podríamos reunirnos en Jaén con el señor Ochoa de Andraka? –preguntó la reina de Castilla.

–Me figuro, ¡Su Majestad!, que para la última quincena de julio podréis reuniros. Me encargaré de que ello sea posible –respondió el maestro cartógrafo y, a su vez, armador vasco.

Indudablemente, la reina Isabel I dedujo que, si la información le

llegaba a finales de julio, eso quería decir que, hasta el mes de agosto, ella no se encontraría en condiciones de recibir a Cristóbal Colón. Por consiguiente, debería hacer correr la noticia de que se encontraba muy ocupada en otros menesteres, para que Colón no sospechara nada.

VI

Por encargo de Ochoa y con la ayuda de Kattalin, que manejaba junto con su suegro Ander de Ursua las finanzas de su primo, los padres de Naomi habían hecho construir una casita en el barrio del Santo Espíritu de Baiona. La casa se encontraba cerca de la posada de Jacob, para que allí vivieran su hija y su yerno. La casa ya estaba toda equipada para mediados de junio de 1489. Rebeca, la madre de Naomi, y Kattalin, la prima de Ochoa y, a su vez, la esposa de Johan, se habían ocupado de todo. Sin embargo, Naomi no sabía nada. Era una sorpresa con la que Ochoa quería alegrar a su amada esposa.

–Dentro de dos días ya estaremos en Baiona. ¿Tienes muchas ganas de ver a tus padres y a tus hermanos, *maitetxo*? –preguntó Ochoa a su esposa, tumbados los dos en el catre de su camarote, mientras acariciaba el vientre de su esposa, intentando sentir a su hijo.

–Claro que me hace mucha ilusión. Tanta ilusión me hace que estoy saltando de alegría solo con pensarlo. Mis padres se van a volver también locos cuando se enteren de que van a ser abuelos. Pero me preocupa una duda que tengo y quisiera preguntártelo. –Ochoa la abrazó con cariño, le dio un beso en la frente y le hizo un gesto para que le hiciera la pregunta.

–Hace un día, Johan me propuso que pasáramos las fiestas patronales de Donibane Lohizune que empiezan el 20 de junio y acaban el 24 de junio. Yo le contesté que por qué no te lo preguntaba a ti directamente y él me replicó que si no lo hacía era que porque sabía perfectamente lo que le ibas a responder.

–¿Y qué es lo que le iba a responder? –preguntó divertido el marido a su mujer.

–Que esas cuestiones las decidía yo y que mejor que él me lo preguntará a mí –respondió Naomi con una picarona sonrisa mientras su esposo hacía un gesto confirmando que lo que dijo Johan era cierto.

–Yo creo que sería más acertado ir a visitar primero a tus padres y quedarnos allí con ellos hasta que decidamos dónde y cómo queremos vivir –contestó Ochoa con una amplia sonrisa–. En todo caso, podríamos pasar un día al caserío de Askain, cenar con los primos y los sobrinos, para dormir allí, y regresar al día siguiente donde tus

padres. ¿Qué te parece, *maitetxo*?

–Me parece muy bien, ¡*Jaim Sheli*![58] –respondió Naomi–. Además, no te olvides de que tenemos siete mujeres a las que tenemos que hospedar y dar trabajo y la posada podría ayudar, aunque también me dijo Johan que en su caserío también necesitarían gente, pues compraron más terrenos y estaba pensando en plantar robles, maíz y frijoles. Estas mujeres son expertas en ello. Eso sí que sería una buena idea a la que podríamos apuntarnos. ¿Estás de acuerdo, marido mío? Johan me lo ofreció y yo le adelanté que seguramente le diríamos que sí.

–¡Y estoy de acuerdo contigo! Sería un buen negocio. De eso no tengo ninguna duda. Pero, ¿podríamos contar con las siete mujeres del Nuevo Mundo? –preguntó Ochoa.

–Yo creo que sí –contestó Naomi pensando en ello–. La mujer Timukúa, la mujer Tlaxcalteca y la mujer Caribe se han echado novio cada una de ellas, pero todos los novios viven cerca de Donibane Lohizune. Eso quiere decir que, aunque se casaran, podrían trabajar en la producción de maíz y frijol. Las otras cuatro mujeres más bien creo que son las que más lo agradecerán. También he pensado que podrían ser incluso socias de la explotación agrícola que montemos y que bien podría ser una especie de trabajo asociativo, como el que conocimos en el poblado Lenape de la isla de Mannahattan.

VII

A las 10:30 de la mañana del 18 de junio de 1489, casi diez meses después de que zarparan hacia el Nuevo Mundo, los tripulantes y pasajeros de la nao “Ciburu” se habían engalanado para festejar el regreso a casa, para la mayoría de ellos, y la entrada en la nación que les acogería de por vida, para las siete mujeres del Nuevo Mundo. En aquella ocasión, todos iban vestidos con su boina o *txapela* roja de marinero. Habían recorrido casi 13.500 millas náuticas pero, gracias a Dios, todos tenían muy buen aspecto y gozaban de buena salud.

Mientras que el barco era remolcado por dos bateles que lo transportaban lentamente hacia el muelle de atraque, la gente que trabajaba en el puerto se acercaba a la nao brincando de alegría. Casi todos eran conocidos y querían ver la cara de cada uno de ellos para reconocerlos primero y luego saludarles, dándoles la bienvenida.

El padre de Johan se abrió paso entre la multitud y se acercó hasta el borde del muelle. Johan, Naomi y Ochoa le reconocieron y le saludaron sonriendo con la mano. Ander de Ursua hizo una seña con las dos manos como queriendo saber qué tal les había ido y fue su hijo

el que le respondió con otro gesto que expresaba: “¡Mejor imposible!”.

Cuando la nao quedó por fin atracada, se colocaron desde el muelle dos pasarelas para que subieran los familiares que se encontraban próximos y habían sido avisados. Varias familias esperaban subir a bordo para abrazar a los suyos. Entre ellas destacaba la figura del padre de Johan que se encontraba trabajando en el astillero y preparando cuatro naos para la campaña ballenera de Terranova, como ya se decía oficialmente en el seno de las diferentes cofradías de Baskonia.

A eso del mediodía, quedaban solo en el barco, además de los estibadores y los responsables de su limpieza y de su mantenimiento, el matrimonio Andraka-Besalú, el contramaestre, el piloto, el maestre capitán Ursua, al que se había unido su padre y cuatro mujeres del Nuevo Mundo que se hospedarían en casa de Johan, en el caserío de Askain. La mujer Timukúa, la mujer Tlaxcalteca y la mujer Caribe habían sido invitadas por sus respectivos novios para pasar las fiestas patronales de San Juan con las familias de ellos.

En el caso de Naomi y Ochoa, la pareja estaba esperando a que llegara la carreta de mulas que los llevaría a Baiona pero también aguardaban la llegada de Kattalin y de los tres sobrinos a los que querían mucho. Sobre todo, era Naomi la que más necesitaba estar con Kattalin para hablar de sus cosas como mujer, de su embarazo y pedirle algunos consejos a su prima mayor.

En el momento que cargaban los tres baúles en la carreta que les transportaría a Baiona, llegaron otras dos carretas de mulas desde Askain. Los sobrinos mayores saltaron cuando ésta se detuvo para ser los primeros en besar y abrazar a su padre y a sus tíos.

Después vino corriendo el hijo pequeño que se tiró sobre su padre para preguntarle tras el primer beso a ver qué le había traído del viaje para lo mismo hacer con el *osaba Ochoa*. A la *izeko Naomi*[59], tras darle un beso no tuvo que pedirle nada porque ella le regaló unas golosinas picantes que le trajo la mujer Maya, al igual que les había regalado antes a sus hermanos.

El encuentro entre Kattalin y Johan sí que resultó entrañable y conmovedor, no solo para la pareja sino también para todos. Los dos esposos se fusionaron en un abrazo coronado por un profundo beso que duró casi un minuto. Se amaban con locura y se notaba.

Tampoco había duda de que los dos habían sufrido lo indecible habiendo estado diez meses separados el uno del otro. Pero ambos eran fuertes y sabían sufrir, aunque Johan le dijo algo al oído de Kattalin que la hizo saltar de nuevo a sus brazos para volver a abrazarle y darle las gracias a Dios por tener un esposo así de bueno.

El carro de mulas que se dirigía a Baiona transportando a Ochoa y Naomi salió primero. A lo lejos, en el muelle, Kattalin ya se había hecho amiga de las mujeres del Nuevo Mundo. Las cinco se reían de sus propios comentarios.

–Kattalin es una mujer maravillosa que siempre pone alegría y positivismo allá donde está –exclamó Ochoa.

–También lo es Johan con su entrega, sinceridad y realismo. Tendrías que haberle oído lo que le prometió a Kattalin al oído –Naomi le insinuó a su esposo.

–¿Qué es lo que le dijo que ni me he enterado? –le preguntó Ochoa a ella con sumo interés y curiosidad.

–Que nunca más sacrificaría a su familia por hacer algo que no merece la pena –contestó Naomi mostrándole a su esposo una sonrisa enigmática.

–¿Entonces, todos los trabajos de cartografía que hemos hecho, todos nuestros sacrificios y todos los peligros que hemos corrido durante todos estos meses, según Johan no valdrán para nada? –preguntó de nuevo Ochoa.

–Por lo visto, no –respondió Naomi de nuevo de una manera un tanto impenetrable.

Capítulo 19°
Epílogo

I

Por fin, el lunes 12 de agosto de 1489, la reina Isabel I de Castilla mantuvo una reunión con el navegante Cristóbal Colón, que fue del todo decisiva. El encuentro se produjo en el antiguo palacio episcopal del obispo Luis Osorio de la dinámica ciudad de Jaén que ya tenía una población de unos 15.000 habitantes. A esta reunión asistió también el cartógrafo y armador vasco Juan Vizcaíno de la Lakotsa que, nombrado expresamente por la reina castellana, sería el responsable de controlar e informar de las decisiones que tomara Cristóbal Colón.

En cambio, excusó su ausencia Hernando de Talavera, examinador de los proyectos de Cristóbal Colón, que había sido denunciado ante la Inquisición por ser de una familia judeoconversa. En dicha reunión, la monarca castellana, que ya se había hecho con el mapa del Nuevo Mundo y había comprobado que el descubrimiento sería una realidad, accedió a sufragar el viaje de Colón una vez que la guerra para la conquista del reino de Granada hubiera concluido.

Los trabajos cartográficos realizados por Ochoa de Andraka y Naomi de Besalú habían sido la prueba palpable de la existencia de un nuevo continente. Otra prueba palpable fue la exhibición de plantas y productos agrícolas del Nuevo continente, desconocidos hasta entonces en Europa, como las plantas de tomate, los chile-pimientos, los aguacates, las limas, los frijoles, el maíz y la calabaza entre otros. La reina estaba entusiasmada, especialmente, cuando vio los trabajos hechos en oro y plata.

Finalmente, fue la presencia de dos mujeres aborígenes del nuevo continente la que causó el mayor impacto. Fue la guinda para la reunión secreta que Ochoa de Andraka, junto con Hernando de Talavera y Juan Vizcaíno de la Lakotsa, mantuvieron con la reina de Castilla, Isabel I, en el Alcázar de Córdoba a finales del mes de julio del 1489.

Al terminar la reunión que daba el visto bueno y abría la puerta a la expedición de Colón a las Indias, todos se levantaron cuando la reina lo hizo. La monarca castellana se despidió muy satisfecha, alabando el trabajo realizado por los expedicionarios de la nao

“Ciburu” y, a continuación, hizo amago de irse pero, de repente, se dio la vuelta y le llamó aparte a Ochoa de Andraka para que éste se le acercara. Antes de que él hubiera dado dos pasos, le hizo una seña para que la siguiera porque quería hablar con él.

Tras hacerle pasar a otra sala contigua, allí quedaron los dos sentados entorno a una mesa redonda desnuda, un balcón sin flores y el ruido del chorro de una fuente de agua que procedía del patio. Estaban mirándose frente a frente y una insana sensación de extrañeza recorría la mente del vasco. La reina fue muy directa. Le preguntó a Ochoa por su esposa Naomi, de la que ya sabía por sus fuentes de información que era judía y catalana. Ochoa ni afirmó ni desmintió nada, solo dijo que aquello era un tema que pertenecía a la esfera de lo privado. La reina le confesó:

–Si alguna vez lo fue, pronto dejará de serlo. Las presiones religiosas y políticas que nuestros reinos reciben para imponer una sola religión son cada vez más fuertes. Tanto mi esposo, Fernando II de Aragón, como yo hemos intentado aplicar durante años una política de convivencia pacífica entre judíos, moros y cristianos, pero hemos fracasado y los nuevos tiempos exigen que el Estado Moderno aplique el principio de inflexible eliminación de todos aquellos que sean disidentes, bien sean religiosos o políticos.

–¡Con todo el respeto, Majestad! ¿No pretenderá justificar ahora a Poncio Pilatos porque mandó crucificar a Jesús por ser un disidente, ni disculpar a los emperadores romanos porque enviaban a los que eran cristianos al circo para que fueran quemados en hogueras o para que se los comieran las fieras?

La reina aguantó la réplica, dejando sin responder a la incisiva y molesta pregunta que Ochoa le formulaba porque ponía el dedo en la llaga de la hipocresía. En temas de Estado, la reina castellana vivía en un mundo de hombres, donde el monarca debía estar acostumbrado a no aceptar críticas, aunque éstas fueran justas, porque ello supondría mostrar debilidad. Por ello siguió con su cínica perorata:

–Siendo sinceros, hemos de reconocer que todos los reinos siempre han necesitado tener un chivo expiatorio, alguien a quien echarle la culpa de sus propios fracasos. El nuevo reino que emerge de la Edad Media necesita ese chivo expiatorio más que nunca y ese chivo son los judíos. Le guste o no, Ochoa de Andraka, todas las minorías han llegado a ser un estorbo para mantener la paz y la concordia social. Una lacra que hay que combatir si se quiere reinar sin sobresaltos. Le adelanto que, en nuestro caso, no habrá más remedio que expulsar pronto de los reinos de Castilla y de Aragón, incluida parte de Baskonia, a todos los judíos que no quieran convertirse al catolicismo

–concluyó su exposición la reina, que sabía que se enfrentaba a un vasco que además de culto, era de talante universal y amante de las libertades.

La reina castellana se quedó callada por un momento, esperando quizá ver un cierto temor en los ojos de Ochoa, pero no vio nada de eso. Tampoco sintió que ello le forzara al vasco a reconocer que la mejor salida para evitar la eminente expulsión de su familia debería ser la conversión al cristianismo de su esposa y aceptar el nuevo orden de tolerancia cero con la disidencia. Sin embargo, tampoco se amilanó:

–Tengo que confesarle algo, Majestad. Mi esposa es catalana primero y, por religión, es judía. Yo también soy vasco por los cuatro costados, pero también, en la esfera de lo privado y respetando al que tiene una fe diferente o no la tiene, soy judío de religión, y espero que lo sean también nuestros hijos, siempre que el judaísmo sea tolerante y contribuya a hacernos a todos más solidarios, los unos con los otros y, a su vez, a apoyar el hombro en la construcción de un mundo mejor.

–¿Quiere decir que usted tampoco es católico? –interrogó la reina castellana con cara de cierta indignación.

–No soy católico por muchas razones pero, sobre todo, porque su mensaje cristiano no tiene nada que ver con el mensaje de paz, amor, justicia social y tolerancia de Jesús, y le recuerdo que él fue siempre judío y murió por ser judío. Haga usted lo que quiera, Majestad, que su condición no es de origen divino como le dicen los del negocio de la fe, sino que su origen es bien humano y está en la condición humana que si uno no vive como piensa, termina pensando como vive. Lo que ustedes viven y pretenden hacer vivir a los demás no tiene que ver nada con el amor, caridad, respeto y tolerancia que predicaba Jesús. ¡Que cada cual aguante el palo de su vela! –concluyó Ochoa dándole a la frase final un toque con sabor marinero, mientas la reina se levantaba y, sin despedirse siquiera, se alejó de aquella sala con cara de controlada indignación.

Ochoa tampoco se levantó de su silla y se encogió de hombros. Nunca estaría de acuerdo con gobernantes déspotas y tiranos para quienes el fin justificaba los medios y no tenían ningún respeto a las minorías. Como Aristóteles, también creía en la democracia, la ética y las libertades. Él sabía que para la reina expulsar a los judíos de Castilla y Aragón era un gran negocio. A los judíos, los reyes siempre los habían considerado como un patrimonio suyo a los que cobraban grandes impuestos y acudían a ellos para que les prestaran dinero al objeto de financiar sus guerras y para satisfacer sus ansías de

conquista de otros territorios.

En sus cálculos entraba que la mayor parte de los dos millones de maravedíes que solicitaba Cristóbal Colón para su viaje a las Indias, la reina pensaba pagarlos mediante un crédito que solicitaría a los judíos y que había fríamente calculado que nunca pagaría. Es más, gracias al decreto de expulsión de los judíos que pronto firmarían, ella y su marido, se quedarían con todos los bienes y riquezas de los judíos y sería una reina muy rica.

En el horizonte del futuro a medio plazo del reino de Castilla, la reina veía muy posible autofinanciar su próxima campaña para llevar a cabo la conquista de Navarra y, si tras la muerte de su esposo, Fernando II, el reino de Aragón se resistía a su voluntad, también caería después bajo la bota del reino de Castilla.

Isabel I era consciente de que muy pronto tendría dinero para ello y para más y así, pensando en la riqueza de los judíos con la que ella se quedaría y en el oro y la plata que traería para Castilla del Nuevo Mundo, se introdujo en sus aposentos del Alcázar de Córdoba esgrimiendo una gran sonrisa y se tumbó perezosa sobre la cama.

II

A mediados de agosto de 1489, Ochoa y Naomi, celebraban la inauguración de su nueva casa en el barrio extramuros del Santo Espíritu de Baiona. La casa comprendía unas ocho hectáreas de terreno que el matrimonio quiso destinar a la producción de frijoles y pimientos y dedicarse también a la comercialización de productos alimenticios originarios del Nuevo Mundo. Hasta el momento, las semillas de maíz, de frijol, de pimientos y de calabaza se estaban adaptando muy bien y algo se había empezado a producir. Habían creado una especie de cooperativa junto con Johan y Kattalin y había otras personas más que también querían juntar esfuerzos y trabajar de manera colaborativa.

Muy pronto Naomi cumpliría los seis meses de embarazo y su madre estaba siempre pendiente de que su hija no hiciera un esfuerzo innecesario que pudiera provocarle un aborto. Por ello, Rebeca había dado órdenes estrictas, mientras su hija y su yerno habían estado viviendo en la casa de los padres, para que nadie la dejara llevar ningún peso, ni hiciera tareas que pudieran fatigarla, ni comiera sustancias abortivas. Rebeca recordaba que a la edad de su hija había perdido el niño que llevaba dentro por cargar una bolsa de garbanzos que pesaba demasiado para su estado. Aquella fue una lección que no olvidaría nunca y, por eso, velaba para que a su hija no le llegara a

pasar lo mismo.

A la fiesta acudieron también los primos Johan y Kattalin y sus tres hijos. En un momento de la conversación, salió una pregunta que siempre resulta clave entre los judíos: ¿cuál es el nombre que le iban a poner al niño de Ochoa y Naomi, que iba a nacer dentro de tres meses? Ochoa miró a su esposa para que respondiera y Naomi intentó responder en forma de evasiva, pues apenas había hablado con su esposo sobre ello, pero se le ocurrió preguntar algo que hacía tiempo que rondaba por su cabeza:

–¿Cómo es que siendo todos vosotros judíos, solamente Johan lleva un nombre hebreo?

En realidad, aquella pregunta intentaba tapar un problema mayor. Según la tradición judía sefardí, al menos en Cataluña, cuando nace un hijo varón se le pone el nombre del abuelo paterno. En el caso de ellos, el padre de Ochoa se llamaba Cherrán y ni el nombre era judío ni tampoco su padre. Así que ese tema era uno muy delicado para tratar porque, además de que ese nombre no le gustaba nada para ponérselo a su hijo, tampoco estaba de acuerdo en que el nieto, que no tenía ninguna culpa de nada, tuviera que llevar forzosamente el nombre de su abuelo. Algo de ello debió intuir Kattalin cuando le respondió intentando quitar importancia al asunto, si bien sabía que el padre de Naomi, Jacob, era muy ortodoxo con la religión y que se podía molestar por lo que allí se hablara.

–En Baskonia es costumbre que los niños judíos que nacen también lleven el nombre de sus abuelos, pero mi madre, que se llamaba Séfora, por culpa de una de sus abuelas, se prometió que a ninguno de sus hijos le ocurriría lo mismo. Para ella, y así me lo inculcó, el nombre de los hijos lo deben elegir los padres que son quienes los tienen, los educan y los mantienen. Así que, cuando nació ella, a su hermana mayor –la madre de Ochoa– ya se había adjudicado el nombre de Ester, que era bien bonito, pero a ella, a mi madre, le tocó el nombre de Séfora que siempre le pareció horrible y se hacía llamar Sara. Así que, cuando yo nací, mi madre no tuvo ninguna duda que a mí no me pasaría lo mismo y me puso el nombre Kattalin, en vez de llamarme Abigail como se llamaba mi abuela, ya que le parecía horrible para una mujer –concluyó Kattalin su intervención sin querer mirar hacia donde estaban el rabino y padre de Jacob, sabiendo que estos estarían molestos por su discurso.

–¿Y por eso se llaman tus hijos con nombres que no son bíblicos? –preguntó el rabino sonriente y divertido por lo animada que se estaba poniendo la velada.

–Ese es otro tema. Los nombres hebreos de nuestros hijos los

elegimos mi esposo y yo, y realmente se llaman Yoel, Miriam y Oziel. Solamente que llevan otro sobrenombre más adaptado a la idiosincrasia y cultura del país y nosotros somos vascos por pertenecer a esta nación y judíos por nuestra religión. Desde hace tiempo sabemos que vienen tiempos difíciles para nosotros y que cada vez hay más cripto-judíos que tienen que vivir su fe en la clandestinidad para no tener que sufrir robos, linchamientos, violaciones e incluso asesinatos. Urtzi, Maddi y Beñat son nombres que no abundan pero que nos gustan para ellos y queremos evitar que, en el futuro, si las cosas se tuercen como parece que va ocurrir por el antisemitismo creciente, sus nombres los delaten.

Fue una sorpresa comprobar que Jacob de Besalú ya no era tan rígido como antes. El contacto con los judíos sefardíes que huían de Castilla y buscaban asilo en Baiona le había hecho conocer el momento tan cruel y peligroso que a los judíos les estaba tocando vivir. Cuando está en juego la vida, las reglas de juego cambian y llevar nombres no hebreos podía ser una salvación.

A finales del siglo XV, la comunidad judía ya no era rica e influyente como antaño. En realidad, los judíos sefardíes no formaban un grupo social homogéneo. Había entre ellos clases como en la sociedad cristiana, una pequeña minoría de hombres muy ricos y muy bien situados, junto a una masa de gente menuda que desempeñaba los oficios de agricultores, artesanos, tenderos.

III

La mujer Timukúa se había casado con el cocinero, se había convertido al cristianismo y se había cambiado el nombre por otro nombre de pila, Uxue, y se puso el apellido Uharte debido a que su nombre en lengua timukúa significaba “isla”. La mujer Tlaxcalteca seguía siendo la más salerosa, alegre y positiva de todas. Ella también se había casado con el joven marinero de Bidart. El mismo con el que supuestamente hacía guardias de vigía por las noches en el barco.

La joven pareja empezó a vivir en casa de los padres del muchacho desde que desembarcaron de la nao “Ciburu”, pero un día los visitó el cura del pueblo y algo fuerte les debió decir a los padres del joven porque la madre salió llorando, el padre estuvo tres noches durmiendo en casa de su hermano, enfadado con el cura y la mujer, y en una semana bautizaron a la novia, le pusieron el nombre de Andere Bidart, se casaron. A ella le quedaban cinco meses de embarazo. Al poco tiempo, el joven se encontraba navegando en un ballenero camino de Terranova, como a partir de entonces le llamaban todos a Vinlandia.

La mujer Caribe durante un tiempo fue novia de uno de los marineros que habían sido soldados mercenarios en varios ejércitos europeos, pero no llegó a casarse ni a convertirse al catolicismo. Lo que sí había hecho era cambiarse el nombre.

Decidió llamarse “Itsaso” porque significaba “mar” y el mar había sido todo en su vida y apellidarse “Ohiango” porque nació en una hermosa selva tropical de la tribu Caribe. Pero con respecto a lo que haría con su vida, algo en su interior le decía que no debía precipitarse y que aún tenía mucho que aprender. Por ello, porque buscaba una respuesta, acudió a la posada del padre de Naomi donde todavía vivía el matrimonio Andraka-Besalú y se sinceró con su amiga catalana.

–Le he dado vueltas a lo que quiero ser y me he dado cuenta de que el mejor ejemplo de lo que ahora más ambiciono es el de ser como usted, Naomi. No es que desee dibujar, hacer cálculos geográficos, elaborar mapas y otras cosas que hace usted, sino que lo que deseo es ser una mujer instruida como usted, dueña de sí misma y casarme y crear una familia y criar buenos hijos con un hombre noble, instruido y que me ame tanto, como lo ha logrado usted.

Naomi se quedó en silencio porque no tenía nada que decir a sus alabanzas y le hizo señas a su amiga encarnada en Itsaso de Ohiango, para que prosiguiera, para que así la muchacha echara todas las ilusiones y esperanzas que guardaba escondidas en su alma y las compartiera con ella.

–Tampoco deseo ser cristiana. No me gusta una religión que te considere impía, te persiga y te eche en cara que eres una pecadora si no eres de su secta. Durante toda la vida ya he conocido la intolerancia entre los de mi tribu Caribe y no quiero saber nada de ello. En cambio, me gustó mucho la historia que nos contó usted en el barco acerca de su profeta Moisés y de cómo liberó a su pueblo de la esclavitud. Si no es mucho pedir, me gustaría que usted me enseñara más sobre su religión. Tengo mucho que aprender Naomi, y acudo a usted porque es la única amiga que podría ayudarme. Somos de la misma edad, y ya ve usted la diferencia que hay entre las dos, yo todavía no sé nada y soy muy consciente de que necesito saber para situarme en la vida y poder ser dueña de mi propio destino. Por eso le pido que me aconseje sobre lo que debo hacer –concluyó la mujer Caribe.

Naomi sintió que asumiría una gran responsabilidad si le contestaba a esa pregunta, pero no se echó atrás en ningún momento. Ella era amiga de sus amigas y siempre lo sería. Le contestó despacio para que entendiera bien todas sus palabras y lo hizo con el

convencimiento de que le estaba diciendo lo mismo que ella pensaría si estuviera en igual situación.

Le recomendó a Itsaso que trabajara, aprendiera a leer y escribir bien y se pusiera a estudiar lo que ella considerara asistiendo a clases de un licenciado, de los que solían impartir lecciones en Baiona. También le dijo que había que ir poco a poco y que ello le tomaría unos cuatro años. Durante ese intervalo tendría tiempo para aprender, conocer y madurar sobre lo que ella quería ser.

Por de pronto, Naomi se ofreció a hablar con sus padres para que ella trabajara mientras tanto en la posada y tuviera un salario y un lugar donde dormir, pero también le propuso trabajar con ella y su marido en la producción y administración de la granja agrícola a partir del mes de enero del año siguiente.

Le contó que dos compañeras suyas ya estaban trabajando y dejando todo listo para que se pudiera comenzar el trabajo fuerte el año que viene. Todas ellas, al igual que Itsaso, serían socias y tendrían participación en los beneficios de la empresa agrícola y comercial de productos ultramarinos.

–En cuanto a lo de la religión judía, si quiere usted conocer más acerca del judaísmo, no creo que yo sea la persona indicada para enseñarle nada pues no soy muy religiosa, como tampoco lo es mi esposo, pero sí puedo hablar con el rabino para que le haga una visita y podáis hablar –contestó sonriente Naomi, recogiendo otra sonrisa mayor de la que hasta hace poco era conocida como mujer Caribe y despuntaba ya como Itsaso de Ohiango. Ambas sabían que llegarían a ser grandes amigas.

IV

Todos los asistentes a la fiesta de inauguración de la casa de los Andraka-Besalú ya se habían ido y en ella quedaron, además del matrimonio, algunos sirvientes que trabajaban en la granja y que estaban ayudando a recoger y limpiarlo todo. Cuando estos terminaron y se fueron a la casa de al lado donde vivían los empleados de la granja, en la casa principal solo quedaron Naomi y Ochoa.

Era el tiempo de ellos. Era el tiempo de disfrutar de la soledad compartida y también el tiempo de comunicarse entre la pareja, sin que nadie más les distrajera y con la sensación de bienestar que desprendía el poder hacerlo en su propia casa y sin que persona alguna les importunara.

Naomi estaba feliz por ello y porque tenía a su marido consigo en aquel mes de agosto. El mes de julio pasado y parte del mes de agosto,

Ochoa había tenido que viajar a Bilbao y luego hasta Córdoba, junto con Juan Vizcaíno de Lakotsa, para reunirse con la reina Isabel I de Castilla y había estado casi un mes fuera de casa. Aunque el trabajo realizado por la pareja vasco-catalana había sido calificado de excelente por la propia reina castellana, Naomi observaba que su esposo había regresado algo distinto de aquel que fue a reunirse con la reina.

Lo encontraba más serio a su esposo y quería saber por qué, pues le veía un tanto triste y preocupado por algo. Ochoa le abrió su corazón para desahogarse y le confesó sentirse muy preocupado por el antisemitismo visceral emergente que iba permeando foros de la libertad y la democracia gentilicia como habían sido las Juntas Generales de Gernika para caer en la intolerancia, la iniquidad y la tiranía.

Mientras le oía hablar a su esposo, Naomi intuitivamente captó que él, incluso, estaba perdiendo ilusión por su propio trabajo de cartógrafo. Tenía varias propuestas interesantes, pero no quería hablar de ellas.

De repente, tras la conversación con la reina Isabel de Castilla I y poder contemplar con propios ojos que la piedad y la tolerancia habían muerto, y sentir su frialdad admitiendo que solo le movían las razones de Estado, a Ochoa se le había movido el piso.

Pero el vasco ya no estaba solo como antes. Tenía su linda esposa de quien estaba profundamente enamorado y esperaba un hijo, al que soñaba con ofrecerle un mundo mejor que el que él había conocido al nacer. El hecho de ser judío le impedía vivir en su amada Bizkaia y tenía que andar ocultando como un cobarde su judaísmo para no ser víctima del odio y la sinrazón que las autoridades de Bizkaia habían permitido.

Se sintió que en cierto sentido lo habían convertido en apátrida y bendecía y se sentía orgulloso de la Baskonia norte por apoyar y acoger a los vascos de religión judía y defender las libertades. Lo que presumía que no serían capaces de hacer el resto de los territorios vascos que sucumbirían a la presión o invasión castellana.

Ochoa de Andraka supo identificar con claridad que Europa se encontraba al final de una era. Quizás mejor que cualquier otro de su época, era muy consciente de lo que supondría el descubrimiento cercano del Nuevo Mundo y del potencial que ello representaba, especialmente, a nivel alimentario.

Era evidente que muy pronto se produciría el surgimiento de una economía-mundo tras el descubrimiento de esa nueva frontera que representaría aquel nuevo continente para los europeos. Sin embargo,

tenía mucho miedo de cómo llegaría a desarrollarse la colonización del Nuevo Mundo. En Europa, era cierto que, gracias al desarrollo del comercio, se había producido la aparición de una nueva y pujante clase social compuesta por los comerciantes.

Sin embargo, con el desarrollo del comercio también se había desarrollado la corrupción. En todos los reinos de Europa, la corrupción se había convertido en una lacra social que, de manera generalizada, se había extendido entre los nobles y demás mandatarios políticos y las autoridades eclesiásticas de finales de la Edad Media.

Por si fuera poco, en aquellos tiempos de finales del siglo XV, la incompetencia y la mediocridad que caracterizaba a los monarcas y los príncipes de aquella época producía unos efectos tan nefastos y desastrosos en el gobierno de sus reinos que hasta los más tranquilos y confiados vasallos comenzaban a mostrarse temerosos de su suerte. La envidia, la codicia, la mentira y la traición unidas al fanatismo religioso y a los intereses espurios de los reyes, aliados con la creciente burguesía, se habían convertido en el motor del desarrollo.

Los monarcas y príncipes, halagados por los grandes comerciantes, habían despilfarrado fortunas en guerras, en la construcción de palacios de capricho y en la celebración continua de grandes faustos y bacanales. Así pues, la mayoría de los monarcas europeos habían gastado todo lo que tenían y lo que no tenían también.

Muchos reyes y príncipes quebraron y, para financiar sus enormes y crecientes deudas, no se les ocurrió otra cosa que la de aumentar los impuestos a costa de echar la culpa a los judíos a los que se mortificaba con el pago de grandes aranceles. Las guerras de conquista representaban tener que gastar enormes sumas de dinero para financiar los ejércitos de mercenarios que arruinaban a los países europeos.

Por ello es por lo que quebraban los reyes que tenían que vender parte de sus extensos dominios a burgueses enriquecidos y a nobles poderosos, sin importarles un comino las consecuencias que ello tendría para el empobrecimiento de sus siervos, muchos de ellos sometidos al desarraigo forzoso, cuando no a la expulsión de las tierras de su feudo que, antaño, fueron comunales.

Sin embargo, había que creer en la esperanza y pensar que un mundo en crisis también era un mundo abierto a los cambios y sujeto a profundas transformaciones. Ochoa lo vio claro: era necesario huir del fatalismo y del determinismo histórico, poniendo toda su esperanza en la urgente necesidad de alcanzar un nuevo humanismo en base a la voluntad y a la razón.

Él, su esposa, sus hijos y su familia pondrían su granito de arena.

Al fin y al cabo, los seres humanos, fueran creyentes o no, tuvieran la religión que tuvieran, pertenecieran a una nación u otra, animados por el deseo y la razón, eran quienes podrían emprender por sí solos la reconstrucción de una sociedad entre todos que se convirtiera en un mundo mejor, donde nadie escupiera sangre para que otro viviera mejor.

V

Ochoa de Andraka estaba convencido de que el almirante Colón nunca utilizaría las cartas náuticas que Juan Vizcaíno de Lakotsa le entregaría, si es que lo hacía. Estaba muy seguro de que, debido al alto nivel de egolatría del genovés –que estaba también encantando de conocerse– rompería la copia del mapamundi y de los mapas del Nuevo Mundo aduciendo que eran falsos para que no le quitaran el mérito del descubrimiento.

Por otro lado, Juan Vizcaíno de Lakotsa se había convertido en un potente armador y hombre de negocios y estaba pensando en trasladarse a vivir al Puerto de Santa María en Andalucía.

En octubre de 1489, Ochoa estaba trabajando en la búsqueda de alternativas que evitaran que el puerto de Baiona tuviera que depender de Capbreton. Por los trabajos de cartografía que él y Naomi desempeñaban, los había contratado la corporación de Baiona que pretendía desviar el cauce actual del río Adur hacia una nueva desembocadura más próxima al mar y situada en el interior de Baskonia. Una tarde recibió la extraña visita de un veneciano que se hospedaba en la posada de Jacob y que preguntaba insistentemente por él.

Se reunieron en la sala privada que el suegro de Ochoa tenía en la entrada de la posada de Jacob. Una habitación que daba al patio interior y que él utilizaba tanto como comedor privado como para recibir visitas de gente importante que él no quería pasarlas a su despacho. El viajero se trataba de Giovanni Chabotto, que era ciudadano de Venecia y que, como ingeniero naval que era, estaba empezando a trabajar con el comerciante catalán, Gaspar Rull, en torno a un proyecto de construcción de un nuevo puerto. Este proyecto quería aprovechar también, tal como lo hizo Venecia, los canales de la ciudad de Valencia.

Chabotto también le dijo que el motivo de su visita era que había hablado con John Day y que éste le informó sobre los mapas del Nuevo Mundo que Ochoa había elaborado y también sobre los que él disponía gracias a la expedición financiada por los mercaderes de

Bristol. Le añadió que había tenido noticias sobre el viaje que los vascos habían hecho al Nuevo Mundo y que Ochoa de Andraka había elaborado un mapa del nuevo continente que abarcaba miles de millas de norte a sur y que estaba dotado de una cartografía con mucho detalle. Ochoa aguardó en silencio a que el ingeniero veneciano siguiera con su exposición:

–También quiero informarle que el monarca inglés, Enrique VII, se muestra muy interesado en que yo dirija bajo la bandera de Inglaterra y Gales una expedición al Nuevo Mundo –comentó inicialmente el que sería más tarde John Cabot para los ingleses, para proseguir con una oferta de colaboración al vasco–. Si pudiera, señor Andraka, contar con sus cartas náuticas y su estrecha colaboración, indudablemente le diría que sí a los de Bristol. Por eso, le propongo que seamos socios y organicemos una expedición al nuevo continente para colonizarlo en nombre del reino de Inglaterra y Gales. Usted cobraría el doble de lo que le pagó la reina de Castilla. Si usted aceptara ahora mi propuesta, podríamos mantener pronto una reunión con el propio rey inglés, Enrique VII, a la que nos acompañaría también John Day.

–Me agradaría mucho poder complacerle, señor Chabotto pero, debido a mis compromisos profesionales y mi sentido de la ética, hasta dentro de unos tres años no podré facilitarle ninguna información –Ochoa le respondió atentamente al veneciano–. Sin embargo, he de confesarle que sí estoy interesado en su propuesta. Tres años pasan muy deprisa y cuando Cristóbal Colón descubra el continente que ya conocemos nosotros, todos mis conocimientos, mapas y documentos podrán estar a su entera disposición y a la del reino de Inglaterra.

En aquel momento, llamó alguien a la puerta de aquella sala y, tras recibir autorización por parte de Ochoa, entró una mujer alta y delgada, de bonitas facciones y que tenía unos bellos y grandes ojos marrones que destacaban en su cara de tez morena, un tanto rojiza. La mujer le entregó una carta que acababa de recibirse y procedía del ayuntamiento de Burdeos. El veneciano se debió quedar muy impresionado por la belleza griega de aquella mujer. Cuando Itsaso de Ohiango, la que fue la mujer Caribe, salió y cerró la puerta, Chabotto no pudo más que preguntar, mostrando una gran curiosidad.

–¡Perdone, *siñore* Andraka! ¿No será esa joven que ha venido procedente de alguna isla griega del Mediterráneo?

–Más bien creo que no –respondió Ochoa divertido con la pregunta–. Esa joven que ha conocido es originaria de una isla del Nuevo Mundo. Es la prueba palpable que le mostraremos al rey de Inglaterra, Enrique VII, dentro de unos tres años. Hasta entonces, seguiremos en contacto, señor Chabotto.

El veneciano no daba crédito a lo que habían visto sus ojos, pero sabía que ello era cierto. Tres años pasarían enseguida y, durante ese tiempo, podía ir madurando la idea. Mientras tanto, trabajaría en el proyecto del puerto de Valencia. Él no dudaba de que podría contar con el cartógrafo Ochoa de Andraka, que además de conocer aquellas tierras, tenía amigos allí y hablaba su lengua.

Sin embargo, Giovanni Chabotto desconocía que Ochoa de Andraka, aunque fuera vasco, era también de religión judía como su esposa y parte de su familia. Inglaterra tampoco se había portado bien con los judíos. Ochoa de Andraka sonreía solo de pensarlo. Le haría pagar al rey inglés aquellos robos y asesinatos contra su gente. Inglaterra no pagaría el doble de lo que le pagó el reino de Castilla, sino que pagaría diez veces más y sería a costa de los usureros bancos cristianos. Unos bancos y unos banqueros contra los que ni el rey, ni el Papa, ni la Inquisición y ni los frailes dominicos nunca se metían. Como se atribuye al rey bíblico Salomón: "*Nada nuevo bajo el sol*".

JUAN JOSÉ GABIÑA. Ingeniero industrial nacido en San Sebastián en 1949. Realizó sus estudios de Ingeniería en la Escuela Técnica Superior de Ingenieros Industriales de la Universidad de Navarra, licenciándose en 1972. Diplomado en Ciencias Políticas y Sociales en la Universidad de La Sorbona, Paris, en 1981. Licenciado en Ciencias Económicas en la Universidad de Lovaina, Bélgica, en 1982.

En 1987 funda Prospektiker , y en 2001 SWPI .

Entre sus obras pueden destacarse: Euskadi y su futuro (1989), El futuro revisado (1995), Utopía en el siglo XXI (1996), El conspirador del futuro (1996), El presente desde el futuro (1997), El eslabón perdido de la proto-historia (1997), Prospectiva y ordenación del territorio hacia un proyecto de futuro (1998). En 1996 publicó la novela de ciencia-ficción *Su xahutzailea* (Prosptektiker).

Notas

[1] Padre en vasco. < <

[2] Solterón en vasco. < <

[3] Boina vasca. < <

[4] ¡Buenos días, señor!, en vasco. < <

[5] ¡Buenos días, Gabriel!, en vasco. < <

[6] Noroeste-Sureste. < <

[7] ¡Qué gran cosa la que ha hecho usted! ¡Felicidades, Gabriel!, en vasco. < <

[8] Ritmo de palada acelerado en una embarcación a remo, en vasco. < <

[9] ¡No se preocupe, maestro! Entiendo todo bastante bien. ¡Muchas gracias, señor! < <

[10] Madre mía querida, en hebreo. < <

[11] Casamenteros, en hebreo. < <

[12] Se refiere a la brea vegetal o pez, obtenida a partir de la resina de pino que se somete a procesos de destilación y posterior depuración para dar lugar a una porción sólida llamada “*colofonia*” y a una porción líquida llamada “*trementina*”. < <

[13] Criados del caserío, en vasco. < <

[14] Tío, en vasco. < <

[15] Solterón. Literalmente significa: “chico viejo”. < <

[16] ¡Que pasen una buena noche!, en vasco. < <

[17] Saludo de ¡Buenos días!, en vasco. < <

[18] ¡Buenos días, señor Andraka!, en vasco. < <

[19] ¡No, muchas gracias!, en vasco. < <

[20] Es un rollo de pergamino que contiene escritos los dos primeros párrafos de una de las principales plegarias del judaísmo conocida como "*Shemá*". Se coloca dentro de un estuche alargado, hecho de distintos materiales que tiene una abertura donde puede leerse la palabra "*Shaddai*", uno de los nombres de Dios que significa "Todopoderoso". La *mezuzá*" se coloca en la parte superior derecha de la jamba de las puertas de un hogar judío para recordar a Dios, tanto a la entrada como a la salida del hogar. < <

[21] Expresión de cariño que significa literalmente “amorcito”, en vasco. < <

[22] Contrato de matrimonio judío que describe los derechos y responsabilidades del novio, en relación con la novia. < <

[23] Esponsales, en hebreo. < <

[24] Amor mío, en hebreo. < <

[25] Playa de las ballenas, en vasco. < <

[26] La derrota es el rumbo de una nave o embarcación. < <

[27] Actualmente es conocida como la isla de Manhattan, un distrito de la Ciudad de Nueva York, Estados Unidos. < <

[28] Se trata de la denominación precolombina del río Hudson. < <

[29] Hermano, en vasco. < <

[30] ¡Hola, hermanos!, en vasco. < <

[31] ¡Hola, hermanos!, en algonquino. < <

[32] Es un licor propio de Baskonia –especialmente, del Reino de Navarra– cuyo contenido alcohólico está comprendido entre 25 y 30% del volumen. En la Edad Media era una de las principales bebidas en las celebraciones importantes y también se utilizaba como tónico medicinal gracias a sus múltiples propiedades. El origen del nombre proviene de la palabra vasca “pattaran”, donde “pattar” significa aguardiente en vasco y “aran”, significa endrina también en vasco. <<

[33] Trabajos comunales que se realizaban entre todos los vecinos. < <

[34] Poblado algonquino situado donde se ubicaría Washington D.C. en Estados Unidos. < <

[35] Se trata de la bahía de Chesapeake sobre el océano Atlántico, ubicada al este de Estados Unidos. < <

[36] Son embarcaciones auxiliares pequeñas, con cubierta y dos palos para las velas que llevaban los barcos como las naos. < <

[37] Manzanilla. < <

[38] ¡Hola! Yo soy vuestro hermano, en algonquino. < <

[39] ¡Hola! Yo soy vuestro hermano, en vasco. < <

[40] ¿Quién ha sido?, en algonquino. < <

[41] En la actualidad se conoce como península de Florida, Estados Unidos. < <

[42] Vivían en torno a la Bahía de Tampa, Florida, Estados Unidos. < <

[43] Archipiélago de las Islas Bahamas. < <

[44] Isla de Cuba. < <

[45] También conocida como la Isla Española que comprende a Haití y la República Dominicana. < <

[46] Hoy es conocido como el Golfo de México. < <

[47] Ciudad de México. < <

[48] Península de Yucatán, México. < <

[49] Isla de Puerto Rico. < <

[50] Isla de Jamaica. < <

[51] Viento procedente del Oeste-Noroeste. < <

[52] Aquí lo tienes, en vasco. < <

[53] Muchas gracias a ti, en vasco. < <

[54] ¿Y qué le contestaste?, en vasco. < <

[55] Islas Bermudas o “Itsas-belar ugarteak”, en vasco. < <

[56] “Posesiones, galones y cojones”, en catalán. < <

[57] Cabo Finisterre. < <

[58] ¡Vida mía!, en hebreo. < <

[59] Tía Naomi, en vasco. < <